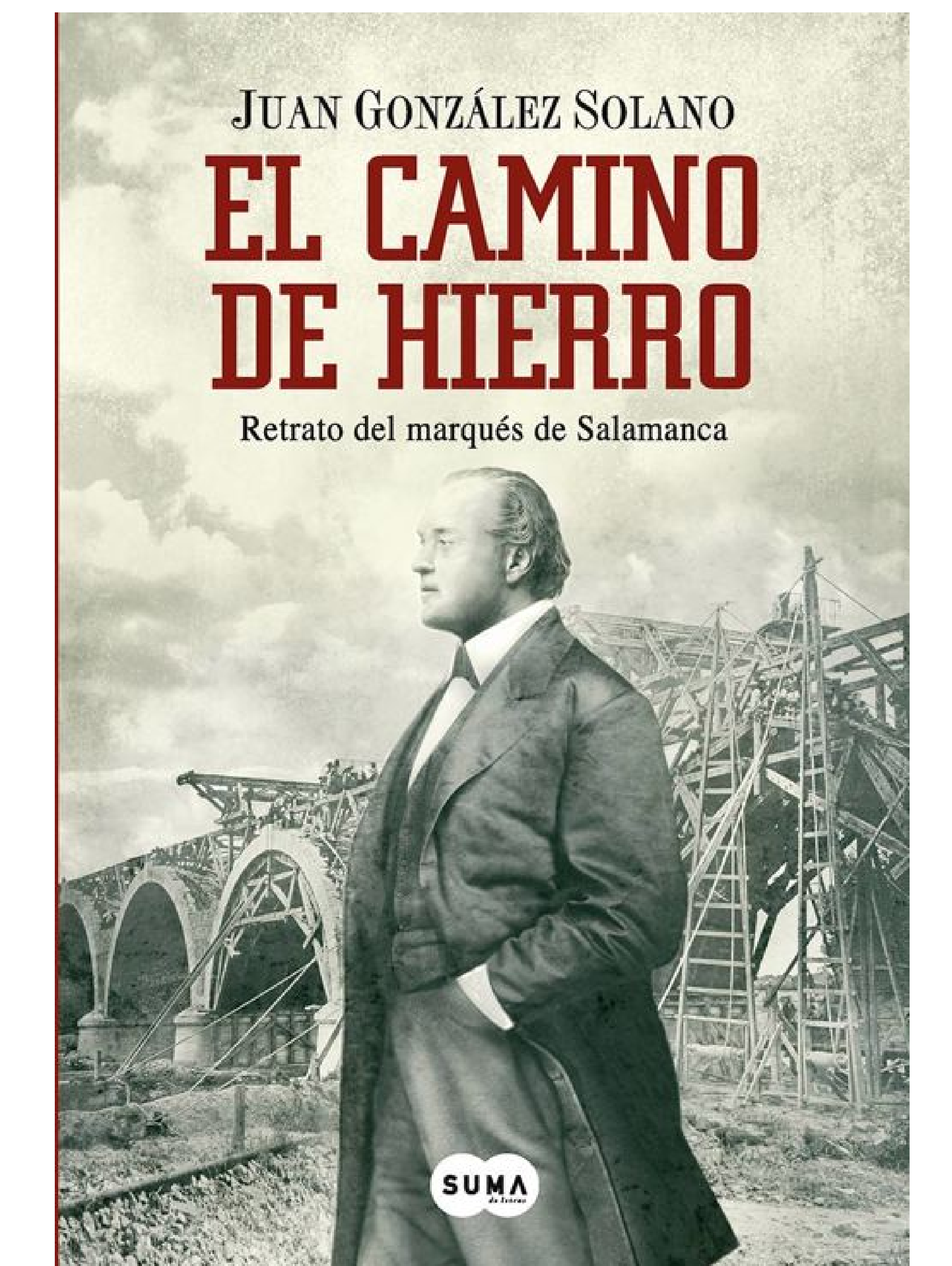
Juan González Solano

El camino de hierro

Retrato del marqués de Salamanca

SUMA de letras


JUAN GONZÁLEZ SOLANO
EL CAMINO DE HIERRO
Retrato del marqués de Salamanca
SUMA

Juan González Solano

El camino de hierro

Retrato del marqués de Salamanca



Índice

Para Ana

Capítulo 1

If you can keep your head when all about you
Are losing theirs and blaming it on you,
If you can trust yourself when all men doubt you,
But make allowance for their doubting too.

RUDYARD KIPLING, *If*…

Si puedes mantener la cabeza cuando a tu alrededor
todos la han perdido, y te culpan por ello,
si puedes confiar en ti mismo cuando todos dudan de ti
y, sin embargo, no desprecias sus dudas.

Madrid, octubre de 1846

El corro diario del Consolidado inglés había terminado. Durante quince minutos, el murmullo de muchas voces superpuestas, cercanas, había colmado su atención. Durante un cuarto de hora resonaron en sus oídos las cotidianas y familiares palabras de siempre, símbolos todas ellas de conceptos en los que él creía: propiedad, comercio, transacción, dinero… Palabras sin poesía, sí, pero que a él le parecían partes de un conjunto armonioso que evocaba una sinfonía con alma. Palabras que a veces se transformaban en números o en fracciones de números y, con frecuencia, se acompañaban de gestos convenidos con un significado: un envite, un triunfo, una retirada… Tal vez era ese lenguaje de signos, o quizás la liturgia de la lucha por el precio, o la tensión extrema del sistema nervioso, o tal vez el disimulo de cualquier emoción, lo que llevaba a decir a los meros aficionados que ellos también *jugaban* a la Bolsa. Cuando la Bolsa, él lo sabía bien, podía ser cualquier cosa menos un juego.

Esos sonidos, apresados en una masa de aire que los amalgamaba, ascendían hacia los artesonados de nobles y oscuras maderas del antiguo templo hasta rebotar y esparcirse por toda la Sala de Contratación para dar forma a la atmósfera del mercado de valores. Una atmósfera que ejercía su extraña seducción sobre los hombres: a muchos los conseguía encadenar cada mañana a aquel recinto, la nave principal de la antigua iglesia del convento de las Bernardas, templo hoy de devociones menos metafísicas, aunque en ningún caso menos apasionadas.

Aquella jornada, como la anterior, como otras muchas de los últimos meses, había resultado desapacible; decían algunos que los vientos no soplaban propicios y otros que el mercado era bajista. Y lo cierto era que, cuando las sesiones terminaban, el precio de los valores era más bajo que al comenzar. Eso abatía los corazones y los llenaba de desesperanza, de desconfianza en un futuro perdurable que asentara las creencias en otros valores superiores: el progreso y el bienestar. Límpidas, ingenuas y olvidadizas sensaciones que ignoraban tiempos pasados, períodos de esplendor que parecían pertenecer a épocas ya superadas que no se volverían a repetir.

Desde su rincón de siempre, con el hombro apoyado en la columna más cercana al tumultuoso gentío que se agolpaba en torno a la mesa circular, José de Salamanca vivió la contratación de los títulos de deuda con la excitación propia de un agente de cambios, algo que en realidad no era. Se limitó a escuchar y, de vez en cuando, a dar la

orden de vender a uno de sus agentes mediante un gesto previamente acordado.

Se había preguntado muchas veces qué tenía la Bolsa para atraer a tantos, incluso a muchos que aparentaban despreciarla. ¿Quizás la promesa de felicidad inmediata que acompaña al éxito? ¿Acaso el reto excitante de adivinar el futuro? ¿O tal vez el raro privilegio de la liquidez, que convierte instantáneamente en papel moneda abstractos títulos de propiedad? ¿O posiblemente se tratara de esa emoción tan diferente a la tediosa tenencia de fincas, sometida al imperio del pedrisco y la sequía, unas fincas imposibles de vender cuando uno más lo necesita?

Todas esas razones atraían también a José de Salamanca, pero en su caso aún había algo más. Para él, la Bolsa significaba además ese mágico instrumento que un día le permitiría afrontar empresas colosales. Su sociedad del ferrocarril cotizaba en el mercado atrayendo a pequeños inversores; sí, ciertamente a muy pocos, un reducido grupo de personas desconocidas que confiaban en un retorno multiplicado de su inversión en un futuro no muy lejano. El de las acciones era, todavía, un mercado muy pequeño si se comparaba con el de la deuda pública, pero Salamanca estaba convencido de que su explosión era solo una cuestión de tiempo.

Un ujier hacía sonar una campana para anunciar el comienzo de otro de los corros. Salvada la diferencia en el tamaño y el sonido de los bronces, le pareció como si convocasen a misa de doce en San Jerónimo el Real. «Los rituales del mercado de valores —se dijo— guardan similitudes con los de la religión, una muestra del deseo del hombre por dar solemnidad a sus actos cotidianos para así revestirlos de un barniz de relevancia. ¿O hay algo más en ese gusto por el culto y la ceremonia?». Porque no es tan solo el rito, el hombre se acerca al mundo del dinero con parecida relación de amor y odio que la que mantiene con la fe. El dinero, como la religión, es para algunos la fuente de todas las desgracias y para otros la causa de todo bienestar: el dinero, el único dios verdadero.

«La realidad es que ambas son instituciones milenarias sin las que el hombre parece no saber vivir. Algo tendrán». Salamanca mantenía con la religión una relación distante, aunque en absoluto beligerante. Siempre creyó que ese recelo, esa falta de curiosidad por las grandes cuestiones sobre la vida y la muerte, arrancaba de los años de su infancia, de cuando encarcelaron a su padre como resultado de las acusaciones de un clérigo. Su verdadera religión, la que orientaba su alma, era ese otro mundo que a él le gustaba llamar el de la «creación de riqueza», un universo con sus propios teólogos, aquellos ingleses llamados Adam Smith, John Stuart Mill o David Ricardo, a los que él verdaderamente no había leído, como la mayor parte de los fieles

tampoco lee la Biblia.

«Pero ¿no se olvida usted de la codicia, algo consustancial al mundo del dinero?», bien podría alegar un discrepante, ofendido por esa odiosa comparación entre dos mundos tan diversos.

«¡Ah, sí, la codicia, se me olvidaba! —se respondió, en un diálogo imaginario—. ¡Ese afán desmedido por poseer! Una forma de esclavitud, como toda obsesión inalcanzable, ya que lo que poseemos siempre nos parece poco. ¡Es verdad, la codicia existe! Está ahí presente, como presente está la corte de los codiciosos, obsesionados con su objeto de deseo, siempre quieren más. Los encontrará usted en la Bolsa, en efecto, atentos a la última cotización, insomnes en sus largas noches de elucubraciones y cálculos. También se les encuentra en los pequeños y grandes comercios, acaparando mercancía en tiempos de escasez. Incluso en los escaños del Parlamento, tramando turbias maniobras para alcanzar el ministerio. O en dormitorios de honestas viviendas, donde alguien maquina cómo conseguir a la seductora esposa del vecino del tercero. Están por todas partes, como los gusanos y las moscas. Quién sabe, incluso puede que un día se tope usted con un ejemplar en la sacristía de su parroquia, o en las severas estancias de algún palacio arzobispal».

Alguien, uno de esos rostros habituales en la Bolsa, familiar pero irreconocible, lo miró y, tras un titubeo, venció sus escrúpulos, se le acercó y le dijo:

—¡Qué desastre, don José! ¿Cree que durará mucho tiempo la crisis monetaria? El Gobierno francés habrá de tomar medidas, ¿no le parece? Tiene todas las armas en su mano.

Quedó confundido, pero le venció la irritación.

—¿De qué crisis monetaria me habla, joven? Lo que tiene que hacer es aguantar y esperar tiempos mejores, que siempre llegan —le respondió, apartando la mirada. No soportaba a los llorones y menos a los que esperaban que alguien, por ejemplo, un gobierno extranjero, arreglase sus propias equivocaciones. El joven se alejó con una mueca de dignidad y Salamanca se arrepintió de no haberse contenido; acababa de ganarse un enemigo, cuando ese no era su estilo.

Le llegó entonces el murmullo de una conversación cercana, al otro lado de la columna.

—Créame, Antúnez, en la Bolsa tan solo ganan cuatro especuladores que mueven las cotizaciones a su antojo. Ya se lo dije hace mucho tiempo.

La respuesta de Antúnez la escuchó con dificultad a causa del ruido, pero la escuchó.

—Ciertamente, me lo dijo. Aunque antes me animó a que comprase

como había hecho usted, cuando todo subía.

«¡Cuatro especuladores que manipulan el mercado!», se repitió. Cuantas veces había escuchado el pobre argumento de la especulación, esa excusa manida para culpar a otros de los errores propios. Se preguntó por qué se reservaba el término «especulador» para los inversores en Bolsa cuando del mismo modo especulaba quien compraba una finca esperando que aumentara de valor con el tiempo, o quien cambiaba de empleo o de ciudad con la esperanza de mejorar sus condiciones de vida. También el que votaba por los progresistas o por los moderados especulaba con que ese voto traería beneficios para él y para su familia, y quizás de paso para la nación entera. En esos casos, se evitaba la palabra «especular», aparente fuente de todos los males.

Hizo seña a uno de los agentes de cambios, que se le acercó enseguida.

—Los bajistas siguen mandando, don José. Y ya es mucho tiempo, no veo cuándo vaya a terminar este desastre —comentó el agente. También corrían malos tiempos para él, cuando la Bolsa baja, hay menos transacciones y disminuyen los corretajes.

—Usted conoce mi opinión, para que mejore la economía necesitamos gobiernos que crean en la iniciativa privada y la estimulen, y no subidas de impuestos y nuevas oficinas públicas. Y en cuanto a la Bolsa, se deben restablecer las operaciones a plazo a pesar de que, según Narváez, tienen la culpa de todos los males. Mire lo que ha pasado desde que las prohibió, el mercado ha seguido bajando.

El agente, hombre discreto, guardó silencio.

—Pero no le he llamado para hablar de Narváez —prosiguió Salamanca—, sino para pedirle que me venda deuda del cuatro por ciento y consolidados por valor de dos millones de reales. Hágalo a su manera, pero la operación debe estar concluida en el plazo de una semana.

—Supongo que no ignora que venderemos con pérdidas cuantiosas. —El agente estaba sorprendido, Salamanca no solía vender con minusvalías.

Esta iba a ser la primera vez que perdiera una cantidad considerable en la Bolsa, pero asumió la decisión con naturalidad; siempre había sido consciente de que el éxito no dura eternamente. Ya vendrían tiempos mejores.

—Lo sé, pero necesito ese dinero para mis empresas —respondió—. Eso es lo que importa ahora.

De su estancia en Brasil, José Buschental se trajo consigo a Europa una esposa distinguida y bellísima, una inmensa fortuna y una afección

reumática que ya nunca lo abandonó. Su educación luterana y su apellido judío lo convertían a los ojos de la gente en una rareza, un hombre con el aura misteriosa de lo diferente. En cuanto a la adicción al mundo de los negocios y su confesada e ilimitada pasión por ser el primero en llegar a cualquier meta, formaban parte de su patrimonio genético.

El salón de los Buschental sobresalía como el más cosmopolita de cuantos abrían sus puertas a la *sociedad* y en él eran bien recibidas las personalidades extranjeras que recalaban en la corte española, los artistas y mecenas, los políticos y militares de cualquiera de las familias liberales y, por supuesto, la aristocracia del dinero. El brillo del salón tenía mucho que ver con la fascinante personalidad de su mujer. María Benedicta Nicasia Delfim Pereira, segunda hija del barón de Sorocaba, reunía todos los atributos que conforman el refinamiento. Además, su hermosa cabeza de pelo negro recogido en la nuca albergaba una inteligencia que intimidaba a no pocos varones y provocaba el unánime rechazo de las mujeres. Estaba al tanto de todo lo que pasaba en la corte, recibía y leía en sus idiomas originales las últimas novedades en literatura inglesa y francesa, y a su palco del Teatro del Circo acudían gobernantes, diplomáticos y toda clase de personajes del mundo del arte y de la cultura. Por encontrarle algún defecto, sus competidoras en el tablero del rango social tenían que apelar a su voz ronca y quebradiza.

El célebre personaje cuya presencia había sido anunciada para aquella tarde en el salón de los Buschental fue de los últimos en llegar. Acompañado de la conocida bailarina Guy Stephan, cuya presencia resplandecía por sí sola, el autor Alexandre Dumas besó la mano de su anfitriona y su prestancia de hombre de mundo impregnó el salón rococó de un toque, uno más, del cosmopolitismo que manaba en aquella casa como el zumo de la uva en la prensa. Los Buschental recibían a sus amigos las tardes de los martes, aunque en ocasiones especiales, como la de aquel miércoles, el tercero de octubre de 1846, se alteraba la norma para acomodarse a los intereses de algún visitante ilustre. Dumas, un reconocido seductor, se enfrentó a los ojos acogedores de María Buschental. Por un instante, su mirada deambuló entre el rostro de la dueña de la casa y el de su acompañante, incapaz de decidir dónde había más hermosura.

—*Ma chère, vous êtes sublime.* —La anfitriona se dirigió en primer lugar a la bailarina. Le pareció que, en la distancia corta, la belleza de esa jovencita a la que tantas veces había admirado desde su palco en el teatro resultaba casi agresiva. Todo era atrevimiento en esa delicada criatura, desde la frescura de su mirada hasta el escote de su traje de muselina—. *Encore plus beau que quand vous avez représenté* Le lac des fées! ¿Cómo es posible que consiga usted estar incluso más hermosa

que cualquiera de esas hadas? *Ne croyez-vous pas, monsieur Dumas?* —María tomó por el brazo a su invitado—. *Permettez-moi de vous présenter à mon mari. Nous lui ferons une faveur, car il déteste la politique et l'accompagnement ne parle pas d'autre chose.*

José Buschental era uno de los pocos hombres verdaderamente ricos de España. Aunque en Madrid se le tenía por brasileño, la nacionalidad de su esposa, había nacido en Estrasburgo. Mostrar efusividad le suponía un esfuerzo titánico, por lo que, tiempo atrás, había decidido no ocultar su naturaleza fría en las relaciones sociales. Eso sí, la acompañaba de una cortesía extrema.

—Soy uno de sus muchos incondicionales —dijo con esfuerzo al saludar al escritor, tampoco era hombre dado a la adulación—. Estoy terminando la lectura de *Le Comte de Monte-Cristo,* una novela apasionante. Cuando supe que venía a Madrid, me hice el firme propósito de conocerle.

En rigor, Buschental acababa de empezar la famosa y larga novela, justo el día en que le confirmaron que el autor le haría el honor de visitar su casa. Alexandre Dumas, su hijo y varios amigos formaban parte del séquito que acompañó desde París al duque de Montpensier, hijo de Luis Felipe de Orleans, el rey de Francia, para su boda con la infanta Luisa Fernanda de Borbón. Proyectaban continuar viaje en unos días por el sur de España y más tarde por Argelia.

—Una fiesta muy divertida la de las bodas reales. —Dumas observaba discretamente la elegancia de aquel salón mientras evocaba los esponsales regios. Por primera vez desde que había cruzado los Pirineos le pareció que estaba en Francia, el lujo y el buen gusto de aquella casa no tenían nada que envidiar a las más conocidas de París—. Por cierto, los españoles han demostrado gran imaginación haciendo casar a la princesa de Asturias media hora después de que lo hiciera la propia reina. Tal vez aproveche la idea para utilizarla en el argumento de alguno de mis relatos… Aunque, no sé, ¿resultaría verosímil? La vida, amigos míos, nunca deja de sorprendernos.

—Me temo que, en este caso, ha tenido que ver mucho más la política internacional que la imaginación. —La dueña de la casa agitaba con suavidad un abanico sin desplegar mientras examinaba al recién llegado. Su intuición emitió un dictamen favorable, concluyó que la voluminosa figura de Dumas escondía un corazón noble—. Todavía no me puedo creer que casen a una niña de catorce años por eso que llaman «razones de Estado», no me sorprende que la república tenga cada vez más partidarios en toda Europa.

Según era regla de general conocimiento, en el salón de los Buschental se hacía bandera de la libertad de expresión en cualquiera de sus formas. Toda idea era bien acogida, con una sola excepción: no se aceptaba la vulgaridad. Ese espíritu de transparencia, tan arraigado

en la anfitriona, aparecía sutilmente envuelto en el perfume de musgo que impregnaba su piel. Sí, María olía a musgo, a agua… Eso es, María olía a agua, limpia y transparente.

—Montpensier me contó el complicado proceso para seleccionar al marido de Isabel II —comentó Dumas—. Por lo visto, su padre y la reina Victoria de Inglaterra sellaron un pacto de no agresión que dejaba fuera a casi todos los candidatos europeos.

—Sí, pero el rey de los franceses y Bresson, su embajador en Madrid, maniobraron hasta conseguir que Montpensier se casara con la princesa de Asturias. Algo que no perdona aquel señor que ve usted allí gesticulando, Henry Bulwer-Lytton, el embajador inglés —afirmó María Buschental. Se dio cuenta de que a su marido empezaba a importunarle el derrotero que tomaba la conversación y cambió de asunto. Además, estaba segura de que Bulwer la había escuchado. «Seguro, con ese oído tan fino que tiene el condenado, ¿cómo he podido estar tan torpe?», se culpó, por eso pronunció con cierta inseguridad la siguiente frase.

—¿Qué le ha parecido Madrid, *monsieur* Dumas?

—Pues, en verdad, me parece como si la estuviesen empezando a construir en estos días. Tan solo se ven obras, por todas partes. Aquí mismo, frente a su casa, toda la manzana está llena de andamios. —Los ojos inquietos del escritor, cautivados por esos otros que lo miraban, sufrieron una leve sacudida al recordar el espectáculo de las calles de la ciudad. Verdaderamente, Madrid se asemejaba a un campo de batalla, repleto de obstáculos y zanjas.

—¡Ay, por favor, no me lo recuerde, esa obra no nos deja vivir, con sus ruidos y su polvareda! ¡Menos mal que de noche no se trabaja! Están edificando el nuevo palacio de las Cortes, en el solar de lo que fue un convento. El lado bueno es que habrá una iglesia menos. —Dejó caer la frase mientras desplegaba el abanico, velando una mueca de ironía—. ¡Ya habrá observado la cantidad de iglesias que hay en España! —A Dumas no le pasó desapercibida la malicia de la frase.

—Pero parece que estoy a disgusto en España y es justamente al revés, todo el mundo es muy hospitalario y cariñoso. Además, *madame*, la felicito por la elegancia de su casa, las paredes están repletas de obras de arte. Por ejemplo, esta maravilla de Brueghel que tenemos aquí. —Dumas gesticulaba manifestando admiración y señalando un óleo con un brumoso paisaje costero.

A Dumas no le faltaba razón, los Buschental poseían una colección de pinturas extraordinaria de la que una parte colgaba en las paredes enteladas de aquel salón, generosamente iluminado por dos lámparas de gran tamaño. Los cuadros rivalizaban en valor y en gusto con los objetos preciosos, jarrones, relojes, alfombras o lámparas que se esparcían por cualquier rincón.

—Supongo que el señor de Salamanca no tardará en llegar. —Guy Stephan quiso aclarar el motivo de su presencia, una presencia que había sorprendido a la anfitriona—. Me pidió que enseñara Madrid a *monsieur* Dumas y luego lo acompañase a esta casa, él tiene un compromiso que lo hará retrasarse.

—Ya verán cómo, en cuanto lleve un minuto entre nosotros, se convertirá en el centro de la reunión —ironizó José Buschental.

—Un hombre muy simpático, Salamanca; lo conocí en el banquete de las bodas reales, donde nos sentaron juntos. —El escritor hablaba frotándose las manos, ¿tenía frío o era incapaz de dejar de moverlas aquella noche?—. Ya tengo acumulada una deuda de gratitud con él, me ha puesto en manos de esta criatura encantadora para que me enseñe la ciudad. —Los ojos de Guy Stephan centellearon, Dumas conocía el arte de halagar y sabía utilizarlo en el momento adecuado —. Además, me ha invitado a asistir mañana a su palco en el Teatro del Circo. Por cierto, cuando he escuchado la cantidad de cosas que se cuentan de él, me ha parecido imposible que un hombre tan joven haya tenido tiempo para tanto. Aparenta poco más de treinta años.

—Treinta y cinco —aseguró José Buschental—. Lo conocimos cuando acababa de llegar a Madrid y enseguida hicimos amistad. Tiene mucho talento y es un verdadero torbellino, siempre inventando nuevos negocios. Somos socios en varias empresas.

—¡Es tan sociable! —añadió María—. Y un encanto, ¡tan atento con todo el mundo!, con ese acento malagueño tan divertido. Le tenemos mucho afecto.

Apremiado por un sentido innato de la puntualidad, José de Salamanca llegó a casa de los Buschental con un breve retraso y entregó guantes y sombrero al criado, pero no soltó los dos libros que llevaba en sus manos. Subió la escalera alfombrada en azul zafiro y en el rellano se enfrentó, una vez más, con la inmóvil figura del barón de Sorocaba enjaulado con uniforme militar en su barroco marco dorado, cuya sonrisa y blanca dentadura daban la bienvenida al recién llegado. En su imaginario, Salamanca había convertido esta casa en el modelo de la que deseaba para sí mismo y, cada vez que traspasaba su umbral, le invadía una apacible serenidad. Tal vez por eso, salvo que estuviese de viaje, no solía faltar a la reunión que cada semana tenía lugar entre aquellas paredes.

Por aquel tiempo, su propia casa de la calle de Alcalá estaba aún lejos de igualarse a la magnificencia de la mansión Buschental en la Carrera de San Jerónimo, pero al menos había conseguido superarla en un aspecto nada desdeñable: su colección de cuadros. Llevaba años comprando cuanta pintura de calidad se le ponía a tiro y se sentía

orgulloso de haber sido el primero que creyó en un pintor al que ya se empezaba a reconocer como uno de los grandes, Francisco de Goya, de cuyos hijos consiguió varias obras a muy buen precio. El gran salto de su colección tuvo lugar el día en que adquirió, por un millón de reales, la herencia de doña María Luisa de Borbón y Vallabriga, duquesa consorte de San Fernando de Quiroga: setenta y un cuadros entre óleos, acuarelas y dibujos a pluma. Obras excepcionales en muchos casos, entre las que se contaban varios Velázquez y dos Murillos. A partir de esa fecha, la competición con la casa Buschental, una partida imaginaria que tan solo se jugaba en su mente, empezó a equilibrarse. Y la ganaría definitivamente el día en que finalizara el pleito que mantenía con el ayuntamiento, un litigio interminable que le impedía concluir las obras de su nuevo palacio, en la continuación del paseo del Prado.

Vestía levita negra entallada de perfecto corte y corbata rojo borgoña sobre camisa blanca, sujeta con un alfiler ondulado en el que brillaba un rubí. Desconfiaba de los sastres madrileños, por eso, desde su primer viaje a París se había puesto en manos del modisto Regnault, al que visitaba al menos una vez al año para regresar a Madrid con los baúles repletos de trajes y camisas. Aconsejado por él, en muy escasas ocasiones renunciaba al negro o al gris marengo, que combinaba con chalecos, camisas y lazos de muy variadas hechuras y coloridos. Era, y no por casualidad, la referencia de la moda masculina en España y se sentía orgulloso de ello. Le ayudaba su figura, delgada y de buena estatura, y también su porte erguido.

En el luminoso salón de recibir reinaba una atmósfera sosegada, muy distinta del griterío en la sesión de las Cortes aquella mañana, donde habían coincidido durante un par de horas algunos de los que ahora se reunían aquí. No pudo distinguir a los que charlaban junto al balcón, pero en cambio identificó enseguida al general Serrano, quien, sentado junto a una dama en el borne que ocupaba el centro de la sala, dialogaba con el marqués de Remisa y con el financiero Nazario Carriquirri, ambos de pie.

Se dirigió hacia el grupo que estaba más cerca, el de los anfitriones.

—Mi querida Delfina —era su forma familiar de llamar a María Buschental—, esta noche estás radiante, seguro que para deslumbrar a nuestro querido Dumas.

Acercó a sus labios la mano de la señora de la casa, pero a su protegida Guy Stephan, la primera bailarina del Teatro del Circo, la besó en ambas mejillas como si se tratase de un miembro de su familia, aunque la sensualidad de su mirada resultaba, cuando menos, equívoca. También saludó al escritor y al anfitrión, a los que no dio tiempo a responder.

—Deben disculpar mi retraso, pero tenía una reunión con Muñoz. —

Don Fernando Muñoz, duque de Riánsares, era el marido de doña María Cristina de Borbón, la madre de la reina—. Me pidió que lo pusiera al día sobre los trabajos del ferrocarril.

Las obras del ferrocarril de Madrid a Aranjuez, que promovía una sociedad encabezada por Salamanca, habían comenzado hacía seis meses. La inversión ascendía a cuarenta y cinco millones de reales y las obras ocupaban a siete mil trabajadores, una cifra sin precedentes en España. Los trabajos de explanación ya habían superado la mitad del recorrido, Salamanca quería a toda costa ganar otra de esas competiciones que tan solo se jugaban en su mente: como ya funcionaba un tren en Cuba, estaba empeñado en que el suyo fuera el primero que circulara en la Península. Quería anticiparse al que se estaba construyendo entre Barcelona y Mataró.

—Y luego —prosiguió Salamanca—, ¡ah!, luego tenía que recoger en una librería estas dos reliquias.

Sus ojos brillaban de emoción. Puso en manos de María Buschental los dos libros, dos viejos ejemplares que una mano experta había encuadernado con destreza. El primero de ellos, de gastadas hojas amarillentas, un grueso volumen con la figura de un jinete armado de grandes penachos en la cubierta, llevaba el rótulo *Don Olivante de Laura*. El segundo, mejor conservado, estaba impreso en Valencia en 1559 y en su portada destacaba un gran escudo de armas con una leyenda casi ilegible a su alrededor. Se titulaba *Los siete libros de Diana*, de Jorge de Montemayor.

María Buschental acarició las tapas y las observó detenidamente, luego hojeó brevemente ambos ejemplares con sumo cuidado, como si sus páginas se fuesen a quebrar con el tacto de sus dedos.

—¡Maravillosos! Supongo que son para la colección del Donoso Escrutinio —dijo, levantando la mirada hacia Salamanca. Parecía sinceramente conmovida.

—Así es. Con estos dos, tan solo me faltan doce .—Hablaba un francés fluido, pero pobre. Dos días en semana recibía clases para tratar de mejorarlo.

María puso los libros en manos de Dumas, quien se interesó por su historia. Salamanca no perdió tiempo para contársela, con cierta solemnidad.

—Hace años que decidí coleccionar libros antiguos, en mis viajes visito librerías de viejo y anticuarios. Un día, recordando *El Quijote* que leí de niño, se me ocurrió que sería original reunir en una colección todos los libros que Cervantes menciona en el capítulo VI de la primera parte, que, si recuerdan, se titula «Del donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo». Abrí un ejemplar del *Quijote,* anoté todos los títulos citados en ese capítulo y resultaron ser veintiocho en total,

trece que el cura condena a la hoguera, dos que manda a una especie de purgatorio y otros trece que salva de la quema. Al día siguiente, lo comenté con mi cuñado Serafín Estébanez Calderón, que es escritor, ya saben, y me dijo que conseguir todos esos libros, impresos como muy tarde en el siglo XVI, era cosa imposible. Pero como yo no creo que haya nada imposible lo emplacé a ayudarme a reunir la colección, sin reparar en gastos, costara lo que costara. La hemos bautizado como la del Donoso Escrutinio. También nos ayuda un bibliógrafo sabio llamado Pascual de Gayangos. Los tres nos pusimos en marcha, corriendo la voz y haciendo saber a todos los libreros que conocemos nuestro interés por los libros de esa lista siempre que se trate de ediciones originales o, cuando menos, anteriores a la fecha de publicación del *Quijote*. A día de hoy, hemos conseguido reunir dieciséis, entre ellos *Espejo de caballerías* y *Las sergas de Esplandián*, dos auténticas joyas que nos ha costado años localizar. Nos han dicho que el más difícil de encontrar es *Tirante el Blanco*, parece que solo existen dos ejemplares en todo el mundo.

—¡Verdaderamente asombroso! —exclamó Alexandre Dumas al devolver ambos ejemplares a su dueño—. Una empresa propia de un soñador, algo así no se le ocurre a cualquiera. ¡Imagino su satisfacción leyendo los mismos libros que don Quijote!

—¡Ah, *monsieur* Dumas! Veo que sabe usted apreciar el valor de los sueños, se nota que es escritor y conoce la condición humana. Es verdad, reunir esta colección, leer y tener en mi vitrina los libros que provocaron la locura de don Quijote, es un sueño que espero culminar algún día.

El general Serrano y Patricio de la Escosura criticaban a Narváez, una conversación que no interrumpieron cuando se les unió Salamanca. Los tres formaban parte de un grupito parlamentario escindido del partido moderado al que llamaban «los puritanos», un nombre absurdo que designaba a unos cuantos diputados a Cortes cuyo común denominador era detestar a don Ramón María Narváez, popularmente conocido como «el Espadón de Loja». La causa de las desavenencias fue la prepotencia con que este gestionó las interminables negociaciones para la elección del rey consorte, negociaciones que finalmente concluyeron con divisiones en el partido y con el cese de Narváez en el ministerio. Aunque, en el caso de Salamanca, su enemistad tenía raíces más hondas, ciertas inversiones financieras comunes que resultaron fallidas y de cuyo fracaso le culpó Narváez. Los que hasta entonces habían sido grandes amigos ahora no podían ni verse.

—Va a terminar acabando con el moderantismo y provocando el

regreso de Espartero al poder, ¿en qué cabeza cabe proponer como rey al conde de Trápani, que además de imbécil es extranjero? —Cuando se irritaba, a Serrano se le hinchaba cierta vena del cuello que emergía a la superficie amenazando con romperle la piel y salir huyendo, no había duda de que tenía un carácter sanguíneo. Además, la barba se le llenaba de saliva intimidando a quien se encontrara enfrente—. El fruto de tanto disparate, ahí lo tienen: la reina casada con otro idiota y los carlistas envalentonados por la debilidad del Gobierno. No sé si se han enterado de que han vuelto a levantarse en armas, ahora en Cataluña. De momento, se trata solo de otro cura faccioso, un tal Tristany que se ha sublevado en Solsona con una pandilla de apostólicos, pero de seguir así las cosas cualquier día regresa Cabrera, y eso ya sería harina de otro costal. La guerra civil puede resucitar si no hacemos nada por impedirlo.

A Salamanca, como a Buschental, a pesar de ser diputado, ya no le gustaba la política. De jovencito, todavía en vida de Fernando VII, sí que había sido un exaltado liberal. La nueva insurrección de los carlistas de que hablaba Serrano obedecía a la frustración del conde de Montemolín, el pretendiente legitimista, tras irse al traste sus ilusiones de ser elegido como marido de Isabel II dando así paso a la llamada «fusión dinástica». Una candidatura la suya que se barajó muy en serio, pero acabó en agua de borrajas. Finalmente, se terminó eligiendo al candidato que todo el mundo deseaba evitar, un insípido y siniestro individuo, taimado y corto de entendederas, de apariencia afeminada, protector de monjas milagreras y curas visionarios, tan absolutista como Montemolín y del que el pueblo dudaba que fuese capaz de hacer engendrar hijos a la reina: su primo por partida doble don Francisco de Asís de Borbón y Borbón, con quien finalmente la casaron.

De modo que los nubarrones que se cernían sobre la acongojada España no es que amenazasen tormenta, sino que, enredados en el aparato de los fuegos de artificio con que la villa de Madrid festejaba las bodas reales, presagiaban un nuevo diluvio universal.

Apiadado por la salud de Serrano, cuya creciente excitación no auguraba nada bueno, José de Salamanca interrumpió su monólogo, colocó una mano en la espalda de cada uno de sus compañeros puritanos, y les informó:

—Lenguado *à la meunière* y faisán asado, eso es lo que el cocinero de los Buschental me ha dicho que tenemos de menú. ¡Ah!, y un burdeos del año treinta y dos en honor de Dumas. Y parece que ya está todo listo, de modo que apresurémonos a disfrutar la vida, que mañana ya será otro día.

Abstraído en su asiento, paladeando el brioso burdeos en un extremo de la fastuosa mesa Luis XIV del comedor de los Buschental, Salamanca escuchaba vagos susurros que hacían referencia a una crisis monetaria que azotaba Europa, a pésimas cosechas que habían desatado hambrunas en medio continente, a la conveniencia de no invertir hasta que se despejara el horizonte…, incluso creyó oír la palabra «miedo». Pero su mente estaba en otro sitio, en una especie de ensoñación que había empezado cuando fijó su mirada en el espléndido tapiz que ocupaba casi por completo la pared que tenía a su derecha, un paisaje campestre con bañistas ejecutado según cartón de Procaccini. Después se recreó en la consola con talla de fantasía situada debajo del tapiz, sobre la que descansaba, entre figuras mitológicas corporeizadas en porcelana, el reloj de mesa más hermoso que había visto jamás.

«El lujo de los Buschental —se dijo—, que tanto ha influido en mi carácter». Lujo por doquier, en la cubertería de plata de ley, adquirida en París en un remate del ajuar de Luis XVI confiscado por los revolucionarios, en las dos arañas de Murano que realzaban el artesonado del techo, compradas en la isla en un viaje a Venecia, en el oro siempre presente, guarneciendo las puertas, adornando las cornisas, revistiendo los relojes de mesa, perfilando los contornos del espejo ovalado, dando cuerpo al broche de María Buschental o modelado en forma de filigranas en los brazos de los candelabros.

¿Qué tenía el lujo para movilizar a las gentes, a él mismo, para excitar la ambición, para animar al riesgo? ¿Era solo un ejemplo más de la vanidad del hombre, una muestra de su soberbia, de su deseo de distinguirse del resto de los mortales? No encontró una respuesta simple, para él el lujo consistía en disfrutar del placer de contemplar las cosas bellas, ese placer justificaba el esfuerzo por conseguirlas. De hecho, pensaba, no se disfrutan igual las cosas que se consiguen sin trabajo. Eso lo sabían bien tanto José Buschental como él mismo.

«El lujo de la mansión Buschental —siguió dando vueltas en torno a la misma idea—, que removió mi espíritu desde el primer día. Un día aquel en que decidí tratar de alcanzar lo que en el mundo hay de hermoso, y ese iba a ser el hilo conductor de mi vida. Objetos, cuadros, mansiones, trajes, sí…, pero también sentimientos que ennoblezcan el alma, empresas que asombren al mundo, placeres que alegren la vida… Vivir».

A diferencia de los demás, él se había propuesto conseguir todo aquello a cualquier precio. Por eso, en el fondo de su alma, despreciaba a muchos de aquellos personajes con el aire de indolencia grabado a fuego en el rostro, como ese marqués de Remisa, que se sentaba enfrente, nacido ya con un broche de oro en los pañales. Él era, en cambio, como Buschental, un luchador, el hijo de un médico al

que encarcelaron por afrancesado.

«Crisis monetaria, hambrunas, miedo a invertir…», seguía escuchando sin saber a quién. Seguramente a Remisa, o a su amigo, el embajador Bulwer, que se sentaba a su izquierda. Pero él no entendía de aquellas cosas y, además, no le intimidaban. Siempre había una incertidumbre en el horizonte, una guerra a punto de estallar, un cambio de gobierno inminente o una amenaza contra la monarquía. ¡Excusas para no actuar, para justificar la pasividad! De haber hecho caso a la prudencia que todo el mundo aconsejaba, ¿quién sería él hoy?, ¿un funcionario?, ¿un juez instructor, por ejemplo? ¿O tal vez uno de esos diputados melindrosos y serviles que redactan proyectos de ley y reglamentos que nunca llegan a la imprenta?

Creía en su propio instinto y esa era la razón por la que, como en aquel momento, solía ignorar las manidas conversaciones teñidas de pesimismo. Antes que perder el tiempo en inútiles polémicas, ese instinto suyo lo protegía y lo aislaba, y lo sumergía en su mundo interior, en alguno de sus muchos sueños, tan protectores. Miró hacia Guy Stephan, la jovencita a la que contrató como gran figura de su teatro. Ya se había hecho una mujer, una seductora mujer que en ese momento coqueteaba con Dumas, el escritor simpático y *bon vivant*. Se entretuvo en imaginar la continuidad de la línea perfilada de su cuello y de su espalda más allá de lo que era visible, en observar discretamente la línea de su pecho o en conjeturar el significado del impreciso gesto que se dibujaba en la comisura de sus labios rosados y húmedos.

Tras la nebulosa de una mirada que fingía cansancio y salía perezosa de sus ojos entornados, estudiaba ahora con atención a María Buschental, a su querida Delfina, sentada a la izquierda de Dumas. Una criatura admirable a la que sinceramente adoraba, y que, quizás a causa de su incuestionable belleza, parecía una muralla infranqueable. No era ni frialdad ni distancia lo que retraía de ella, sino tal vez su fortaleza. Uno se imagina, seguramente contra toda razón, que una mujer tan inteligente te gana todas las batallas, y tal pensamiento resulta frustrante.

Pero él tenía ya la suficiente experiencia como para saber que no hay murallas de mujer que no puedan ser derribadas. Es más, con frecuencia los muros más sólidos son los que ofrecen más brechas. Debía reconocer que, últimamente, pensaba mucho en ella, y no solamente como amiga. A veces se sorprendía a sí mismo tratando de adivinar el verdadero contorno de su cuerpo de diosa, velado por los pliegues de sus vestidos. Pero, sobre todo, intentaba descubrir dónde se encontraban las fragilidades que ocultaba su mirada penetrante.

Los Buschental. Desde que los conoció, iba ya para seis años, le intrigaba saber cuál era la verdadera relación que mantenía aquella

pareja sin hijos, en apariencia tan compenetrada. Por la intimidad que los unía y el trato frecuente, le había parecido detectar ciertos brillos en la mirada de ella, como también expresiones de disimulado fastidio en los gestos de él, que delataban una relación conyugal mucho más tormentosa de lo que se podía suponer. Aunque no dejaba de ser una sospecha.

Comparó a María Buschental con su propia mujer, la dulce Petronila, tan bondadosa y tan pusilánime, siempre en quinarios y novenas, tan temerosa de Dios como del mundo que la rodeaba. A él lo veneraba hasta el éxtasis a pesar de considerarlo un azote de Dios, un Atila pacífico, amable e incorregible, a quien perdonaba todos los días sin necesidad de arrepentimiento, aplicando las intenciones de sus misas incontables por la salvación de su alma. Y que desde hacía dos meses tenía otro foco de atención donde volcar su escaso caudal de entusiasmo: su hija María Josefa, que acababa de nacer haciendo que Fernandito dejara de ser un niño único y mimado.

Un camarero en librea turquesa y peluca blanca servía el pescado; el ruido de la pala al chocar con su plato le hizo regresar de sus sueños y advertir que sus vecinos de asiento estaban hablando de él.

—De modo que ganó usted treinta millones de reales en la Bolsa en una sola sesión. Nunca me lo había contado. —Las palabras de Henry Bulwer-Lytton respondían a algo que le acababa de referir Remisa.

—Pero lo verdaderamente legendario —añadió este, sonriendo—, y ya figura en los anales de la Bolsa de Madrid, es que nuestro amigo Salamanca perdonó la deuda a los deudores y rompió en mil pedazos las pólizas delante de todo el mundo mientras cantaba: *Pardon a tutti*, con la música de un aria de *Don Giovanni*.

Bulwer estalló en una carcajada. No podía dar crédito a aquella historia.

—La gente exagera —dijo Salamanca, aparentando seriedad—. En realidad, gané mucho menos, pero como se empezó a rumorear esa cifra, yo nada dije, y lo dejé correr. Siempre está bien que se hable de uno, esa es mi opinión. En cuanto al perdón de las deudas, reconozco que fue una representación, pues no sé si saben que no soy mal actor. Dos de los deudores tenían una situación financiera muy precaria y me imploraron un aplazamiento. Como tenía la certeza de que no cobraría en muchos años aunque ejecutase la deuda, decidí perdonarlos rompiendo las pólizas en público. Lo del *Pardon a tutti* fue una inspiración del momento, una broma, pero muchos creyeron que iba en serio. Naturalmente, yo no los contradije; les ruego que no hagan pública esta confidencia, la verdad decepcionaría a muchos sin beneficiar a nadie.

Bulwer y Remisa reían, la conversación captó la atención general y Salamanca se vio obligado a repetir el relato para, finalmente, volver a entonar *Pardon a tutti* en voz alta. Instantes después, todos los comensales coreaban al unísono la improvisada estrofa, que se repetía una y otra vez. Hasta Dumas participaba en el coro aunque no entendía nada. Una vez pasada la algarabía, Salamanca decidió contraatacar.

—Pero ¿qué coro de voces desafinadas es este que se ha reunido aquí esta noche? ¡No tienen ustedes sentido del recato! ¡Ni del ridículo!

—Estoy segura —lo interrumpió María Buschental— de que no dices la verdad, que sí que perdonaste la deuda a todos y no quieres reconocerlo para evitar que se corra la voz de que eres un blando y te compadeces de la desgracia ajena, algo que casa mal con el mundo de los negocios. Pero yo les puedo asegurar que así es Salamanca, un corazón generoso. Aunque se enfade conmigo, les desvelaré un secreto: sé de buena tinta que anda detrás de la reina para convencerla de que conceda una amnistía que permita regresar a los progresistas, empezando por Espartero.

Salamanca, ligeramente sonrojado, guardó silencio; fue el embajador Bulwer el que tomó la palabra.

—Un empeño encomiable, pero seguramente estéril, la reina no se atreverá a decidir sola algo así. La clave para una posible amnistía la tiene doña María Cristina, y no creo que esté dispuesta a perdonar a Espartero. Lo odia, al fin y al cabo perdió la regencia por su culpa.

—La perdió también a causa de sus propios errores —intervino Salamanca—, como ella misma reconoce. En cualquier caso, espero que la reina y su madre entiendan la necesidad de la reconciliación, el país no puede permitirse tener en el exilio a la mitad de los políticos liberales, bastante tenemos con los carlistas.

—¿Qué sabe usted de Espartero, embajador? —preguntó María—, ¿sigue en Londres?

—Allí sigue, hace un par de meses estuve almorzando con él, en Kensington. Lleva muy mal el exilio.

Aunque no le pareció oportuno mencionarlo, también Salamanca había estado con Espartero no hacía mucho. Aprovechó un viaje a Londres cuyo motivo era conocer a Stephenson, el creador del ferrocarril, a quien trataba de comprometer en sus planes de futuro. Era un convencido de que, en lo que se refería al progreso y a la industria, la importancia de Inglaterra no admitía comparación con ningún país de Europa, y que de esa isla, habitada por gente educada y distante, y hostigada por un clima insufrible, procedía casi todo el flujo de innovación que estaba revolucionando la civilización y las costumbres de los europeos. Fruto de aquel viaje fue la constitución,

junto con algunos socios ingleses, entre ellos Stephenson, de la sociedad Caminos de Hierro del Norte de España a Madrid.

En su encuentro londinense, Espartero le contó la vida miserable que arrastraban los exiliados. Ese día, Salamanca decidió hablar a la reina en favor de una amnistía.

La política, siempre presente a su pesar, como una pesadilla entre los sueños.

Pasadas las diez de la noche, la mayor parte de los caballeros se refugiaron en el salón de fumar, donde el humo se hizo dueño del espacio y velaba la visión de los aguafuertes y acuarelas que colgaban de las paredes. En la habitación sobresalía una vitrina con toda clase de valiosos accesorios para fumadores, propios de un coleccionista: pipas, pureras, pitilleras o cerilleras. Sobre una mesita rinconera descansaba una caja de rapé en marfil y, encima de ella, destacaba una enorme pipa china procedente de un fumadero de opio.

El financiero Nazario Carriquirri, silencioso durante toda la noche, se soltó la lengua bajo los efectos del vino francés, en cuyo consumo parecía haberse excedido. Anunció, como si fuera el arcángel Gabriel, la inminencia de una insalvable crisis monetaria en todo el continente que iba a hacernos pagar los pecados de felicidad cometidos durante los últimos años de bonanza.

A Salamanca le pareció que nadie en aquella casa sabía hablar de otra cosa. La nueva referencia a supuestos problemas monetarios lo llevó a recordar las veinte onzas de oro que, un día ya lejano del año treinta y tres, le prestó a fondo perdido y sin petición previa su cuñado Manuel Agustín Heredia. «Para que te ayuden a abrirte camino en la selva madrileña en la que te vas a instalar con tu flamante mujer», le había dicho. Veinte onzas de oro que le devolvió íntegras tres años más tarde, junto con sus réditos en forma de participaciones en sus empresas de mayor éxito, como el monopolio de la sal o los préstamos financieros al Gobierno. Jamás olvidaría el brillo de aquellas monedas ni, aún menos, la generosidad de aquel hombre único y grande al que trató con intimidad, pues estuvo casado con Isabel Livermore, la hermana mayor de su mujer. Un riojano de modestísimo origen que llegó a ser el primer empresario de España, promotor y propietario de toda clase de negocios.

En el salón de fumar peroraba ahora Serrano sobre la guerra que estaba al caer en Cataluña, un momento que consideró oportuno para marcharse. La jornada aún no había terminado, quedaba todavía el último tramo, el que más prometía, y además el día siguiente se presentaba lleno de desafíos a los que hacer frente. De modo que abandonó discretamente la sala, recogió los dos libros del Donoso

Escrutinio y regresó al salón de recibir, donde se despidió de Guy Stephan, Dumas y Buschental. María y su perfume de musgo, que rara vez la abandonaba, lo acompañaron hasta la puerta.

La bofetada de un viento arremolinado, al salir de la casa, fue un recordatorio de que, junto al paraíso, se encuentra el purgatorio, lleno de tenebrosas oscuridades e incertidumbres imprecisas, de malos olores y de ruidos. Pero la sensación duró apenas un instante, el tiempo que tardó en acercarse su cochero con uno de sus carruajes.

—Buenas noches, Germán, ¿está ya la señora De Castro en el piso de Concepción Jerónima? —preguntó al conductor mientras apoyaba uno de los pies en el estribo.

—Allí está, don José, yo mismo la he conducido allí hace media hora. La recogí en la Puerta de Atocha, como usted me ordenó —respondió, procurando evitar cualquier modulación en sus palabras que pudiera ser malinterpretada, lo que en la oscuridad se intuía que era una figura humana que bajaba del pescante sin soltar las riendas de los caballos.

Ya en tierra, el hombre entregó a Salamanca un pequeño paquete envuelto en papel, lo ayudó a subir al interior del coche y plegó el escalón del estribo para después volver a su asiento. Salamanca desenvolvió el bulto y lo acercó a la lamparilla de aceite de uno de los laterales, abrió el estuche que contenía y comprobó que su ayuda de cámara había cumplido sus instrucciones; dos pequeñas perlas, engarzadas en plata con sus colgantes, reposaban sobre un ahuecado fondo de seda blanca. Cerró la cajita, la metió en uno de sus bolsillos y dio una voz al cochero.

—¡Al piso de Concepción Jerónima, Germán!

Y empezó a silbar, como hacía en Granada en sus días de estudiante de Leyes. No en vano la cabellera de la señora De Castro, cuyo verdadero apellido no venía al caso, de nombre de pila Catalina, era larga, negra y sedosa, y el roce de sus labios evocaba la frescura de los Jardines del Generalife. Respecto a su cuerpo, que ya empezaba a perfilarse en su imaginación, emitía vibraciones que superaban a las producidas por las mejores sinfonías. En cuanto al señor De Castro, su marido, acababa de emprender uno de sus frecuentes viajes a los antiguos feudos de doña Urraca, los señoríos de Toro y Zamora. Para sembrar semilla en sus fértiles propiedades, según noticias. Exactamente lo que él se disponía a hacer.

A la luz mortecina de una bujía, Salamanca observaba en el espejo sus propios ojos, que Catalina había elogiado un par de horas antes. Era un hombre bien parecido que, en contra de la costumbre reinante, detestaba usar barba. Llenó de agua templada la cavidad formada por

ambas manos unidas y la esparció por el rostro y por la nuca, por los brazos y por el pecho. Luego se frotó suavemente la cara con un poco de *eau de cologne* vertida de un frasco de cristal esmerilado que despedía tenues rayos de luces irisadas.

Un rato antes, al regresar a casa desde el pequeño piso reservado para los encuentros de su vida galante, tan agitada, ordenó al cochero que no se detuviese en la puerta principal y entró por la trasera, por donde se accedía al patio de coches y a las cuadras. Trataba de no romper el silencio, porque la niña recién nacida, que pasaba las noches en la habitación del ama de cría, debía de estar durmiendo, como los demás.

El dormitorio de Petronila era contiguo al suyo; hacía varios años que tenían cuartos separados por los horarios extravagantes a que lo obligaba su vida ajetreada. De vez en cuando, pero cada vez con menor frecuencia, él le hacía a ella una visita nocturna. ¿Por qué, se preguntaba a veces, no ocurre alguna vez lo contrario y es ella la que viene a mí? Algo inconcebible, conociéndola. ¡Pobrecilla! Nunca lo recriminaba por sus trasnochadas. Si albergaba alguna sospecha de que sus tardanzas no siempre se debían a sus «numerosas ocupaciones», seguramente sí, jamás hizo la menor alusión, habituada como estaba al ejercicio del perdón y la misericordia, a esconder la mayor parte de sus pensamientos y a no abusar del ejercicio de hacerse preguntas.

A pesar de los descalabros en la Bolsa, había sido una buena jornada, sobre todo la parte final. La quiso prolongar recreándose en un mundo de fantasías sensuales. Aunque exiguo, aún percibía el olor de Catalina, una hembra frustrada que cuando estaba junto a él se abandonaba y se dejaba hacer, humilde y sumisa. Ahora, en la oscuridad, Salamanca trataba de llenar con el fuego de las ilusiones el inevitable vacío que sigue a la desaparición del deseo y dejó que su mente navegara a su libre albedrío, siguiendo el dictado de la imaginación. Fugaces imágenes de aquella noche acudieron, la ondulada silueta del pecho de Guy Stephan, el fatigado aliento de Catalina bajo su cuerpo… Pero, sobre todo, el impenetrable significado de una mirada sostenida, la de María Buschental al despedirlo, vislumbrada entre una atmósfera acuosa, llena de humedad. Cierta sensación alimentó sus sueños con ambiciones de futuros proyectos.

Sin embargo, un poder superior, el poder del diablo seguramente, se entrometía entre esas dulces alucinaciones y venía a perturbarlas: el inevitable sentimiento de culpa que solía suceder a sus romances transgresores. Un sentimiento efímero y poco doloroso que nada tenía que ver con la religión; lo llamaba «el recuerdo de Mariana Pineda». Era, por así decirlo, una burla de su mente, una breve pero recurrente

penitencia que sufría siempre tras una aventura amorosa por imaginarse estar engañando a «la única mujer de la que realmente se había enamorado». Una paradoja irracional en un hombre como él, que consideraba plenamente justificado engañar a Petronila, la fiel esposa incapaz de satisfacer sus necesidades carnales, y en cambio sucumbía ante un lejano recuerdo.

Volvió a ese recuerdo, el de Mariana Pineda. Mariana fue una luchadora por la libertad a la que los absolutistas ajusticiaron una mañana de mayo del año treinta y uno en la plaza del Triunfo de Granada y terminó convirtiéndose en una leyenda en toda España. Una mujer con una infancia difícil y una vida amorosa irregular a quien su primer marido contagió el odio por el absolutismo. Salamanca, entonces un estudiante, la había tratado en casa de los condes de Teba, centro de reunión habitual de los liberales de la ciudad, y terminó enamorándose de ella violentamente, hasta la desesperación, aunque ella seguramente ni siquiera lo supo.

El año veintiocho, el miedo del Gobierno a un pronunciamiento militar fue motivo de numerosas detenciones de liberales en Granada. Y de algunas ejecuciones. Entre los condenados a muerte se encontraba un personaje muy conocido, el capitán Fernando Álvarez de Sotomayor, primo y amigo íntimo de Mariana. Ella facilitó su fuga mediante una ingeniosa maniobra, consiguió hacerle llegar hasta su celda unas barbas postizas y un hábito de fraile, y Álvarez de Sotomayor salió de la prisión por su propio pie simulando ser un clérigo. Este episodio resultó motivo de general regocijo en Granada por el ridículo en que quedó el Gobierno. Todo el mundo conocía la participación de Mariana en los hechos, pero las autoridades nada pudieron probar en su contra. Aunque a fe que se la guardaron.

Meses más tarde, una cadena de desgraciadas circunstancias terminó en una denuncia y un registro en su casa. La policía descubrió allí una bandera que tenía bordados un triángulo masónico y el lema «Libertad, Igualdad y Ley». La acusaron entonces de que la enseña estaba preparada para encabezar la rebelión contra el Gobierno que supuestamente estaba a punto de producirse en la ciudad. En realidad, esa bandera, bordada por unas criadas, fue introducida en su casa con engaño a instancias del jefe de la policía, un individuo llamado Pedrosa.

Con esta escuálida prueba, un estandarte con los símbolos liberales, Mariana quedó arrestada en su propio domicilio. Estuvo a punto de escapar disfrazada de anciana, pero no llegó a conseguirlo, y entonces la ingresaron en condiciones penosas en el Beaterio de Santa María Egipcíaca, un antiguo convento convertido en prisión para mujeres. El comisario Pedrosa, que estaba enamorado de ella, le ofreció la libertad a cambio de la delación de sus camaradas, a lo que Mariana se negó

sabiendo que esta actitud le acarrearía la muerte. Semanas más tarde fue humillada en un largo juicio lleno de irregularidades y falsos testimonios. Finalmente, fue sentenciada a muerte.

Al entonces jovencísimo Salamanca, ese primer amor juvenil de final trágico le causó tanto dolor que se prometió no querer a nadie de aquel modo nunca más. Y cumplió su compromiso; supo querer, pero no demasiado.

Desde aquellos días, sin contar a su mujer, habían sido muchas las señoras o señoritas De Castro que habían compartido su lecho en el piso de Concepción Jerónima o en otros diversos lugares. Tantas que ya no era capaz de recordarlas a todas; aunque sí a María Eulalia, la apasionada solterona que acostumbraba sollozar en el trance de amor, o a Demetria, la pelirroja riojana incapaz de separarse de su caniche ni siquiera en los momentos de mayor intimidad. O a Eugenia Fernanda, que lo tuvo que esconder en una alacena cuando se presentó inesperadamente el marido; desde entonces se negó a usar la propia vivienda de la dama para sus encuentros, tal fue su sobresalto aquella tarde.

Se preguntaba a qué olían todas esas mujeres. ¿Tal vez a sábanas pasajeras? Podía ser, pero no era ese el olor que ahora le obsesionaba, sino un perfume de musgo que permanecía anclado en su olfato.

En el año cuarenta y uno, bajo la regencia de Espartero, el Gobierno, acuciado como siempre por deudas descomunales y escasez de numerario, sacó a concurso público al mejor postor la concesión de la explotación en exclusiva de la sal en toda España. Y el mejor postor fue Salamanca, que vislumbró que aquellas montañas de minúsculos cristalitos blancos de amargo sabor, producto de la simple desecación del agua salada, le traerían suerte. Y vaya si se la trajeron. Aunque no vino por sí sola.

La explotación de la sal fue su primer gran negocio. Desafortunadamente, el período de cinco años de concesión tocaba a su fin en los próximos días. Esta industria, como la del tabaco, formaba parte de las denominadas «rentas estancadas», esto es, las procedentes de productos o servicios cuya explotación se reservaba el Estado. Últimamente se empezaban a denominar «monopolios».

Cuando habló a sus amigos Buschental y Heredia de su intención de licitar en aquel concurso, encontró en ellos escaso entusiasmo. Aun así, ambos, y también el malagueño Martín Larios, terminaron participando en la sociedad; lo hicieron sin convicción, simplemente porque él se lo pidió y ellos confiaron en su intuición. Salamanca estaba muy lejos de tener ni el capital ni los avales suficientes para garantizar el pago de la renta de cuarenta y cinco millones al año que

la adjudicación exigía, por lo que el concurso de sus amigos fue esencial. De hecho, la concesión se le otorgó por la confianza que a la Hacienda Pública le merecían los nombres de Heredia, Buschental y Larios, que aparecían como socios. Tan solo permanecieron en la sociedad unos meses, el tiempo que necesitó Salamanca para devolverles sus aportaciones con el dinero generado por las primeras ventas; desde entonces, la empresa explotadora del monopolio de la sal fue de su propiedad exclusiva. En realidad, ahora se daba cuenta, se lo había jugado todo a una carta, pues la magnitud de todo aquello excedía con mucho a su capacidad financiera de entonces. Pero la jugada salió perfecta y le supuso, aparte de unas ganancias fabulosas, un aura de prestigio que no había hecho más que crecer desde entonces.

Con la sal, Salamanca descubrió su verdadera vocación: las empresas arriesgadas. Era una de esas escasas personas, si es que había alguna más en España, que no se arredraba ante la dimensión de las obligaciones contraídas, antes al contrario, le servía de estímulo porque le hacía soñar con la otra variable de aquella apuesta, la también enorme dimensión del éxito. Si es que acertaba a conseguirlo, ese era el reto.

Pero había algo más que amor a la aventura en su motivación de emprender y ello era el afán de crear. El instinto que mueve a un empresario a emprender es el mismo que el que empuja a un músico a componer o a un investigador a descubrir, se decía, una vocación que en el fondo puede considerarse una emulación de Dios, el Creador por antonomasia.

Desde el primer día, se entregó en cuerpo y alma a aquella empresa. Visitó las salinas y alfolíes más importantes: San Fernando, Cardona, San Pedro del Pinatar o Torrevieja, y al ver la penosa situación en que se encontraban invirtió grandes sumas en modernizar sus arcaicas instalaciones. Creó una administración centralizada en su oficina de Madrid para controlar la producción y las ventas, ordenar el transporte de la sal a los centros de consumo y el del efectivo metálico a Madrid, con la necesaria protección, dada la inseguridad de los caminos. Organizó un cuerpo de agentes inspectores a fin de reducir el fraude, negoció precios y plazos con los gremios consumidores más importantes, como la industria de la salazón de pescados y los mataderos, y colocó a personas de su confianza en cada uno de los cuatro distritos en que dividió el territorio. Empleó a centenares de personas y, en la medida en que todo aquello fue dando sus frutos, llegó a tener las finanzas más saneadas de España, puesto que cobraba al contado y pagaba a plazos. Eso le permitió invertir en la Bolsa cantidades nunca vistas hasta entonces y en más de una ocasión llegó a actuar como banquero del propio Gobierno, al que concedió varios

anticipos de tesorería.

Con la decisión de dejar la explotación de la sal en manos de una empresa privada ganó todo el mundo. A los beneficios de Salamanca, estimados en unos cien millones de reales en los cinco años de concesión, había que añadir los del Gobierno, que multiplicó sus ingresos simplemente por no hacer nada. Por otra parte, la mejora en la calidad, en el empaquetado y en la rapidez de los abastecimientos benefició a la población y a la industria. Aumentó el consumo y en consecuencia bajaron los precios, de modo que se pusieron en explotación nuevas salinas y alfolíes. Un círculo virtuoso.

Pero ahora ese mirlo blanco estaba al borde de la muerte, la concesión llegaba a término y con ello desaparecía su principal fuente de ingresos. El Gobierno de Istúriz, conocedor del éxito de Salamanca y de que había modernizado las salinas y almacenes que le habían sido cedidos, decidió no renovar la licencia y retornar al antiguo sistema de explotación pública. Un error. Y para él un serio trastorno, se agotaba su principal fuente de ingresos y eso le obligaba a buscar otros horizontes.

Sobre su escritorio, custodiados en un diminuto relicario de plata, conservaba unos granos de una sal gruesa y un poco amarillenta. Era una muestra que él mismo había recogido hacía cinco años, de la primera producción de su empresa en las salinas de San Fernando. Abrió la cajita, adhirió al dedo corazón un grano de aquel polvillo y lo acercó a la lengua para saborearlo. La sal ya era parte de la historia, había cumplido su misión y ahora se imponía abrir nuevos caminos.

El nuevo camino, un *chemin de fer,* de hierro en este caso, ya estaba en construcción. Pero ese camino era arduo, así como el negocio de la sal producía ingresos desde el primer instante, el del ferrocarril era una fuente ingente de gastos que tan solo se empezarían a recuperar, lentamente, cuando estuviese en funcionamiento. Tenía, por tanto, un fuerte contenido financiero, y era esencial concluir las obras con rapidez para que los ingresos llegasen lo antes posible. Por eso empleaba a tantos trabajadores.

Leyó con atención el informe que su secretario había dejado sobre la mesa de su escritorio, un resumen de los flujos de dinero que se esperaban durante la próxima quincena, la última de la concesión. Había que pagar jornales, atender el vencimiento de pagarés por compras de máquinas y herramientas, facturas de canteras y fábricas de rieles y traviesas, sueldos de ingenieros y empleados, intereses de préstamos y devolver el principal de uno que vencía. En total, seis millones de reales, a pagar en los próximos quince días. Los ingresos previstos por la liquidación provisional del negocio de la sal ascendían

a poco más de dos. La cuenta era simple, necesitaba cuatro millones inmediatamente. Un escalofrío le recorrió el estómago, una sensación ya familiar que solo duró unos segundos.

El cese de las rentas de la sal obligaba a aumentar la apelación de la sociedad del ferrocarril al crédito, ya que las aportaciones de los socios estaban más que consumidas. Esa había sido una de las razones por las que, dos años antes, junto con los amigos de siempre y algunos más, había fundado previsoramente el Banco de Isabel II.

Había llegado a su despacho de Cedaceros unos minutos antes de las ocho, como cada mañana, y tras el informe leyó la correspondencia. Abría las cartas despacio, con un afilado estilete que tomó de la escribanía de plata. Peticiones de favores, escritos de sus delegados en los distritos, mensajes de marchantes ofreciendo a tenores y sopranos para actuar en el Teatro del Circo, la convocatoria a cierta comisión de las Cortes, tres invitaciones a actos sociales, entre ellos un *cocktail* en el palacio de Las Rejas, una carta desde La Habana de su amigo Luis Velarde… Cuando terminó de leerlas, las apiló ordenadas por tamaño, las más grandes debajo, y acercó un cofrecito de oscura madera labrada que le habían colocado en una esquina de la mesa. Todos estos pasos seguían una rutina conocida, una especie de superstición consistente en la suprema valoración del orden, una condición imprescindible para el éxito según su arraigada creencia. Sacó un pequeño llavero del bolsillo izquierdo de su chaleco y eligió una llavecita dorada para abrirlo de la que tan solo había una copia, la que guardaba su secretario. El cofre contenía la correspondencia confidencial, consistente esa mañana en un sobre pequeño, sin dirección ni remite. Lo rasgó y leyó la nota de su interior, estaba escrita con letra nerviosa y picuda, conocida… «El viernes a las ocho en la Puerta de Atocha. C.». El mensaje le excitó, el cuerpo de Catalina tomó de pronto forma en su imaginación, de un modo fugaz. «Buena chica, ha atendido mi deseo de volver a verla con la mayor prontitud». Sin duda, habría aprovechado la asistencia a la misa temprana para enviar a la criada que la acompañaba con el billete. De una de las gavetas tomó un sobre pequeño, sin remite, introdujo con el mismo doblez de origen la nota en su interior, en la que había garrapateado su conformidad, lo humedeció con saliva, llamó a su secretario y le pidió que se sentase, como así hizo.

—Déselo a Germán —ordenó con amabilidad. Y le entregó el sobre.

Anotó en su agenda de pastas de cuero beis y ribetes dorados las citas a las que pensaba asistir y después dictó las cartas de respuesta, rara vez las escribía personalmente. Así como las palabras se llevaban bien con su lengua y salían de su boca con fluidez y decoro, incluso en francés a pesar de su acento eceante, no tenía la misma facilidad para escribir.

A la derecha del escritorio, en una mesita supletoria, junto al papel secante, nunca faltaba un pañuelo de seda humedecido para limpiarse los dedos ni un pequeño frasco de colonia para purificarse las manos, sucias tras manosear tantos papeles. Utilizó ambos.

—Cuénteme de su cuñada, don Matías. —Bajo el aseado rostro de don Matías Perelló, secretario personal de Salamanca, se ocultaba el espíritu atormentado de un hombre de ideas. De un batiburrillo de ideas revolucionarias y confusas, eternamente pendientes de concreción.

—¿Cómo ha de estar, don José? Pasando penurias con sus cuatro mocosos y desesperada por no poder ver a mi hermano. Al moderantismo no se le ocurrió mejor prisión adonde enviarlo que la de Menorca. —El teniente coronel Perelló, hermano de don Matías, sufría prisión por haber militado en el bando perdedor en la batalla de Torrejón de Ardoz—. Y aún le restan siete años, salvo que vuelva Espartero al gobierno y le dé la vuelta a la tortilla, Dios nos escuche. Mientras tanto, nos hemos traído a casa a los dos más pequeños, dos bocas más que alimentar. Hacemos por ella lo que podemos.

—No me diga que ahora se ha pasado al bando de Espartero. Yo creía que usted ponía velas a la Virgen de Montserrat por el advenimiento de la República. —Entre las firmes convicciones de Perelló estaba la certeza de que el día del Juicio Final se haría justicia verdadera, y así carlistas y moderados entrarían juntos en el recinto de las galeras eternas.

Del bolsillo interior de su levita, Salamanca sacó una cartera de cuero negro, y de ella, doscientos reales. Tomó un nuevo sobre de la misma gaveta anterior, metió el dinero y lo cerró pasando nuevamente su lengua por los bordes.

—Hágale llegar esto a su cuñada. Pero no vaya a confundir el sobre con el que le di antes para entregar a Germán.

—¡Pero, don José! ¡Yo no puedo aceptar esto! —Perelló estaba sinceramente conmovido, a punto del llanto.

—No tiene que aceptarlo puesto que no es para usted, ¿estamos de acuerdo? —Pero no esperó la respuesta del secretario, que no salía de su asombro—. Dígale a Cánovas que me traiga la relación de accionistas de la Sociedad del Ferrocarril de Madrid a Aranjuez. Y entréguele también el listado de vencimientos de las operaciones de valores. ¡Ah!, y doscientos reales para mis gastos de bolsillo, le firmaré el recibí. En quince minutos debo irme a la Bolsa.

Antonio Cánovas del Castillo era un joven malagueño, sobrino segundo de su cuñado Serafín, quien le había pedido que lo colocara en la oficina hasta que encontrase otro empleo de más fuste, pues parecía tener talento. El joven le entregó los documentos y el dinero y fue invitado a sentarse donde acababa de estar Perelló.

—¿Qué noticias tenemos, Cánovas? —Las lentes de Cánovas velaban el brillo de sus ojos ambiciosos. Su frente, despejada y reluciente, denotaba franqueza y sentido de la perspectiva, cosas ambas muy dignas de aprecio. Durante las escasas semanas que llevaba trabajando en la sociedad del ferrocarril había demostrado eficacia y resolución.

—Los estados financieros ya los ha visto usted. En cuanto a la obra, uno de los ingenieros le está preparando el informe semanal, aunque me adelanta que progresan a buen ritmo a pesar de las lluvias de la semana pasada. El martes hubo un accidente, un derrumbe de piedras apiladas cerca de Ciempozuelos. A causa de los aguaceros se deslizaron las rocas de la base provocando un desprendimiento que sepultó a tres trabajadores. Dos de ellos están en el hospital de Villaverde, con heridas menores, pero uno murió en el acto.

—¿Cómo se llamaba el desdichado? —preguntó Salamanca. La noticia le había alterado.

Cánovas buscó entre los papeles que tenía en su mano y encontró el expediente.

—Antonio Salmones, vecino de Pinto. Deja viuda y dos hijos pequeños. Tenía veintisiete años. El ingeniero de la obra asistió al entierro, y también varios de sus compañeros, a los que se concedió permiso.

—La semana próxima, aún no sé qué día, inspeccionaré las obras. Recuérdeme que visite a la viuda y le lleve una indemnización de quinientos reales, se la entregaré en mano. También iré al hospital de Villaverde a ver a los heridos, prepare alguna gratificación para ellos.

—Así se hará, don José —afirmó Cánovas con energía, y continuó hablando con palabras precisas y tono profesoral de ciertos expedientes de expropiación y de dificultades con las licencias de obras. Aunque Salamanca asentía de vez en cuando, ya no lo escuchaba, tan solo veía a un hombre joven y sin rostro tendido entre rocas de caliza blanca, con la camisa empapada en sangre. «El precio del progreso —se dijo—, pero hay que continuar, no hay otro camino».

—Discúlpeme, Cánovas, se me ha ido el santo al cielo y tengo que irme a la Bolsa. Dígale a Germán que prepare el coche, bajo enseguida.

El saloncito interior, la más acogedora de las habitaciones del restaurante, trataba de emular el esplendor de los mejores establecimientos franceses, con paredes de madera y espejos isabelinos, luces indirectas que traspasaban pantallas de tela color vainilla y un aroma agradable en el ambiente, fruto de la combustión de hierbas aromáticas. Émile Lhardy, el propietario, explicaba a

Alexandre Dumas cómo decidió venir a Madrid hacía siete años siguiendo el consejo de Mérimée, a quien conoció en Burdeos, quien le animó asegurándole que, en la corte española, no había un solo restaurante merecedor de tal nombre.

—Mérimée tenía razón —asintió Serafín Estébanez Calderón—. Aún hoy, salvo la honrosa excepción que es este establecimiento, no se encuentra en Madrid una sola casa de comidas decente, aparte de algunas fondas ilustradas, como la de Los Dos Amigos o la de La Perona, donde no se come mal, pero son lugares ruidosos y con pésimo servicio.

Alexandre Dumas saboreaba la copa de oporto que el bueno de Lhardy les había ofrecido como *apéritif* acompañada de unas uvas pasas malagueñas para endulzar la espera. Animado por las atenciones del cocinero, que se desvivía por agradarles, el novelista le dio noticia de las últimas tendencias de la cocina francesa, con mayor presencia de los pescados, carnes no tan hechas y predilección por vinos tintos con mucho cuerpo. Al tiempo que hablaba, Dumas trataba de apaciguar con una mano su rebelde y encrespada cabellera.

Al llegar Salamanca, Lhardy lo saludó con una inclinación de cabeza algo más pronunciada de lo que acostumbraba, acomodó a sus tres huéspedes alrededor de una mesa circular lujosamente vestida y abandonó la sala para acudir a la cocina.

Estébanez tomó de una mesita un envoltorio y se lo entregó a Salamanca.

—Toma, el número diecisiete de la colección del Donoso Escrutinio —dijo sonriendo—; esta misma mañana me han avisado de la librería de viejo de la Costanilla de San Vicente. Lo acabo de recoger.

Azorado, sus dedos temblaban ligeramente mientras desenvolvía el paquete.

—*Espejo de caballerías*. —Salamanca mostró a Dumas un libro de hojas pajizas y tan viejo que en la impresión de la tapa a duras penas se podía leer el título.

—La historia de Reinaldos de Montalbán —añadió Estébanez.

—Ya solo faltan once. —En esta ocasión, Salamanca recordó el número y, mientras especulaba sobre el tiempo que tardaría en completar la colección, Dumas cogió el libro y se sumergió en sus páginas. De vez en cuando, pronunciaba sonoras expresiones de admiración.

Poco después, un criado uniformado sujetaba la sopera mientras otro les servía el *consommé* en grandes tazones de porcelana de Sèvres. Dumas cubrió su voluminosa pechera con una servilleta enorme para evitar que los violentos vaivenes a los que él mismo sometía a su cuchara, sobrecargada del sabroso caldo, resultasen cual inundación que arrasara camisa y chaleco. El efecto del líquido en su paladar

pareció desatarle la lengua.

—A pesar de que lo conozco desde hace poco —dijo a Salamanca—, ya puedo afirmar que es usted un romántico. Un hombre con esa vocación suya de embarcarse en empresas imposibles está atacado a la fuerza por la enfermedad del romanticismo. Pero no me lo tome a mal —recalcó el escritor al ver la cara de extrañeza de Salamanca—, también yo lo soy, como lo son la mayor parte de mis personajes, gentes que navegan sin brújula, en busca de la utopía. De modo que no le sorprenda encontrarse a sí mismo en alguna de mis futuras novelas. —Dumas hizo una pausa para apurar las últimas cucharadas de caldo y quitarse la servilleta—. Los románticos necesitamos la libertad como el aire —añadió—, ¿no le ocurre también a usted?

—¡Un romántico! —comentó sorprendido Salamanca—. Jamás se me habría ocurrido. No entiendo mucho de esas cosas, para mí el romanticismo era el pobre de Larra o sus amigos de la tertulia del café del Príncipe, a los que hace años veía cada tarde.

Estébanez explicó a Dumas que Mariano José de Larra fue un brillante escritor de vida atormentada que un buen día, hundido en la desesperación, se voló la tapa de los sesos.

—*Mais non!* No conozco el caso que cuenta, pero estoy seguro de que ese escritor se quitó la vida el día en que perdió la esperanza de conseguir su ideal, fuera el que fuese. Perdida la ilusión, nada vale la vida.

—No estará justificando el suicidio. —A Salamanca le asustaron las últimas palabras del novelista.

—No justifico nada —puntualizó Dumas—, yo soy el mayor amante de la vida. Solo intento entender al que llega a ese extremo, y lo único que digo es que todo está perdido cuando no existe el deseo de vivir.

«Yo un romántico como Larra, ¡quién lo diría! —pensaba sorprendido Salamanca—. He aquí una muestra más de la imprecisión de los conceptos, que parecen no tener fronteras». La idea no le molestó.

La conversación fue derivando hacia el próximo viaje de Dumas por Andalucía, que empezaría al día siguiente.

—Le animo a que tenga los ojos bien abiertos en este viaje —invitó Estébanez al francés—, Andalucía es mi tierra y la de José, y sin lugar a dudas el territorio español romántico por excelencia. —Estébanez Calderón sabía de lo que hablaba, en sus libros había descrito a los andaluces y su tierra mejor que nadie—. Si me perdona la intromisión, me atreveré a hacerle dos recomendaciones, seguro que me lo agradecerá. La primera es que haga el esfuerzo de viajar a Ronda, la patria de Pedro Romero y una de las ciudades más deslumbrantes de España, aunque tan escondida en el interior de la sierra que llegar a ella no es sencillo. Debe estar allí el primer domingo de noviembre;

ese día se celebra en su maravillosa plaza de toros la última corrida de la temporada, esta vez reunirá a tres artistas de la tauromaquia, quizás los tres mejores toreros vivos: Francisco Montes, *Paquiro;* Francisco Arjona, *Cúchares;* y Juan Pastor, *el Barbero*. Los tres son amigos míos y le regalarán con gusto las entradas si les dice que va de mi parte. Le aseguro que nunca olvidará esa tarde.

Dumas sacó una agenda del bolsillo e hizo repetir los nombres a Estébanez para apuntarlos. Le aseguró que haría todo lo posible por viajar a Ronda.

—La otra se refiere al cante andaluz, al que llamamos *flamenco* o *jondo*. Cerca de la ciudad de Cádiz, en plena bahía, hay un pueblecito marinero llamado Puerto Real. Pregunte allí por la Taberna del Cojo y, en ella, por Francisco Ortega, al que todos llaman *Fillo*. Dígale también que es mi amigo y que cierre una noche la taberna para usted y sus amigos. Tendrá la oportunidad de comprobar cómo la voz más áspera y desabrida que sale de una garganta es capaz de ponerle el vello de punta y hacerle llorar de emoción, como yo he llorado tantas veces escuchándolo. Pregúntele por sus dos hermanos, Curro Pabla y Juan Encueros, y si están en el pueblo reúna a los tres y que se alternen en los cantes hasta que amanezca. Y no olvide meterle en el bolsillo veinte reales a cada uno al final de la jornada.

El excelente almuerzo y la conversación agradable proporcionaron a los tres comensales unos instantes de moderado gozo, tan solo al alcance de espíritus libres predispuestos a la felicidad.

—Debo marcharme, tengo una reunión en el banco. —Salamanca se tuvo que excusar tras los postres—. *Monsieur* Dumas, lo espero con sus amigos a las siete y media en mi palco del Teatro del Circo, tenemos que celebrar su última noche en Madrid. Serafín los recogerá en el hotel. —Dumas asintió—. ¡Ah, perdone, esto me lo llevo conmigo! —Y así recuperó *Espejo de caballerías*, Dumas lo tenía sobre sus piernas, parecía estar acunándolo como a un hijo, pero él no estaba dispuesto a renunciar a esta reciente paternidad bajo ningún concepto—. Gracias y enhorabuena, Serafín, no sé qué haría sin ti. —Se levantó y salió precipitadamente.

Émile Lhardy lo despidió en la puerta con una nueva inclinación de cabeza, aún más marcada que la del recibimiento.

La Junta de Gobierno del Banco de Isabel II estaba compuesta por doce consejeros, todos ellos socios fundadores, y por el gerente don Manuel Salvador. Los doce eran amigos de Salamanca y todos sin excepción habían decidido convertirse en accionistas en razón de la confianza que tenían en él y en su asombrosa visión de futuro, tantas veces demostrada. Un banco, les había dicho, es el corazón del sistema

económico, más importante aún que la Bolsa, puesto que es el origen del crédito; por tanto, resulta ser la fuente de alimentación de cualquier empresa que nace o espera crecer. Por ese tiempo, se podía afirmar que en España casi no había bancos propiamente dichos, sino más bien prestamistas más o menos serios que a veces tomaban la forma de sociedad mercantil. Fuera de esto, la población se valía en caso de apuro de los diteros, las casas de empeños y los montes de piedad, y, cuando no había más remedio, de los usureros. Además del Banco de Isabel II, la excepción en ese páramo financiero era el Banco de San Fernando, perteneciente al Estado.

Para evaluar el posible éxito de sus proyectos, Salamanca se valía de la observación de lo que pasaba en Europa, es decir, en Inglaterra y en Francia para ser precisos. Le gustaba viajar a estos países y en París había conocido y tratado al banquero James Rothschild, quien desde entonces se convirtió en uno de los espejos en que le gustaba mirarse. Salamanca utilizó el aura legendaria que ya acompañaba a la figura de este judío alemán afincado en Francia para llevar al ánimo de sus amigos que la fundación de un banco privado en España les abriría la oportunidad de repetir sus éxitos. Al tiempo que trataba de convencerlos, movilizó su influencia en los círculos del poder y consiguió de la reina la autorización para usar su nombre, y del Gobierno, la facultad de emitir billetes al portador, un privilegio del que tan solo gozaban tres entidades en todo el país, bajo promesa de colaborar en la colocación de las emisiones de deuda del Tesoro. Gracias a todo eso, y a su habilidad para aunar voluntades y generar ilusión, el Banco de Isabel II nació a la luz pública en enero de 1844 con un capital de cien millones de reales, una inmensa fortuna.

El salón del consejo ocupaba la mitad de la primera planta de su sede, la Casa de los Cinco Gremios, una habitación rectangular y muy luminosa con seis balcones volcados a la calle de Atocha, y otros dos, a la de la Bolsa. A la reunión de esa tarde habían excusado su asistencia cuatro de los directores, por lo que los asistentes eran nueve, entre ellos Buschental y el marqués de Remisa, sentados frente a él, y Nazario Carriquirri. El director gerente leía su informe con gesto grave y tono frío, arrojando los datos como quien lanza los dardos en la caseta de feria, sin pausa alguna hasta agotar el arsenal. Terminadas las cifras, pasó a las conclusiones. A medida que hablaba, el sosiego de los oyentes se convirtió en alarma, para terminar transformándose en abatimiento. El silencio se hizo tan profundo que, entre frase y frase del director gerente, se escuchaban con nitidez las campanadas de la Encarnación, un convento no precisamente cercano.

—La situación es extremadamente difícil, señores. Nos estamos enfrentando a un déficit de liquidez sin precedentes que se extiende por toda Europa, paraliza los negocios y provoca gran cantidad de

quiebras. Si no cambia la situación, en pocas semanas tendremos dificultades para atender nuestras obligaciones; les recuerdo que hemos emitido docenas de millones de reales en billetes al portador, los cuales se nos pueden presentar al reembolso de golpe si crece la desconfianza.

El director gerente cerró el portafolio que contenía sus documentos, bebió un sorbo de agua y se aclaró la garganta. El silencio se hizo tenaz, los asistentes supieron por otras campanadas vecinas que eran las cinco de la tarde.

«Vaya, este lo llama déficit de liquidez en vez de crisis monetaria, es un alivio», pensó Salamanca. Para él, estas reuniones solían ser aburridas aunque de asistencia ineludible, ya que todos lo consideraban el alma de la entidad y su prestigio se vería dañado si notaban desinterés de su parte. Por otro lado, eran una excelente fuente de información, en aquella sala había tenido noticia de numerosos acontecimientos y rumores —con frecuencia era imposible determinar cuál de esos dos conceptos era el aplicable— que le habían sido útiles.

Pero el memorial de desgracias que acababa de escuchar hizo de aquella una reunión diferente que lo puso en guardia. Recapituló, Salvador había mencionado los siguientes puntos: brusco aumento de los impagados, necesidad de subir el tipo de interés, restringir los nuevos préstamos y bajar el porcentaje de las pignoraciones de valores teniendo en cuenta la incesante bajada de la Bolsa. «Así pues, lo de la crisis va en serio, ya no se trata de comentarios alarmistas. Bueno —se propuso—, habrá que afrontarla».

Alguien a quien no podía ver, sentado a su izquierda, ¿Safont?, un alma asustada en cualquier caso, rompió el silencio y desaconsejó futuros créditos sobre acciones del propio banco. Luego habló Carriquirri para insinuar que, de persistir la falta de liquidez, habría que hacer nuevas aportaciones de capital por parte de los socios; en ese punto, un murmullo impreciso y de bajo tono fue interpretado por todos como lo que era, la voluntad unánime de no poner un real más por mucha falta que hiciera, y eso enrojeció el rostro del bienintencionado Carriquirri. Remisa opinó que, si el banco llegaba a necesitar liquidez, algo inconcebible en su opinión, habría que emitir obligaciones o negociar con el Gobierno líneas de crédito.

—O mejor con el Banco de San Fernando, que aunque es de capital público no es el Gobierno —afirmó Salamanca con una voz tan firme que concitó todas las miradas—. Queridos amigos, creo que nos estamos excediendo en el pesimismo. Eso que Salvador llama déficit de liquidez terminará pronto, se restablecerá la confianza y la gente volverá a invertir y a comprar valores. Por una sencilla razón: porque la voluntad de progreso del hombre es imparable. Y las dificultades las

sortearemos como siempre hemos hecho: con tenacidad y con imaginación. Si es necesario, negociaremos con el Gobierno, no olviden que un problema en nuestro banco también sería un desastre para el país.

Buschental y Remisa sonrieron, ya lo conocían. Donde estuviese Salamanca los problemas no eran problemas, sino oportunidades que había que aprovechar. La gracia del dios del optimismo se derramaba sobre la cabeza de este hombre como el maná llovía sobre el pueblo elegido en su peregrinaje hacia la Tierra Prometida. Parecía llevar un cartel adosado a su pecho en el que se podía leer: «Estando conmigo, nada hay que temer».

Media hora más tarde se había marchado todo el mundo. Tan solo quedaban el director gerente y él mismo, pues tenía intención de hablar con él a solas.

—Don Manuel —comentó Salamanca, sonriente—, me equivoqué ligeramente en mis cálculos de tesorería cuando cancelé hace meses préstamos por más de veinte millones, y resulta que la semana próxima me quedaré corto de tesorería para el ferrocarril. Si no tiene inconveniente, le enviaré acciones de mi propiedad para que se pignoren dos millones de reales al cambio oficial. Mañana se las traerá mi secretario.

Don Manuel Salvador ocultó, con una mueca forzada, el dolor producido por la carga de pesadumbre que le suponían esas palabras.

—Por supuesto, don José —respondió melancólico—. Como usted mande.

Don José le dio una palmada en el hombro y unas entradas para el Teatro del Circo.

—Saque usted a su mujer de casa esta noche y disfruten de Rossini, ya verá cómo mañana está más optimista y me lo agradece. —Y se marchó, silbando: *Nacqui all’ affanno… non piú mesta,* como Angelina en *La Cenerentola.*

Dos criados vertieron numerosos cubos de agua en el interior de la bañera, un enorme recipiente metálico con cuatro patas cuyos extremos imitaban garras de león que se aferraban al suelo; uno la hirviente y otro la fría, en las cantidades precisas hasta conseguir el punto justo de temperatura. Luego disolvieron unas sales aromáticas y se marcharon.

Una vez solo, se desvistió y se metió en el interior de la artesa, apoyó el cuello sobre una toalla doblada que colocó en el borde de la bañera y, al contacto con el agua tibia, se relajó al punto de adormecerse. Así transcurrió un buen rato, tal vez media hora, hasta que el enfriamiento del agua se alió con un rayo del sol de poniente

que atravesó la ventana, se clavó en su rostro y lo despertó. Sus amigos se burlaban de él llamándolo «modernista», y eso por no calificarlo de extravagante, por haber tenido la ocurrencia de instalar un cuarto de baño junto a cada uno de los dormitorios principales. Y, lo más imperdonable de todo, se bañaba a diario y no una vez en semana, como mandaban la decencia y la tradición. Para colmo, presumía de ello.

Todavía permaneció un tiempo allí, disfrutando aquella paz. «De manera que vienen malos tiempos —se dijo—, poco han durado los buenos; algo más de dos años, la presidencia de Narváez y estos meses de gobierno de Istúriz». Y, sin embargo, a él no le había ido mal en los malos, cuando la guerra carlista y la regencia de Espartero, un tiempo en que cada día había un sobresalto.

«Habrá que adaptarse». De repente recordó que era la tercera o cuarta vez en las últimas horas que se repetía esa proposición, la necesidad de afrontar lo que estaba por venir. Eso significaba que implícitamente estaba aceptando que algo incierto, poderoso, estaba a punto de suceder de manera inevitable.

El sosiego del baño no estaba exento de un punto de tensión, los aguijonazos que el día había ido esparciendo se juntaban todos ahora y le provocaban cierta presión sobre el pecho. Paseaban por su mente difusas imágenes de un hombre sin rostro atrapado entre las rocas; sin rostro pero con nombre, Salmones, aunque enseguida abandonó los malos pensamientos. Era esta una de sus virtudes, la capacidad de aislarse y expulsar las sensaciones negativas, de modo que reemplazó aquella imagen por la de un ferrocarril como el que discurre entre Manchester y Liverpool cruzando el Tajo por un puente reluciente, adentrándose en los jardines del palacio de Aranjuez.

Salió de la bañera, se colocó el albornoz y se secó con calma cada fragmento del cuerpo. Se peinó frente al espejo y sus ojos oscuros contemplaron el rostro de piel blanca y tersa, solo interrumpida por un fino bigotito negro y largas patillas. De nuevo abusó de la colonia en la cara, luego regresó al cuarto. El mayordomo había colocado el frac en un perchero, la ropa interior sobre una silla y, en el suelo, los zapatos negros. Minutos más tarde, se reunió con su familia.

—¿De veras no quieres venir, Petronila? Es el estreno de *La Cenerentola* y el teatro estará a rebosar, ya sabes cuánto gusta Rossini en Madrid desde que se representó *El barbero de Sevilla*. —La pregunta era ociosa, hacía años que Petronila no iba al teatro. En realidad, casi no iba a ninguna parte, detestaba hacer vida social.

—Ya lo sabes, prefiero quedarme en casa con los niños. Dentro de un rato vendrá Matilde, me ha dicho que Serafín va a acompañar a ese escritor francés a tu palco. —Petronila Livermore se estremeció con el recuerdo de aquellos días, ya lejanos, en que iba con su marido a

todas partes. Una tortura, él enseguida desaparecía reclamado por todo el mundo y ella tenía que soportar la compañía de personas desconocidas con las que nada tenía en común.

Fernando se había abrazado a la cintura de su padre en cuanto este entró en la sala de estar y no lo dejaba moverse. Salamanca lo tomó en brazos y lo acercó a la cuna donde dormía su hermana pequeña, para que la besara.

—Cuando María Josefa sepa andar como tú —dijo al niño con ternura—, os voy a llevar a un palacio en el que vive una reina muy simpática, en una ciudad con muchos jardines llamada Aranjuez. Pero no iremos en coche de caballos, sino en un carruaje muy grande movido por una máquina que arroja humo y circula por un camino de hierro que estoy construyendo, para que tardemos muy poco rato en llegar.

Fernando lo miraba embelesado. Adoraba a aquel padre al que casi nunca veía pero que contaba historias fascinantes, capaces de hacerle soñar.

A pesar de la corta distancia, pues la plaza del Almirante estaba a tiro de piedra de su casa, fue hasta el Teatro del Circo en coche, en el más pequeño y elegante de los tres que guardaba en sus cocheras. Le gustaba revestir de solemnidad las ocasiones especiales, como era el caso de un estreno importante. Al bajar de la calesa tras abrir el conductor la portezuela, un Germán al que había hecho uniformar y usar peluca, se detuvo un instante sobre el estribo, el tiempo suficiente para colocarse la chistera y otear el paisaje, el necesario también para que lo vieran los presentes con la última luz de la tarde y pudieran admirar la impecable caída y línea perfecta del frac cortado por Regnault, el chaleco blanco con arabescos estampados, la camisa de seda bordada o la corbata de lazo en raso negro.

Un cartelón sobre la fachada del teatro anunciaba el acontecimiento: a partir de aquel día, en sesiones diarias a las siete y media de la tarde, excepto los lunes por descanso del personal, se representaba la ópera de Gioacchino Rossini *La Cenerentola* (La Cenicienta), con la *mezzo* Isabella Ober Rossi en el papel estelar, el de Angelina, y el bajo bufo Giulio Ferrari en el de Don Magnífico. La sociedad madrileña, un reducido y perfectamente acotado porcentaje de la población de la ciudad, se movilizaba una vez más en torno a la excusa del momento, «¡Un estreno de Rossini, no me lo puedo perder!», con la verdadera motivación de ver y ser vistos, desempolvar los fracs, dar trabajo a las costureras, montar las faldas sobre los miriñaques de crin, airear los collares y diademas que envejecían en los cofres o, en algunos casos, recordar a los demás que todavía

estamos vivos.

Como en ese momento llegaba al teatro todo el mundo, pues solo faltaban quince minutos para el comienzo de la función, la gente se agolpaba bajo la marquesina mientras algunos, escasamente previsores, hacían cola ante la taquilla a fin de conseguir las últimas entradas. Los múltiples y afectados saludos, especialmente entre las señoras, cuyos complejos atuendos hacían casi imposible el beso en la mejilla, impedían el paso hasta las puertas impacientando a los menos indulgentes. En aquel tumulto, en el que Salamanca se sentía como pez en el agua, saludó al general Serrano, con uniforme de gala, y a Nicomedes Pastor Díaz, otro soltero de oro, y a ambos invitó a acudir a su palco en el descanso; allí se reunirían numerosos amigos.

En su mayor parte, la gente venía con sus mejores galas, y las damas, con el despliegue de joyas y oropel que se suele dar en estos casos. Aunque tampoco escaseaban los engolados ni los adefesios, como era el caso de una señora de sombrero emplumado y rostro sin identificar que en ese momento lo felicitaba mientras arrojaba hacia su boca el brazo extendido, con la intención de que Salamanca le besara la mano. Al inclinarse para hacerlo, Salamanca descubrió con pavor que los rollizos pies de la voluminosa dama se apretujaban, pugnando por salir huyendo, en el interior de unos zapatitos de color violeta cuando menos dos tallas más pequeños de lo conveniente. Se zafó de la señora y de su desconocido marido con la excusa de sus obligaciones como empresario y le faltó tiempo para huir de allí; de dos en dos subió los alfombrados peldaños que conducían a los pisos superiores.

Entró en su palco y lo encontró vacío, y eso le permitió disfrutar con lo que tanto le gustaba: la magnífica visión interior de su teatro. Tras la profunda reforma acometida tan pronto como fue suyo, se había convertido en un local elegante y cómodo que nada tenía que ver con el cuchitril desvencijado, oscuro y maloliente del pasado; de aquel tan solo quedaba el nombre. Ahora, una enorme lámpara con docenas de luminarias colgaba del techo y permitía ver sin dificultad el brillo de las paredes estucadas en tonos cremas y azules pálidos. Las numerosas lámparas de globo adosadas en dos alturas a lo largo del perímetro de la sala alegraban el ambiente y hacían posible que la gente se reconociera sin dificultad. Sobre el suelo del patio, alfombrado en rojo borgoña, centenares de modernas butacas tapizadas en terciopelo granate se alineaban en cuadrículas delimitadas por tres pasillos por los que circulaban, amables y uniformados, los acomodadores que atendían al público.

Un enorme telón de terciopelo azul marino con dos grandes letras doradas, una T y una C bordadas en el centro, cubría el escenario, a cuyo alrededor, pero en el nivel del patio de butacas, se situaban, a un

lado, la orquesta de cincuenta músicos que encabezaba el maestro Bonetti y, a la izquierda, el coro de cuarenta voces que dirigía don Juan Ugalde. La capacidad del Teatro del Circo superaba las mil localidades y, en los dos últimos años, se había convertido en el verdadero templo de la lírica en España, al que acudían las figuras más señeras de la ópera de toda Europa. A su lado, palidecían los otros teatros madrileños, el del Príncipe y el de la Cruz.

Los palcos, separados del pasillo de acceso por gruesas cortinas, ocupaban todo el perímetro semicircular de los dos primeros pisos. Contaban con entre cuatro y ocho butacas móviles cada uno, aunque con frecuencia los ocupaban espectadores de más que, en este caso, habían de permanecer de pie. Su palco era el principal, el más grande y centrado del primer piso, el que se cedía a la reina o a los miembros de la familia real cuando acudían a alguna función. El contiguo de la izquierda correspondía a los Buschental. Los Buschental ya habían llegado, lo demostraban el familiar abanico de Delfina sobre el balconcillo y unos brazos enjoyados en los que las aguamarinas parecían cristalinas y los brillantes, gotas deslumbradoras; pero Salamanca tenía demasiadas cosas en la cabeza para atender al rumor del agua.

En ese instante, saboreaba la dulce sensación de los halagos, disfrutaba con las miradas de admiración que se posaban sobre él y aparentaba ignorar, asumía encantado la envidia de algunos, la envidia nunca falta en estos acontecimientos, pero sobre todo retenía el flujo secreto de sensualidad que derramaban ciertas miradas femeninas, su mente las almacenaba en algún archivo intangible que consultaría algún día en el futuro, quizás tras el próximo regreso de Zamora del actual señor De Castro.

Sin embargo, algo enturbiaba su pleno disfrute del momento: el palco de la derecha estaba ocupado por el duque de Valencia, don Ramón María Narváez y Campos. Con su mirada de acero y sus ojeras sombrías, se había cruzado un minuto antes, cuando ambos llegaban justo a la vez. Pero no hubo mucho espacio para esos pensamientos, pues ya empezaban a afinar los violines cuando un murmullo de risas y expresiones jocosas precedió al ingreso al palco de Dumas, su hijo Alexandre y dos amigos en compañía de Serafín Estébanez. El tiempo justo para acomodar a todos, pues la función iba a comenzar.

En el descanso, el palco se llenó de gente que bullía, entrando y saliendo. También Salamanca se movió, acudió junto a los Buschental a repartir sonrisas y a recoger alabanzas. Todo el mundo se deshacía en elogios, que si la incomparable emoción de la música de Rossini, que si la genial interpretación de la Ober Rossi, que si la belleza de la Stephan en su breve aparición, que si la angelical armonía del coro y la sublime interpretación de la orquesta… Hasta el agradable olor del

teatro le alabaron, y eso que desconocían el esfuerzo que se dedicaba antes del estreno a perfumar con hierbas aromáticas la inmensa cantidad de aire que cabía en aquel espacio.

Cuando empezó el segundo acto, abandonó el palco silenciosamente y, con la potente voz de Don Magnífico como fondo, recorrió los pasillos solitarios, bajó las escaleras y paseó por el vestíbulo, donde los porteros conversaban y los empleados del ambigú se afanaban en recoger los restos no consumidos. Pidió que le abrieran una rendija de una de las puertas de acceso al patio de butacas y vio los rostros de emoción de los espectadores. La sala estaba a rebosar.

Se encaminó entonces a la zona de los artistas, la parte trasera del escenario, y se metió de lleno en el mundo anárquico de la tramoya, en las tripas de la representación. De las puertas abiertas de los camerinos surgían personajes retocándose la peluca o terminando de maquillarse el rostro y se acercaban al escenario para ponerse a las órdenes de los regidores. Algunos operarios movían los muebles del primer acto evitando que estorbaran. Miró hacia arriba y vio a dos hombres en difícil equilibrio: manipulaban las bambalinas en lo más alto de sendas escaleras verticales. Todo se realizaba en el más pulcro de los silencios, de modo que, realmente, podía escuchar a los intérpretes y a la orquesta mejor que en su palco.

Paseaba en medio de aquel caos aparente repartiendo palmadas en la espalda, felicitaciones y agradecimientos, susurrados en varios idiomas. Sentía la misma sensación de familiaridad que había percibido esa misma mañana junto al corro del consolidado inglés. Todo aquello formaba parte de él y él era una parte importante de todo aquello. Más de mil almas enternecidas lloraban y se alegraban durante una hora y media en armoniosa comunión con el destino de Angelina, y eso era posible en gran parte gracias a su esfuerzo. Y la conciencia de un hecho tan obvio llenó de gozo su corazón. «No, si va a tener razón Dumas y va a resultar que soy un romántico».

Capítulo 2

If you can wait and not be tired by waiting,
Or being lied about, don't deal in lies,
Or being hated, don't give way to hating,
And yet don't look too good, nor talk too wise.

RUDYARD KIPLING, *If…*

Si puedes esperar sin que te canse la espera,
si te injurian y no respondes a la injuria,
si te odian y no devuelves odio,
y aun así no pareces demasiado bueno, ni hablas como un sabio.

Doblaban las campanas y, de la iglesia de la Caridad, la gente salía a borbotones, como el agua de la presa al desembalsar, y se esparcía por la estrecha callejuela impidiendo el paso de los vehículos. Bulwer miró el reloj y ordenó al cochero que diese marcha atrás para cambiar de trayecto.

—Imposible, señor. Hay ya varios coches detenidos detrás de nosotros.

Tuvo que resignarse a, quizás, llegar tarde e incomodar a la reina, quien, por otra parte, no era muy puntual. Descorrió la cortinilla de la ventana para mirar al exterior. O el difunto era muy popular o su familia muy numerosa, cada vez había más gente. En medio de un silencio respetuoso, seis jóvenes portaban el ataúd. Los que ya estaban fuera, de apariencia humilde y hombres en su mayoría, sujetaban con las dos manos las gorras o los sombreros a la altura del pecho y algunos liberaban una de ellas para santiguarse.

Tras el féretro, de tosca madera sin barnizar, surgió una marea de mujeres enlutadas. El ruidoso llanto de algunas fue acallado por el contagio del solemne respeto que reinaba en la calle. Finalmente, una mujer gruesa, negro el vestido de un luto de lustros encadenado por muertes sucesivas, negro el velo de paño que le cubría parcialmente el cabello y negra la mirada hacia el futuro que se le adivinaba en los ojos, apareció en el pórtico de la iglesia sujeta por ambos brazos a otros más fuertes, los de dos muchachas, las hijas, embriagadas por la curiosidad de la multitud que se clavaba en sus rostros demacrados. Desde su asiento en el interior del coche, el embajador se fijó en la expresión de ambas, mitad rabia y mitad determinación. «¡Vamos a sobrevivir! ¡Y si no, al tiempo!», le pareció que clamaban sin palabras aquellas jóvenes, casi niñas. «No lo tendrán fácil, tres mujeres solas en un mundo de hombres, hostil». Pensó en los miserables de Inglaterra e imaginó estampas similares, no veía grandes diferencias entre cómo se moría la gente en España y en su propio país, y aún menos en el desamparo de las viudas o en su batalla por llegar al día siguiente. «A la hora de la verdad, somos menos diferentes de lo que pensamos».

El aire que respiraban parecía no ser ya el de todos los días, sino pertenecer a capas superiores de la atmósfera, de donde quiera que en ese instante flotara el alma del muerto, seguramente un gas inodoro y vacuo, desconocido… El embajador, conmovido, se preguntaba por el destino de esa alma que había huido del cuerpo zarandeado en su ataúd, y lo único que se pudo responder fue que, previsiblemente, una

parte de ella se fundiría en un magma con las de su viuda y sus hijas, tal vez con las de algunos amigos. «Pero ¿por cuánto tiempo, antes de servir de abono en el extenso y fértil campo del olvido?».

La quietud generalizada solo la rompía uno de los hombres que cargaban el féretro. Miraba hacia atrás en actitud interrogadora hasta que un sacerdote salió del templo, breviario al pecho y dos rapaces vestidos de monaguillos a sus lados, uno de ellos meciendo un incensario, el otro con las manos en los bolsillos. El cura, con gesto grave, casulla y estola moradas, el color de la penitencia, se situó con sus ayudantes detrás del difunto y, tras abrir el libro sagrado, pronunció una oración en latín. Tras el sonoro amén de la concurrencia, la viuda y sus dos hijas se colocaron detrás del sacerdote y el cortejo empezó a tomar forma. Detrás de ellas, cada uno se acomodó como pudo y el silencio se diluyó como el humo en el aire, dando paso a un sinfín de saludos y conversaciones. Con lentitud, al ritmo que marcaba la comitiva, que se reducía con rapidez a medida que cruzaba las calles adyacentes, el cochero siguió su estela y, en cuanto pudo, la abandonó camino del palacio Real.

Llegó a palacio poco después de las siete de la tarde, un ujier le informó de que la reina tenía una visita y lo condujo a un despacho vacío. Habituado por su profesión a esperas imprevistas, solía llevar un libro en el bolsillo. En este caso se trataba de *Lucretia*, una novela sobre el papel de la mujer en la sociedad victoriana cuyo autor era su hermano Edward, ya un escritor consagrado. Pero antes de concentrarse en la lectura, cogió del interior del libro una carta plegada que acababa de recibir de lord Palmerston. La había depositado allí con la intención de releerla y reflexionar sobre su contenido. En ella, el Foreign Secretary se daba por enterado de sus informes y le aconsejaba tomar distancia con el partido moderado español, que se había entregado por completo a los intereses de Francia y ahora además, a tenor de los últimos acontecimientos, estaba metido en un buen lío.

«Y eso que no sabe que tengo a Serrano refugiado en la embajada», se dijo Bulwer con secreto regocijo. Lo que lord Palmerston denominaba piadosamente «últimos acontecimientos» era un eufemismo diplomático para no mencionar la escandalosa relación entre la reina, una recién casada de dieciséis años, y el general Francisco Serrano Domínguez, un contumaz soltero de treinta y seis. Una relación que ya duraba casi tres meses. Políticamente, lo grave no era en sí mismo el amorío, sino su carácter público. Iban juntos al teatro y a los toros, paseaban en calesa por el Prado o a pie por los jardines del Buen Retiro, y el general entraba y salía de palacio a

cualquier hora, como si fuese su casa. Mientras tanto, el rey consorte, ese petimetre, hacía de tripas corazón.

La reina madre, encolerizada por la actitud de su hija, puso tierra de por medio y se fue a París creyendo que esta la llamaría arrepentida y desconsolada en cuanto la echara de menos. Por su parte, el Gobierno del duque de Sotomayor, que en enero había reemplazado al de Istúriz, asistía angustiado a aquel vodevil convertido en sainete y a punto de alcanzar el rango de tragedia. El presidente del Consejo enviaba mensajeros a la reina pidiéndole discreción y advirtiéndole de los riesgos que corría la Corona, objeto de toda clase de habladurías dentro y fuera de España.

Pero a la reina nada parecían importarle las opiniones de su madre o del Gobierno. Habiendo sido manipulada y mangoneada por los políticos y por su propia familia durante toda su vida, tras la humillación de que la casaran con su primo tomó conciencia de que tenía un enorme poder, sobre todo el de nombrar y cesar gobiernos. Empezó entonces a ejercerlo y a saborear la grata sensación de mandar y ser obedecida. Justo en ese momento había surgido Serrano, «el general bonito», como la población de Madrid lo llamaba. Maduro, atractivo, elegante, prestigioso en su carrera militar. Y ella, en un visto y no visto, se arrojó a sus brazos, creyendo en su ingenuidad de niña que todo el mundo aplaudiría unos amores que hacían feliz a su reina, por eso no los ocultaba.

Como las cosas se habían salido de madre, el Gobierno decidió acabar con todo aquello de un plumazo y, con la intención de separar a los amantes, nombró a Serrano capitán general de Navarra con orden de incorporación inmediata. Pero todo salió mal, Serrano se negó a acatar la orden y se refugió en la embajada de Inglaterra y, cuando el ministro de la Guerra presentó a Isabel II el decreto de nombramiento, esta se negó a firmarlo y amenazó con cesarlo si no lo revocaba. A él y a todo el Gobierno, afirmó con juvenil candor.

En cuanto al partido moderado, que llevaba gobernando España desde el cuarenta y tres, quedaba en una situación penosa. En su día se empeñaron en sacar adelante una Constitución que otorgaba un gran poder a la Corona en detrimento de las Cortes. De hecho, los gobiernos apenas podían dar un paso sin la firma de la reina, bien es verdad que tampoco esta podía gobernar sin el refrendo parlamentario, la soberanía era compartida entre los dos poderes. Los moderados siempre estuvieron convencidos de que la Corona estaría permanentemente de su lado, como los defensores de una monarquía fuerte que eran, y, de repente, comprobaban con estupor su terrible equivocación. Todo se había complicado endiabladamente con la famosa elección del rey consorte, un asunto deplorablemente gestionado, en comandita, entre doña María Cristina y Narváez. Ahora

se pagaban las consecuencias de ese error. La soberana abría hostilidades contra los que la casaron forzando su voluntad y ahora no la dejaban vivir su vida.

Bulwer, siempre bien informado, supo que la reina estaba intentando discretamente la anulación de su matrimonio alegando falta de consumación y consentimiento forzado. Pero estos argumentos, que en un país como Inglaterra habrían conducido con toda probabilidad al divorcio, eran muy débiles en la muy apostólica España. Al fin y al cabo, Isabel II ocupaba el trono de la Reina Católica, la otra Isabel, y el matrimonio de por vida era uno de los cimientos de su religión y, por tanto, de la Corona.

En esas reflexiones se encontraba cuando lo sobresaltó un estrepitoso ruido procedente de algún lugar no muy lejano. Instantes más tarde, entró en la sala don Juan Donoso Cortés, un conocido político monárquico con gran influencia en la reina y en doña María Cristina. Venía lívido y levemente tembloroso.

—¡Ah, Bulwer…! Buenas tardes, embajador. Definitivamente, la reina se ha vuelto loca. Doña María Cristina me ha escrito desde París rogándome que intente convencerla para que cambie de actitud creyendo que a mí me haría caso, como usted sabe, la conozco como si fuera mi hija. Hace unos minutos, nada más empezar a hablarle de Serrano y de todo el lío que ha organizado, me interrumpió y empezó a cantar. Sí, sí, a cantar… y a hacer versos: «Esta noche cae el ministerioooo…», y yo le dije: «Señora, ya no es el ministerio, sino la monarquía la que se hunde». Y ella, cantando: «No me importaaaa…». De ahí no la pude sacar. De pronto, nuevamente cantando: «Solo quiero romper aquel jarróóóón…», y ha cogido un florero de porcelana y lo ha estampado contra el suelo con todas sus fuerzas.

Los ojos del embajador se abrieron completamente, jamás imaginó que las cosas pudieran llegar a aquel extremo.

—Bulwer —prosiguió Donoso Cortés—, creo que debemos prepararnos para lo peor. La Corona, por la que tantos españoles han dado sus vidas, difícilmente superará esta prueba si la situación no se reconduce con urgencia. —Él mismo parecía querer reconducir su postura, ahora se apoyaba en el pie izquierdo, ahora en el derecho—. Me voy a casa —dijo mientras daba nerviosos pasitos cortos hacia la puerta—, informaré al duque de Sotomayor y escribiré a doña María Cristina y a su marido. Sí, eso haré —balbuceó, aligerando su marcha —. Les pediré que regresen a Madrid inmediatamente para intentar evitar la catástrofe; si esto no se arregla enseguida, habrá que hacerla abdicar.

Donoso desapareció y el embajador aún debió aguardar casi media hora hasta ser recibido por la reina en una de sus habitaciones privadas. De natural alegre y carácter fuerte, a aquella joven le

afectaba profundamente la subida de la tensión sanguínea cuando las circunstancias eran adversas, de modo que el embajador se había preparado mentalmente para enfrentarse a una persona histérica. Se sorprendió al encontrarla relajada, arrellanada en un sillón y mirándose en un espejo de mano. Bulwer dedujo que había hecho un esfuerzo por recuperar la calma y acogía su visita con alegría, convencida de que la trataría con afecto. Y en eso tenía razón.

—Henry, ¿cómo está Paco? —le preguntó nada más verlo.

—Perfectamente, señora —respondió, apuntando con ceremonia una leve inclinación del tronco—, deseando ver a Vuestra Majestad.

—Ay, Henry, ¡si supieras qué desgraciada soy! Todos están en mi contra, el Gobierno, Donoso, incluso mi madre, todos los que me organizaron la boda. Y ya no aguanto más. Lo único que me tranquiliza es saber que Paco está contigo y no le podrán hacer ningún daño.

Hubo una larga pausa.

—¡Quiero verlo!

—Lo comprendo, señora, pero sería demasiado comprometido que Serrano abandonara la embajada. La policía vigila el edificio día y noche.

Evidentemente, ella ya conocía esa circunstancia. Isabel II aparentó quedar pensativa, sus manos jugueteaban con el espejo.

—Henry, ¿recuerdas cierto manuscrito de Shakespeare que guardas en la embajada? Hace tiempo que me ofreciste conocerlo, pero hasta hoy no he tenido ocasión. Creo que voy a aceptar tu invitación y te acompañaré para que me lo enseñes.

Bulwer debió esforzarse para contener la risa. Recordaba haberle hablado a la reina sobre el manuscrito, pero también recordó el real bostezo que siguió a su comentario.

—Será un honor para mí enseñároslo. ¿Os viene bien mañana?

—Mucho mejor ahora, mañana tengo muchas audiencias. —La joven reina dedicó al embajador la más cálida de sus miradas—. Una vez que me expliques lo que dice ese manuscrito, aprovecharé para saludar a Paco, ya que él se encuentra allí. Pensándolo bien, estoy segura de que serás tan encantador como siempre y nos invitarás a cenar a los dos.

—Será un placer, señora —respondió con seriedad un Bulwer perplejo.

—Voy a cambiar el Gobierno y necesito conocer la opinión de Paco —afirmó la reina tras un breve silencio.

Nueva pausa.

—Y la tuya, naturalmente.

—Naturalmente, Majestad.

Un criado le sirvió té con pastas mientras la reina se dirigía a su

tocador para ponerse guapa.

Desde que el Banco de Isabel II dejó de existir, subsumido en la red de araña del Banco de San Fernando, con el que no hubo más remedio que fusionarlo, pasaba más tiempo en su despacho, una habitación grande y elegante pero intencionadamente austera, siguiendo el modelo que había copiado de Rothschild. El sillón de su escritorio daba la espalda a un balcón oculto tras unos visillos traslúcidos y en las paredes solo colgaban tres cuadros, de valor pero poco ostentosos. Dos de ellos eran pequeñas obras maestras de Goya, una corrida de toros y el retrato del tenor Manuel García. El tercero, sobre la chimenea, representaba a José María de Salamanca, su padre, obra de un pintor desconocido, un óleo que le regaló su madre el mismo día en que lo enterraron.

Últimamente lo invadía la turbadora sensación del vértigo, las cosas cambiaban a su alrededor a una velocidad desmesurada. Meses atrás había muerto el negocio de la sal, devastado por el paso del tiempo, y luego el Banco de Isabel II, su criatura más querida, cuya defunción se había certificado hacía pocas semanas. Dos fallecimientos que tardaría en digerir. El tiempo, esa especie de viento sostenido e imperceptible que deja estragos a su paso, también había sepultado sus amores con Catalina. Bien es cierto que le había traído a Felicidad, ¡qué bonito nombre el de la nueva señora De Castro!, ¡Felicidad!, la solterona de carácter melancólico y piel rosada que entró en su vida como una ráfaga de viento del norte, cierta noche gélida de febrero. Y qué decir de la política, todo patas arriba por culpa de la reina y sus devaneos con Serrano.

Sobre el escritorio, la correspondencia del día. Dos cartas le levantaron el ánimo; una, del albacea testamentario de Espronceda, agradeciéndole la condonación de la deuda de diez mil reales que le debía el escritor y que Salamanca había decidido perdonar en beneficio de su hija huérfana. La otra también tenía relación con literatos: siete jóvenes escritores lo felicitaban conjuntamente con ocasión de su onomástica, que había sido unos días antes. Le decían que no olvidaban su generosa invitación a cenar la pasada Nochebuena. El detalle lo conmovió, y la mueca de satisfacción no le pasó desapercibida a su secretario, sentado frente a él.

—Veo que esa carta lo ha puesto de buen humor, ¿trae buenas noticias? —preguntó Perelló, cuya reconocida lealtad le permitía cierta familiaridad.

—Me trae buenos recuerdos, es una felicitación de los siete poetas por mi santo ¡con una semana de retraso! Se habrá extraviado. Tal y como funciona el servicio postal, lo raro sería que hubiese llegado a

tiempo. —Se detuvo y miró a Perelló, dudaba si este sabía de qué estaba hablando—. ¿Le he contado ya lo de la cena de estos siete poetas?

La expresión de don Matías revelaba ignorancia y Salamanca tenía ganas de hablar, de modo que lo hizo.

—No, veo que no se lo he contado. Verá, la tarde del día de Nochebuena recibí en mi casa a siete desconocidos que se presentaron preguntando por mí, una de esas visitas verdaderamente sorprendentes. Cuando los tuve delante, uno de ellos tomó la palabra y pronunció, más o menos, el siguiente discurso: «Señor de Salamanca, los siete caballeros que tiene usted delante somos, al mismo tiempo, amigos y escritores aspirantes a la gloria literaria. Además, pertenecemos todos a la cofradía de los menesterosos, de modo que nos veremos condenados a mal cenar por separado en una noche tan señalada como esta a menos que un espíritu generoso nos convide. Y se nos ha ocurrido que ese espíritu pudiera ser el del gran mecenas y empresario don José de Salamanca, por lo que hemos decidido por unanimidad exponerle esa petición en persona, con el mayor respeto». Las miradas irónicas de los otros, el tono socarrón del que hablaba, todo eso picó mi curiosidad y me puso de buen humor. Los miré uno por uno, a los siete, y descubrí en sus rostros, pero sobre todo en sus vestimentas, la marca inconfundible de la bohemia y la de su íntima amiga, la malnutrición. De modo que, divertido por el ingenio que demostraban, les ofrecí café con pasteles y conversación, estuvimos de cháchara casi una hora. Al despedirlos, ya en el umbral de la puerta, les dije que se presentaran todos en Lhardy a las nueve de la noche. Allí les servirían a mi cargo una cena decorosa. Recuerdo que esa noche, el imaginar a mis siete harapientos invitados en un reservado de Lhardy me hizo disfrutar la Nochebuena como nunca.

El secretario había escuchado con atención a Salamanca y se asombró una vez más ante su envidiable destreza en el arte de administrar la adversidad. De entre las numerosas contrariedades que sangraban de los muchos escritos que se apilaban sobre la mesa, había fijado su atención justo en aquellos dos que invitaban al optimismo. ¡Verdaderamente admirable!

—Ayer tarde lo busqué y no lo encontré —dijo Salamanca—. ¿Quizás estuvo usted en los toros?

—Estuve en la corrida, en efecto, ya sabe que voy siempre que puedo. ¿Se ha enterado usted ya de lo que pasó en la plaza?

—No me he enterado de nada, de modo que desembuche. No me diga que volvió a asistir la pareja de moda.

—Allí estaban los dos, la reina y Serrano. Juntos y amartelados, como tortolitos. Presidiendo la corrida en el palco de honor, a la vista de todo el mundo. La gente los aplaudía más que a los toreros y

muchos hacían chanzas. Uno que estaba a mi lado preguntaba a gritos a la reina si el rey estaba en palacio haciendo calceta. No se lo va usted a creer, pero ella se mondaba de risa, mi asiento está cerca del palco y la veía bien. Pero eso no fue todo, a media corrida, en uno de los tendidos, un grupo de espectadores desplegó un enorme abanico de cartón, preparado para la ocasión, claro, que llevaba impresas estas palabras: «¡Viva la reina!». Pero lo bueno fue cuando le dieron la vuelta; los que sabemos pudimos leer en el reverso: «¡Constitucional!». Isabel II reía a carcajadas, como una más de las majas que se sentaban en los graderíos, y Serrano reía con ella. —Era evidente que Perelló disfrutaba relatando los grotescos sucesos—. ¿Qué le parece el espectáculo, don José? La monarquía borbónica agoniza, se lo digo yo.

Salamanca no respondió enseguida. A él, «la cuestión de palacio», como la prensa denominaba a este sainete, estaba muy lejos de divertirle. La monarquía, creía sinceramente, es algo muy serio con lo que no conviene jugar. Tal vez en eso chapado a la antigua, no alcanzaba a concebir una España sin rey, la idea de una república, que inevitablemente traía la memoria de la francesa, lo angustiaba como una pesadilla. La monarquía, milenaria, con sus infinitos defectos, era para él el asidero de última instancia en este país de temerarios, una institución que ni tan siquiera Espartero se atrevió a poner en tela de juicio cuando tuvo el poder. Y esta jovencita caprichosa que ocupaba el trono, con su comportamiento irresponsable, estaba cavando su propia fosa. No había más que escuchar a los diputados *demócratas* en las Cortes, cada día más crecidos.

—Me temo —respondió con amargura— que enseguida estemos otra vez en las manos de acero de Narváez, no veo otra solución.

En ese punto, uno de los ayudantes de Perelló pidió permiso para entrar en el despacho y lo hizo con un sobre en las manos.

—Disculpe, don José, ha llegado un mensajero con una nota del señor Pacheco y espera respuesta.

Salamanca cambió de registro y cogió el sobre. De su interior sacó una hojita manuscrita en la que estaba escrito: «La reina me pide que acuda a palacio en compañía de usted esta tarde a las cinco. ¿Tendría la bondad de recogerme en mi casa a las cuatro y media para ir juntos? J. F. Pacheco».

Joaquín Francisco Pacheco era el portavoz y jefe del grupo de diputados conocidos como «los puritanos», al que también pertenecían Serrano y él mismo. Devolvió el papel con una apostilla aceptando la petición y se quedó pensativo, ¿qué se traería entre manos la reina? Durante unos instantes, desfiló por su mente un extenso abanico de posibles razones. Prácticamente todas, menos la única cierta.

—Terminemos, don Matías, ¿qué nos queda?

—Este escrito del banco, ya es el último. —Y le entregó un nuevo

papel, un resumen de sus saldos en el banco de San Fernando.

—Déjemelo que lo estudie, puede retirarse —dijo, y el secretario se marchó.

«¡Vaya documento, una hoja de papel basto con las cifras borrosas! —pensó—. Qué diferencia con los que enviaba el Banco de Isabel II, en papel de primera calidad con el emblema del banco y el membrete en caracteres azul imperio, esmeradamente impresos». El valor del detalle, una idea muy arraigada en él, al fin y al cabo la vida no es más que la acumulación de infinitas pequeñas cosas.

Aunque de nada habían valido esos detalles para salvar su banco, debía reconocerlo. Su desaparición le había dejado huella. Fue, sin la menor duda, su primer gran fracaso. El mundo de las finanzas, inmerso en un extraño universo de anotaciones contables, cada una de ellas con su contraparte según disponía el código de la partida doble, había resultado ser un negocio condenadamente inestable sujeto a leyes y a intangibles que no alcanzaba a entender. La crisis monetaria tras años de crédito fácil, la desconfianza generalizada después de una prolongada euforia en los negocios… Nunca hubiera imaginado que el dinero fuese un elemento tan volátil como el humo, un día parece inagotable y de pronto se esconde nadie sabe dónde.

Ya en febrero se hizo evidente que la penosa situación de muchos deudores hacía imposible que devolvieran los préstamos a su vencimiento. Simultáneamente, se desató una especie de pánico a causa de los negros nubarrones que amenazaban a toda Europa, lo que llevó a muchos clientes asustados a exigir el reembolso de sus depósitos. Una espiral diabólica que se alimentó a toda velocidad y él contempló con perplejidad: en cuestión de días, al banco le sería imposible responder a sus obligaciones, por lo que se hizo imprescindible ponerlo en conocimiento del Gobierno.

A la entrevista con el ministro de Hacienda lo acompañaron Buschental y el director gerente del banco. Al enterarse de la situación, don Ramón de Santillán fue terminante: había que evitar el «efecto dominó» que provocaría por contagio la quiebra del Banco de Isabel II. Se imponía fusionarlo con el de San Fernando, mucho más sólido por su carácter público y, por tanto, con la garantía del Estado. Con su respaldo, se conseguiría recuperar la confianza y evitar la retirada del dinero.

Y así ocurrió, en efecto, solo que el término «fusión» era un sarcasmo, en realidad se trataba de una rendición incondicional. El Banco de San Fernando se quedó con todos los activos y también con los pasivos del de Isabel II, y en el canje de acciones se le dio a este un valor cercano a cero. A pesar de que este acuerdo significaba perder casi íntegramente el capital que habían aportado, la Junta de Gobierno y la asamblea de accionistas no tuvieron más remedio que

aceptarlo, aprobaron por unanimidad la operación y la fusión tuvo lugar inmediatamente, el veinticinco de febrero.

Ahora, el Banco de Isabel II ya era historia y su orgullo había recibido un golpe tan duro como su patrimonio, pues se llevó por delante gran parte de lo que había ganado con la sal. Tuvo, además, una penosa consecuencia indirecta: la empresa del ferrocarril se quedaba sin crédito, en el Banco de San Fernando no estaban por la labor de darle facilidades. Por vez primera en su vida de empresario sufría los rigores de la escasez. A la espera de tiempos mejores, se vio obligado a frenar el ritmo de las obras del ferrocarril y a despedir a miles de trabajadores.

—Quiero que te encargues de formar gobierno. El ministerio Sotomayor ha perdido mi confianza y creo conveniente que los moderados estén una temporada lejos del poder, a ver si eso les sirve para ser más humildes.

Salamanca observaba el asombrado rostro de Pacheco al recibir el encargo de la reina. Entre las cábalas que hicieron camino de palacio, ni por asomo se les había ocurrido la posibilidad de presidir el nuevo gabinete. La niña reina hablaba con tanta desenvoltura que daba la impresión de repetir frases previamente ensayadas, escogidas con la ayuda de alguien.

—Majestad, mi sorpresa por este inmenso honor es tan grande como mi gratitud. —Pacheco se aclaró la garganta, el aturdimiento se la había secado por completo—. Pero permitidme recordaros que el grupo parlamentario que me apoya es muy pequeño y encontraremos muchas dificultades para conseguir que se aprueben las leyes.

Un recurrente temblor en la papada revelaba el ritmo acelerado de sus pulsaciones. Era un hombre sin cuello, el perfil de su abultada cabeza encontraba continuidad en la línea de sus hombros sin transición alguna, y le era imposible abrocharse los botones de la levita a causa del creciente perímetro de su cintura, una de las más voluminosas en los parlamentos de todo el continente. Su gran visibilidad le impedía circular de incógnito por la vida y solo podía sentarse en sillones de tamaño especial. Pero ese cuerpo de coloso refugiaba un alma sensible. Antes que nada, Joaquín Francisco Pacheco era un poeta.

—Ya me encargaré yo de hablar con los otros grupos para que se aprueben, no olvides que soy quien tiene que sancionar las leyes.

La desproporción entre el ingenuo entusiasmo juvenil de Isabel II y la magnitud de la empresa, poner de acuerdo a moderados o progresistas con la minoría puritana, recordaba la de David frente a Goliat, aunque Pacheco se consoló al recordar que en este caso fue el

pequeño quien ganó la batalla.

Salamanca empezaba a calibrar la decisión de la reina en toda su dimensión y estaba seguro de que sus aristas harían saltar chispas en la vida política. Aquello era, ni más ni menos, una real bofetada al partido moderado. A sus ojos, tan audaz experimento presagiaba un futuro grisáceo, de difuminados y borrosos contornos. Veía cómo Pacheco dudaba, aunque no tenía mucho tiempo para decidir. Finalmente, consiguió reunir fuerzas y recuperó la seguridad.

—Si esa es la voluntad de Su Majestad, solo puedo deciros que me pongo humildemente a vuestro servicio. En las próximas horas os propondré los nombres de los ministros.

—Nombra a quien quieras, tan solo te sugiero un nombre para la cartera de Hacienda: Salamanca, por eso te pedí que te acompañara. Creo que es la persona más preparada para poner orden en las finanzas públicas.

Salamanca guardó silencio, pensaba en Serrano refugiado en la embajada de Inglaterra, no tenía duda de que estaba detrás de todo aquello.

—No habría pensado en otro aunque no lo hubieseis mencionado —dijo Pacheco—. Contad con ello.

La reina estaba exultante, por vez primera se atrevía a nombrar un gabinete que no le hubiera sido dictado por su madre o por Espartero y esta decisión llevaba implícito un mensaje para quien quisiera entenderlo: en adelante, los gobiernos los nombraría la reina, y solo la reina. Hizo unos comentarios triviales, que en su inexperiencia le parecían trascendentes, como la necesidad de gobernar con altura de miras, pensar en el bienestar de la nación y otros de ese tenor, y pidió a Pacheco que volviera cuanto antes con la lista de ministros.

Ya en el camino de vuelta, barajando nombres con Pacheco para los distintos ministerios, Salamanca empezó a saborear el aroma de la vanidad. «Ministro de Hacienda, esto no me lo esperaba». A pesar de su menosprecio por la política, el nombramiento lo hacía feliz.

Durante las siguientes horas, encajadas entre el veintisiete y el veintiocho de marzo, se sumergió de lleno en el torrente de sucesos encadenados: elección de sus compañeros de gabinete, conversaciones con los candidatos, nueva visita a la reina, preparación del decreto de amnistía que iba a permitir el regreso de los exiliados, Espartero, Olózaga y todos los demás, sorprenderse con la emoción de su mujer al recibir la noticia, era el primer éxito suyo que la conmovía, lo que le dio una idea del peso de prestigio que conlleva el cargo de ministro, el acto protocolario y solemne de toma de posesión, las felicitaciones y abrazos más o menos sinceros…

A media mañana, con la banda azul pálido destacando sobre el impecable frac negro, se trasladó desde el palacio Real hasta la Real Casa de Aduanas, la sede de Hacienda. Los ujieres ya habían empaquetado los efectos personales de su antecesor y las criadas habían cumplido las órdenes de hacer una limpieza a fondo en su despacho: abrillantaron el apolillado mobiliario, que no se renovaba desde el tiempo de Cabarrús, expulsaron, a golpes de vendo, los ácaros de las pesadas cortinas de terciopelo, fregaron con brío el ennegrecido suelo de mármol y desempolvaron los abultados legajos que abarrotaban las estanterías desde tiempos de la desamortización. Alguien había corrido la voz de que don José de Salamanca era muy exigente en cuanto a pulcritud y no le faltaba razón.

Lo recibieron los directores generales de Rentas y del Tesoro, y otros altos cargos, todos manifiestamente nerviosos ante la perspectiva del posible cese. Minutos más tarde, su secretario privado, un eficiente anciano que le informó de los asuntos urgentes pendientes de resolución, colocó sobre la mesa un montón de expedientes y se ofreció para enseñarle las laberínticas dependencias del edificio y presentarle al resto del personal. «Cuando Vuestra Excelencia tenga a bien».

«Excelencia —le resultó extraño el nuevo tratamiento, tendría que acostumbrarse. Contempló su nuevo despacho—, en esta oscura habitación tendré que pasar mucho tiempo, conviene que tenga un aspecto agradable», y especuló sobre los cuadros que colgaría en las paredes y los objetos que colocaría sobre su escritorio. Abrió uno de los grandes balcones para asomarse al exterior, la calle de Alcalá y la Puerta del Sol bullían de gentes atareadas, ajenas a la vida oficial. Si no estuviese en la misma acera, podría ver su propia casa, a pocas manzanas del ministerio. También Lhardy estaba muy cerca, lo que siempre era una ventaja.

Sentado en su nuevo sillón, una incómoda antigualla de alto respaldo, se dejó llevar por sus pensamientos. Allí estaba él, ocupando a sus treinta y cinco años, sin haberlo buscado, uno de los puestos de mayor rango de la nación. Sobre la mesa, encontró una nota manuscrita, los Buschental lo felicitaban cariñosamente y lo emplazaban para celebrar su nombramiento en la reunión del martes siguiente; resultaba prodigiosa la prontitud con que esta pareja se enteraba de todo. Tuvo un recuerdo para su padre, ¡cómo habría disfrutado este momento!, y sintió un escalofrío, brevísimo, al imaginar el ruinoso estado de las finanzas públicas que desde hoy tendría que gestionar.

También pensó en el lado más oscuro de su nuevo cargo, la vida parlamentaria. Le preocupaba, eran ya muchos años ocupando un escaño para ignorar cómo se las gastaban en las Cortes. La próxima

sesión del Congreso se celebraría dos días más tarde. «Seguro que moderados y progresistas ya están preparando su artillería pesada contra nosotros —se dijo. Por vez primera vez en muchos años, un gobierno se apoyaría en un número ínfimo de escaños, todo un ensayo —. En fin, habrá que ver la influencia de la reina sobre la mayoría, ahora que se encuentra en la oposición, y comprobar si nos dejan gobernar», reflexionó con cierto escepticismo. De la colosal tarea que el nuevo Gobierno tenía por delante destacaban por su urgencia dos asuntos, aplastar la revuelta carlista antes de que se convirtiera en una guerra abierta y resolver «la cuestión de palacio», tratando de alcanzar algún compromiso entre la reina y su marido.

Recapacitó sobre el modo de compaginar sus funciones ministeriales con la dirección de sus negocios, que le resultaba imposible abandonar. Delegaría todo lo que pudiera, la gestión del Teatro del Circo en Serafín Estébanez, la empresa de alquiler de vehículos en Buschental, las operaciones de Bolsa en Perelló. Pero el ferrocarril era imposible encomendárselo a nadie, de modo que tendría que cambiar algunos hábitos, madrugaría aún más y acudiría a su despacho de Cedaceros a primera hora de la mañana, antes que al ministerio. En cuanto a sus veladas con Felicidad, tendría que postergarlas durante una temporada, habría demasiados ojos observando sus movimientos y resultaba ineludible evitar cualquier escándalo.

Se dispuso a marcharse, tenía que acudir a Presidencia al primer Consejo de Ministros, pero antes de levantarse curioseó el primero de los expedientes que se apilaban sobre la mesa, una gruesa carpeta de cartón negro con un recuadro en una esquina donde se leía: «Asunto: Banco de San Fernando».

Quedó paralizado, repitiendo en su interior esas cinco palabras: «Asunto: Banco de San Fernando». ¡Claro!, en ese momento recordó que el presidente de esa entidad era, en razón de su cargo, el ministro de Hacienda. Es decir, José de Salamanca, quien casualmente fue el promotor y principal accionista del Banco de Isabel II, al que el de San Fernando acababa de engullir. También era uno de sus principales clientes. Abrió el portafolio y se sumergió en un universo de informes y balances. «El destino, que juega con nosotros una vez más», se dijo.

La sesión parlamentaria le deparó dos sorpresas: la primera, que los moderados no dispararon a la cabeza, sino al corazón. El corazón de la facción puritana era él. La segunda, que no sacaron la artillería pesada, sino la ligera, aún más destructiva en la corta distancia. Eligieron para el ataque a su diputado más insignificante, el más mendaz.

Desde el principio, se vio venir. De pie, junto a su escaño en la

bancada del Gobierno, Pacheco había expuesto su programa en medio de un páramo, con el Salón de Plenos casi vacío mientras los cafés de la plaza de Oriente rebosaban de alborotados congresistas. Pacheco terminó su discurso en la humillante compañía de dos docenas de diputados perezosos y dieciocho manos aplaudiendo, las de sus nueve compañeros de grupo, unos aplausos forzados y afligidos, el presagio del escandaloso aparato eléctrico que se avecinaba.

Tras los reglamentarios quince minutos de descanso, el presidente de la Cámara anunció el comienzo de las intervenciones de respuesta. «¿De respuesta a qué, si no nos han escuchado?», se preguntó Salamanca. El primer turno correspondía a la mayoría moderada, pero ninguna de sus figuras, los que se sentaban en la primera fila, hizo el menor movimiento. Istúriz, Miraflores, Sotomayor…, los primeras espadas del moderantismo recordaban a las marmóreas y barbadas estatuas que descansan en los pabellones de hombres ilustres. Ni siquiera pestañeaban sus pétreas miradas, fijas en las molduras del techo.

Un hombre pequeño, electo por la provincia de Lugo, de voz poderosa y fea estampa, se levantó en la última fila y pidió la palabra a la presidencia. Le fue concedida. El caballero, del que muchos se enteraron en ese instante que pertenecía al bando moderado y se apellidaba Santín, se acomodó la garganta con un carraspeo y, con dos dedos de la mano izquierda, la cinta que le cruzaba la cara. Era tuerto, y cubría su ojo enfermo con un parche redondo de terciopelo negro, como los corsarios.

El diputado Santín, obedeciendo las precisas instrucciones que había recibido de sus superiores, vertió sobre el presidente del Consejo de Ministros la mayor ofensa que recordaba la Cámara: lo ignoró. No es que no lo mirara, que no lo hacía, sino que actuaba como si no existiera, como si no acabase de enunciar todo un programa político. Para el señor Santín, Joaquín Francisco Pacheco era un fantasma invisible, una sombra imposible de ver desde su escaño. Enseguida se vio que lo que al diputado por Lugo preocupaba no era el señor Pacheco, sino el elegante ministro que se sentaba a su izquierda.

—Con la venia, señor presidente. —Con esta protocolaria frase comenzó a hablar Santín—. En nombre de mi grupo, solicito que se apruebe una resolución para exigir al ministro de Hacienda que pague lo que debe al Estado, sus deudas pendientes por la concesión del negocio de la sal durante cinco años.

El disparo dialéctico dio en el blanco, y en las menguadas filas puritanas cundió el desconcierto. Tras unos segundos de silencio para acentuar el efecto dramático que produjeron sus palabras, el diputado por Lugo se extendió en una larga perorata que a nadie interesaba, porque el daño ya estaba hecho. No dedicó un minuto a la política

nacional, ni siquiera a la internacional, su primer discurso parlamentario consistió en una sucesión de maliciosas insidias, todas sin excepción cargadas de veneno, insinuando que Salamanca había devuelto las salinas y alfolíes en estado ruinoso, dejando numerosas facturas sin pagar. Por supuesto, sin un dato, sin una sola prueba que avalara las acusaciones, por otra parte, vagas e imprecisas.

No eran pocos los congresistas de todas las facciones que se revolvieron en sus asientos, aquello era una bomba parlamentaria y un pésimo precedente, también ellos llevaban años haciendo negocios con el Estado y jamás se había hablado en la Cámara sobre tales asuntos, así que fruncieron el ceño por el modo en que la dirección del partido había decidido atacar al nuevo Gobierno. Pero Santín no estaba solo, detrás de él intervinieron varios diputados más de grupos diferentes, todos para escupir parecidas inmundicias. Algún director de orquesta había concertado aquel coro de voces.

—¡Qué manera de enfangar el Parlamento, Salamanca! —Pacheco, sabedor de que ofende más el desprecio que la calumnia, estaba aún más dolido que su vecino de asiento, cuyo antebrazo apretó cariñosamente con la mano en señal de solidaridad—. De modo que este es el camino que eligen para intentar hundirnos.

En su turno de réplica, Pacheco ofrecía la apesadumbrada imagen del humillado. Cumplió el trámite y defendió la honorabilidad de su Gobierno y la de su ministro de Hacienda: «Tanto la reina como yo sabemos de sobra que el señor Salamanca ha tenido negocios con la Administración, como tantos otros congresistas, sin que hasta la fecha nadie haya puesto en tela de juicio la honestidad de tales relaciones». Luego recriminó a los moderados por su soberbia y reafirmó su intención de gobernar en beneficio de todos los españoles. De manera parecida se expresó otro miembro del Gobierno, Nicomedes Pastor Díaz.

Finalmente, pidió la palabra José de Salamanca, por alusiones.

—Señores diputados —habló con voz segura, en medio de un silencio sepulcral—, en el registro del Ministerio de Hacienda, fechada el día de mi toma de posesión, figura una instancia firmada por mí solicitando a los servicios del ministerio que procedan urgentemente a ultimar la liquidación definitiva de las cuentas por la concesión de la sal. Ahí se dice que, dada su complejidad, en caso de discrepancia con mi propia valoración, me someto voluntariamente al arbitraje de una junta compuesta por los tres congresistas que designe esta Cámara. De paso, les informo de que llevo meses esperando esa liquidación.

Bebió un vaso de agua que le suministró un ujier y paseó la mirada entre las filas del moderantismo; como empresario teatral, conocía el poder persuasivo de una buena representación.

—Dicho esto alto y claro —prosiguió—, exijo a esta Cámara con la

mayor firmeza que se vote en contra de la propuesta presentada y así se restituya mi honor, que acaba de ser ultrajado por algunos.

La propuesta de Santín fue desestimada por amplia mayoría, en realidad carecía de intención de prosperar. Pero su objetivo había sido cumplido: humillar al nuevo Gobierno, recordarles que eran unos pigmeos políticos y anunciarles lo que les esperaba. Aquella mañana, en el templo de la soberanía nacional, solo hubo lugar para la mezquindad y el rencor.

Salamanca abandonó el Congreso abatido, entre la rabia y la vergüenza. Jamás olvidaría aquella sesión. Sin embargo, examinó su comportamiento y le confortó la fortaleza de su propio orgullo, en todo momento había sabido mantener la compostura. Aunque el nuevo ministro no se hizo muchas ilusiones, aquella era tan solo la primera escaramuza, gobernar en tal soledad parlamentaria iba a ser un calvario y todo parecía indicar que a él le estaba destinado el papel de eccehomo.

Desde ese día, acudió a las Cortes lo imprescindible, es decir, muy poco. En cambio, empeñó toda su energía en sus funciones de ministro. Por el director del Tesoro, a quien no cesó, ni al resto de altos cargos, confirmó lo que ya suponía: el estado de la Hacienda Pública se parecía mucho al de tantas familias que trapichean cada día para pagar las deudas que vencieron meses atrás. Para paliar la falta de liquidez, decidió organizar un gran empréstito con la garantía de bienes raíces de propiedad estatal, procedentes en su mayor parte de la desamortización, e intentaba comprometer a los embajadores Bulwer y Bresson para que sus gobiernos suscribieran parte del mismo. El resto se colocaría en la Bolsa, que para eso se había inventado.

Precisamente en favor de la Bolsa, y de sus propias convicciones liberales, promulgó un decreto que restablecía las operaciones a plazo, prohibidas por Narváez, quien les achacaba ser causa de todas las desgracias. Él, en cambio, las consideraba algo bueno, porque atraen al mercado a los que creen que puede bajar y eso aumenta las transacciones, perfecciona el proceso de fijación del precio y actúa de contrapeso en los movimientos bajistas y en los alcistas.

Encargó un informe sobre rentas estancadas y supo que el Estado ingresaba mucho menos por la explotación de la sal que en tiempos de la concesión, una prueba más de la ineficacia del Estado para gestionar empresas; eso le hizo pensar en sacar a concurso la explotación del tabaco como en su día se licitó la sal, y empezó a trabajar en ese proyecto.

Pero todos esos propósitos se estrellaban contra la pavorosa lentitud de los procedimientos administrativos, que exigían tal cantidad de

cautelas por tal cantidad de organismos que los papeles se movían en círculo, cuando se movían, pues con frecuencia quedaban tan estancados como las rentas, por los despachos de los edificios oficiales: del ministerio a Presidencia, de allí a la Asesoría Jurídica para pasar más tarde a la Intervención del Estado, donde a veces se pedía opinión a los servicios del Congreso o del Senado antes de regresar al ministerio.

Tuvo que dedicar la mayor parte de su tiempo a resolver una maraña de inextricables expedientes con toda clase de reclamaciones y a recibir a muchos de los demandantes. Otra sorpresa fue conocer el desesperante retraso con que se abonaban las nóminas de los funcionarios, quienes a su vez se vengaban esforzándose en inventar y aplicar toda clase de modalidades, más o menos sofisticadas, de desidia laboral. El agobiante peso de la burocracia ministerial se asemejaba a la extensa red de una araña gigantesca que envolvía sus propias mallas, en una espiral interminable. Tuvo que frenar la tentación de hacer un agujero en esa red y salir huyendo. «Nada de esto tendrá arreglo definitivo mientras las leyes permitan al Estado meter su nariz en todos los asuntos de los ciudadanos como si fueran delincuentes, y cualquier iniciativa privada exija una montaña de papeles».

Respecto a sus negocios privados, al menos el cargo de ministro tuvo un efecto benéfico; sin que él moviera un dedo, el Banco de San Fernando aprobó la concesión del crédito que su empresa del ferrocarril tenía solicitado meses atrás, aunque fuera con la obligación de pignorar parte de sus acciones. Eso permitió reavivar el ritmo de las obras del ferrocarril. Se extendieron los primeros tramos de raíles, se formalizó la compra de terrenos y casas en la Puerta de Atocha, donde iría la estación, y los trabajos de explanación de tierras alcanzaron Aranjuez. Aún quedaba lo más costoso, levantar puentes y edificar estaciones.

Su mayor alegría como ministro fue conseguir la libertad inmediata del teniente coronel Perelló, el hermano de don Matías que se pudría en una prisión de Menorca. Al calor de la reciente amnistía, utilizó su influencia con el ministro de Gracia para que acelerara los trámites.

En cuanto a la vida política, pasaban los meses y el Parlamento bloqueaba cualquier iniciativa del Gobierno. Pacheco perdió la paciencia y en mayo cerró las Cortes por una temporada, a ver si así podía trabajar en algo útil. A quien no podía dar vacaciones, en cambio, era a la prensa, que lo martirizaba unánimemente sin misericordia, pues todos los periódicos importantes se alineaban con alguno de los grandes partidos. Por su parte, estos sufrían sus propias convulsiones, el regreso de Espartero fue causa de un nuevo foco de intrigas y luchas de poder entre los progresistas, mientras que en las

desmoralizadas filas de los moderados cada vez más voces pedían la vuelta de Narváez, entonces embajador en París.

A todo esto, la reina continuaba su idilio con el «general bonito», con quien se paseaba por el Prado como la cosa más natural del mundo mientras sus ayudantes intentaban conseguir de la Iglesia la anulación de su matrimonio. Como la empresa era ardua, por no decir imposible, cambiaron de táctica y empezaron a presionar al rey para que se aviniera a la separación. Llegaron incluso a enviarle una generosa proposición de capitulaciones que don Francisco de Asís devolvió indignado, como también se negó a acompañarla a Aranjuez cuando se marchó de temporada.

La escandalosa vida matrimonial de la reina enlodaba la vida pública y Pacheco siguió la misma estrategia que su antecesor para acabar con aquel embrollo: enviar mensajeros al rey para que aceptara un convenio de separación. Uno de estos mensajeros fue Salamanca. La audiencia, una tórrida tarde de julio, estaba prevista para las cinco en el Pardo, pero el ministro debió esperar hora y media. Don Francisco de Asís lo recibió en las cuadras, muy atareado en acariciar una yegua negra de majestuosa estampa.

—Majestad —dijo Salamanca sin mayor preámbulo mientras observaba al individuo que tenía enfrente, el cual le pareció un cursi de modales tan amanerados como su vestimenta—, el Gobierno cree que los intereses de la nación hacen aconsejable un acuerdo de separación matrimonial amistoso para poner fin a esta desgraciada situación. La reina está dispuesta a ser generosa si accedéis a un convenio de capitulaciones.

Los ojillos escurridizos del consorte se posaron por primera vez en los de Salamanca, hasta entonces había evitado mirarle. Despedían odio en toda su pureza, si es que el odio puede ser puro.

—Pero, señor ministro, ¡cómo es posible tanta insolencia! No puedo creer que Isabelita esté dispuesta a condenarse, ¿es que no sabe usted que el divorcio es contrario a los mandatos de la Santa Madre Iglesia?

Sus manos seguían manoseando el cuello tembloroso de la yegua, pero su cerebro, regado según decían por un arroyo de delicada sangre azulina, se esforzaba en encontrar el tono adecuado para conjugar el superlativo desprecio que merecía la bajeza que acababa de escuchar con la suprema dignidad que revestía a su augusta persona. Fruto de ese trabajo fue la siguiente sentencia:

—Señor Salamanca, me importa un bledo si mi esposa se entiende con ese militar de tres al cuarto, lo único que le exijo es que mantenga el decoro público que corresponde a una reina.

Y se dio la vuelta, para escudriñar con suma atención los

amarillentos molares de la yegua.

Al día siguiente, despachó con Pacheco y le informó de la desdichada entrevista, aunque el presidente prestó escasa atención al incidente. En realidad, el jefe del Gobierno ardía en deseos de sincerarse y contar los vendavales que estaban por llegar, y para ello eligió a Salamanca por el simple hecho de que lo tenía delante.

—Cuando me quejo a la reina de que las Cortes no me dejan gobernar, por toda ayuda me suelta cuatro palabras piadosas. «No te preocupes, Pacheco, vendrán tiempos mejores», o algo por el estilo. Y peor es lo de Serrano, cada vez más crecido en su papel de favorito: nos critica abiertamente a sus antiguos compañeros y a mí personalmente me echa en cara haber amnistiado a los exiliados sin haberle consultado. Estoy seguro de que detrás de ese enojo hay envidia, envidia de Espartero, preferiría que no hubiera vuelto de Londres porque su popularidad va a impedirle liderar a los progresistas, que es lo que en realidad le gustaría a Serrano.

Salamanca lo compadecía, tratar con esa pareja debía de ser asunto de locos. Por si fuera poco, semanas atrás las cosas se habían complicado un poco más, como suele ocurrir siempre que la situación es desastrosa. Por deseo expreso de la reina, el Gobierno se vio obligado a enviar a Portugal un ejército de doce mil hombres al mando del general De la Concha para sofocar una insurrección republicana que intentaba derrocar a la reina María. Asuntos de familia. También cuestión de familia era la ambigua actitud de doña María Cristina, que deshojaba en París la margarita sobre si regresar o no a Madrid, una posibilidad que tenía aterrorizada a su hija, que no quería verla ni en pintura.

El Gobierno puritano era una hoja de papel mecida por el vaivén arbitrario de los vientos reinantes.

Joaquín Francisco Pacheco se hartó de que esos vientos le azotasen el rostro. El día treinta de agosto presentó a Isabel II su dimisión irrevocable.

Salamanca estaba seguro de que a María Buschental le ocurría algo, esas extrañas ojeras bajo las pestañas, cierta actitud de apatía… ¿Era él el único que se daba cuenta? María contaba a Bulwer con desgana las últimas noticias y el viejo zorro inglés se hacía el sorprendido, aunque lo sabía todo mejor que nadie, últimamente casi no salía de palacio. De vez en cuando, el embajador o la anfitriona miraban de soslayo hacia Salamanca, sentado frente a ambos, como si solicitaran su aprobación a lo que afirmaban.

Había ido a casa de los Buschental para olvidarse de la política por un rato, pero no había forma, la política lo perseguía sin compasión

como los ardores de estómago las mañanas de resaca. Era el primer día de septiembre y la agobiante pesadez del bochorno se había adueñado de la ciudad, incluso del salón de los Buschental.

—No se engañe, María —dijo finalmente Bulwer—, todo eso son especulaciones, en realidad nadie sabe lo que piensa la reina por la sencilla razón de que tampoco ella sabe lo que quiere. ¡Y qué decir de Serrano!, otro misterio. Ahora nos esquiva a sus antiguos amigos, Salamanca se lo podrá confirmar —añadió mirando a este, como pidiendo su aprobación.

Pero él no movió una pestaña, estaba ocupado en observar a José Buschental, que hablaba con Carriquirri, pero con la vista fija en su mujer. «Algo pasa entre estos dos —se dijo—, siento la tensión entre ellos».

—Para mí que Serrano trama algo con Narváez —prosiguió Bulwer—. Desde que este regresó de París, se les ve juntos con frecuencia. Así las cosas, a nadie ha sorprendido que Pacheco, tan harto de Serrano como de la reina y de las Cortes, haya presentado su dimisión y nos encontremos sin gobierno.

A Salamanca, esa tarde el rostro de María Buschental le recordaba un crisantemo, una flor luminosa y alegre frecuentemente hostigada por los lúgubres espíritus de los cementerios. No tenía ningún deseo de hablar del Gobierno, porque la dimisión de Pacheco, hastiado del desdén de la Corona y de la hostilidad del Parlamento, le situaba ahora a él en el centro de aquel lío monumental.

—Sin gobierno no estamos —dijo María forzando una sonrisa—, precisamente aquí tenemos a su presidente, tan retraído como un monje en meditación.

—En funciones, Delfina —replicó Salamanca—. No lo olvides, presidente en funciones, no es lo mismo. Tú siempre tan generosa conmigo.

—En funciones o no, en estos momentos eres el presidente del Gobierno, y no me extrañaría que la reina te confirmara mañana mismo. El otro día coincidí con ella en el Teatro del Circo y me dijo que sentía debilidad por ti. ¡Debilidad!, José, palabra textual de Isabel II.

«La palabra de la reina —pensaba Salamanca— es tan quebradiza como su carácter. Está dominada por una única obsesión, Serrano, que ahora intenta poner tierra de por medio y dejarla plantada, convencido de que su relación no tiene futuro porque el rey no se divorciará jamás. Ella sabe que lo está perdiendo y no hace más que dar palos de ciego para intentar recuperarlo. Eso es todo lo que le importa, recobrarlo, y no el color ni la composición del Gobierno, en el que puede colocar a cualquiera si cree que le servirá para no perderlo».

Todo aquello le daba asco; su carrera política, en la que paradójicamente acababa de alcanzar el peldaño más alto, se había convertido en una carga, persuadido como estaba de que los dedos caprichosos que manejaban los hilos de las marionetas que eran todos ellos, ministros y diputados, impedían llevar a término cualquier proyecto razonable. Todo lo que hacía tenía carácter provisional, pendiente de autorizaciones improbables, como el empréstito, empantanado en las Cortes. Por la noche se acostaba con la penosa sensación de que su trabajo se parecía al de un albañil: taponar los agujeros que aparecían cada mañana.

Se consoló pensando en la noche de amor que le esperaba y una punzada de erotismo le hirió la piel y lo alejó de aquellas monsergas. Rememoró las redondeadas caderas de Felicidad, que en un rato llegaría al piso de Concepción Jerónima. Miró la hora en el reloj que sacó del bolsillo del chaleco, una espléndida pieza de artesanía suiza chapada en oro, con sus iniciales grabadas y una larga cadenita, regalo de Petronila en su trigésimo cumpleaños. Las negras cifras romanas destacaban sobre el fondo blanco y los suaves latidos del tictac parecían una promesa de eternidad.

De repente, decidió no quedarse a cenar y así se lo dijo a María, ella lo tomó del brazo y lo acompañó hasta el exterior de la casa. Mientras Germán acercaba el coche, Salamanca la miró a los ojos, a esos ojos de agua, de agua y musgo. El tenue reflejo de la luna creciente sobre la penumbra de su rostro devolvió a Salamanca la imagen del crisantemo.

—Mi marido me engaña. Ya lo sospechaba, pero ahora estoy segura. —María hizo un esfuerzo por evitar que se le quebrara la voz.

Salamanca le tomó la mano y se la llevó a los labios, pero ella no le dio oportunidad de hablar, se dio la vuelta y corrió hacia el interior de la casa.

El cochero bajó del pescante y abrió la portezuela, él entró en el coche y se refugió en sus pensamientos. El recuerdo de Mariana Pineda llegó aquella noche antes de lo que era norma y, por algún lugar del universo, vio flotar su cabellera rubia sobre el rostro difuso de María Buschental.

En el palco principal del Teatro del Circo, apresuradamente transformado en palco real por la repentina decisión de la reina de acudir esa tarde a la representación de *Giovanna d'Arco*, se habían colocado alfombras rojas, dos floreros de la altura de un hombre y cuatro maceros uniformados, todo para adornar. Y se aromatizó con perfume de sándalo, tan apreciado por Isabel II. Sobre el balconcillo, se desplegó el vasto y excelente mantón de Manila que los filipinos le

regalaron a su abuela, la reina María Luisa. Todo fue transportado desde palacio precipitadamente, tanto que a uno de los maceros hubo que prestarle un sombrero parecido de entre los que se amontonaban en los baúles del teatro, porque con las prisas no encontró el suyo.

Ahora, con la función terminada, una tensión extraña enrarecía el ambiente del palco a pesar de que la estampa de la reina, abanicándose arrellanada en su asiento, no podía ser más pacífica. O eso parecía, porque sus ojillos nerviosos, pendientes de quién entraba o salía, denotaban inquietud. El caso es que nadie podía abandonar el teatro antes que ella, a riesgo de descortesía. Nadie que fuera alguien en la corte, se entiende. Muy pocos sabían qué hacía allí todavía la egregia señora cuando la obra había concluido hacía veinte minutos.

—Es que está esperando al tenor —se escuchó una voz burlona entre los que se agolpaban en el pasillo de acceso a los palcos, aguardando a que saliera la reina.

—¿El tenor? ¿Qué tenor? —preguntó otro. Varias miradas fulminantes convergieron en él y lo hicieron sonrojarse.

En el interior del palco, Salamanca, que continuaba en Hacienda en el nuevo Gobierno, daba conversación a la reina. Así, de paso, evitaba a Narváez, que platicaba con el nuevo presidente del Consejo, don Florencio García Goyena, un honesto jurisconsulto navarro que se estrenaba en el cargo. Había tomado posesión dos días antes, el doce de septiembre.

—Ahora todo irá mejor, Majestad —decía Salamanca a la soberana—. Creo que ha sido una buena idea este Gobierno de coalición presidido por un hombre prestigioso e independiente como don Florencio. Nos asegura estabilidad en las Cortes. —Ella sonrió, pero sin dejar de mirar hacia la entrada. De pronto preguntó, como casualmente.

—Y al general Serrano ¿qué opinión le merece el nuevo Gobierno? —«El general Serrano», la expresión sonaba ridícula en su boca, ¿es que ya había dejado de ser Paco?, se preguntó Salamanca—. Por cierto, ¿cómo es que no ha venido a saludarme?, qué descortesía. —Dejó caer la pregunta en un tono ambiguo, medio en broma, medio en serio.

—Serrano no se encuentra en el teatro, Majestad. —Isabel II no ocultó su decepción al escuchar la respuesta.

De modo que de eso se trataba, ¡de dar celos a Serrano con el tenor! En ese instante, Salamanca lo entendió todo. ¡Celos! Había ido esa tarde al teatro con la única intención de que Serrano, y de paso el resto del mundo, la vieran con el apuesto cantante. Le importaba poco el Gobierno de coalición y quien lo presidiera, había ido a la ópera solo para hacer rabiar a su antiguo amante. «Pero le ha salido mal, Serrano ha debido de enterarse y no ha venido. Así pues, es verdad lo

que se cuenta: el “general bonito” se ha cansado de ella, de sus caprichos y de sus arbitrariedades. Y, más que nada, debe de estar ya convencido de que nunca podrá ser rey, porque el divorcio de su amante es imposible».

Se originó cierto ajetreo en el palco al llegar el tenor José Mirall. Un ayudante de la reina lo introdujo a los presentes, menos a Salamanca, que lo conocía bien, ya que lo había contratado. Un hombre bien parecido, sin duda, dotado de una voz vigorosa y sensible, ideal para encontrar refugio en el seno de corazones heridos como el de la mujer que se abanicaba. García Goyena le apretó la mano con firmeza, no tenía la menor idea de lo que se cocía tras la presencia de ese hombre en el palco. En cambio, el Espadón de Loja le arrojó una mirada atravesada, él sí que estaba en antecedentes. Mirall se disculpó y se acercó a la reina, y le besó la mano con teatral inclinación.

—¡Qué maravilla, Pepe! ¡Cómo cantas! Y lo bien que te sienta el papel de rey, no como a otros. —Y la reina prorrumpió en una carcajada algo fuera de lugar que obligó a reír a los presentes. José Mirall acababa de representar el papel de rey Carlos VII de Francia en la ópera de Verdi *Giovanna d’Arco*—. Bueno, vámonos, Pepe, que estoy muy cansada.

Se puso en pie tomando del brazo al guapo cantor, se les hizo pasillo y se marcharon juntos al palacio Real. La mirada de Narváez cuando pasaron frente a él despedía veneno, como bien observó José de Salamanca. El Espadón se escabulló enseguida y ordenó a su cochero que lo llevara a casa del general Serrano. Tenía mucho de qué hablar con él.

Tres semanas más tarde, la noche del tres de octubre de 1847, se celebró una larga y tensa reunión en las habitaciones privadas de la reina. Y ruidosa, tanto que los gritos no dejaron dormir a la servidumbre. Ya de madrugada, se vio salir de palacio juntos a Serrano y a Narváez, este con un documento en sus manos.

A primera hora de la mañana siguiente, se reunió el Consejo de Ministros en sesión ordinaria, presidido por don Florencio García Goyena y con la asistencia de los seis ministros del gabinete de coalición, dos moderados, dos progresistas y dos puritanos. No habían pasado más de diez minutos cuando se abrió bruscamente la puerta de la sala y apareció, en traje militar de gala y con la guerrera llena de condecoraciones, don Ramón María Narváez, duque de Valencia, escoltado por dos edecanes con aspecto de gorilas. García Goyena, que estaba en el uso de la palabra, quedó sin habla, trémulo ante aquella intrusión. Hombre pacífico y acostumbrado al sosegado territorio de las leyes, llegó a temer que le pegasen un tiro allí mismo.

En medio de un palpitante silencio, tomó la palabra el general.

—Señores, en este documento firmado por la reina se decreta el cese de su Gobierno y el nombramiento de otro presidido por mí. Los generales Fernández de Córdova y Ros de Olano se incorporan al nuevo gabinete, todos los demás están cesados, por lo que les ordeno que abandonen esta sala.

Dio media vuelta y se fue, dejando tras él el afilado helor del resentimiento.

Las miradas de los dos ayudantes del general, que permanecieron junto a la puerta, se perdían en el aire viciado del Salón de Consejos, un aire corrompido por el humo y por la sinrazón. Los siete miembros del ministerio Goyena-Salamanca quedaron mudos, con expresiones de incredulidad en un primer momento y miradas de reproche hacia los dos ministros citados después. Instantes más tarde, la cólera encendió algunos rostros, pero todos fueron abandonando la sala en silencio.

García Goyena y Salamanca tomaron un coche para dirigirse a toda prisa a palacio, donde pidieron ver a la reina con urgencia. El ujier de guardia desapareció por los pasillos del edificio, aquella mañana todavía más frío de lo que era habitual, y regresó con paso cansino un cuarto de hora más tarde.

—Su Majestad me ha dicho —les informó con gesto inexpresivo— que no desea recibirlos.

El ministerio Goyena-Salamanca se convirtió desde ese momento en una simple anotación, tanto en los expedientes que registran nombramientos y ceses en la Administración del Estado como en los compactos libros de historia que leen algunos desocupados. Había durado exactamente veintidós días.

Ya de nuevo como jefe del Gobierno, Narváez hizo regresar con urgencia a doña María Cristina y a su marido, quienes permanecían en París a la espera de acontecimientos. Inmediato fue también el destierro del afamado tenor don José Mirall, lo que obligó al Teatro del Circo a suspender la obra *Giovanna d’Arco,* en la que representaba un papel principal. También se decretó el nombramiento de don Francisco Serrano Domínguez como capitán general de Granada. Dijeron los que lo conocían que Serrano abandonó Madrid aliviado y sin despedirse de la reina.

Esta, por su parte, masticó su rencor en soledad. La tarde del catorce de octubre hizo examen de conciencia, se tomó una valeriana y acudió al palacio de Las Rejas para abrazar a su madre, que acababa de llegar.

El nuevo jefe del Gobierno no tardó ni una semana en suprimir por decreto la reforma administrativa del ministerio anterior —por

antimilitarista, según afirmó—, dio descanso a las Cortes, que no conseguían sumar más de seis semanas continuadas de trabajo, y se entrevistó con el rey consorte acompañado por el recién llegado nuncio de Su Santidad, monseñor Brunelli. El fruto de tan piadosa reunión fue un regalo para Isabel II por su décimo séptimo cumpleaños: la cariñosa felicitación de su esposo, el rey, acompañada del anuncio de su regreso al palacio Real.

Contaron los que estaban presentes, escasos y selectos cortesanos entre los que no faltaba don Juan Donoso Cortés, que Isabel II, aún bajo el efecto de las baladronadas y amenazas de Narváez y de la humillación por la espantada de Serrano, se bebió en este caso un vaso de agua con bicarbonato y se maquilló el rostro demacrado por las secuelas de dos semanas de llanto y rabia; solo así se sintió en condiciones de recibir a don Francisco de Asís en su vuelta a casa con la mirada firme, ofreciéndole su mejilla derecha.

La «cuestión de palacio», proclamaron con júbilo los periódicos de todas las tendencias, se había resuelto felizmente y los reyes se habían reconciliado superando sus desavenencias.

Habituado ya a esperar de la política agravios tan solo, de nuevo en el amable refugio de su despacho, Salamanca concluyó que el principal pasivo de seis meses de vida pública fue haber perdido bastantes amistades y, sobre todo, quedar señalado en la consideración de muchos más. Llegó al gobierno como un hombre de prestigio y ahora raro era el día en que los periódicos no lo trataban como a un vulgar bribón. «Nunca debí aceptar el ministerio, pero me pudo la sugestión de la fama».

De entre los desengaños con que le arañó la política, uno sobresalía por encima de todos: la frivolidad con que se decidía la composición de los gobiernos, empezando por los dos de los que formó parte. Aunque ¿es que no fue aún peor lo del último, arrancado a la reina mediante amenazas por la asombrosa alianza integrada por su madre, su marido, su amante y el Espadón de Loja?

«Nunca más, no entraré en política nunca más». La firme promesa de Salamanca no incluía dejar de ser diputado, eso sería tanto como quedar al margen de lo que se cocía en España y, por tanto, una decisión estúpida. Tocaba ahora volver a poner orden en sus negocios, sobre todo en el ferrocarril. La primera consecuencia de su cese en el ministerio no se hizo tardar, el Banco de San Fernando le comunicó la cancelación de la parte del crédito de la que aún no había dispuesto, una medida de dudosa legalidad. De nuevo la sombra de Narváez. La memoria de su grotesca estampa cargado de medallas entre dos matones en la puerta de la Sala de Consejos le produjo melancolía.

«Bien, ya ha terminado todo, las cosas ya no pueden empeorar».

Se equivocaba, sí podían, y eso fue lo que hicieron las cosas, empeorar. Lo comprobó la mañana en que murió el pobre Remisa, aún de cuerpo presente entre cuatro cirios, a finales de noviembre. En la sesión del Congreso, una de las primeras tras su reapertura, tomó la palabra un diputado de la mayoría para pedir, «¡qué digo yo pedir, para exigir! la creación de una comisión parlamentaria que investigue la actuación de los dos gobiernos anteriores». Una nueva ambigüedad, a medida que se sumaban a la iniciativa otros parlamentarios del moderantismo pudo verse claro que su objeto no eran los gobiernos sino el ministro de Hacienda: José de Salamanca. Como en marzo. Y, como en marzo, de nuevo tuvo que escuchar un rosario de injurias.

Uno de los hablantes se metió en un laberinto de enmarañadas acusaciones sobre supuestas irregularidades en la fusión del Banco de Isabel II, cuando esa fusión, bien lo sabían todos, había seguido estrictamente el guion que marcó don Ramón de Santillán, el entonces ministro de Hacienda. Otro parlanchín de oficio recuperó la manoseada imputación de deudas pendientes por la explotación de la sal, cuando su liquidación se encontraba todavía empantanada por la desidia de la oficina de Rentas Estancadas. Y un tercero, sin perder la compostura, lo acusó abiertamente de desfalco, afirmando que habían desaparecido de las arcas públicas veinticinco millones de reales. «Como si alguna vez en la historia de la Tesorería del Estado hubiese existido tanto dinero junto». El diputado se basaba en lo publicado por un periódico, de cuya veracidad no parecía tener la menor duda.

Las acusaciones venían envueltas en marrullera palabrería, se trataba de un confuso revoltijo de suposiciones en torno a algunos hechos ciertos pero maliciosamente interpretados, o simplemente falsedades inventadas por periodistas que ahora se repetían sin sonrojo en sede parlamentaria.

Desolado, Salamanca se vio obligado una vez más a escuchar una sarta de mentiras envueltas en el tonillo patriotero de los demagogos. Cada intervención iba seguida de una salva de aplausos que pretendían legitimar con su ruido la vacuidad de las acusaciones. De vez en cuando, dirigía la mirada al banco del Gobierno para tratar de escudriñar el rostro de Narváez, imperturbable. Algunas, pocas, voces amigas salieron en su defensa: Escosura, Pacheco… Él mismo se defendió como pudo, sin esperanza, negando los hechos y reclamando que se demostrasen. Al final de la sesión, la Cámara aprobó crear una comisión para investigar las actividades de don José de Salamanca. Algo sin precedentes en la historia de las Cortes.

Tres meses después, Salamanca regresaba a Madrid en su coche por el

camino de servicio, junto a las vías del ferrocarril. Desde el punto en que se encontraba, el camino de hierro parecía una avenida interminable que llevaba a algún lugar apacible y feliz más allá del horizonte, borroso entre la niebla de la mañana de febrero. Una montaña de piedras blancas se apilaban al otro lado de las vías, aunque en aquel tramo la mayor parte de la zahorra ya había sido colocada y, encima de esta, las traviesas que aprisionaban los raíles. Aunque sin terminar y medio abandonado, aquel era su camino de hierro y la ciudad que se intuía entre la bruma era su ciudad, Madrid. La vía, de suaves pendientes y con sus dos rectas paralelas que iban a morir en el punto de fuga, se asemejaba a un arroyo seco y solitario en mitad de la estepa.

Vislumbró en la lejanía a un operario que salía de un almacén. Le pudo el peso de la nostalgia, era uno de los pocos que ahora trabajaban allí, en tareas de mantenimiento, cuando meses atrás se contaban por millares. No había dinero. Ni perspectivas de conseguirlo, tampoco los bancos extranjeros estaban por la labor de prestarle. Se preguntaba qué había cambiado en tan poco tiempo, si era su culpa o el mundo había enloquecido. No era ya solo el ferrocarril, la entera vida económica de la nación estaba paralizada y las noticias que llegaban de Europa no eran mejores. Hambre, inquietud en los ejércitos, gobiernos acosados por insurrecciones…

El optimista que siempre fue dormía mal últimamente, el insomnio lo vencía muchas noches. A veces se despertaba con un acceso de pánico y una opresión en el pecho. Una fijación lo atormentaba: que llegara el día en que no pudiera pagar sus deudas. En sus alucinaciones, creía ver largas colas de hombres con levita negra agitando documentos de crédito y exigiendo a gritos el pago. O un ujier uniformado que le impedía la entrada a la Bolsa levantando un dedo amenazante.

Al llegar a la Puerta de Atocha, el coche siguió hacia el Congreso, esa mañana volvía a reunirse la comisión que se encargaba de investigarlo y estaba obligado a asistir. De nuevo entre lodos infectos, los del Parlamento.

«Los trabajos de la comisión son arduos y complejos, por lo que necesitamos tiempo», había repetido el presidente en cada una de las sesiones anteriores, incapaz de justificar la ausencia de pruebas que sostuvieran las acusaciones tras muchas semanas de investigación. Practicaron docenas de interrogatorios y revolvieron las oficinas de Hacienda buscando documentos incriminatorios, pero hasta la fecha no habían encontrado ninguno.

Aquella mañana, la del veintiuno de febrero de 1848, un compañero de la minoría puritana preguntó de nuevo por el estado de la investigación contra el señor de Salamanca. Una vez más, el ponente

contestó que estaban a la espera de conseguir la documentación que probaría las acusaciones. A petición del interpelante, se vio obligado a enumerar de nuevo los cargos. Todos venían precedidos de expresiones tales como: «Según tal periódico», «Como todo el mundo sabe», etcétera. El diputado puritano perdió la paciencia.

—Así pues, después de tres meses de «arduos trabajos», las acusaciones se siguen basando en rumores y chismes. No hay prueba alguna.

El sonrojo del ponente, balbuceante, originó un rumor de malestar que se extendió por la sala. El presidente acudió en su auxilio cambiando de asunto.

Aquella fue la última reunión de la comisión, sus actividades se suspendieron días más tarde sin explicación alguna. En los plenos de la Cámara, nadie volvió a mencionar el asunto Salamanca, aunque tampoco se pronunció una sola palabra de disculpa. Ni él quiso dedicar sus energías a increpar a sus difamadores, refugiados en el confortable abrigo de la mayoría parlamentaria.

Su exculpación tuvo un efecto inmediato en su propia estima. Se dio cuenta de que llevaba tiempo compadeciéndose de sí mismo, dejándose llevar por los acontecimientos cuando él siempre había tomado la iniciativa. En otras palabras, de un modo inconsciente, él mismo se había alistado en el bando de sus adversarios desde el instante en que se dejó afectar por sus injurias. Algo imperdonable para su amor propio, tenía que recuperar el rumbo, el único rumbo posible. Ese que, para avanzar hacia el objetivo, obliga a doblegar los vientos.

En la biblioteca, donde Bulwer lo recibió, reinaba el desorden; se notaba que era un lugar de trabajo y no una habitación para recibir, docenas de libros dispersos por todas partes y papeles desparramados, unos oficiales y otros de carácter privado; el embajador tenía aficiones literarias y este era el refugio que utilizaba para ejercitarlas; aunque carente del talento de su hermano Edward, Henry Bulwer-Lytton era un escritor estimable.

Salamanca, visiblemente excitado, aceptó la copa que se le ofreció. Era curioso, tomó el alcohol como un sedante cuando acababa de experimentar un simple paseo por la ciudad como un estimulante, ambas circunstancias contrarias en apariencia al orden natural de las cosas.

—Querido Henry, disculpe la intromisión a estas horas, pero necesitaba hablar con alguien y pasaba por la puerta de su casa. —La excusa era algo forzada, en realidad se había desviado ligeramente de su camino con la esperanza de desahogarse con el embajador. El

oporto le ayudó a serenarse—. Supongo que está ya enterado de los sucesos del día.

Bulwer conocía los hechos del día con toda precisión a pesar de no haber salido de la embajada salvo para regresar a su residencia, donde ahora se encontraban. La jornada en cuestión era la del veintiséis de marzo y en Madrid había estallado un conato de revolución. Los conatos de revolución madrileños se asemejaban a las epidemias de fiebres tifoideas, solían ser intensos pero breves. Y relativamente frecuentes.

—Mi impresión es que ha sido una chapuza —comentó Salamanca con pesar, como insatisfecho por la falta de seriedad de los revoltosos —, había muchos más soldados que rebeldes. Según dicen, los refuerzos que estos esperaban no se presentaron. El tiroteo ha sido en la calle del Progreso, precisamente yo pasaba cerca y lo pude ver.

Omitió decir que no pasaba por allí casualmente, sino que conocía con exactitud la hora y el lugar en que se produciría la sublevación. No en vano había sido en parte financiada por él, cincuenta mil reales donados al coronel De la Gándara días atrás. Total, una minucia si se conseguía derrocar a Narváez.

—Parece que el Gobierno se enteró con antelación —dejó caer el embajador—. Alguien los ha delatado.

«Cuando Bulwer afirma “parece”, es que lo sabe con certeza, esa es su manera de hablar sin comprometerse —pensaba Salamanca—; nada extraño, el cabecilla del levantamiento, Joaquín de la Gándara, carece de discreción. Es un buen hombre, pero algo imprudente, habla demasiado».

—Además de muchos muertos, hay cientos de detenidos —prosiguió Salamanca—, entre ellos el marqués de la Albaida, Rivero, Arellano…, la flor y nata de los demócratas. No creo que todos estuvieran en el ajo, pero ya conoce a Narváez, primero los detiene y luego investiga.

Salamanca rellenó la copa del líquido oscuro y oloroso, le hacía bien; en cambio, Bulwer no lo probó, era de los que disfrutaban en la mesa viendo a los demás comer y beber. Su naturaleza, o tal vez fuera el arraigado hábito de la autodisciplina, alentaba el severo ejercicio de la abstinencia.

—Tratará también de averiguar quién ha costeado esta revuelta. Porque alguien ha puesto dinero para comprar armas y voluntades, de eso no hay duda —dijo el embajador; sus ojos, pequeños y cálidos, miraban los de Salamanca con un leve gesto de ironía, casi imperceptible.

—No hay duda. —Los ojos de Salamanca, más grandes pero igualmente cordiales, devolvieron una mueca parecida—, desde luego alguien ha puesto dinero. También es seguro que algunas embajadas en Madrid han apoyado a los rebeldes.

A ambos parecía divertirles participar en esa especie de partida de ajedrez sin fichas en la que cada movimiento tenía por objeto descubrir, sutil pero amablemente, las intenciones del otro jugador.

—No es ninguna sorpresa, desde el instante en que Narváez suspendió la Constitución para gobernar a su antojo. Con la excusa de guardar el orden, convirtió su gobierno en lo más parecido a una tiranía, donde todo es arbitrario. Como sabe, hay algunas naciones que simpatizan con los que se oponen a esas cosas y no es raro que se pongan de su lado. Los conflictos en Europa no pueden justificar que los gobiernos quebranten las leyes y atropellen a sus propios ciudadanos.

Aunque Salamanca era de confianza, Bulwer se interrumpió, un diplomático no debe dejarse llevar por los sentimientos. La sobriedad se le marcaba en el rostro afilado y en su extrema delgadez. Tenía la nariz tan curva como el pico de un cuervo, pero, al contrario que los cuervos, transmitía cordialidad.

—Dígame, Henry, usted que lo sabe casi todo, ¿es verdad que el rey de Francia ha pedido asilo en Inglaterra?

—No solo es verdad, es que ya se le ha concedido —respondió el embajador—. Qué ironía, ¿verdad, Salamanca? ¡Luis Felipe de Orleans bajo el amparo de su gran rival, la reina Victoria! Imagínese su huida, el rey de Francia escondiéndose en cuevas o en pocilgas para no ser descubierto. Hasta que pisó tierra inglesa, temió por su vida, dicen que la nueva república francesa es tan violenta como la de los jacobinos. Pero este es solo un ejemplo de los cambios colosales que estamos viviendo en cuestión de semanas, nunca hasta ahora se han derrumbado en tan poco tiempo tantos símbolos que creíamos inmutables. El Imperio austriaco se desintegra, triunfan los movimientos separatistas en Budapest y en Praga, y la situación no es mejor en Centroeuropa; Prusia intenta formar una confederación de estados para defenderse juntos de la violencia de las masas. Cada día se producen miles de crímenes y violaciones, muchos creen que el mundo se hunde.

—No sabía que era tan grave —añadió Salamanca—, anoche saludé al nuncio en el teatro y lo encontré muy nervioso, me contó que Cerdeña, el Véneto y la Lombardía han formado una alianza para expulsar a los austriacos y están invitando a los demás estados italianos a hacer lo mismo. Por lo visto, Pío IX está hecho un mar de dudas y no sabe si unirse a ellos, porque también en Roma hay disturbios.

—En la misma situación se encuentra el rey de Nápoles —dijo Bulwer.

Hablaban sosegadamente, tratando de evitar la palabra maldita, «revolución», aunque ambos intuían la aterradora dimensión de lo que

estaba por venir en toda Europa.

—Pero ¿es posible, Henry, que todo este jaleo lo haya provocado un barbudo alemán del que nadie había oído hablar hasta el mes pasado?

Bulwer pensó un instante antes de responder, él mismo se había hecho esa pregunta.

—Es verdad que el detonante de los disturbios fue la publicación de un manifiesto por ese individuo. De repente nos encontramos ante una nueva amenaza, un movimiento o partido llamado comunista que alienta la lucha violenta entre las clases. Pero, no nos engañemos, las causas de estos disturbios son muchas y complejas. No sé si es usted consciente de cómo viven millones de personas en toda Europa, también en Inglaterra lamentablemente, aunque me atrevo a decir que en menor medida. No es solo pobreza, es mucho más: hambre, enfermedades, analfabetismo… Y lo peor de todo, la falta de horizontes y la sensación de abandono que siente tanta gente. Usted y yo vivimos en una sociedad irreal, muy pequeña, en cuanto salimos de nuestro minúsculo caparazón nos tropezamos con toda esa tragedia. Y, en realidad, ¿qué hacemos para cambiar ese estado de cosas? Al menos, los ingleses llevamos mucho tiempo avisando a todos los gobiernos de la necesidad de hacer reformas políticas y luchar contra todo esto. No es casual que Inglaterra sea ahora el único país relativamente tranquilo.

Salamanca permaneció en silencio, serio. En realidad, había poco que añadir a las palabras de Bulwer, quien una vez más demostraba conocerlo todo. O casi todo.

Las tormentosas convulsiones de marzo del cuarenta y ocho encontraron dos barreras infranqueables a su voraz expansión: el canal de la Mancha y la cordillera pirenaica. De que esta segunda actuara como firme parapeto se encargó don Ramón María Narváez, experimentado maestro en abortar licenciosos alborotos colectivos. Y cuando no se abortaban, se reprimían. De modo que en España, al menos de momento, el terremoto continental llegó tan apagado que no dejó más rastro que algunos muros agrietados producidos por el ingenuo amago del veintiséis de marzo en Madrid y por otros de parecido fuste en Valencia y Barcelona.

Pero Narváez no era hombre de poca memoria y aún menos de escasos arrestos. Alguien había tenido la culpa de aquellos tumultos, no solo el puñado de aventureros que se levantaron en armas. De modo que se tomó su tiempo para madurar una respuesta adecuada y a finales de abril la hizo pública: Inglaterra era culpable, desde su embajada se había conspirado para derribar a su Gobierno. Solo cabía una respuesta, el embajador Bulwer fue conminado a cerrar la

legación inmediatamente y se convocó al embajador en Londres para que regresara a Madrid. Las relaciones diplomáticas entre ambas naciones quedaban rotas.

Henry Bulwer-Lytton se despidió de sus amigos el primero de mayo, les deseó lo mejor y, a unos pocos, los invitó a su próxima boda. Aprovecharía el paréntesis en su carrera diplomática para casarse con su prometida, la honorable Georgiana Wellesley, hija del primer barón Cowley y sobrina del duque de Wellington. Decidió que a sus cuarenta y siete años no debía demorar más la boda, que se celebraría en Hatfield House.

Para el Espadón de Loja, la ruptura de relaciones con Inglaterra no cerraba aquel capítulo lamentable, todavía quedaba un asunto pendiente: alguien había financiado el motín. Desde el primer momento tuvo un sospechoso, pero antes de actuar quería estar seguro.

La tarde del primer jueves de mayo, Salamanca se encontraba solo en su palco del Teatro del Circo. Escuchaba absorto la ópera cuando lo interrumpió José Buschental.

—Tenemos que hablar con urgencia. Vamos a algún sitio reservado, no quiero que me vean contigo.

Era evidente que algo serio ocurría. Se dirigieron a un pequeño despacho en el mismo piso, que se usaba como oficina.

—¿Qué pasa, José? Te noto muy nervioso.

—Tengo motivos, he prometido a Fernández de Córdova que actuaría con la mayor reserva. Nadie debe vernos ni enterarse de esta conversación, están en juego su carrera y nuestra propia seguridad. Me ha pedido que te buscase urgentemente y supuse que estarías en el teatro.

Fernández de Córdova era el titular de la cartera de Guerra y viejo conocido de Salamanca, con quien coincidió en el gabinete García Goyena.

—¿De qué se trata?

—Ha sabido que Narváez ha firmado una orden de detención contra ti. La policía debe de estar buscándote.

El final de la frase se confundió con un *allegro* del tenor que atravesó las paredes. Salamanca no pareció alterarse.

—De modo que hasta ese extremo llega su rencor hacia mí.

—Según parece, has firmado una carta junto con el general Alaix y otros, en la que pedís a la reina su destitución.

—Es verdad, me he sumado a esa iniciativa, es lo menos que podía hacer por esos patriotas. No me digas que la reina se la ha enseñado a Narváez.

—¿Qué otra cosa esperabas que hiciera? Me sorprende tu temeridad, has jugado con fuego.

—No me parece motivo suficiente, tiene que haber algo más.

—Según Córdova, Narváez sospecha que participaste en la sublevación de marzo.

Eso también era cierto, había puesto dinero. ¿Se habría vuelto a ir de la lengua De la Gándara?

—¿Y dices que me busca la policía?

—Posiblemente, todavía no, la orden se firmó hace un par de horas. Tienes que esconderte o te arriesgas a ir a la cárcel, ¿se te ocurre algún lugar adonde ir?

Salamanca reflexionó durante un instante, bajo el influjo del coro de concertadas voces que venía del escenario. «Narváez, presente en todas mis pesadillas como la sombra del diablo», se dijo. En esta ocasión, las circunstancias exigían actuar y hacerlo inmediatamente.

—Pues, teniendo en cuenta que la embajada inglesa está cerrada y Bulwer camino de Inglaterra, se me ocurre ir a la de Bélgica, que está aquí al lado. Supongo que me concederán asilo.

—Hazlo inmediatamente. Yo pasaré por tu casa y se lo diré a tu mujer.

—Te lo agradezco. Pídele que prepare una maleta y me la lleve a la embajada. Y no olvides dar las gracias a Córdova en mi nombre. Dile que nunca olvidaré lo que hace por mí, y lo mismo te digo a ti.

La embajada belga se encontraba en un piso de la calle del Barquillo, a un par de manzanas. Allí se presentó, vestido de etiqueta y con las manos vacías. El embajador no estaba, fueron a buscarlo a su casa y llegó una hora más tarde, aceptó de inmediato la petición de asilo y dio instrucciones para que se le acomodara en una habitación.

Pero el Gobierno, sin el freno de unas Cortes clausuradas y bajo el principio de que en España no había más ley que la voluntad de Narváez, se enteró de su paradero y al día siguiente envió a varios agentes a la legación belga a detenerlo, saltándose a la torera la legalidad internacional y el derecho de asilo. Desde la habitación que ocupaba, Salamanca escuchó las voces de los guardias y las protestas del embajador. Cuando estuvo seguro de que la intención de los policías era apresarlo, puso en práctica el plan que tenía pensado para una eventualidad como aquella. Cogió su equipaje y se encaminó a la parte trasera de la vivienda, salió por la puerta de servicio y subió al segundo piso.

Pulsó el llamador y solicitó al individuo que le abrió ser recibido urgentemente por el embajador. Este piso, justo encima del que acababa de abandonar, lo ocupaba la embajada de Dinamarca. Acababa de abandonar territorio belga y ya pisaba tierra danesa. Fue recibido al instante, el representante diplomático del país nórdico no podía ostentar un título más esperanzador, barón del Asilo. Ambos se conocían superficialmente. El diplomático hizo honor a lo que se

esperaba de su nombre, le brindó su protección y alojamiento.

La mañana siguiente recibió la visita de Petronila, venía con Serafín. Por ellos supo que la policía había registrado su casa y no se anduvo con contemplaciones, destrozaron muebles y puertas. También le contaron la irritación de Narváez cuando se enteró de que no lo habían encontrado en la legación de Bélgica. Acordaron que Petronila y los niños se irían a vivir, de momento, con Serafín y Matilde.

El ocho de mayo, Estébanez volvió a visitarle en la embajada.

—Ayer debió de ser un día movido, no dejé de escuchar tiros mañana y tarde. —Salamanca estaba de buen humor, parecía llevar bien su ociosa existencia.

—Todavía están en Cibeles los dos cañones que colocaron, apuntando a la Puerta del Sol. Toma, te traigo este libro para que no te aburras, lo acabo de recoger. —Se trataba de *El Cancionero*, de López Maldonado. Una vez restaurado, tenía buen aspecto—. Es uno de los que el cura salvó del fuego —añadió Estébanez—, Cervantes le tenía aprecio, aunque yo todavía no lo he leído.

—Este es una maravilla, Serafín, gracias por todo, no sé qué haría sin ti. He vuelto a perder la cuenta de los que tenemos.

—Nos faltan ocho solamente, ya tenemos veinte.

—Cuéntame cómo fue lo de ayer, por el ruido que hacían debió de ser algo serio.

—Pero fracasó. Por la mañana se sublevó la guarnición del cuartel de San Mateo, al mando de dos comandantes llamados Muñoz y Buceta. Se les unieron muchos civiles, que levantaron barricadas por todas partes, pero el Gobierno movilizó a varios regimientos y la lucha fue espantosa, sobre todo en la Red de San Luis. A media tarde, detuvieron a los últimos. Esta noche han fusilado a los cabecillas, hay muchísimos detenidos y los hospitales están llenos de heridos.

—La represión será terrible, me temo, esta vez no le podrá echar la culpa a Bulwer. Ni a mí, espero. —Salamanca cambió el tono—. Serafín, te he llamado porque tenemos que pensar en resolver mi situación, en cualquier momento se enterarán de dónde me encuentro y vendrán a por mí.

—Petronila y los niños están bien con nosotros. Por eso no te preocupes.

—Tengo que conseguir salir de aquí y llegar a Francia. —Se acercó a un escritorio y sacó un documento de uno de los cajones—. Toma, es un poder que he extendido a tu favor, legitimado por el embajador, tienes que hacerte cargo de todo en mi ausencia. Lo más urgente es vender el Teatro del Circo, no queda otra. Con ese dinero, Petronila y los niños podrán vivir hasta que regrese. Por mí, no os preocupéis,

tengo bastante dinero, hace un par de semanas malvendí la colección de cuadros. En cuanto al ferrocarril, no hay nada que hacer, su mantenimiento queda al cuidado de Perelló y de don Pedro Miranda. Y a esperar a que cambien las cosas. —Serafín Estébanez estaba sorprendido por la tranquilidad de su cuñado, ¿o era tan solo apariencia?—.Y ahora, lo más importante, escúchame bien porque me juego la vida. Tengo un plan para salir de aquí y necesito tu ayuda, escucha. —Y le contó el plan.

Todo estuvo a punto de irse al traste a causa de un nuevo registro que el Gobierno ordenó, en este caso en la embajada de Dinamarca, violentando una vez más las leyes internacionales. En esta ocasión, acompañaba a la fuerza pública el gobernador de Madrid, el conde de Vistahermosa, que entró a la fuerza en la legación con media docena de agentes. Salamanca jugaba al ajedrez con el barón del Asilo y se quedó de piedra al escuchar otra vez las voces de la fuerza pública en la habitación de al lado. El diplomático actuó con frialdad y le indicó un arcón situado en un rincón del despacho. Sin pensarlo mucho, allí se metió Salamanca mientras el embajador acudía al vestíbulo a protestar contra aquel atropello. De nada sirvió, el gobernador distribuyó a sus hombres por toda la casa para proceder al registro y, a continuación, trató de calmar al irritado diplomático.

Ante lo inevitable, el barón del Asilo llevó a Vistahermosa a su despacho y le ofreció un café mientras los agentes registraban la embajada. Lo invitó a sentarse en un sillón de orejas y él lo hizo enfrente, sobre un valioso arcón de noble madera procedente de unos bosques cercanos a Copenhague.

—¿Y a quién dice que buscan? —preguntó.

—Al diputado José de Salamanca. Está acusado de alta traición.

—Apenas lo conozco, aunque no lo tenía por un revolucionario. En cualquier caso, le informo de que presentaré una nota de queja al Gobierno por el allanamiento de la embajada. Estará conmigo en que se trata de algo irregular.

—Haga lo que quiera. Yo solo cumplo órdenes.

El registro duró casi media hora, y eso que la legación no tenía más que siete habitaciones. Finalmente, el gobernador dio por terminado el trabajo y se despidió del barón del Asilo.

—Parece que la información que recibimos era equivocada. Le ruego que acepte mis disculpas.

Minutos más tarde, Vistahermosa y sus agentes abandonaban la misión diplomática. El embajador regresó a su despacho y abrió la tapa del arcón.

—Se han ido, ya puede salir. ¿Ha estado cómodo? —Sonrió.

Salamanca se limitó a silbar, como había hecho un célebre día en la Bolsa, un aria de la ópera *Don Giovanni.* Se sirvió una taza del café que

había sobrado e invitó a su anfitrión a reanudar la partida.

—No crea que a cambio de este favor voy a perder a propósito. Tengo juego ganador.

De repente, todo se hizo verde, quizás era el presagio en color esperanza de tiempos mejores, y hasta los dardos de fuego que el sol les había arrojado durante dos semanas se transformaron en cálidos rayos templados por la brisa refrescante que llegaba desde el mar cercano. La sequedad y aridez del paisaje que les acompañó durante tantas jornadas dio paso a la visión de fértiles tierras onduladas en colinas y cerros salpicados de caseríos con oscuros tejados. Hasta la lluvia frágil de la última primavera derramó su frescor sobre los cuerpos derrotados, y los arroyos de aguas transparentes que surcaban los valles aliviaron sus gargantas polvorientas. Se encontraban en algún rincón de Guipúzcoa.

Recibieron posada en una de aquellas granjas, en la ladera de una loma arbolada; el dueño les cedió por una noche el cobertizo para que no tuvieran que dormir al raso. Allí se acomodaron como pudieron los catorce soldados del pelotón, a los dos oficiales se les ofreció compartir una habitación vacía en el interior de la casa.

El sargento entró en el establo y se acercó a uno de los soldados que le servía como asistente, un joven de Cómpeta apellidado Ramírez. Se sentó en el suelo y se despojó de las altas y rígidas botas de cuero que eran su tormento desde que salieron de Madrid.

—¿Has traído agua? —preguntó el sargento. La barba de dos semanas, un proyecto de barba más bien, le confería un aire desaliñado. La suciedad del uniforme, que no había recibido limpieza ni reposo desde que empezaron la marcha, tampoco ayudaba a proporcionarle una imagen aseada. En realidad, si no fuera por el traje militar, se le podía tomar por un astroso mendigo.

—Aquí la tengo, mi sargento, en esta vasija.

—Hazlo con mucho cuidado. Las llagas son cada vez más grandes, sobre todo las del pie izquierdo. —Ese pie, rojo con manchas blancuzcas, estaba completamente desollado. El soldado aplicó con cuidado una venda húmeda por la superficie. Lo hacía con delicadeza, antes de ingresar en el Ejército había ejercido de enfermero en su pueblo—. De todas formas le va a doler, como siempre. Procuraré ser rápido.

El sargento no pudo evitar un grito al sentir el contacto del paño mojado. Se avergonzó de no haberse contenido y, a partir de ese momento, se mordió la lengua con fuerza para no volver a gritar, aunque no pudo evitar que se le saltasen algunas lágrimas. En pocos minutos, Ramírez terminó de limpiar las llagas de los dos pies.

—Lo haces muy bien —le dijo en cuanto el dolor le permitió hablar—, no sabes cuánto te lo agradezco. Ahora el talco. —El asistente lo esparció por ambos pies. Al sargento, el contacto del polvo blanco lo sosegó como si tuviera a la vista las llanuras del Edén. Se reclinó sobre la pared dejando los dos pies al descubierto y ofreció un habano al soldado Ramírez. Él encendió otro—. Debe de ser tarde, los días son tan largos que perdemos la noción de la hora.

El sargento sacó del bolsillo de la guerrera su reloj de oro y vio que eran casi las ocho, aunque el sol todavía no se había ocultado. Uno de los soldados que se sentaba enfrente cuchicheó con un compañero que estaba a su lado.

—¿Te has fijado bien? Es el reloj más bonito que he visto en mi vida. Es de oro macizo, ¿a quién se lo habrá robado? No me gustan los ladrones, aunque sean sargentos. Además, fíjate en su pecho, tiene un bulto debajo de la pechera, y lo lleva siempre. Nunca lo he visto quitarse el uniforme desde que salimos de Madrid, con el calor que hemos pasado. No me gusta ese individuo.

—Pues a mí me parece simpático. Y siempre está invitando a tabaco o a comida.

Cuando terminaron con los cigarros, Ramírez vendó los pies del sargento con profesionalidad, con la presión justa, ni poca ni mucha. El oficial se incorporó y empezó a caminar con cuidado llevando las botas en las manos, entró en el caserío y se dirigió a su habitación. El capitán estaba tumbado en uno de los camastros, exhausto. Él se sentó sobre el otro.

—Si no fuera por la tortura de los pies, habría disfrutado de este viaje como si fuera una excursión —exageró. Sus palabras no inmutaron a su compañero de cuarto, que bastante tenía con apaciguar el dolor de su cuerpo vencido—. Pateando sus caminos y cruzando sus montañas estoy conociendo España de verdad. Este territorio vasco es sin duda el más hermoso.

Sus palabras se estrellaron en el agobiante bochorno del cuartucho, presidido por un desconchado crucifijo de porcelana desproporcionadamente grande. La pestilencia de la cercana pocilga irritaba los cinco sentidos a la vez. Aun a riesgo de asfixia, se levantó a cerrar el ventanuco; descubrió entonces que un orinal desconchado decoraba la esquina de la habitación y dudó sobre si volver a abrir la ventana.

—Ya solo nos falta una jornada, don José. —El capitán encontró una pizca de energía en su agotado arsenal para intentar animarse a sí mismo—. Mañana llegaremos a Irún y le indicaré el camino para cruzar la frontera sin peligro.

—Quiero agradecerle una vez más todo lo que ha hecho por mí.

—Ha sido un honor conocerle. —Además de un honor había sido

una suerte, su acompañante había sido muy generoso con él—. Ya sabe que para mí los deseos del ministro son órdenes. Debo mucho a don Fernando.

Salamanca se recostó en el jergón y pensó en la vida que le esperaba en la Francia republicana. Según sus noticias, la revolución de febrero había amainado y la violencia había disminuido mucho. Iban a convocar unas elecciones. Se acomodó como mejor pudo la zamarra con el dinero que llevaba debajo de la camisa, sujeta al pecho con unas cintas. Contenía un montón de billetes cuidadosamente colocados para que abultasen lo menos posible, con ellos tenía que afrontar un futuro de duración incierta mientras su patrimonio estaba enterrado en un polvoriento camino de hierro a medio construir, embargado por el Banco de San Fernando.

Aún no sabía cómo gestionar esta nueva situación, la bancarrota. Varias veces había asistido a la ruina de amigos o conocidos, pero jamás pensó que él se vería un día en su lugar. Trató de tomárselo a broma, convencido de que se trataba de algo pasajero que reforzaría su posición en cuanto cambiara la coyuntura, en pocos meses. Pero su infundado optimismo hacía aguas por la atmósfera nauseabunda que envenenaba el interior de la habitación. Se levantó y volvió a abrir la ventana y la puerta del cuartucho para permitir la entrada del aire, aunque viniera acompañado de ciertos olores.

—Le ruego que, cuando vuelva a ver al ministro, le entregue esta carta. —Abrió su mochila y entregó al capitán un sobre lacrado. Era una carta de agradecimiento que había tardado varios días en escribir—. Yo le debo a don Fernando Fernández de Córdova todavía más que usted. Le debo la libertad y espero poder devolverle el favor algún día.

La generosidad de Córdova le había sorprendido. Lo conocía desde hacía muchos años, pero no eran amigos. Además, militaban en partidos distintos. Supuso que su gesto de protegerlo era una muestra de discrepancia con la actitud rencorosa de Narváez, de cuyo gabinete formaba parte. No se había limitado a avisarlo de que lo iban a detener, también facilitó su salida de la embajada de Dinamarca colocando a un hombre de su confianza en la guardia que custodiaba el edificio. Después lo alojó durante unos días en un cuartel militar con un nombre supuesto, lo asignó con la misma identidad falsa a un pelotón que viajaba a la frontera francesa y, finalmente, encomendó su seguridad al jefe de la unidad, el veterano capitán que ahora compartía habitación con él.

Una semana más tarde, el cinco de junio, ya en tierra francesa, tomó un coche de alquiler con dirección a Bayona en la primera aldea nada más cruzar el Bidasoa. A través de la ventanilla, se recreó en el

paisaje, tan fresco, verde y afortunado como el de Guipúzcoa, las nubes amenazaban tormenta y hacía mucho calor. Había pasado en Irún una semana, en un hotel pequeño. Compró ropa, se bañó hasta dos veces al día, se afeitó y visitó a un médico para que le tratase los pies. Había mejorado, pero todavía le resultaba penoso caminar y pasaba la mayor parte del tiempo sentado en una butaca con los pies desnudos, leyendo un montón de libros. Comía en el restaurante del hotel y, por el dueño, un hombre acostumbrado al trato con exiliados que iban o regresaban, supo que ya habían llegado a Bayona sus amigos Juan Prim y Joaquín de la Gándara; se esperaba para uno de aquellos días a Salustiano Olózaga, que había escapado a través de Portugal. Al parecer, los fugitivos eran multitud.

«Al menos estamos vivos, no como los infelices que fusilaron la noche del siete de mayo». Le agradó la idea de encontrar en Bayona a algunos conocidos; sin embargo, su estancia en esa ciudad sería breve. Quería olvidarse de la política, algo imposible si vivía junto a exiliados. Se instalaría en París y viajaría a Londres. Tenía que preparar el futuro desde ese mismo momento y en ambas ciudades conocía a personas que le podrían ayudar.

El coche atravesaba una pequeña aldea pacífica y bellísima, el olor intenso de la lluvia de primavera inundaba el interior del vehículo. Por lo menos, la Segunda República francesa no había alterado la hermosura del paisaje vasco ni las leyes de la naturaleza. Pensó en la carta a medio escribir que llevaba en su equipaje y que debía terminar esa misma tarde, dirigida a Petronila y a Serafín, contándoles las vicisitudes de su viaje. Les haría saber su primera dirección postal en el extranjero una vez que se hubiera acomodado.

De repente sintió que, ahora que tantas cosas habían quedado atrás, su mente recuperaba la agilidad que le había faltado en los últimos tiempos. Un revoltijo de ideas y proyectos se agitaba en su imaginación, que hervía como el agua en la cazuela. En París buscaría a Dumas y visitaría a Rothschild, y en Londres pediría consejo a Stephenson. También esperaba encontrar a cierta joven que vivía en Montmartre, para qué resistirse a los regalos de la vida si tantas otras veces nos resulta tan áspera. Conocería las últimas líneas de ferrocarril construidas en estos países y planeaba visitar las fábricas de locomotoras para ponerse al día de los últimos adelantos. Estaba deseando volver a pisar la Bolsa de París. Y, si tenía tiempo, viajaría a Austria y a Roma.

Se preguntó si estaba loco, sus pensamientos desvariaban y se agitaban como si viajasen en el péndulo de un reloj. Percibió que, de pronto, todo había cambiado nada más cruzar la frontera, ahora su cabeza parecía regirse por reglas largamente olvidadas y la presión sobre el pecho, que no le había abandonado durante los últimos

meses, al fin había desaparecido. Sacó el brazo por la ventanilla para sentir la lluvia, recogió unas gotas en la palma y se mojó los labios con ellas. Entonces, recordó las palabras de Dumas durante un almuerzo en Lhardy, entremezcladas con el murmullo del agua resbalando por el cristal: «Los románticos necesitamos la libertad como el aire». ¿Sería posible que esta nueva energía fuese fruto de la libertad?

Capítulo 3

If you can talk with crowds and keep your virtue,
Or walk with Kings — nor lose the common touch,
If neither foes nor loving friends can hurt you,
If all men count with you, but none too much.

RUDYARD KIPLING, *If…*

Si puedes hablar a las masas y conservar tu virtud,
o caminar junto a reyes sin perder el sentido común,
si ni amigos ni enemigos pueden herirte,
si todos cuentan contigo, pero ninguno demasiado.

Madrid, París, Aranjuez,
de octubre de 1850 a febrero de 1851

En un extremo de la nave, antes iglesia del convento de los Basilios, un grupo de agentes de cambios voceaba cotizaciones alrededor de una mesa circular. Una voz poderosa sobresalía entre el tumulto.

—Doy cinco mil a veintiocho y cinco octavos.

El agente que respondió gritaba para hacerse oír, era de voz atiplada y débil, un serio inconveniente en la profesión.

—Tomo tres mil a veintiocho y cuarto.

El público, numerosísimo aquellas gloriosas jornadas de alzas continuas, se agolpaba tras la barandilla cercana. Rostros alegres y algarabía, todo era optimismo y confianza en el futuro, la gente compraba y compraba y el precio de los valores no paraba de subir. Los que deseaban vender esperaban, convencidos de que el paso del tiempo jugaba a su favor, y esa actitud empujaba aún más al alza las cotizaciones, una espiral que parecía no tener límite. Nadie se acordaba ya de aquellos tiempos de zozobra perdidos en la noche de los tiempos, por fin había llegado la hora de la prosperidad, Europa había aprendido de sus errores y la nación española emprendía de una vez el camino del progreso, del que no había retorno posible.

José de Salamanca se abstrajo del rumor circundante y del ambiente de euforia. Este recinto de los Basilios, como en su día el de la plaza del Ángel, después el de la calle Carretas y más tarde los conventos de San Martín y de las Bernardas, seguía siendo, en cierto modo, su hábitat. Todo allí le era familiar: el rancio olor a legajos almacenados, los efluvios de lejía que emanaban del mármol del piso, entremezclados con reminiscencias de lejanos inciensos que un día perfumaron el templo, o la habitual confusión de sonidos: el griterío del corro que se sobreponía al murmullo del ambiente, la risotada del éxito, el sostenido silencio del miedo…

Las Bolsas europeas parecían buscar deliberadamente sedes que antes habían sido iglesias y, cuando levantaban edificaciones ex profeso, el diseñador se cuidaba de construirlas en forma de templos, con dóricas o jónicas pero formidables columnas al modo del Partenón, vidrieras o cúpulas acristaladas y siempre presente el universo de las alegorías, tanto en los relieves de las fachadas como en los frescos de los interiores. Bien es verdad que en estos laicos santuarios el poder superior es el dinero, una abstracción, como todos los poderes superiores, que cuenta con sus propios protocolos.

Ahora que el corro había terminado, encendió el habano y sacó a

pasear su simpatía y a repartir cordialidad allá por donde pasaba. Se detuvo con este y con aquel, les deseó éxito y respondió a las preguntas de todos, al fin y al cabo era el príncipe de la Bolsa, el que siempre acertaba, el que contagiaba su fe inextinguible, el inversor que arriesgaba cifras temerarias sin que se le descompusiera el ánimo. Y también el hombre cercano que tenía un recuerdo para los ausentes, para «el pobre Remisa, que en paz descanse, que tanto hizo por esta institución», y quienes lo escuchaban se conmovían en el recuerdo del prócer a quien ni siquiera habían conocido, o para «el nómada de Buschental, ahora empeñado en la creación de un imperio industrial en las plateadas riberas de Montevideo», y las fantasiosas mentes de sus interlocutores se enmarañaban de celos ante el arrojo del luchador que se había atrevido a cruzar el océano para hacer las Américas por segunda vez.

Él era para todos, más que ningún otro, el símbolo viviente de la riqueza productiva, un hombre hecho a sí mismo que compraba y vendía, el que invertía en distintos negocios según marcaba la dirección de los volubles vientos de la economía moderna, quien daba trabajo a un ejército de trabajadores, el único capaz de rivalizar con los grandes industriales europeos y el que se movía como pez en el agua en el inaccesible mundo de las altas finanzas. Era también, por supuesto, lo más opuesto a las improductivas fortunas de manos muertas, causa principal del secular atraso de la nación. Según era de general conocimiento.

Salamanca hacía honor a una frase escuchada tiempo atrás, de un tal lord Macaulay, que había hecho suya: «La prosperidad no es un montón de fincas, sino un sistema de oferta y demanda eficientes». Algo muy bien dicho, en su opinión.

Abandonó la Bolsa y subió al landó que le esperaba en la puerta, un flamante modelo con capota abatible y asientos tapizados en rojo almagre, fabricado en sus talleres de La Comodidad. Ordenó al cochero que lo llevase al Banco de San Fernando para ingresar el cheque que había recibido unos momentos antes. Él, naturalmente, acababa de vender ahora que todos compraban. Ya compraría cuando todos vendieran, muertos de miedo. Esa era la regla de oro.

La agradable sensación de frescura del aire otoñal empalidecía a causa del endiablado traqueteo del coche, ¡y eso que contaba con el más moderno mecanismo de suspensión! Los desiguales empedrados de las calles de Madrid, abandonados a su suerte y a la rapiña de los manilargos que robaban hasta las piedras de las calles, lo torturaban casi tanto como los vahos procedentes de las alcantarillas.

Al salir del banco subió por el Prado y en Cibeles dobló hacia la Puerta de Alcalá. Allí se apeó del coche y contempló el esqueleto de lo que algún día sería su palacio, asentado en el solar del viejo convento

de los agustinos recoletos, lindando con los edificios del Pósito. La estructura estaba terminada, pero la obra llevaba cuatro años detenida, esperando la resolución de un pleito interminable con el ayuntamiento por un endemoniado asunto de lindes. El proyecto lo firmaba don Narciso Pascual y Colomer, el arquitecto de la Casa Real, y, cuando se terminara, sería una mansión de ensueño, el mejor palacio de Madrid sin contar el Real.

Se dio la vuelta hacia el este, en ese sentido la desolación del paisaje invitaba a la pesadumbre. El llano por el que discurría el camino de Aragón, al norte de la valla que bordeaba los jardines del Buen Retiro, era un páramo de tierras infértiles repletas de escombros donde no se veía otra edificación que la destartalada plaza de toros. Y si uno miraba hacia el norte, el panorama no era mucho más alegre; excluyendo el camino de la fuente de la Castellana, arbolado y con algunas casas de buena planta desperdigadas a los lados, el resto era un baldío de tierras resecas que imploraban un poco de aseo urbanístico.

Su imaginación lo llevó a las ciudades de París y Londres, con sus palacios fastuosos y sus proyectos de modernos ensanches en las afueras, y pensó que algún día afrontaría él una gran obra en aquel espacio. De repente, se imaginó una ciudad nueva y alegre con anchos bulevares y nobles edificios alineados en avenidas rectilíneas, amplias aceras, cocheras en las casas y calles pavimentadas sobre desagües soterrados que invitaran al paseo y atrajeran a los comerciantes.

El coche recorría ahora la Carrera de San Jerónimo. Justo enfrente de la casa de María Buschental resplandecía el nuevo palacio de las Cortes que la reina inauguraría en dos semanas. Un magnífico edificio, también de Colomer, cuya escalinata ensalzaba el espléndido pórtico de seis columnas corintias. Sobre estas descansaba un frontón triangular repleto de alegorías en bajorrelieve que proclamaban nobles valores universales, tantas veces pisoteados. «Todo este lujo para albergar a esa pandilla de trileros a los que llaman diputados», se dijo en reflexión no exenta de ironía, al fin y al cabo él mismo era uno de ellos.

En la calle de Cedaceros volvió a bajar del coche y contempló la fachada gris de un enorme caserón alquilado hacía seis meses, en cuyo interior trabajaba un batallón de ebanistas, pintores y tapiceros con el mandato de terminar en cuatro semanas. Iba a ser su nueva vivienda y trataba de emular las grandes casas de París. Todo el mundo debía saber que José de Salamanca seguía vivo. Y con ganas de batalla.

Minutos después, llegó a su despacho. Estaba como siempre, Serafín Estébanez, de vez en cuando, pero sobre todo don Matías Perelló, lo

habían usado durante su larga ausencia. Precisamente, su secretario colocaba unos documentos sobre el escritorio cuando él entró. Lo invitó a sentarse, tenía ganas de hablar, aunque enseguida se arrepintió. Perelló, generalmente discreto, cometió la imprudencia de interesarse por su vida en el exilio.

El semblante de Salamanca se volvió sombrío, le avergonzaba hablar de su destierro y, cuando alguien le preguntaba, se refugiaba en un mutismo casi autista. Para ocultar su dolor. Interiormente, el recuerdo estaba aún muy vivo, sobre todo la angustia de sus primeros meses en París, en prisión tras ser denunciado por la embajada española. Noventa días, el tiempo que tardaron sus amigos franceses en gestionarle la libertad, mal llevados en un calabozo infecto y oscuro sin otra cosa que hacer que compartir rancho con ladronzuelos, hundido en la sima de la soledad. No tenía la menor intención de hablar con nadie de aquellos días horribles.

En sus dieciocho meses de exilio, escribió más cartas que nunca, y también fue cuando descubrió el placer de recibirlas, aunque a veces vinieran con malas noticias, como la de su hermano Jaime contándole que su madre agonizaba. O la de Petronila una semana después, dando noticia de su entierro en Málaga. En otra, Estébanez le informaba de la venta del Teatro del Circo, a precio irrisorio, a un individuo apellidado Cabazo. Ese trago tardó en digerirlo, le pareció como si una mano negra enviada por el diablo tuviese como ocupación aflojar, una por una, los millares de tuercas que él había atornillado en sus respectivos pernos a lo largo de toda su vida. ¿O era el mundo entero el que estaba siendo desmontado pieza a pieza trastocando todo? Un sentimiento parecido lo persiguió la noche de luna opaca en que se enteró de la inauguración del ferrocarril que unía Barcelona con Mataró. Había perdido otra carrera, el suyo ya no sería el primer tren que circulara por la Península.

Aunque para entonces las cosas ya habían empezado a cambiar, llevaba meses viajando por Europa visitando cuantas líneas férreas se construían para conocer los últimos avances, y sus escarceos en la Bolsa de París le proporcionaron algunos dividendos. Hizo nuevas amistades, frecuentó a Dumas y a sus amigos, y en especial a alguna de sus amigas, y visitó a James Rothschild, el gran banquero, a quien trató de seducir con resplandecientes proyectos.

Por carta de María Buschental supo que José, su marido, acababa de embarcarse para el Uruguay sin billete de vuelta. No había ningún arreglo legal en aquel acuerdo, tan solo que ambos habían decidido separar sus vidas. El oscuro tinte de la amargura no era visible en sus expresiones alegres, había que encontrarlo oculto y profundo tras la máscara de su letra temblorosa, en todo su ceniciento y atormentado dolor. Así era María Buschental, inescrutable y misteriosa como la

selva de la Amazonía. Pero él acababa de perder a otro de sus amigos, tal vez el mejor de todos, y odió a Narváez por alejarlo de todo lo que más quería. Otra tuerca que ahora aflojaba el diablo.

Fue también por María, pocas semanas después, como se enteró de la declaración de amnistía en noviembre del cuarenta y nueve. Con malicia femenina le describió la ridícula historia de la crisis política conocida como el «ministerio relámpago». Al parecer, el último amante de la reina era el marqués de Bedmar, un reaccionario y ocioso aristócrata que odiaba a Narváez, una circunstancia en la que coincidía con don Francisco de Asís y su camarilla de beatos y monjas llagadas. La bajeza moral del rey consorte superó cualquier límite imaginable, fue capaz de llegar a un pacto con el hombre que le ponía los cuernos con tal de derrocar a Narváez. Entontecida por el influjo de Bedmar, la reina se atrevió a asegurarle que, si quería que cambiase de gobierno, no tenía más que pasar las manos por la barandilla de su palco cuando se vieran en el teatro. A Bedmar le divirtió el juego, y, conforme a lo acordado con el rey, el diecinueve de octubre deslizó sus manos por la barandilla mientras miraba a su ilustre querida. Horas más tarde, Isabel II destituyó a Narváez y nombró otro Gobierno, presidido por el conde de Cleonard. Un Gobierno compuesto por una extraña mezcolanza de mediocres personajes, todos retrógrados sin excepción e incluso uno de ellos, un reputado delincuente. Enterada doña María Cristina de aquel dislate, se reunió a solas con su hija, impuso autoridad o carácter y veinticuatro horas más tarde la reina se vio obligada a destituir al Gobierno que acababa de nombrar, el ministerio relámpago. Narváez formó uno nuevo y lo primero que hizo fue desterrar a Cleonard y a sus ministros, y expulsar a Bedmar de palacio. Según se contaba, a punto estuvo de meter en la cárcel a don Francisco de Asís por saberlo el artífice de la intriga, aunque se arrepintió y dio marcha atrás.

Con este nuevo y grotesco episodio, Isabel II ahondaba un poco más en la fosa que ella solita se había empeñado en cavar, donde parecía querer enterrar a la propia Corona. Por su parte, Narváez quedó políticamente tocado tras el incidente. Debió de intuir que las cosas habían cambiado mucho desde la revolución del cuarenta y ocho y no podía seguir gobernando sin contar con nadie, de modo que quiso mostrarse conciliador y firmó una declaración de amnistía en favor de todos los represaliados políticos. Entre ellos se encontraba José de Salamanca. Su exilio había terminado, había durado dieciocho meses.

Llegó a Madrid en Adviento y, desde el primer momento, se entregó a la tarea obsesiva de recobrar el tiempo perdido, si era posible, con réditos. Don Matías Perelló lo esperaba en su despacho, al que no había dejado de acudir cada día aunque no todos los meses cobrase, y poco después volvía a su puesto don Pedro Miranda, el ingeniero jefe,

quien se encargó de revisar el estado en que se encontraban las vías y reparar los posibles daños.

Pero el asunto esencial era el dinero, y en este punto encontró el apoyo decisivo de don Fernando Muñoz, el duque de Riánsares, cuya importante aportación de fondos a la Sociedad del Ferrocarril de Madrid a Aranjuez resultó fundamental para que otros accionistas participaran en la ampliación de su capital. Muñoz, convencido del futuro brillante de la empresa, se convirtió así en el segundo accionista de la compañía. Su respaldo fue también determinante para el éxito de la negociación con el Banco de San Fernando, que aceptó retrasar la amortización de las deudas pendientes e incluso aumentar el importe de sus créditos. Con estos avales, no fue difícil que el Gobierno prorrogase hasta finales de 1850 el plazo para terminar las obras a pesar de que ya estaba vencido.

En enero de ese año, miles de operarios ocupaban de nuevo la larga y estrecha franja de tierra por la que discurría el camino de hierro. Apilaban piedra, colocaban traviesas y rieles, construían puentes y empezaban a edificar las estaciones, no solo las de Atocha y Aranjuez, sino también las intermedias. Salamanca viajó a Inglaterra y encargó ocho locomotoras y docenas de vagones. Regresó a Madrid y visitó a la reina, no la veía desde que cesó como ministro de Hacienda, pero la conversación fue cordial y sin mirar al pasado. Isabel II recibió la agradable noticia de que, pasada la Navidad, podría viajar en tren a su palacio de Aranjuez.

Terminada la depresión que había congelado Europa, la coyuntura se dio la vuelta. Eran tiempos de bonanza, regresó la confianza y con ella el crédito, el consumo y las inversiones. Dio un nuevo impulso a La Comodidad, un negocio que empezó siendo de alquiler de carruajes y se había ido transformando en una fábrica donde se construían los coches que arrendaba y otros muchos que vendía. Y, ahora, también los lujosos vagones de primera clase destinados al ferrocarril de Aranjuez.

Fueron los meses de mayor esfuerzo en toda su vida, pero quizás también los más gratificantes.

El ferrocarril, ese monstruo de hierro. Según Stephenson, cuando empezó a circular el primer tren por Inglaterra, las gentes huían aterrorizadas al verlo. La superstición alimentó leyendas de horrores y epidemias a causa del intruso de acero que arrojaba humo por la cresta, no se creía la gente que fuese máquina, sino un engendro del diablo escapado de las profundidades de los lagos de Escocia. Los primeros meses los trenes circulaban casi vacíos y hubo que recurrir a toda clase de ardides para convencer a los campesinos de que subieran

a bordo.

Se preguntaba qué pasaría en España, pero los presagios no eran precisamente optimistas. Incluso muchos de sus amigos ironizaban sobre «ese invento extranjero tan ajeno al carácter español» o sonreían con suficiencia mientras le preguntaban cómo se le había ocurrido meterse en aquel jardín, tan costoso y de tan poco fruto. ¡Ignorantes que no veían más allá de sus narices! Indolentes que odiaban la novedad por el mero hecho de serlo, preferían soportar el suplicio de interminables viajes en incómodas diligencias para trasladarse a sus fincas de Galicia o Extremadura antes que aceptar cualquier innovación que alterase sus viejas rutinas.

Para animar a los madrileños a usar el tren, se le ocurrió una idea original, como tantas otras suyas. En sociedad con un empresario local, licitó al concurso para gestionar la plaza de toros de Aranjuez, y fue el adjudicatario. Pensaba llevar a esa plaza a los mejores toreros, organizar frecuentes corridas y difundirlas en Madrid, donde se venderían las entradas de los toros junto con el billete de ida y vuelta en el ferrocarril. Eso ayudaría a llenar los trenes.

Nadie en España empleaba a tanta gente, más de cinco mil hombres trabajaban esos días para él en las obras, cinco mil familias que comían todos los días, al menos mientras durasen. Pero su mente inquieta pensaba en el paso siguiente; el tren de Aranjuez solo era el comienzo, ya tenía en su poder la licencia para continuar la línea hasta Albacete, aunque la meta final era Alicante, docenas de leguas de vías cruzando ríos y sorteando montañas hasta alcanzar el Mediterráneo. El Gobierno planeaba nuevos trayectos y él licitaba a cuantos se convocaban, de modo que eran bastantes los proyectos elaborados en su oficina que recorrían los tortuosos senderos de la burocracia ministerial y alegraban con sus vistosos portafolios los apolillados escritorios de los despachos oficiales.

Llegó al palacio de Las Rejas a las siete y cuarto, con un retraso exacto de un cuarto de hora, lo que evitaba cualquier conflicto entre el deber de puntualidad y la dignidad del hombre de mundo, que hubiera resultado ultrajada en caso de haber sido el primero. Un mayordomo de arrogancia y acento franceses lo condujo a través de largos pasillos y extensos salones, en los que multitud de retratos del linaje de la casa de Borbón se apretujaban en las paredes. Los retratados mostraban rostros invariablemente ceñudos, como si quisieran expresar su contrariedad por encontrarse apresados en aquellas jaulas doradas. El recorrido terminó en el jardín, donde la fragancia de los magnolios y el reflejo de la última luz del crepúsculo en las desvaídas hojas de un sauce invitaban a la serenidad. Aunque el otoño estaba avanzado, el

matrimonio Muñoz Borbón quiso celebrar al aire libre el cóctel que ofrecían a algunos amigos, en vista de la calidez de la tarde.

Salamanca saludó en primer lugar a la anfitriona. Doña María Cristina lo miró con esa cándida e imperturbable sonrisa de inocencia que engañaba a los desavisados, tras aquella ingenua mirada se escondía el carácter de un volcán en el estado previo a la erupción. Un carácter que le permitió un día apaciguar a la hiena con quien compartió trono y alcoba, y después sobrevivir en la espesa jungla de la política.

—Cada día está más elegante, Salamanca, ¿sigue vistiéndolo Regnault?

La elegancia no era algo que interesara a la reina madre para su propia persona, saltaba a la vista que dedicaba escasa atención a la moda. Su figura tampoco la ayudaba, mostraba los estragos propios del paso del tiempo y, sobre todo, los de sus diez partos. Vivía obsesionada por parecer más joven de lo que era. Aunque solo había cumplido cuarenta y cuatro años, tenía el complejo de ser mayor que su marido, al que sobrepasaba en dos, por eso abusaba de los coloretes en el rostro y reclamaba a sus modistas un toque juvenil en sus vestidos, lo cual no siempre era un acierto. El duque la ayudaba a superar esa inconveniencia, su avanzada calvicie y una moderada protuberancia abdominal, en la que tenía mucho que ver su gusto por los *pottages*, le hacían parecer más viejo de lo que era, como también las piernas arqueadas propias del jinete que fue en sus tiempos de apuesto oficial de la Guardia Real.

—Ya no —respondió Salamanca—. He descubierto un sastre excelente aquí en Madrid. Se llama Caracuel y tiene el taller en la Puerta del Sol.

Echó un vistazo a los invitados que ya habían llegado, diez o doce, y se alegró al comprobar que no había políticos ni militares. Saludó al duque de Veragua, a Zorrilla y a monseñor Brunelli antes de que el duque de Riánsares lo tomara por el brazo y lo condujera hasta un rincón para conversar a solas.

—Me ha sorprendido saber que no es usted el empresario del nuevo Teatro Real. Yo creía que se había presentado al concurso —dijo Muñoz.

—Y lo hice, pero no me lo han adjudicado.

Muñoz se quedó pensativo. Algo no encajaba en aquella historia.

—No lo entiendo. Con el éxito que tuvo el Teatro del Circo bajo su dirección… Desde que usted lo vendió, ha resultado un desastre, finalmente lo han tenido que cerrar. Algo muy lamentable, no nos podemos permitir que ocurra lo mismo con el Teatro Real, ahí nos jugamos el prestigio de la nación. Una inversión costosísima que no se puede dejar en las manos de cualquiera.

—No conozco al empresario al que se lo han adjudicado, de modo que no puedo opinar.

—Nadie lo conoce, es un militar. ¿Se imagina usted? El futuro de la ópera en España en manos de un brigadier, ¿pero es que estamos locos?

Salamanca no respondió. No sabía qué decir.

—¿Continúa usted enemistado con Narváez? —preguntó Muñoz a bocajarro.

—Digamos que Narváez sigue enemistado conmigo.

—De modo que esa es la razón. Algo muy lamentable, desde luego. —Muñoz solía abusar del adjetivo «lamentable», lo encontraba muy ajustado a cualquier circunstancia—. Hablaré con él, aunque me temo que nada se podrá hacer ya a estas alturas. El Real se inaugura el mes que viene.

—El diecisiete de noviembre, la onomástica de la reina.

—No le oculto que *estamos* hartos de Narváez. —El duque se cuidó mucho de dejar en la oscuridad quiénes formaban parte de ese grupo selecto cuyos miembros estaban, todos a la vez, cansados del Espadón de Loja, aunque Salamanca dio por supuesto que se trataba de su mujer y él mismo. Había aprendido a captar a la primera los crípticos mensajes de los miembros de esta familia, y en ese momento tuvo la convicción de que los días de Narváez en el Gobierno estaban contados; una nueva satisfacción para él en un día inolvidable.

—Este hombre no tiene arreglo —prosiguió Muñoz—. ¡Ese carácter insolente! ¡Esa manera de proceder sin contar con nadie! Otra vez se ha quedado solo, no hay día en que no venga alguien a quejarse de él. —Una nueva sutileza cuidadosamente calculada, Muñoz trataba de dejar claro que los resortes del poder se manejaban desde Las Rejas, y no desde el palacio Real—. Supongo que los motivos de su destierro tuvieron que ver con su enemistad con Narváez. Nunca me ha hablado usted de su exilio.

Salamanca tampoco tenía la menor intención de hacerlo ahora, de modo que cambió de asunto y le informó de que acababan de llegar a Madrid las ocho locomotoras adquiridas en Inglaterra, en unos carros gigantescos que atravesaron media España. Desde Londres hasta Bilbao, habían viajado en barco.

—El coste del transporte y el arancel superan el precio de fábrica. Espero que algún día estos gobiernos que se llaman liberales respeten los valores de la libertad económica y dejen de castigarnos con estos enormes impuestos sobre las importaciones.

Dos damas los interrumpieron, la condesa de Teba y su hija Eugenia. Cualquiera las habría tomado por hermanas, María Manuela Kirkpatrick, la condesa, seguía siendo una mujer extraordinariamente atractiva, tanto que, ya viuda, fue capaz de enamorar al mismísimo

conde de Clarendon. Entre sus muchas aptitudes estaba la de contar historias, un relato suyo cautivó de tal modo a Mérimée que lo utilizó como argumento para una de sus mejores novelas, la célebre *Carmen*. En su casa de Granada, donde los condes de Teba vivieron exiliados por liberales en tiempos de Fernando VII, fue donde un jovencísimo José de Salamanca conoció a Mariana Pineda, cuando todos ellos conspiraban contra el absolutismo.

—He aquí a nuestro precoz enamorado.

La referencia a sus amores juveniles hizo sonrojar a Salamanca. De la condesa se decía que había hecho objeto de su existencia el conseguir los mejores casamientos para sus dos hijas. Con Paca, la mayor, había logrado doctorarse, la había casado con el soltero más codiciado del país, el duque de Alba. Ahora se dedicaba a labrar el futuro de su hija pequeña, Eugenia, y, como la lista de candidatos españoles de primera fila era tan corta, madre e hija pasaban largas temporadas en París, para ensanchar horizontes.

—No haga caso a mi madre, José. Le encanta mirar al pasado, no deja de recordar las intrigas y conspiraciones en nuestra casa de Granada. —Eugenia se expresaba con dulzura, era evidente que había sido educada, y muy bien, para agradar a los hombres. Se la podría tomar por una belleza si no fuera por cierto halo de melancolía que ensombrecía su rostro. Aunque su apellido era Palafox, todo el mundo la llamaba Eugenia de Montijo, otro de los títulos de aquella familia.

—El próximo jueves daremos un baile de disfraces en casa y los esperamos junto con sus esposas —dijo la condesa de Teba—. No tienen permiso para no asistir, y deben ustedes esforzarse por llevar el mejor disfraz, habrá un premio para los caballeros y otro para las señoras.

El perfume de Eugenia de Montijo se fusionó con la fragancia de la noche y envió a Salamanca un mensaje de sensualidad, como si hubiera recibido inesperadamente carta de una dama con una promesa de amor. Una sensación que ya no lo abandonó en toda la noche.

Salió de Las Rejas pasadas las diez, unos minutos más tarde abría la puerta del piso de Concepción Jerónima. Y allí estaba ella, acurrucada en un sofá, esperándolo. Se levantó para recibirlo y se abrazaron en silencio.

—Es nuestra última noche —dijo la joven.

No le respondió, tan solo deslizó sus dedos a lo largo de su cuello. Desde que se amaban, ya iba para cinco meses, sus sentimientos se habían ido transformando. Al orgullo por su conquista, pues no era poco conseguir a la mujer más deseada de Madrid, siguió un

sentimiento de bienestar cuando estaba con ella, una sensación pacífica que le relajaba, por lo que no era raro que se quedase largo rato en su compañía tras el episodio de amor. Todo en esa mujer era ternura y armonía, como una continuidad de su trabajo en los escenarios. Nunca había durado cinco meses con la misma amante, esta era una relación distinta. Una pasión apacible, seguramente parecida al amor.

Tenía un rostro hospitalario y un cuerpo menudo y perfecto, vestía un traje blanco y una diadema reluciente sujetaba su pelo castaño, la que él le regaló tiempo atrás y usó por primera vez la noche del estreno de *El lago de las hadas*, su primer gran éxito en Madrid. Ahora que el Teatro del Circo había cerrado, nada la retenía en España, pero no había nostalgia en su rostro, solo dulzura y vigor. Era la última noche de ambos y debía ser la más hermosa.

—Acércate —escuchó a través de los labios rosados de Guy Stephan.

Se preguntó qué sentiría ella, pero no quiso engañarse. Las mujeres como Guy Stephan no se enamoraban de un hombre como él que casi podía ser su padre, sino de algún joven advenedizo que diese alas a sus ocultas fantasías. Seguramente, ella lo admiraba por su vitola de hombre de éxito, o quizás le estaba agradecida, era una mujer generosa que no olvidaba un favor, y él le había dado mucho.

No sería el único que la echaría de menos, los aficionados madrileños al teatro y a la danza la adoraban. En los últimos meses, más o menos el tiempo de su romance, había protagonizado involuntariamente una competición encarnizada. Otra excelente bailarina, Sofía Fuoco, rivalizó con ella en el escenario del Teatro del Circo y en el favor de los aficionados. Como de costumbre, Madrid entero se dividió en dos bandos, los de la Fuoco y los de la Stephan. Irreconciliables, como no podía ser de otra forma en España, los partidarios de una y otra gritaban o aplaudían vitoreando a su favorita e insultando a la antagonista. Al pelotón de los *fuoquistas* se sumó el general Narváez, que disfrutaba alineándose en cualquier bando enfrentado al de Salamanca, y, cuando eso se supo, se encendió aún más la polémica en los periódicos, en los cafés y en el propio teatro.

Todo eso era ya historia. Fijó la mirada en sus ojos claros y luego la paseó por cada rincón de su cuerpo y por cada uno de los pliegues de su piel. Para guardar en el archivo de su memoria cinco meses de momentos felices y poderlo abrir en tiempos de añoranza.

Mientras la escuchaba, Henry Bulwer-Lytton se preguntó por el motivo de que la personalidad fascinante de María Buschental no hubiera terminado de echar raíces en quien mejor la conoció, su marido.

—Vive con una querida, una viuda joven llamada Orfilia, en un

palacio que se ha construido en Montevideo. Me escribe que la finca tiene unos jardines maravillosos, y la ha bautizado como la villa del Buen Retiro porque le recuerda a nuestro gran parque de Madrid. Lo de la querida no me lo ha contado él, naturalmente, pero usted ya sabe que yo me entero de todo.

Bulwer lo sabía muy bien, como que también se había enterado, a pesar de sus precauciones, de su discreta estancia en Madrid para una gestión diplomática confidencial que le había encomendado lord Palmerston. Aceptó su invitación a cenar a solas, era un placer volver a ver a aquella mujer, una criatura con la que el genio del Creador verdaderamente se había esmerado.

—Parece que los negocios le van bien, está organizando un gran empréstito para el Gobierno uruguayo. Pero, cuénteme de usted, ¿cómo le va la vida de casado?

—No me puedo quejar, tengo una mujer adorable que además sabe respetar las costumbres adustas de un hombre como yo, amante de la lectura y de escribir largas cartas a sus muchos amigos.

—He disfrutado mucho con las que me ha escrito a mí. Me habría gustado conocer a su mujer.

—Georgiana está mejor en Londres. Este viaje no es de placer, ni siquiera a usted le puedo contar la razón por la que me encuentro en Madrid. En cuanto a sus cartas, son verdaderamente conmovedoras, debería usted probar con la literatura. Escribir es otro de sus muchos talentos.

—A mí, en cambio, me parece un trabajo solitario y triste —dijo María.

Tomaban café en el salón de fumar, para Bulwer era una necesidad llenarse los pulmones con el humo de la pipa tras una cena agradable. Sus ojos de gato, vidriosos y profundos, trataban de indagar en el alma de su anfitriona a través de su mirada. El diplomático se interrogaba sobre el modo en que María Buschental afrontaría el futuro sin un hombre a su lado. De momento, era evidente, intentaba aparentar que todo seguía igual, aunque la herida de orgullo por la infidelidad de su marido mostraba sus secuelas en pequeños detalles. El embajador cambió de tema.

—En Londres hay preocupación por la deriva de la monarquía española. A pesar de su declive, esta sigue siendo una gran nación con un peso considerable en el tablero internacional, y sería una catástrofe para Europa que aquí se produjera una revolución como la francesa. Pero es algo que puede pasar.

—Me resulta difícil entender por qué todo el mundo se horroriza ante la posibilidad de una república. A mí me parece una institución muy razonable a la vista de la insensatez de algunos monarcas. Mire hacia América, allí la gente no quiere saber nada de reyes. Salvo en el

Brasil, que es un caso muy especial, como usted sabe, y eso de momento.

—No podemos comparar esos nuevos estados incipientes, cuyo pasado es un libro en blanco, con las monarquías centenarias de las viejas naciones europeas, tan arraigadas que cualquier intento de sustituirlas vendrá acompañado de sangre. De mucha sangre, me temo. Aunque reconozco que, en algunos casos, como en España, la monarquía está jugando con fuego. Por eso mi Gobierno está tan preocupado.

Más que jugar con fuego, María Buschental creía que Isabel II ensayaba a la ruleta rusa, convencida del carácter eterno de su corona y de que *su pueblo* le disculparía cualquier cosa que hiciera. Política aparte, lo que la brasileña no perdonaba a la joven reina era la ordinariez de sus costumbres y la vulgaridad de sus amantes, algo que a sus ojos la desprestigiaba por completo. Además, las carencias en su educación eran escandalosas.

—Para un inglés, el dilema no existe —prosiguió Bulwer—. Nuestra monarquía es como la niebla o el canal de la Mancha, parte esencial de la propia existencia de Inglaterra. Criticamos a diario a la reina Victoria incluso con ferocidad, como nos quejamos del mal tiempo, pero a nadie se le ocurre poner su autoridad en tela de juicio. Para nosotros, Inglaterra y la casa de Windsor son la misma cosa. Por eso nos parece una muestra de primitivismo, de inmadurez, esa constante tan española de revolverse contra los propios cimientos de su organización social.

—Y, según esas creencias británicas tan arraigadas, ¿qué harían los ingleses si un día descubrieran que su reina se mete en la cama con el primero que pasa? ¿Aplaudir?

Bulwer nunca se había planteado tal posibilidad, pero respondió de inmediato.

—Cambiarla y poner a otra. O a un rey. De la misma familia a ser posible, usted conoce nuestra historia.

Por alguna razón, María Buschental recordó el acceso de náusea provocado por la visión de los arrabales de Madrid unos días antes. Iba en coche a visitar a unos amigos que vivían en una finca de las afueras; hacía años que no pasaba por allí, y el carruaje atravesó una colonia de chozas miserables apretujadas en un barrizal en torno a un abrevadero de aguas fétidas que compartían niños y bestias. Un insoportable tufo de heces y excrementos flotaba en el lugar, donde todo lo que se veía era la mugre y el desolado paisaje de la miseria poblado de rostros embrutecidos por la sordidez de sus vidas. Estremecida en el interior del vehículo por lo que acababa de ver, maldijo a un mundo que se desentendía de aquellos miserables, a la reina y al Parlamento, a los moderados y a los progresistas, al Dios

que permitía esos horrores y a sí misma, una pieza más de ese entramado al que llamaban sociedad civilizada.

Un pensamiento la asaltó mientras resonaban las últimas palabras de Bulwer, alguna legación extranjera de impecable *pedigrí democrático*, ese modismo utilizado en los ambientes parlamentarios, debería enviar emisarios a aquel lugar y preguntar a los que allí malviven si prefieren monarquía o república. ¡A ver qué les responden!

La lumbre de la chimenea hizo destellar los rubíes de los anillos que aprisionaban sus dedos, tan afilados como los de una pianista, y el contraste con el recuerdo de aquella miseria le hizo regresar a la realidad. Levantó ligeramente su mano derecha y paseó la mirada por esos dedos de artista de los que se sentía tan orgullosa. Una profunda melancolía la invadió, y de su corazón emanó un silencioso grito de protesta, un reproche contra el responsable de que el mundo fuera un sendero entre el infierno y el paraíso, un lugar inhóspito aunque pareciera hospitalario, cruel aunque a veces misericordioso… Su corazón cursó la protesta por vía de urgencia, con la mayor energía, dirigida a quien correspondiera… Pero ese mismo corazón, educado en un riguroso escepticismo, no supo resolver a qué destino debía enviarla.

Bulwer la sacó de su ensimismamiento. Se interesó por José de Salamanca, el amigo común.

—Nuestro querido amigo José, pienso mucho en él. —De repente se arrepintió de haberlo dicho, no le gustaba abrir su alma—. Lo veo con frecuencia, viene cada martes, dice que en mi salón encuentra el sosiego. Desde que vivo sola está muy pendiente de mí, se interesa por mis asuntos y me anima a salir. Ahora está eufórico, todo vuelve a irle bien, como en los viejos tiempos, después de varios años horribles. Pronto inaugurará el tren de Aranjuez, ¿qué más decir? —Se llevó un dedo a los labios inconscientemente, como si los obligase a guardar silencio, no fuesen a pecar de indiscreción—. Sí, que también gana mucho dinero en la Bolsa.

—¿Y qué me dice de su carrera política? —preguntó el embajador.

—¡Ah, la política! —Se encogió ligeramente de hombros—. Ha perdido todo interés, aunque sigue siendo diputado porque cree que le interesa. Además, tiene muy mala prensa. La mayor parte de los periódicos lo censuran por sus negocios, a veces de forma humillante, con caricaturas y versitos denigrantes. Según sus enemigos, todos sus éxitos se deben a sucios amaños.

—Veo que España no cambia, este país no perdona al que triunfa, es envidioso. El pecado de Salamanca es estar despierto en un país donde casi todos duermen.

—Él dice que no le importa que lo critiquen, pero yo sé que eso no

es cierto. Lo conozco muy bien, tal vez porque somos muy parecidos, y sé que sufre enormemente con esas cosas. En realidad, el auténtico objeto de su lucha es conseguir el reconocimiento de los demás. Muchos dicen que a Salamanca le gusta en exceso el dinero, pero no es verdad, lo que persigue es que todos lo admiren. —María Buschental hizo una pausa—. O, pensándolo bien, lo que busca es que lo quieran. Por eso es tan fácil hacerle daño.

—Todos buscamos el afecto de los demás. —El diplomático observó que su anfitriona estaba muy sensible. Parecía que las cosas de Salamanca le afectaban de un modo personal.

—Probablemente. Pero, en algunos casos, la necesidad de afecto es tan grande que la propia supervivencia depende de conseguirlo.

Bulwer decidió dar un paso más, haciendo uso de la intimidad que aquella mujer le ofrecía.

—Supongo que usted no ignora su intensa vida galante, es algo sabido por todo el mundo. Me gustaría conocer su opinión.

—Sí, está en boca de todos. —María sonrió, con una sonrisa forzada, incluso dolorosa—. Estos meses, vive un romance con nuestra primera bailarina, la Stephan, usted la recordará. Aunque sé que ella está a punto de regresar a París, tendrá que buscarse otra sustituta.

—¿Y cómo lleva todo eso su mujer?

—Mira para otro lado o procura no enterarse, lo que no es difícil, porque no sale de casa. —María se quedó pensativa, dudaba sobre si debía sincerarse—. Le diré algo que le va a resultar sorprendente, que casi nadie imagina pero a mí me consta: Salamanca siente veneración por su mujer.

—Sí que me sorprende, teniendo en cuenta la vida que lleva. —El embajador cabeceaba dubitativamente, no acababa de encajar esas palabras.

—Lo entenderá si acepta un hecho: Salamanca es un soñador. Se enamoró de Petronila con catorce años, cuando la veía pasar con sus hermanas en su lujoso carruaje por las calles de Málaga. Los Livermore eran ricos y elegantes, una de las familias más distinguidas de la ciudad, y él no pasaba de ser el hijo de un médico que había estado en la cárcel. Ella era, por tanto, lo inalcanzable y, desde entonces, se propuso conseguir el amor de aquella niña rubia y tímida. Luego vino ese otro arrebato romántico por Mariana Pineda, aquello tuvo su momento importante también, pero, cuando José se convirtió en un adulto y volvió a Málaga, se propuso hacer realidad el sueño de su infancia. Por eso cortejó y enamoró a Petronila, además lo hizo con la aprobación de los Livermore, ya se debía de adivinar en su carácter lo que estaba por venir. —María se abanicó un instante, sonrió al embajador y prosiguió—. Para José, su mujer es un dechado de perfecciones en quien no ve el menor defecto. Además, le ha dado dos

hijos guapos y sanos. Le puedo asegurar que, en contra de lo que pueda parecer, la idolatra. Yo no sé si la quiere, tal vez usted me entienda, ¡qué difícil es a veces definir lo que es amar!, pero le aseguro que la adora. Otra cosa es que el carácter de ella, retraído y solitario, todo lo contrario que el suyo, le haga buscar fuera lo que no encuentra dentro, de ahí su colección de amantes y mantenidas, una lista interminable, según mis noticias. Creo que José se moriría si se le cortasen las alas y que Petronila lo sabe. Un día, entre risas, le escuché que, tras tantos años casados, no había visto nunca desnuda a su mujer. Se podría pensar que esa doble vida es pura hipocresía, pero yo no lo siento así. En mi opinión, ambos han llegado a un pacto tácito, llevar cada uno la vida que quiere. Lo están respetando y aparentemente no les va mal. —Hizo una nueva pausa—. Le voy a ser sincera, Henry. José ha conseguido lo que yo no pude.

En el intenso silencio que siguió, Bulwer creía estar oyendo hasta las volutas del humo de su pipa abrirse paso en la calidez de la atmósfera. Enfrente tenía a una criatura misteriosa que abría los corazones de los demás como un carcelero abre los candados de las celdas de los reclusos, pero que ocultaba el suyo como una niña asustada. Sin embargo, hoy había mostrado valor, ¿estaría decidiendo dar algún paso en su vida?

El otoño de 1850 fue tiempo de grandes celebraciones en Madrid. Antes de acabar octubre, en sesión solemne bajo la presidencia de la reina, tuvo lugar la inauguración del nuevo palacio de las Cortes, un día de fiesta que los diputados aprovecharon para desempolvar rancios trajes de gala y sacar a pasear berlinas y calesas, que disimulaban sus muchos años con brillos ficticios arrancados a fuerza de horas de trabajo de los cocheros.

Ya mediado noviembre, en la festividad de santa Isabel de Hungría, tuvo lugar el acontecimiento social del año: la apertura del Teatro Real en el flamante y magnífico edificio situado frente al palacio de Oriente, algunos de cuyos salones se habían habilitado durante los últimos siete años como sede provisional del Congreso. Los asistentes a la primera representación, la ópera *Favorita*, quedaron asombrados con el lujo y las dimensiones del anfiteatro, algo desconocido hasta entonces en España. Salvo para los muy previsores, resultó muy difícil conseguir entradas, los precios que se pagaron en la reventa alcanzaron cantidades desorbitadas.

Por aquellos días, se celebró también el baile de disfraces que Eugenia de Montijo y la condesa de Teba organizaron en su palacio de la plaza del Ángel, una fiesta al estilo parisino rebosante de *glamour,* a causa de la cual se tejieron dos redes invisibles entre la sociedad

madrileña, una de influencias para conseguir ser incluidos en la reducida lista de invitados, y otra de rencores entre los que no obtuvieron las apreciadas tarjetas de invitación.

Todos estos fastos y otros más populares, como los fuegos de artificio y las corridas de toros, llevaron a los habitantes de la villa de Madrid, acomplejados por la insignificancia de su ciudad frente a las grandes urbes de Europa, a saborear por vez primera una sucesión de momentos de cierta grandeza, algo que reanimó su propia estima. En algunos madrileños, incluso se revivieron escondidos fervores imperiales, largamente enterrados en el lado oscuro de la memoria. Otros afirmaban, ilusos, que bastaba una tregua de dos años en la interminable cadena de revoluciones y revueltas para que el progreso se abriera paso frente a la anarquía, la moneda común en España.

José de Salamanca quiso sumarse a esa cadena de festejos y organizó un gran banquete para inaugurar su nueva casa. Se celebró poco antes de Navidad, solo un año después de su regreso del exilio. Esa noche, la mansión estaba radiante, sus cuatro salones resplandecían por la luminosidad de las arañas y las incontables lámparas de mesa colocadas en todos los rincones. Sobre las telas de las paredes y el estuco de algunos muros, tres docenas de obras de arte primorosamente enmarcadas hacían que el visitante soñara encontrarse en las habitaciones del palacio de Buckingham, y no en la calle Cedaceros. Goya, Mantegna, Brueghel, Murillo…, una colección extraordinaria, aunque muy pocos sabían que casi todos estos cuadros acababan de ser rescatados de embargos y pignoraciones. Dos inmensas estanterías de caoba cobijaban centenares de incunables y primeras ediciones de obras maestras de la literatura, entre ellas, la joya del empresario, la colección del Donoso Escrutinio, a falta tan solo de cuatro ejemplares, que se resistían, para estar completa. Sobre las repisas de las chimeneas encendidas reposaban formidables jarrones de porcelana y magníficos relojes de oro. Bajo la vigilante mirada de Émile Lhardy, en mesas vestidas con mantelerías de hilo bordadas por novicias de cierto convento de Málaga, se alinearon ciento cincuenta servicios de vajilla de Sèvres rodeados por espléndidas cuberterías de plata y cristalerías talladas en talleres de la laguna veneciana. El menú que sirvió el cocinero francés fue excelente, y la sobremesa se prolongó hasta muy tarde.

Petronila, elegantísima e insegura, no se separó un instante de su marido. En cuanto a él, paladeó la velada como si saborease una copa de manzanilla. Tras tantas amarguras, volvía a ser el hombre afortunado que reunía a su alrededor a sus muchos amigos. Aunque los duques de Riánsares se habían excusado, lo que entraba dentro de lo previsible, hubo muy pocas ausencias y, en cambio, numerosas pruebas de afecto.

—¡Espléndida casa, Salamanca! ¡Con lo que cuestan los cuadros de los maestros!

Ni siquiera recordaba cuánto le habían costado, estaban en sus paredes para proporcionar placer a quien los mirase. Aunque tampoco le importaba provocar algunas envidias.

Fue para él una gran noche, una noche en la que no le pasó desapercibida cierta sostenida mirada que llegaba desde unos ojos de enormes pestañas, parapetados tras un abanico de nácar.

De repente, todo lo que tiempo atrás se había descompuesto se volvía a recomponer y el mundo volvía a ser un lugar coherente que obedecía a leyes previsibles. La inauguración de su ferrocarril no pudo finalmente celebrarse a finales del año cincuenta, sino un poco más tarde, un luminoso domingo de invierno, el nueve de febrero del cincuenta y uno. Llegó a esa fecha con sus finanzas exhaustas, sin un real en la caja y con un cargamento de deudas en el que prefería no pensar. Pero nada importaba, el ferrocarril de Aranjuez estaba terminado y él gozaba de crédito, el más valioso de los activos.

El azar, ese vecino inseparable de humor voluble que nos acompaña como la sombra al transeúnte, estaba durante esos días tan a buenas con él que se encargó de mover convenientemente ciertas piezas en el acontecer de la cosa pública: Narváez cesó en su cargo unas semanas antes y así no tuvo que sufrir su arrogante presencia en la fiesta de inauguración. El veterano líder del moderantismo, molesto por nimias ofensas a su vanidad, se pasó de astucia y presentó la dimisión a la reina, convencido de que esta de ninguna manera lo dejaría marchar. Pero la caprichosa soberana se la aceptó sin vacilar y Narváez quedó cesante. La afrenta a su orgullo lo hizo abandonar España e instalarse en Bayona, en un gesto que venía a proclamar a los cuatro vientos este mensaje subliminal: «¡Pobres de vosotros sin mí! ¡Cuando me llaméis, a lo mejor ya no estoy disponible!».

De modo que el lugar del general granadino fue ocupado por don Juan Bravo Murillo, un obediente monárquico de la cuerda de Donoso Cortés y, por consiguiente, de doña María Cristina. Y fue a él, como presidente del Consejo de Ministros, a quien Salamanca, encabezando la fila del consejo de administración de la Sociedad del Ferrocarril de Madrid a Aranjuez, recibió con una ligera inclinación de cabeza. Para entonces, ya había dado la bienvenida en la entrada principal de la flamante estación de Atocha a la mayor parte de las autoridades del país: el Congreso y el Senado en pleno, magistrados del Tribunal Supremo, el alcalde y el Consistorio de Madrid, miembros del Consejo Real y de la Diputación de la Grandeza, los de las academias, rectores y catedráticos de la universidad, el Estado Mayor del Ejército y

docenas de generales y almirantes. Y besado la mano, o los blancos cordones que sujetaban sus hábitos talares, de un montón de clérigos que acudían movilizados por la curiosidad de subir por vez primera a un tren para experimentar el desconocido placer de viajar en ferrocarril. El último en llegar fue su eminencia el cardenal de Toledo, monseñor Bonel y Orbe, seguido de un nutrido séquito de tonsurados varones en negras sotanas.

Nadie quería perderse el acontecimiento del siglo, como la prensa de aquellos días lo llamaba, una prensa obligada a tragar sapos y reconocer que el ferrocarril que iba a cambiar la nación hasta dejarla irreconocible lo había traído el personaje al que envilecían a diario.

Lo que esa mañana maravillaba a Salamanca no era la presencia de tantos invitados, sino la muchedumbre congregada dentro y fuera de la estación. Jamás se había visto una cosa así, docenas de miles de personas se apretujaban por todas partes, en la entrada, en los andenes, parapetadas tras cintas con los colores de la bandera, o, aún más lejos, a uno y otro lado de las vías, en tal número que la multitud se confundía con la línea del horizonte.

De repente, se escuchó un vocerío y algunos aplausos en el exterior, y, cuando se hizo el silencio, la quebrada voz de mando del anciano general Castaños, el héroe de Bailén, ordenó presentar armas al pelotón de protocolo del cuerpo de alabarderos. Los carruajes con Sus Majestades habían llegado. Minutos más tarde, Isabel II, su marido, doña María Cristina y el duque de Riánsares saludaban a los directivos de la empresa, ocupaban el estrado y la banda de la Guardia Real interpretaba la *Marcha granadera*.

Los actos de la inauguración se sucedieron entre los aplausos de los asistentes. A una orden de Salamanca, el primero de los trenes, compuesto por locomotora y ocho coches, engalanado con banderolas y cintas de colores, hizo su entrada junto al primer andén con imponente majestad, haciendo sonar la bocina. El cardenal de Toledo, escoltado por dos acólitos y con la pompa de las grandes ocasiones, se acercó a la máquina y le arrojó templadas gotas de agua bendita. Alternaba con gracia el hisopo entre una y otra mano mientras profería latines que se diluían en el rumor de los motores. Nuevos trenes igualmente adornados entraban triunfalmente en los otros dos andenes y hasta allí se desplazaba su eminencia recogiéndose la sotana con la mano izquierda, para repetir la ceremonia bautismal en las imponentes criaturas de acero mientras las que ya habían recibido el sacramento se alejaban para dejar su espacio a nuevos convoyes. Hasta cinco trenes fueron sometidos a la ceremonia de las aguas, unos trenes a los que se impusieron nombres escasamente originales: *Isabel*, *Francisco de Asís*, *Cristina*, *Madrileña* y *Hernán Cortés*.

Llegó luego la hora de los discursos. Breve el de Salamanca, que se

refugió en los recursos de la emotividad, poco imaginativo como era en asuntos de oratoria. Mucho más compacto y aburrido el de Bravo Murillo, con el habitual tono servil hacia la soberana que se encontraba delante y el no menos tradicional canto al brillante futuro que aguardaba a la nación española. Siempre que lo dejasen gobernar a él, se daba por entendido. La reina cumplió el formalismo leyendo unas palabras convencionales escritas en un papelito que le alcanzó un ayudante.

Concluidas las alocuciones, un caos considerable se apoderó de la estación. Los trenes maniobraron para situarse conforme al protocolo previsto y recoger a los centenares de viajeros, la mayor parte de los cuales habían perdido las instrucciones de embarque que acompañaban a las tarjetas de invitación y no recordaban el tren o el coche que les correspondía, lo que tuvo que ser subsanado por los acomodadores contratados por la empresa. Tan solo hubo orden en el *Isabel,* en el que viajarían la familia real, el Gobierno y los directivos de la compañía propietaria del ferrocarril. Salamanca acompañó a los monarcas al vagón real y les mostró sus instalaciones, divididas en tres compartimentos, el elegante saloncito decorado como una *suite* de un hotel de lujo, el gabinete amueblado con divanes tapizados en tonos azules y el reservado, compuesto de tocador y retrete. El empresario les deseó buen viaje, fue a inspeccionar la locomotora y, tras comprobar que todo estaba en orden, subió al primer vagón. La máquina tembló, llenó de humo la estación e hizo sonar, majestuosa, un silbido agudo e interminable. Y se puso en marcha.

Eran poco más de las doce de la mañana y empezaba el primer viaje ferroviario con origen en Madrid. Tenían por delante ocho leguas y nueve mil quinientos veintiún pies de vía férrea hasta el destino.

Durante la parte inicial del recorrido, el tren se deslizó por las vías con gran lentitud, el maquinista extremaba la cautela para no atropellar a nadie. En el interior de los trenes todo era asombro y curiosidad. A través de las ventanas, los viajeros miraban el paisaje, familiar pero extraño desde la nueva perspectiva. A medida que el tren aceleraba, la ciudad de Madrid se alejaba a una velocidad prodigiosa. Cruzaron el Manzanares y el arroyo Abroñigal por puentes de nueva construcción, dejaron atrás en un santiamén a la diligencia que circulaba en paralelo por el Camino Real de Andalucía, al cansino paso de los caballos. Contemplaron las ovejas pastando en las fincas de Villaverde, los asombrados rostros de los campesinos que se descubrían temerosos al paso de la máquina de hierro, la banda de música interpretando pasodobles en la estación de Getafe, la grotesca figura de un alcalde preñado de condecoraciones en la de Pinto, sus

concejales en formación como un escuadrón de infantería, el enjambre de vecinos apelotonados en la de Valdemoro, y hasta disfrutaron con el humo de la locomotora que se metía sin invitación en el interior de los vagones.

Todo era nuevo y maravilloso. Algunos viajeros sacaban los relojes de sus chalecos y hacían cábalas sobre la insólita velocidad que aquel ingenio mecánico era capaz de alcanzar. Otros observaban en las curvas el roce de las ruedas con los rieles, asustados de que pudieran descarrilar en cualquier instante. Alguien, un conocedor sin duda, rompió el silencio de su vagón asegurando que los trenes ingleses eran mucho más rápidos que este. Pero nadie lo escuchó, nadie quería perderse en las palabras y malgastar un instante de aquella formidable experiencia.

De pronto, se oyó una voz: «¡Aranjuez! ¡Allí, al fondo!». Todos miraron hacia el horizonte, el ferrocarril discurría en suave descenso y, en la lejanía, distinguieron el curso de los dos ríos a punto de encontrarse, la vega feraz y arbolada de la ciudad de los reyes, e incluso la silueta intuida del palacio. Volvieron a consultarse los relojes. Nadie daba crédito, parecía obligado aceptar que no hacía una hora que habían salido de Atocha cuando ya tenían a la vista Aranjuez. En el vagón del clero emergieron los tenues sonidos de una jaculatoria de labios de monseñor Bonel y Orbe, mientras que en el coche de la aristocracia de sangre un grande de España apretaba puños y dientes sin querer mirar a nadie, aterrado ante el más que probable accidente de tan diabólico artefacto. Un ingenio este en el que, se prometió, jamás volvería a subir.

El tren de la reina no se detuvo en la estación de Aranjuez, sino que desfiló lentamente mientras ella correspondía desde su ventana con un ligero alzamiento de mano a los vítores de los vecinos y a los acordes de la banda municipal. El convoy continuó viaje a través de los jardines por una vía que llegaba hasta la misma puerta del palacio. Allí bajó la familia real y el tren regresó a la estación de Aranjuez, adonde ya habían llegado los otros cuatro. Reinaba el ambiente más festivo.

Cuando Salamanca descendió del *Isabel,* todo el mundo se acercó a felicitarlo, a estrecharle la mano o a palmearle la espalda. Él sonreía y se dejaba querer, no le costó reconocer a muchos que ahora lo adulaban, eran los mismos que lo trataron con mezquindad en ciertas sesiones del Congreso, no hacía tanto tiempo. La empresa invitó a viajeros y autoridades locales a un magnífico banquete en el vestíbulo de la estación. En total, más de mil comensales, disfrutando de la Historia y sus regalos.

La reina lo invitó a acompañarla en el viaje de vuelta. Abrieron las ventanas empañadas y contemplaron el manto de estrellas en la noche

oscura de invierno. De vez en cuando, tenues puntos de luz desparramados atestiguaban que el tren se movía por espacios habitados. Isabel II permanecía asomada, recibiendo el impacto de un aire fresco enturbiado por la ceniza. Salamanca advirtió que estaba absorta, embelesada por el hallazgo de un mundo nuevo, como una niña que descubre el mar. Pero no, ya no era una niña, de hecho ni tan siquiera le pareció esa jovencita antojadiza a quien durante años había tratado, sino una mujer endurecida de mirada recelosa que no parecía creer en nada ni en nadie. «¡Y tan solo tiene veinte años!», se dijo.

Él se ensimismó en sus propios pensamientos. Le parecía increíble estar allí, viajando en su propio ferrocarril junto a Isabel II, cuando no hacía ni dos años se encontraba preso en una cárcel francesa, arruinado y perseguido. «La vida es impredecible. Hay que aprovechar cada momento». Oyó una vez más el silbido de la locomotora y notó que el tren disminuía la marcha. A lo lejos, luces difusas en el horizonte anunciaban la cercanía de Madrid. Con el viaje que ahora terminaba, también concluía una parte de su vida. A la mañana siguiente, sin duda empezaba otra.

A eso de las ocho, viajaría de nuevo a Aranjuez con el ingeniero don Pedro Miranda, para plantear sobre el terreno la obra siguiente, el ferrocarril de Albacete. «Ya no hay fronteras», quiso creer. Y esa noche, sí, creyó.

Capítulo 4

If you can force your heart and nerve and sinew
To serve your turn long after they are gone,
And so hold on when there is nothing in you
Except the Will which says to them: 'Hold on!'.

RUDYARD KIPLING, *If…*

Si puedes forzar tu corazón y tus nervios y tus tendones,
para seguir adelante mucho después de haberlos perdido,
y resistir cuando no haya nada en ti
salvo la voluntad que te dice: «¡Resiste!».

Madrid, Albacete, París,
de julio de 1854 a agosto de 1856

Indignado, leía la hoja sucia y pisoteada, recogida en una acera de la plaza de Santa Ana. Otras muchas similares se veían por todo Madrid en las últimas semanas.

> Salamanca es el prototipo de la inmoralidad. No estamos conformes con los que sostienen que es preciso hacer grandes castigos. Somos enemigos del derramamiento de sangre y creemos que uno solo, ejemplar, puede servir de correctivo y evitar que la gangrena se propague. Salamanca colgado del balcón principal de la Casa de Correos sería una gran lección de moralidad.

Le hervía la sangre. El autor del pasquín anónimo, que se proclamaba moralista y contrario a las actitudes sanguinarias, estaba pidiendo abiertamente su linchamiento. Siguió leyendo. El panfleto, fechado aquel mismo día, dieciséis de julio de 1854, dedicaba párrafos parecidos al conde de Quinto, gobernador de Madrid, y al conde de San Luis. Pero la peor parte iba para doña María Cristina de Borbón y su marido, los llamaba ladrones y «paradigmas de toda deshonestidad». Pedía para ellos «justicia popular».

El libelo, número cinco de su serie, se titulaba *El Murciélago* y era una hoja amarillenta encabezada por el dibujo de una de esas siniestras aves nocturnas. Ningún *periodista* firmaba los *artículos*, tampoco figuraba el nombre del editor ni el de la imprenta. Se repartían clandestinamente de noche, cuando vuelan los murciélagos, y la gente los encontraba en los portales de las casas, de los comercios y de los edificios oficiales. O simplemente esparcidos por las calles, en el suelo. Lo morboso de su contenido hacía que los leyera mucha gente y algunos los guardaban para mostrarlos a sus amigos.

Había empalidecido. Levantó la mirada y miró a su interlocutor, en el contraluz casi no se distinguía su rostro.

—No sabemos quién hay detrás de esta basura, pero no es ningún tonto. Actúa con cautela y no deja pistas. —El general Fernando Fernández de Córdova, sentado frente a Salamanca, era un hombre grande de modales suaves con fama de duro entre la tropa. En su biografía destacaba un momento de gloria, el día de su entrada en Roma encabezando la expedición que devolvió a Pío IX el gobierno de los estados Pontificios. Ahora dirigía el cuerpo de infantería y era uno de los hombres de confianza de don Luis Sartorius, el conde de San Luis—. En las actuales circunstancias no tenemos medios para protegerlo, le recomiendo que se marche de Madrid. El Gobierno ha

perdido por completo el control de la situación.

—No puedo irme, tengo mucho trabajo. —Salamanca hablaba maquinalmente, trataba de asimilar todo aquello. Cambió de asunto—. Dicen que la reina está muy asustada.

Antes de recibir la respuesta pidió dos cafés. Lo atendió el anciano conserje, algo muy extraño.

—¿No hay ningún camarero esta tarde, Emiliano? —le preguntó.

—No ha venido ninguno a trabajar, don José, todo el mundo tiene miedo. A mi edad es distinto, ya no me importa que me maten.

Salamanca miró a su alrededor, antes no se había fijado en que el enorme salón principal del Casino estaba casi vacío. En las habitaciones contiguas, las fichas de dominó se desperdigaban sobre las mesas junto a naipes desordenados y, en las mesas de billar, las blancas bolas de marfil aguardaban pacientes y solitarias el golpe seco de los tacos con puntas atizadas. El sol de julio atravesaba las espesas cortinas apoderándose de una atmósfera extrañamente limpia de humos. Un ambiente asfixiante lo aplastaba todo, el aire revolucionario es ardiente como el infierno.

—Desde que volvió de El Escorial, vive aterrorizada. Esta mañana se ha recibido en palacio una carta firmada por muchos de sus más leales servidores, ellos mismos se proclaman así. Le piden, lisa y llanamente, que reniegue de su madre, a la que culpan de todos los males de la nación. Afirman que doña María Cristina está sedienta de oro y les falta poco para exigir que la fusilen. Algunos de los firmantes son grandes de España.

—¡Vaya! Cualquier cosa antes de que los maten a ellos, supongo —murmuró Salamanca. «La tempestad estalla ahora —pensaba—, pero estos vientos son los que ella misma sembró». Algo inconveniente para ser dicho en voz alta ante uno de los pocos leales que le quedaban a la reina ahora que la monarquía se hundía en un abismo de fango. Tras la batalla de Vicálvaro, se habían sucedido las sublevaciones, algunas espantosamente sangrientas, como la de Valencia o la del general Manso en Barcelona—. No estoy al tanto de la situación, ¿dónde se encuentra ahora O'Donnell con sus tropas?

—En Aranjuez, con el general Dulce, allí espera acontecimientos. Todo es confuso, nadie sabe si el movimiento es contra el Gobierno o contra la Corona. —Córdova sorbió un trago de café aguado, hecho por un bienintencionado conserje—. ¡Y qué me dice de Cánovas y su manifiesto de Manzanares!

Córdova aludía a una proclama redactada por Cánovas y firmada por muchos monárquicos exigiendo a la reina un «cambio de rumbo». Pero a estas alturas era dudoso que incluso un golpe de timón fuera suficiente. Muchos pedían abiertamente el destronamiento, de nuevo la sombra de la Revolución francesa y su república de sangre y

guillotina volvía a cernirse sobre España.

—La clave será lo que pase en Madrid, como siempre —comentó Salamanca sosteniendo una taza que nunca llegaba a sus labios—. La gente está furiosa con la última subida de impuestos, los gobiernos de los moderados son incapaces de gastar menos, todo lo arreglan aumentando las tasas. Permítame decirle que Sartorius es un buen ejemplo de ello.

—Sartorius está acabado, pero nadie quiere su puesto —sentenció Córdova, un hombre que parecía su ángel de la guarda, esta era la segunda vez que un favor suyo podía salvarle la vida. Esperaba tener la oportunidad de devolvérselo algún día—. La reina envía mensajes a O'Donnell ofreciéndole el ministerio, pero este no responde. Está a la expectativa, a verlas venir, como los demás. El riesgo de que caiga el trono es muy alto, Salamanca. Cuídese —concluyó, y apuró el último sorbo del insulso café.

El Casino de Madrid ocupaba por esas fechas un edificio en la Carrera de San Jerónimo propiedad del marqués de Santiago, casualmente también casero de Salamanca. Se despidió de Córdova en la puerta y se acercó a la calle del Príncipe, venían ruidos de allí y sintió curiosidad. A la altura del teatro, un grupo apilaba muebles viejos y cajones para impedir el paso por la calzada, un gran retrato de Espartero sobresalía por encima del amasijo de trastos amontonados. Construían una barricada. A pesar de que el sol caía a plomo, sintió un escalofrío. «Otra revolución, y parece que esta vez va en serio».

Se encaminó entonces hacia Cedaceros y ya en el trayecto se le hizo evidente que la ciudad no era la de siempre. Las calles estaban casi vacías, aunque, salpicados aquí o allá, se veían algunos individuos de mal jaez a la sombra de los edificios más altos. De vez en cuando, algunos gritos rompían el silencio de hielo, un «Viva la república» o un «Muera María Cristina y la reina». Un coche, atestado de baúles, salía de una cochera, con las ventanas cubiertas por oscuras cortinas a pesar del calor insoportable. Los que podían, abandonaban Madrid.

De momento, la calle Cedaceros, donde él vivía, estaba tranquila. «¡Menos mal! Petronila y los niños están en casa». La tensión interior aumentaba, las palabras de Córdova resonaban en su cabeza: «En las actuales circunstancias, no tenemos medios para protegerlo, de modo que le recomiendo que se marche de Madrid». Sintió miedo y aceleró el paso para alcanzar su despacho, muy cercano. Allí se trabajaba sin descanso, todo el mundo ajeno a los acontecimientos de la calle. Había que presentar al día siguiente en el ministerio el proyecto definitivo del tramo Albacete-Almansa, el próximo por construir. Además, habían surgido complicaciones en los trabajos de un puente y don Pedro Miranda instruía a unos operarios que se desplazarían esa

noche.

El tren de Aranjuez había sido un éxito. Tras su inauguración, hacía tres años y medio, se había desatado en España la fiebre del ferrocarril. Los que antes despreciaban ese invento, «tan ajeno al carácter español», según decían entonces, se apresuraban ahora a concurrir a cuantas licitaciones se convocaban para los nuevos trayectos, por tanto, había que competir con un enjambre de empresas muchas veces insolventes cuyo único objeto era conseguir la licencia para venderla más cara. Además del tramo Aranjuez-Albacete, del que era concesionario, Salamanca construía esos días el ferrocarril Madrid-Miranda de Ebro para unos empresarios de Bilbao, y competía con el marqués de Larios por conseguir la concesión de la línea de Andalucía. También se preparaba para licitar por otras a punto de convocarse.

Por exigencia del Gobierno, hacía dos años había vendido al Estado la línea Madrid-Aranjuez y, a su vez, la había tomado en arrendamiento para explotarla a cambio de un canon. La venta se realizó al valor de las tasaciones oficiales, sesenta millones de reales que cobró en obligaciones. El Gobierno, como de costumbre, no tenía un real en la caja. Con esa garantía liquidó antiguas deudas con el Banco de San Fernando y pudo embarcarse en nuevos trayectos. La operación fue interpretada por parte de la prensa de manera torticera, como un nuevo caso de connivencia entre el Gobierno y Salamanca con la interesada influencia del duque de Riánsares. De esas calumnias a las amenazas de *El Murciélago* solo había un paso, un paso que ya se había dado. Córdova tenía razón, debía pensar en irse de Madrid.

El día siguiente acudió a su despacho a media mañana, después de pasar por la Bolsa, que esos días estaba en la plazuela de la Leña, y más tarde por el banco, a hacer efectivo el cheque recibido por los valores que acababa de vender. Perelló lo aguardaba impaciente.

—¡Noticias frescas! —tarareó el secretario como si entonara un gregoriano, don Matías era hombre versado en latines—. Tenemos nuevo ministerio.

Salamanca lo miró en silencio, sabía que a Perelló le gustaba alimentar la intriga.

—¿Es que no me va a preguntar quién lo encabeza?

—Y de qué me servirá, si usted solo va a hablar cuando le parezca.

—Estamos de enhorabuena, el nuevo presidente es nada menos que su amigo don Fernando Fernández de Córdova.

Salamanca lo miró asombrado, o Córdova era un maestro del disimulo o el nombramiento lo sorprendió tanto como a él mismo. En cualquier caso, lo compadeció; en aquel preciso momento, la jefatura del Gobierno era el cargo menos deseable de España.

—La cosa es como sigue —y fue enumerando los pasos contando con los dedos, primero extendió el índice—: la reina ofreció el puesto a O'Donnell para congraciarse con los rebeldes. O'Donnell no ha querido aceptar pensando que no le conviene, no vaya a ser que triunfe la república y torne su victoria en derrota en veinticuatro horas. —Don Matías Perelló disfrutaba a ojos vista, deseaba el destronamiento de Isabel II tanto como la resurrección de la carne; aunque lo disimulaba, era católico ferviente. Ahora desplegaba el dedo corazón para continuar el discurso—. Entonces se lo ofreció a Istúriz, pero este puso una condición, convocar constituyentes en quince días y, al escuchar tal cosa, a la buena señora le entró pavor. Más tarde pensó en el duque de Rivas —fue el turno del anular—, pero cambió enseguida de opinión cuando le dijeron que es Córdova quien tiene más amistad con los generales rebeldes. En el Gobierno entran algunos progresistas como Ríos Rosas y Cantero, un guiño a los sublevados. También está el duque de Rivas, por si hay que sustituir a Córdova. —Durante un instante mostró cuatro dedos abiertos en abanico, delante de su barbilla

—Pero vamos a ver, don Matías, ¿usted cómo se entera de estas cosas en cuanto suceden?

—Me permitirá que sea en este asunto tan reservado como lo es usted cuando le interesa, —sonrió—. Ya sabe que soy persona bien relacionada en ciertos ambientes.

—Sospecho que sabrá usted hasta quién presidirá la república dentro de unos días —exclamó Salamanca con sorna.

—En la corrida de esta tarde me pienso enterar, allí veré a algunos de los futuros gerifaltes. Aunque no se lo pienso decir. —Ese fue el momento que eligió para replegar sus dedos, coger sus papeles y salir por la puerta, él sabría para qué y hacia dónde.

La actividad en el despacho era febril. Miranda le informó de las obras en el puente dañado, luego tuvo una reunión de finanzas y cerca de las dos de la tarde le presentaron a la firma la documentación que acompañaba al proyecto, justo a tiempo de llegar al registro del ministerio antes de que cerrasen la ventanilla. Los balcones de su despacho estaban abiertos y escuchaba el griterío de la calle, todo eran vivas y mueras, insultos y peleas callejeras. Abrió la caja fuerte, llenó una bolsa con billetes grandes y se la guardó en el bolsillo interior de la levita. Y se marchó.

Los toreros y sus cuadrillas se sumaron a la multitud en la explanada de la plaza de toros. La gente estaba enardecida, enervada, todos gritaban y muchos maldecían, durante la corrida habían obligado a la banda de música a sustituir la *Marcha real* por el *Himno de Riego*.

Nadie se interesó por la faena, cada una de las estocadas se celebró como si las espadas se hundieran en el estómago de la monarquía. O en el de los monarcas. Abucheaban a los cadáveres palpitantes de las fieras arrastradas llamándolos Sartorius o María Cristina. Cada borbotón de sangre que brotaba de la testuz de los bravos o del vientre de los caballos lo coreaba la masa con expresiones soeces, y alguno se recreaba en la impudicia agarrando con una mano el bultejo de su entrepierna mirando hacia el palco, mientras con la otra amenazaba al presidente. Por el simple hecho de ser la autoridad.

En Cibeles, la masa se engrosó con gentes que deambulaban sin rumbo, y avanzó amenazante por la calle de Alcalá. Los de las barricadas se sumaban a la manifestación. Nadie sabía adónde se dirigían hasta que un rumor empezó a circular, sin que se supiera quién lo había empezado.

—¡Hay que liberar a los presos!

—¡A la cárcel! ¡Libertad para los prisioneros políticos!

La riada humana, cada vez más crecida, tomó la ruta de la cárcel del Saladero, en Santa Bárbara, antiguo matadero de cerdos reconvertido en prisión. Por el camino, nuevos gritos se alternaron con los vivas a la república y a la revolución.

—¡Sartorius, ladrón!

Alguien informa al que vocifera de que el conde de San Luis ha sido destituido, ahora encabeza el Gobierno el general Córdova.

—¡Muera Córdova!

El calor intolerable de la tarde de julio, acrecentado por las apreturas del rebaño humano, animaba a expulsar el malestar por la boca.

—¡Horca para Salamanca! —El grito se repitió, muchos de los que sabían leer acababan de ojear *El Murciélago*.

—¡Eso, a colgar a Salamanca!

Alguien recordó que la revolución debía tener una jefatura. Eso sí, elegida por el pueblo.

—¡Junta de Salvación! Como en la guerra contra los franceses —decían unos.

—¡Juntas populares! ¡Abajo el Gobierno! —gritaban otros.

Las tropas leales al régimen, al mando de Blaser, estaban fuera de Madrid desde la batalla de Vicálvaro, y los escasos soldados que seguían en la ciudad y no se habían sumado a los rebeldes, así como un destacamento de la Guardia Civil, se acuartelaban en el palacio de Oriente. Marchaban, pues, las turbas sin que nadie se enfrentase a ellas. De mano en mano se pasaban los manifestantes algunos periódicos de la tarde y los analfabetos preguntaban a los que sabían leer. Los titulares animaban al pueblo a tomar las armas.

De pronto, nuevos gritos.

—¡Gobierno popular! ¡Al ayuntamiento!

—¡Al ayuntamiento! —repetían las gentes. Muchos no sabían dónde estaba, nunca habían ido.

De modo que la muchedumbre se dividió en dos grupos, unos se dirigían a la cárcel para liberar a los presos y otros a tomar el ayuntamiento, para constituir una Junta de Salvación. Se jaleaba a personajes muy diversos: O'Donnell, Becerra, Fernández de los Ríos…, y por encima de todos a don Baldomero Espartero, duque de la Victoria. No se sabía quién gobernaba los movimientos de la muchedumbre, pero el más visible, en la cabecera de la manifestación e inconfundible por su traje de luces, era el mediocre torero Pucheta pidiendo a gritos garrote para el Gobierno.

A las siete de la tarde, varios coches escoltados por alabarderos abandonaban con prisas el palacete de Las Rejas. Visto el cariz de los sucesos, los duques de Riánsares y sus hijos se trasladaban a la residencia de la reina. Poco después, miles de personas vociferantes se aglomeraban amenazantes frente al palacio Real. Ya se habían incorporado los que habían ido a la cárcel del Saladero, donde no encontraron la menor oposición, y la mayor parte de los presos recién liberados, entre ellos Ordax Avecilla y Manuel Becerra. El duque de Ahumada, al mando de la guarnición a cargo de la seguridad de la reina, formó un escudo de guardias y se dirigió a la población pidiendo calma. Nadie lo sabía, pero acababa de desobedecer al rey consorte, quien, aterrorizado, le había ordenado disparar contra la muchedumbre.

La tensión empezaba a ser extrema. De pronto, se impuso el silencio y se encadenaron los siguientes hechos: un tal Corradi, presidente de una comisión popular que se constituyó allí mismo, dialogó con Ahumada y pidió audiencia a la reina. Isabel II los recibió inmediatamente y escuchó sus demandas: «Constitución del treinta y siete y armas para la milicia nacional». «Lo consideraré», les respondió. Corradi regresó y, tembloroso, se dirigió a la multitud a gritos, les informó de su conversación con la reina y les pidió que se marcharan. Entre la masa, empezaba a verse a gente armada, uno con un rifle al hombro contó que venían del Gobierno Civil, donde se habían apoderado de cuatrocientos fusiles y los habían repartido entre el pueblo. La gente dudaba, chillaba, pero parecía como si la puesta de sol apaciguara los ánimos. Se dispersaron de mala gana, unos regresaron a casa, sin embargo, otros formaron grupos que tomaron rutas distintas. Ahumada respiró.

Estébanez Calderón llegó a la casa de Salamanca en la calle Cedaceros. Había ido a pie, intencionadamente mal vestido y procurando pasar

desapercibido, era senador del Reino y eso era un título de dudoso valor aquellos días. Empezaba a oscurecer y cada vez se veía más gente en las calles, alborotada. En el camino, había pasado junto a media docena de barricadas, allí la gente cantaba y bebía.

Entró en la vivienda y encontró a Petronila espantada de miedo, junto a sus dos hijos.

—¡Serafín! —Se echó en sus brazos, llorando—. No sé dónde está José, ni qué tengo que hacer. ¡Toda esa gente gritando en la calle, temo que entren y nos maten!

—No te preocupes, José ya está en mi casa y vengo a llevaros con él. Allí estaréis seguros.

Un cuarto de hora más tarde, los cuatro abandonaban en un coche la vivienda por la puerta de servicio, la que daba a Floridablanca. Trataron de evitar las zonas ocupadas por los manifestantes y sortear las calles cortadas por barricadas. En una de estas, Estébanez contempló una escena atroz, el cadáver de un hombre de pie, clavado a la pared por una estaca que atravesaba su cuerpo y un cartel colgando del cuello con este mensaje: «Por ladrón». La gente aportaba sus muebles, alfombras y cachivaches para levantar los parapetos, y siempre había alguien que los robaba. A este le había salido caro el atrevimiento.

En la calle de Toledo, cerca ya de su destino, el carruaje tuvo que detenerse, quedó atrapado entre una masa de gente que, de pronto, desembocó desde un pasaje. Desfilaban, en siniestra procesión, dos filas de hombres con antorchas precediendo a un grupo que llevaba a hombros, como un paso de Semana Santa, un colchón sobre el que habían colocado a un hombre ensangrentado, que recordaba la patética estampa del Nazareno camino del Gólgota. Estaba vivo, pero a muchos efectos era ya un cadáver. El resplandor de las teas permitió a Estébanez distinguir su rostro al pasar el desgraciado junto al coche, era Francisco Chico, el jefe de la policía. De su cuello descendía una cuerda cuyo extremo sostenía un individuo, la luz de las antorchas convertía aquello en una imagen pavorosa, una especie de aquelarre.

Petronila Livermore recostó a sus dos hijos sobre el regazo y les tapó los ojos, aunque Fernando se resistía alegando que ya tenía diecisiete años. Desde donde se encontraban, bloqueados entre el bullicio que impedía al coche circular, Serafín y su cuñada vieron cómo la comitiva se detenía en la plaza de la Cebada, bajaban a Chico del improvisado pedestal y lo molían a palos. Después, lo arrojaron contra una pared y lo acribillaron a tiros, muy cerca por cierto de donde un día hicieron lo mismo con el general Riego, ese al que vitoreaban aquellos días. Un diminuto arroyo, con sangre de policía, fue a morir en el desagüe de la fuentecilla de la plaza.

Poco más tarde, llegaban a casa de Serafín Estébanez.

A las dos de la madrugada, uno de los grupos que vagabundeaba se acercó al palacio de Las Rejas creyendo que los dueños estaban dentro. Forzaron las puertas y entraron en la casa, pero la encontraron vacía. A la lumbre de las antorchas, empezaron a sacar a la calle cuanto encontraron, muebles, cortinas, cuadros o vajillas, que iban amontonando en el exterior. De pronto, apareció una escuadra de soldados. En un primer instante, nadie se atrevió a moverse, bastante tenían con sujetar los nervios desbocados. Un primer disparo rompió el silencio, a continuación muchos más. Tras una lucha breve y escasamente heroica, los soldados huyeron en estampida a refugiarse en palacio. Un enorme estruendo, el griterío que suele suceder a la victoria en las grandes gestas, resonó en la noche madrileña. Y de nuevo a sacar de la casa muebles y cuadros de Borbones, que se apilaban sobre el montón de despojos hasta alcanzar la altura de dos hombres. Una antorcha voló hacia aquel amasijo y prendió en una de las cortinas, provocando una llamarada que sobrepasó la altura de los edificios. La reina madre, insomne y asomada a la ventana de su dormitorio en el cercano palacio de Oriente, vio el fuego sobre los tejados. Enseguida supo de qué se trataba.

Una hora más tarde, eran siete las hogueras que enrojecían la atmósfera en tinieblas, al palacio de Las Rejas se habían sumado el Ministerio de Gobernación y las casas de Sartorius, del ministro de Hacienda, de Quinto, del conde de Vistahermosa y la de José de Salamanca. Para esa hora, los líderes progresistas y demócratas discutían en el ayuntamiento, enzarzados en maniobras y zancadillas para constituir la Junta de Salvación. Ante la falta de acuerdo, se formaron dos, una encabezada por el marqués de la Albaida y otra presidida por el banquero Juan Sevillano, en la que se acomodaron personajes bien conocidos como Joaquín Francisco Pacheco, Fernández de los Ríos, Ordax Avecilla y el general San Miguel.

El Gobierno, rebasado e impotente, envió personas de confianza a pulsar la situación en las calles. Uno de ellos fue el coronel De la Gándara, vestido de paisano, quien, guiado por la luz de la fogata, llegó a la calle Cedaceros. La hoguera ardía a menos de tres pasos de la casa de Salamanca y las llamas amenazaban con prender en la propia vivienda sin que eso pareciera importar a los asaltantes, que arrojaban un sofá desde uno de los balcones del primer piso. Por la puerta principal, varias mujeres sacaban dos cuadros de gran tamaño que terminaron en el fuego. Una íntima parte de la conciencia del coronel, esa en la que alojaba su confesada devoción por el arte, se sublevó ante aquella tropelía. Se acercó a ver las pinturas ardientes y pudo distinguir una de ellas, un óleo representando a la Virgen y el

niño firmado por Murillo.

De la Gándara se fijó en un individuo que estaba a su lado. Obnubilado, hechizado, seducido por el poder destructivo del fuego, el arrugado rostro del hombre se enfrentaba inmóvil a la hoguera, en sus ojos la mirada de un idiota que parecía concentrado en estudiar las consecuencias de la ignición de los cuerpos sólidos. Paralizado por el asombro, cada vez que un nuevo objeto de valor aterrizaba en las llamas, una silla tallada, una pareja de candelabros, una araña con las velas torcidas o una alfombra de Estambul, las cejas del infeliz, espesas y negras como el alma del diablo, sufrían una sacudida espasmódica, involuntaria. Su espíritu pequeñito y embrutecido se sumergía en la ceremonia del éxtasis, por primera vez en su sórdida existencia tenía a su alcance el poder. El poder de hacer daño, pero poder al fin y al cabo. De la Gándara lo observaba con discreción, veía sus ojos inflamados en las profundas cavidades del rostro achaparrado y oscuro, la boca semiabierta que mostraba tres o cuatro dientes amarillos desperdigados, las patillas canosas, el sombrero aplastado. Aquel hombre, le pareció, libraba una batalla consigo mismo, todavía desconfiaba de que ese poder destructivo pudiera ser patrimonio suyo. De sus amigos tal vez, allí estaban, arrojando muebles a las llamas y gritando mueras a la reina. ¡Pero él! Jamás había imaginado que un día tendría la capacidad de destruir sin ser destruido a su vez, y ahora parecía posible. Recelaba, al fin miró a su alrededor, por si veía algún uniforme por allí cerca esperando a detenerlo si se desmandaba. No lo vio, y unas gotas de sudor descendieron por su frente, ¿de calor o de miedo? Finalmente se acercó a la hoguera. Lo que encontró más cerca fue el cuadro de Murillo, casi consumido. Le pegó una patada y luego otra. Siguió pateando todo lo que tenía a su alcance, hasta el punto de que se vio obligado a apagar la llamarada incipiente en los bajos de su pantalón. La furia que eso le provocó fue origen de nuevas patadas, cada vez más violentas. A partir de ahí fue su noche una orgía de fuego y odio. El cielo aullaba.

El coronel reconoció entre la multitud a uno de los criados de Salamanca tratando de pasar desapercibido, había sido el encargado de cerrar la casa y a punto estuvieron de cogerlo cuando llegaron los asaltantes. Por él supo que la familia había huido a casa de la hermana de doña Petronila, suponía que don José también estaría allí. De la Gándara se encaminó al domicilio de Estébanez Calderón, en la calle Toledo. A pesar de la hora, cumplidas ya las cuatro de la mañana, llamó a la puerta y encontró despiertos a Salamanca y a su cuñado.

—Don José —le dijo—, España se hunde sin remedio. De parte del Gobierno le ordeno que huya de Madrid inmediatamente.

Eligió calles estrechas tratando de evitar a los trasnochadores, cambiando de ruta sobre la marcha en su camino hacia la estación de Atocha. Se había disfrazado con la ropa del jardinero de Estébanez, alpargatas viejas y tosco sombrero de paja. Era su segunda huida de Madrid. Como en la primera, se había sujetado con cintas al pecho una bolsa aplastada, repleta de billetes de banco. Su corazón rebosaba resentimiento, aunque no sabría decir contra quién o contra qué. La devastación de las hogueras, la violencia desbocada, el caos, el odio a flor de piel… Todo parecía quedar justificado por esa tácita transferencia de responsabilidad que a veces los individuos delegan en la masa para que sea esta, y no ellos, la responsable en caso de que las cosas salgan mal. Aunque, por otra parte, ¿qué decir de la actitud irresponsable de la Corona?, cuando menos tan culpable como los que hoy incendiaban la ciudad. Una humareda se elevaba sobre los tejados. «Por esa zona vive Sartorius, será su casa», pensó, e imaginó su propia vivienda saqueada, sus cuadros y sus muebles, destruidos, los trajes de su mujer y los suyos, en poder de gente inmunda… No podía desfallecer, continuó camino.

Clareaba cuando llegó a la Puerta de Atocha, su corazón se aceleró al ver gente armada en la puerta de la estación. Se caló el sombrero y entró en ella cabizbajo, unos milicianos lo miraron, ebrios de vino y autoridad, la autoridad que emanaba de los fusiles que les colgaban en bandolera. En el andén principal estaba estacionada la *Madrileña*, grandes cartelones anunciaban su salida hacia Alcázar de San Juan a las siete de la mañana. Un viajero madrugador subía a uno de los vagones de tercera clase cuando él se cruzó con otros dos hombres armados que paseaban por el andén.

—¿Adónde vas? —preguntó uno de ellos.

—Trabajo aquí, en el depósito de máquinas —respondió asustado, no tuvo que fingir el miedo.

Prosiguió su camino y recordó que los trabajadores del ferrocarril no se expresaban como él, debió haber imitado sus torpes expresiones. No miró hacia atrás, pero imaginó, amenazantes sobre su nuca, las miradas de aquellos individuos sospechando de él, unas gentes que invadían a la fuerza su propiedad, sin el menor derecho. Ya en el depósito de máquinas, buscó al jefe de turno en la oficina. El hombre se asombró al reconocerlo con aquel disfraz, pero no había tiempo para explicaciones.

—Coloquen la *Isabel* en el andén de salida de talleres y dígale al fogonero que suba, la conduciré yo mismo. Luego, telegrafíe a todas las estaciones y avise de que el tren pasará sin detenerse hasta Albacete —ordenó, y se felicitó por tener ya instalado el telégrafo óptico que permitía comunicarse con rapidez—. ¡Ah, algo más! Si

alguien le pregunta, usted no me ha visto, quien conduce la locomotora es uno de los maquinistas.

Diez minutos más tarde, la *Isabel* salía de Madrid conducida por Salamanca; a su lado, un joven agitanado alimentaba la caldera de combustible con una pala.

—Señor, tendremos que parar en Aranjuez, la locomotora no estaba preparada para salir y apenas queda carbón.

Hora y media más tarde se detuvieron en Aranjuez. En el andén lo esperaba el jefe de estación y Salamanca descendió para hablar con él.

—Me acaban de telegrafiar de Atocha, don José —le dijo el funcionario, nervioso—. Los milicianos se han enterado de que es usted quien conduce esta máquina, acaba de salir un tren en su persecución.

Maldijo a la revolución una vez más, imposible saber si alguien lo había delatado o había sido reconocido por alguno de los rebeldes que patrullaban por Atocha. El fogonero gritó que el depósito de carbón ya estaba lleno y, por un instante, dudó si quedarse en Aranjuez para pedir ayuda a algún amigo. «Demasiado cerca de Madrid. Además, aquí se encuentra O'Donnell con su ejército, mejor continuar».

—Si alguien pregunta, diga que la máquina pasó sin parar —ordenó al jefe de estación mientras subía a la locomotora.

A mediodía, cerca ya de Alcázar de San Juan, se sintió desfallecer. Solo había tomado un poco de la panceta del fogonero y ahora le atormentaba el estómago, el agua de la cantimplora parecía a punto de hervir, el sol caía a plomo y se asfixiaba en el pequeño recinto de los conductores. En ese estado de ánimo, recordó las palabras del coronel De la Gándara: «Don José, España se hunde sin remedio». Pero en realidad, pensaba mientras el roce con el metálico y grasiento caparazón de la locomotora le quemaba la piel, hacía mucho que España ya estaba hundida, «esto de ahora es como una erupción de pus, la infección lleva en el cuerpo muchos años». Recordó la pregunta de José Buschental una noche frente a dos copas de brandy. «¿Cuándo empezó a pudrirse este país, Salamanca?». Y él no supo responder. Ahora, en aquel infierno de hierro, le parecía que España era un enfermo crónico, un esqueleto agonizante al que los médicos trataban de curar con cataplasmas un caso de locura.

Serían las seis de la tarde cuando divisó Albacete. Durante los últimos kilómetros, circularon muy despacio, pues, aunque la vía estaba terminada, en sus laterales se desparramaban herramientas, se apilaba piedra y los operarios cruzaban las vías con carretillas. Paró la máquina en medio de un gran llano, regaló al fogonero unas monedas de oro y bajó del tren empapado en sudor y grasa, debía de estar irreconocible. El roce de la bolsa del dinero le laceraba el pecho. Pidió a su ayudante que le arrojase la cantimplora a pesar de que ardía.

—Siga usted hasta Albacete —le encomendó—, entregue la máquina a don Agustín de Elcoro, el ingeniero. No tiene que hablar de mí, usted ha viajado solo. —Enseguida se dio cuenta de que había dicho una tontería, en Albacete todo el mundo sabría ya lo que había pasado.

Se alejó de las vías a buen paso, delante tenía una llanura interminable con algunas parcelas cultivadas y otras en barbecho. A ratos se detenía bajo un árbol para resguardarse del último sol de la tarde y verter en su boca un poco del agua repugnante de la cantimplora, para luego tener que escupirla. Tenía sed y hambre. Pidió ayuda en una casa de labranza y lo amenazaron con apalearlo si no se iba. Tuvo más suerte en la segunda, una pequeña casita blanca, en medio de una viña. Llamó a la puerta y enseñó al dueño unas monedas.

—¡Necesito agua y comida y estoy dispuesto a pagarla! No soy un delincuente, sino un perseguido político. —Tuvo suerte, pudo llenar la cantimplora de agua fresca y le dieron unos pedazos de carne dura, verduras y fruta. Y una manta.

Comió solo, junto al pozo, y se pudo lavar. El largo crepúsculo se cernía sobre la llanura y anunciaba una noche clara, de luna creciente. El aldeano le indicó una ermita abandonada, allí podía pasar la noche. Cuando llegó, estaba oscuro, empujó la puerta desvencijada de la pequeña iglesia y entró, ni siquiera se detuvo a examinar el interior, extendió la manta en uno de los rincones y se enrolló en ella. Un minuto después, estaba dormido.

Al despertar, el sol estaba alto y entraba por las ventanas sin cristales, serían las nueve de la mañana. El estado de la capilla era ruinoso, pero el bello retablo del altar mayor no se conservaba mal, alguien debía de cuidarlo. Lo presidía un polvoriento cuadro de la Virgen. «Es la ermita de la Virgen de los Llanos», había dicho el labrador. En sus hornacinas permanecían un par de imágenes, un santo y otra Virgen que no fue capaz de identificar. Un gran boquete en el tejado dejaba ver el azul inmenso del cielo.

Salió al exterior y se sentó en un poyete de piedra junto a la puerta, el sol limpio de levante y el sabor de un par de manzanas le mejoraron el ánimo. Como no tenía nada que hacer, oteó el paisaje, le maravilló la profundidad de aquella planicie, era fácil entender que a este territorio lo llamasen Los Llanos, como la Virgen y la propia ermita donde se encontraba. Un espacio interminable donde la línea del horizonte se fundía con la luz imperiosa de la mañana. Corrían por el descampado conejos o liebres, no podía distinguir, y una banda de perdices sobrevolaba el techo de la ermita con su vuelo torpe. La vegetación del lugar era extraordinariamente diversa, matorral abundante y muchas especies de árboles, encinas, nogales, olivos y

pinos, aunque no muy numerosos. Parecía un buen lugar para los cazadores.

Pero no todo era naturaleza vegetal en el lugar, unas figuras humanas vislumbradas a lo lejos pusieron fin a sus ensoñaciones. Resignado, esperó su llegada. Era una pareja de la Guardia Civil.

—Señor Salamanca, está usted detenido —dijo uno de ellos, era evidente que no lo habían encontrado por casualidad—. Lo vamos a llevar a la sede de la Junta.

Tras atarle las muñecas, cada número se situó a uno de sus costados. Caminaron casi dos horas a través de caminos y senderos, llegaron a Albacete y se dirigieron al ayuntamiento, sede provisional de la Junta de Salvación. Le sorprendió descubrir que, tanto en la ciudad como en el interior de la Casa Consistorial, reinaba el orden, a diferencia de lo que pasaba en Madrid. Funcionarios bien vestidos con lentes transparentes y barbas cuidadas ocupaban los escritorios y atendían sus asuntos con el aburrido gesto del burócrata, pacíficos ciudadanos hacían cola en las ventanillas. Subieron una escalera que desembocó en un amplio vestíbulo. Allá arriba, las cosas eran diferentes, una pancarta pegada en la pared proclamaba con mayúsculas negras una antigua y manoseada consigna: «Por la revolución». Un cartel sobre la puerta cerrada indicaba que, en el interior, tenía su despacho el presidente de la Junta.

Milicianos armados se hicieron cargo de él y los guardias se despidieron de ellos con saludo militar. «De modo que en Albacete la Guardia Civil está a las órdenes de los rebeldes, mientras en Madrid protege a la reina —se dijo—. ¡Increíble España!». Con malos modos fue conminado a sentarse en un banco de madera arrimado a la pared. A su lado, una mujer de luto con un mocoso sobre sus piernas y un hombre gordo con traje oscuro y el pánico impreso en el rostro, como si estuviera al pie del cadalso.

En esos días de julio, el alboroto de la sublevación la tenía muy excitada. De niña, María Buschental había oído contar entre risas a su padre que en los Delfim Pereira, la rama paterna de su familia, el virus revolucionario corría por la sangre desde tiempo inmemorial. Según se demostró después, esas extravagantes veleidades libertarias del barón de Sorocaba no encajaron en el temperamento de su mujer, quien las compensó intimando de tal modo con el emperador del Brasil que terminó compartiendo su cama. Y eso en bizarra competencia con su hermana Domitila, la tía de María, amante «oficial» de don Pedro de Braganza. Criada en el seno de una familia tan singular, con un padre demócrata y aristócrata a la vez, una madre casquivana y monárquica, hermanos legítimos y hermanastros de bastarda estirpe imperial, su

carácter de niña sensible se impregnó de la confusión que reinaba en aquella casa de locos, empapó su alma de un halo de rebeldía y de una simpatía irresistible por cualquier causa perdida, y la alineó en el nutrido contingente de los disconformes. Digna hija de su padre.

Desde que empezaron los disturbios, se pasaba el día en la calle, en medio de la muchedumbre que cercaba el palacio de Oriente para enterarse de las últimas noticias, o haciendo tertulia en alguna de las trescientas barricadas que bloqueaban la ciudad, donde regalaba pasteles o canastas de fruta a los que prestaban servicio. Para estar a tono con la austeridad que se suponía en los sublevados, vestía un sencillo vestido gris sin adorno alguno y un pañuelo negro, y se cuidaba de dejar en casa todas sus alhajas y anillos salvo la alianza matrimonial, precisamente la única joya que ya no solía usar. Si alguien la reconocía no se ocultaba, ni escondía su simpatía por los rebeldes. Como casi todos sus amigos habían huido de Madrid o estaban escondidos, tuvo que suspender las reuniones de cada martes en su salón y, para conocer de verdad lo que se cocía entre bastidores, era ella la que visitaba de vez en cuando a los pocos que permanecían en la ciudad.

Observó que, a medida que pasaban los días, la gente estaba menos gritona, más apaciguada. Ya no se oían *mueras* a la reina, tan solo a su madre y al Gobierno cesante. Se contaban las fechorías del jefe de policía ajusticiado, el tal Chico, y se hablaba de las idas y venidas a palacio del general San Miguel, aunque en realidad no se sabía lo que pasaba. Los nombres de Espartero y O'Donnell estaban en boca de todos, pero nadie entendía por qué no habían entrado ya en Madrid.

—Dicen que mañana llega el duque de la Victoria, con el Ejército.

Solo eran cábalas, esperanzas o ilusiones de que alguien recogiera el derroche de energía derramada durante las últimas semanas y la convirtiese en algo tangible. Aunque ¿en qué exactamente? ¿Qué cosa era en realidad un gobierno popular? No supo responderse, también ella estaba confusa. Y veía cómo el ímpetu de la revolución se apagaba como la llama de una vela con la cera consumida, cada día había menos gente alrededor de palacio.

El veinticinco, día feriado por Santiago el Mayor, María se acercó a la barricada de la calle del Amor de Dios para felicitar por su onomástica a un Jaime de Zaldívar con quien había hecho buenas migas, él hacía sus guardias en aquel lugar. Le llevaba una empanada de carne y una bota de jumilla, pero Zaldívar no apareció. Preguntó por él.

—Ha dicho que no vuelve mientras no retiren ese retrato —respondió un miliciano—. Pero el jefe de distrito de la Junta dice que no se quita, allá él si no viene. —Junto al retrato de Espartero que presidía la barricada aparecía ahora otro del mismo tamaño, el de

Isabel II. Alguien, tal vez el propio Zaldívar antes de irse, le había cruzado la cara con una raya de sangre.

Decepcionada, regresó a casa. Ya a punto de llegar, le sorprendió ver a alguien salir del palacio de las Cortes, pues el Congreso llevaba más de un año cerrado a cal y canto. Era Joaquín Francisco Pacheco, quien fuera presidente del Gobierno. Tras alguna vacilación, la reconoció.

—Señora Buschental, me alegra verla.

—No me diga que ya tenemos Cortes cuando ni siquiera sabemos quién nos gobierna —comentó María con sorna.

—Todavía no, pero las estrenaremos pronto —sonrió Pacheco—, y serán constituyentes. La Junta de Madrid me ha encargado que revise el estado del edificio, en poco tiempo lo volveremos a utilizar.

—¿Y quién presidirá la sesión de apertura, si es que se puede saber? —Su mirada se clavó, profunda, en los ojos del político sevillano.

—Será Isabel II, como de costumbre; eso sí, como monarca provisional. —Resopló, el efecto del angustioso calor en su humanidad exuberante era palpable—. Ayer recibió a Allende Salazar, el emisario de Espartero, quien le cantó las cuarenta y le expuso las condiciones para conservar el trono: pedir perdón al pueblo español, obedecer al duque de la Victoria y aceptar Cortes Constituyentes, serán estas las que decidan si sigue la monarquía o viene la república. En todo consintió, «Espartero es para mí como un padre», lloriqueaba. Mañana hará público un manifiesto reconociendo que se ha equivocado. Tendría usted que haberla visto, con sus lagrimitas de cocodrilo y tragándose el orgullo. Hace unos días pensó huir a Aranjuez al creer que la iban a guillotinar como a María Antonieta, pero su madre la obligó a permanecer en Madrid. Ahora parece contenta de estar en manos de Espartero, lo prefiere a O'Donnell, que era la alternativa.

—Yo creía que la alternativa era la república —ironizó María Buschental.

—Lo cree mucha gente, pero a la hora de la verdad tiene menos partidarios de lo que parece, nadie olvida lo que pasó en Francia. No obstante, las nuevas Cortes decidirán sobre la forma de gobierno.

Pacheco se secaba el sudor de la cara con un pañuelo de seda empapado. A pesar de la temperatura, vestía un traje de paño grueso, quizás no tenía otro más ligero. A ella le sorprendió el atuendo tan formal en un líder revolucionario, pero enseguida lo entendió: incluso entre los igualitarios y los demócratas estaba profundamente enraizada la conciencia de clase, los que mandan y los que obedecen. Pacheco vestía de modo que todos supieran que él era uno de los de arriba, faltaría más. «Pero entonces —se preguntaba María—, ¿en qué consiste la revolución?», una pregunta turbadora que exigía una respuesta. «Espero que la revolución no sea quitar a unos para poner a

otros parecidos».

—¿Y qué pasa con doña María Cristina? —preguntó con curiosidad.

—Eso está sin resolver, es el gran problema. El pueblo quiere sangre, es verdad, muchos la enviarían a prisión. Pero otros creemos que eso sería un gravísimo error, debemos mandarla al exilio y confiscarle los bienes. Sí —volvió a resoplar—, es eso lo que hay que hacer.

María se despidió de él y entró en casa tras cruzar la calzada. Dio órdenes para la comida, luego subió al cuarto. Frente al espejo del tocador, se quitó el pañuelo de mujer del pueblo, tan convincente, a Pacheco le había costado reconocerla cuando lo llevaba puesto. Fue despojándose, una por una, de las pinzas que le sujetaban el pelo, y lo dejó caer sobre sus hombros desnudos. Sudaba. Acarició con una toalla húmeda el cuello y la cara y hundió sus hermosos ojos negros en otros idénticos que reflejaba el espejo, incitadores y pendencieros. «De manera que tanta revolución para nada, tantos infelices de vigilia en las barricadas para cambiar a Sartorius por el fósil de Espartero». Con melancolía, pensó en Zaldívar, el joven rebelde cuya mirada de miel le punzaba el vientre. «Uno de esos españoles que no se olvidan. E inteligente, enseguida se ha dado cuenta del pasteleo que están organizando estos señores».

Eligió una pulsera que le regaló su madre, y a ella el emperador del Brasil, de oro blanco con diamantes incrustados. Se colocó las sortijas, el destello de un zafiro en su dedo corazón le envió un cálido mensaje de confort. Tras desabrocharse el tosco vestido gris, lo dejó caer al suelo. Del armario sacó un traje verde veronés y unos zapatos a juego. Instantes después, estaba dispuesta para el almuerzo. Volvió a mirarse en el espejo, llevaba ahora el pelo recogido con una diadema de plata, lucía una flor blanca en el escote, un polvillo rosado sobre los pómulos y sus pendientes de perlas tan favorecedores. Contempló sus manos, lo mejor de todo, manos de pianista. Volvía a ser María Buschental.

Don Luis Vicén leyó la carta que acababa de entregarle Estébanez y la volvió a plegar con sumo cuidado, la conservaría como un pequeño tesoro que un día tendría valor, nada menos que una nota del puño y letra del general Espartero dirigida a él personalmente, como presidente que era de la Junta de Salvación de Albacete.

—Bueno, don José, será una lástima dejar de verle. —La emoción de Vicén no era fingida, haber tenido a Salamanca bajo su jurisdicción quedaría para siempre como timbre de gloria en su hoja de servicios a la revolución—. Nuestras largas conversaciones durante estos días han sido muy gratificantes para mí. ¿Cuánto tiempo ha estado entre nosotros?

—Tres semanas largas. Para mí ha sido un honor conocerle, don Luis, nunca le agradeceré bastante cómo me ha tratado. —Legalmente, había estado detenido, aunque lo que en realidad hizo Vicén fue protegerlo, recluyéndolo en una cómoda habitación de la residencia de oficiales.

—No tiene ningún mérito. —Vicén se mesaba la alba barbita, escrupulosamente recortada—. Era una cuestión de justicia. En tiempos revueltos, se cometen excesos con frecuencia, y eso es lo peor que le puede ocurrir a una revolución, porque se degrada y pierde su fuerza moral. Restaurar los pisoteados valores de la libertad y la justicia o luchar por el triunfo de nobles ideas no debe ser confundido con represalias rencorosas.

Las palabras de Vicén sonaban misericordiosas, pero ocultaban buena parte de la verdad. Cuando estaba a punto de enviar al calabozo a Salamanca, dos argumentos concluyentes lo inclinaron a internarlo en un cuartel. Por un lado, si lo asesinaban en la cárcel, algo más que probable, perjudicaría la llegada del ferrocarril a la ciudad, y eso sería una verdadera desgracia. El otro argumento fue el donativo de treinta mil reales, los que llevaba escondidos en el pecho, que el empresario ofreció para ayudar a la revolución en una teatral declaración de simpatías que supo interpretar con gracia. El concepto «donativo» era ridículo en sí mismo, se trataba del ofrecimiento de un hombre detenido. Pero surtió efecto. La suma de ambas circunstancias inclinó a Vicén, hombre prudente y de buen corazón, a ingresarlo en el cuartel, donde no correría peligro. Para disipar cualquier duda sobre su honestidad convocó al tesorero de la Junta y, en presencia de varios testigos, Salamanca firmó el documento de donación haciendo entrega del dinero.

Vicén se percató enseguida de que había tomado la decisión acertada y se felicitó por ello, la revolución empezó a templarse y de la capital del Reino llegaban órdenes exigiendo evitar desmanes con los prisioneros. Ahora, además, aparecía esta carta firmada por Espartero exonerando a Salamanca de cualquier culpa. Vicén no cabía en sí de gozo, la jugada había salido perfecta.

—Su actitud noble se ve pocas veces, don Luis, fíjese en lo que ha pasado en Madrid, donde ha habido infinidad de abusos. Por eso es tan de agradecer. Durante mi detención, he sido tratado con todo respeto. —Salamanca había adelgazado, el traje que vestía le quedaba grande y la camisa no combinaba con la chaqueta, pues no tuvo más remedio que encomendar a la esposa de Elcoro la tarea de conseguirle ropa decente y algunos alimentos que amenizaran la insípida comida del cuartel.

—Allí ha estado seguro, sin riesgo de que lo reconociera algún exaltado de los que nunca faltan. Desde el primer momento, me di

cuenta de que la revolución no tiene nada contra usted, demagogias aparte. Además, como tantas veces he repetido, la ciudad de Albacete siempre estará en deuda con don José de Salamanca. —En este punto, Vicén parecía sinceramente conmovido, la llegada del ferrocarril iba a significar la redención de la oscura ciudad—. Pues es usted, y solo usted, quien nos trae el ferrocarril a este pueblo perdido en un rincón de España.

—Junto con la carta —intervino Serafín Estébanez Calderón—, el duque de la Victoria le envía también su agradecimiento. Ha sido informado por sus asistentes de que la provincia de Albacete ha estado a la altura, con lealtad a su persona y sin violencias fanáticas. —Estébanez exageraba, en realidad Espartero se había limitado a firmar y estampar su sello en la carta manuscrita por su ayudante que el propio Estébanez dictó, pero el rostro de Vicén relampagueó, tal elogio de parte del héroe de Luchana era un premio desmedido a su humilde trabajo.

—Don Luis, hay algo que quiero decirle —interrumpió Salamanca—. Antes de que me detuviera la Guardia Civil en la ermita abandonada, me admiró la belleza del territorio. Lo he estado pensando mucho durante estos días y he decidido comprar una finca grande en ese lugar. Siempre he querido poseer una explotación agrícola y ganadera y va a ser aquí.

—Los Llanos de Albacete, así se llama esa comarca, riquísima en caza y sedienta de agua. Tiene razón, se trata de una llanura incomparable, con ese paisaje extraño y seco. Hay un montón de propiedades, muchas de ellas pequeños viñedos y trigales, pero también varias haciendas grandes. Supongo que algunos querrán vender.

—Pues yo cuento con usted para que se encargue de comprar en mi nombre, ya recibirá noticias mías. Ahora tendré que venir a Albacete con frecuencia, solo faltan unos meses para que empiecen a llegar los trenes.

Se despidieron de Vicén. Entre los andamios de la estación sin terminar, los recibió el ingeniero Elcoro, quien dispuso un tren para trasladarlos a Madrid, un tren para ellos dos solos. El viaje de vuelta fue muy distinto al de ida, aunque el fogonero fuera el mismo, al pobre lo detuvieron nada más llegar a Albacete la tarde del dieciocho de julio, allí lo esperaban hombres armados que lo obligaron a informarles del punto en que Salamanca había bajado del tren. Durmió esa noche en la cárcel como un delincuente, le robaron las monedas que acababa de recibir y lo soltaron al día siguiente. Al enterarse, Salamanca le repuso la recompensa, el doble de la primera

vez. Ahora el muchacho volvía a alimentar la caldera de la locomotora en su viaje a Madrid, esta vez conducida por un profesional.

—De modo que Espartero se ha portado como un señor —dijo Salamanca, amodorrado en su asiento por el vaivén suave del tren, que cruzaba la llanura violentada por el sol implacable. Estébanez se sentaba enfrente.

—Supo el objeto de mi visita por su ayudante de campo y me recibió a los tres días, a pesar de que no nos conocíamos. Estuvo muy amable, me aseguró que había hecho averiguaciones y no había absolutamente ningún cargo contra ti. Además, no olvida que fuisteis Pacheco y tú quienes le concedisteis la amnistía en cuanto llegasteis al gobierno, en el año cuarenta y siete.

—Iré mañana mismo a agradecérselo. ¿Cuál es la situación en realidad? En mi encierro solo escuchaba rumores.

—Espartero preside el Consejo y O'Donnell ha aceptado hacerse cargo de Guerra, aunque yo creo que tienen un pacto y será O'Donnell el que maneje los hilos desde un segundo plano. El duque de la Victoria me dio la impresión de estar de vuelta de todo, cansado, un hombre al que han metido en este berenjenal contra su voluntad. Ya no es ningún niño.

—No seas ingenuo, desconfía de las apariencias. Espartero es un zorro, le gusta el poder más que a Narváez. Lo lleva en la sangre y lo que de verdad querría es ser el rey. O el presidente de la República, tanto da —afirmó Salamanca—. Y qué me dices de la reina, ¿cómo lleva todo esto?

—Según parece, obediente, sumisa, dócil como un caniche. Sabe que el peligro no ha pasado, las constituyentes pueden proclamar la república. Tiene a casi todo el mundo en contra, pero cuenta con un aliado: el miedo a la anarquía. Y la falta de una figura prestigiosa en la Casa de Borbón que pudiera reemplazarla.

—Tengo ganas de trabajar, me he aburrido mortalmente estas semanas. —Salamanca cambió de asunto—. No me dejaban salir a la ciudad, solo podía pasear por el cuartel y leer. Me he tragado enteritos dos libros tuyos que me regaló Elcoro, escribes muy bien, Serafín, nunca te lo había dicho.

—A propósito de libros, tengo una gran noticia. Podemos comprar a la vez tres de los cuatro títulos que nos faltan para la colección del Donoso Escrutinio: *Florismarte de Hircania, El caballero de la Cruz* y, el mejor de todos, el *Amadís de Gaula*. Los he tenido en mis manos, tres ediciones maravillosas, anteriores al *Quijote*. El librero llevaba años detrás de ellos, y ahora los tiene.

—¡El *Amadís!* —exclamó Salamanca, la novedad le sacó de su modorra—. El ídolo de don Quijote, su talismán. Hijo ilegítimo de unos príncipes, según me contaste.

—De Perián de Gaula y Elisena de Bretaña —recordó Estébanez satisfecho, el trabajo paciente empezaba a ser recompensado—, lo encontraron recién nacido en una barca a la deriva en un río, como a Moisés. Una historia fascinante, he tenido en mis manos los cuatro volúmenes que componen la edición española de 1521, de Garci Ordóñez de Montalvo, él fue quien lo tradujo al español. Según cuenta Gayangos, que es quien más sabe de estas cosas, el autor del original fue un portugués llamado Vasco Lobeira.

—¿Y por qué no están ya esos libros en nuestras manos?

—Necesitaba tu permiso, el librero pide cien mil reales por los tres, una barbaridad. Quiere aprovecharse, conoce nuestro interés. Y solo los vende en bloque, o todos o ninguno.

—Con estos tres tan solo nos faltará uno para terminar la colección.

—*Tirante el Blanco*. Pero ese es otro cantar, los libreros aseguran que solo hay dos ejemplares en todo el mundo y nadie ha conseguido localizarlos. La pista de uno se perdió en Portugal, y del otro nadie sabe nada.

—Con que haya uno es suficiente. Será nuestro, Serafín, cualquier día. Compra esos tres mañana mismo.

—Tú verás. Por mí, encantado, ¡lo que voy a disfrutar con ellos en mis manos!

—Y yo viéndolos en mi librería cuando vuelva a amueblar la casa. —La imagen de su vivienda saqueada ensombreció su rostro—. Creo que está hecha una ruina.

—Una absoluta ruina, pero curiosamente los saqueadores no tocaron ni un libro, no les darían importancia. La colección del *Quijote* está intacta, como todos los demás. En cambio, no queda un cuadro. Ni un mueble.

El mayordomo los invitó a pasar al vagón restaurante y allí se instalaron. Tras la ventana, el monótono paisaje de La Mancha, país del propio Quijote. De horizontes imprecisos por la luz excesiva.

—¿Y qué es de los Muñoz? —Estaba insaciable de información, tenía que ponerse al día cuanto antes. Paladeaba un jerez, aunque aún saboreaba más el placer de vivir, tras un tiempo de tinieblas.

—Ese es el gran asunto. Nadie sabe qué hacer, los revolucionarios piden sus cabezas. En cierto modo, el precio por salvar a la reina viene a ser condenar a su madre. Pero Espartero no va a permitir que doña María Cristina vaya a la cárcel, porque eso supondría el aislamiento internacional de España. Parece que se está pensando en sacar de palacio, de madrugada y en el mayor sigilo, a toda la familia Muñoz. Con destino a Lisboa y escoltados, si viajan desprotegidos los pueden matar. Aunque tendrán que esperar a que los de la Milicia Nacional se cansen de hacer guardia alrededor de palacio, vigilan todas las puertas día y noche para que no escapen.

—No cambiamos —dijo Salamanca—, siempre es lo mismo. Echémosle a alguien la culpa de todo. Por la irresponsabilidad de la hija, que pague la madre.

Se levantó del asiento y abrió la ventana, pero el golpe del aire ardiente del exterior le hizo desistir.

Fue Isabel II, como de costumbre, quien presidió la sesión de apertura de las Cortes Constituyentes. El dilema monarquía o república tardó pocas semanas en ser resuelto. En favor de la monarquía una vez más, aunque fuera con el compromiso de la Corona de acatar la voluntad popular, un nuevo eufemismo. Los demócratas consiguieron muy pocos escaños en las elecciones, mientras que, a la hora de la verdad, los progresistas no quisieron saber nada de veleidades republicanas. Más vale malo conocido, venían a decir.

Decidido ese asunto, el Parlamento se enzarzó en las bizantinas discusiones de costumbre en torno a asuntos de imposible consenso en un país donde nadie daba su brazo a torcer: el papel de la Iglesia en la vida pública, el sufragio universal, masculino por supuesto, y la depuración de responsabilidades de la madre de la reina, una señora que ya residía en Francia.

Tras fogosas e interminables discusiones, las relaciones Iglesia-Estado vinieron a quedar más o menos como siempre, declaraciones retóricas aparte. En cuanto al sufragio universal para varones, también quedó para mejor ocasión, de modo que el número de españoles con derecho a voto seguiría ascendiendo a la asombrosa cifra de cuatrocientos mil en una población de más de cinco millones. Con respecto a los cargos de corrupción imputados a la reina madre, terminaron igualmente encallando tras meses de investigación, no pudo probarse prácticamente ninguno de los delitos que se le atribuían. No obstante, se le prohibió regresar a España, se suprimió la enorme pensión que tenía asignada y se le confiscaron todos los bienes que poseía en territorio nacional.

El Gobierno progresista de Espartero enseguida sepultó los delirios revolucionarios y eso dio alas a la actividad mercantil, de modo que Salamanca decidió que era momento para comprar terrenos. El futuro del ferrocarril se presentaba prometedor y, por vez primera en mucho tiempo, estaba sobrado de liquidez gracias a la venta del ferrocarril Madrid-Aranjuez y a la abundancia de crédito, ahora todos los bancos querían prestarle dinero. Todas esas circunstancias juntas le alentaron a dar los primeros pasos de un proyecto inmobiliario que, poco a poco, iba tomando forma en su cabeza. Convocó a su despacho a corredores y tratantes con el encargo de comprar sin prisas cuantas fincas se pusieran a tiro al norte del camino de Alcalá. Su primera

compra fue la huerta de Oñate, una granja colindante con su futuro palacio, que pensaba convertir algún día en un espléndido jardín, y poco después empezaron a materializarse nuevas adquisiciones, un día una parcela detrás de la plaza de toros, otro una pequeña granja junto al Prado nuevo, otro, un vertedero subastado por quiebra del propietario.

En marzo del cincuenta y cinco, llegó por fin el tren a Albacete. Un día grande e irrepetible en la pequeña ciudad, embriagada de gozo por la materialización de un sueño. Para proclamar su alegría, esa mañana la población amaneció engalanada con deslumbrantes arcos florales y también con los anticuados trajes de gala con olor a naftalina que las esposas de sus fuerzas vivas rescataron de hondos baúles. Muy temprano, los hijos más preclaros de la villa cerraron sus maletas y se apresuraron a mudarse a casa de algún pariente, pues tenían el honor de prestar sus casas, las mejores de la ciudad, a la pléyade de ilustres visitantes que durante unas horas la convertirían con su presencia en verdadera capital de la nación.

Invitados por la compañía ferroviaria, el Gobierno en pleno, una amplia representación del Senado y del Congreso y una plétora de autoridades escoltadas por nutridos séquitos, aunque también, ¡cómo impedirlo!, por un enjambre de inevitables gorrones, desembarcaron en los andenes de la flamante estación desde alguno de los cuatro trenes que llegaron de Madrid para inaugurar la nueva línea.

Salamanca volvió a dar rienda suelta a su irresistible vocación de convidar a todo el mundo en las efemérides que el destino le ponía por delante, que no eran pocas, y ofreció al casi millar de invitados, incluidas personalidades locales, un excelso banquete en un local cercano a la estación. En su discurso, el alcalde de Albacete, vibrante y ebrio de emoción por tener la Corte a tan solo nueve horas y media de cómodo viaje, «¡Se dice pronto, menos de una jornada para recorrer cincuenta leguas, o doscientos setenta y seis kilómetros si nos atenemos al moderno sistema de medidas!», hizo público, entre aplausos, un acuerdo unánime del Consistorio: bautizar la avenida que unía la calle Gaona con la nueva estación del ferrocarril como avenida de don José de Salamanca y Mayol.

A los postres, Salamanca, sentado entre Espartero y el alcalde, se excusó y se levantó de la mesa. Entre la multitud, había reconocido a alguien, se acercó a él y lo saludó con un abrazo a la vista de todo el mundo. La gente se preguntaba quién era el menudo caballero de barba pulida y humilde aspecto.

—Es compañero mío, miembro del consistorio municipal —informaba un concejal a quienes compartían mesa con él—. Se llama

don Luis Vicén y presidió la Junta Provincial durante la revolución.

Salamanca tomó del brazo a Vicén, lo llevó hasta la presidencia de la mesa y se lo presentó al presidente del Gobierno. Conmovido, el modesto revolucionario no fue capaz de pronunciar una sola palabra al estrechar la mano del duque de la Victoria, tan solo un balbuceo nerviosamente mascullado antes de regresar a su asiento.

Toda la villa de Albacete se esmeró aquella jornada en prodigar hospitalidad y calidez a sus ilustres visitantes, con ese provinciano derroche de entusiasmo que suele ser inversamente proporcional al rango del anfitrión.

Al día siguiente, sobre la mesa de un despacho de la estación, Vicén desparramaba una montaña de papeles y legajos.

—Esta es la escritura de compra de El Salobral, una hacienda de siete mil acres de plantío con muchos chopos y álamos negros, junto a las lomas, y esta otra, la del cortijo El Pozarro, tres mil doscientas fanegas de cereal que linda con la anterior, buenas tierras y con agua, por eso han costado tan caras.

Salamanca lo dejaba hablar, aunque en realidad casi no escuchaba, tenía tanta confianza en Vicén que apostaría un brazo a que no se había llevado un céntimo aparte de la comisión que él le había obligado a aceptar. El hombre describía el estado de cada finca, contaba los pormenores del trato, detallaba la cadena de legados o herencias que dieron la posesión a los actuales propietarios, explicaba el linaje más o menos albaceteño de cada uno de los vendedores, manoseaba documentos de propiedad, mostraba facturas inexcusablemente conformadas y numeradas, y se esforzaba por dibujar en la imaginación de sus oyentes el feraz paisaje oculto tras la ficción de papeles y cifras, las correrías de corzos y conejos, la delicada salud de los jóvenes pinos junto al arroyo seco de Pozarro o la cenicienta languidez del matorral en verano.

Varios otros nombres de fincas recién adquiridas para Salamanca se escucharon durante las dos horas y media que duró su exposición: La Bacariza, Casa de Don Pedro, Melegriz, Orán… Unas más grandes y otras más chicas, algunas alejadas de las demás, por lo que era imprescindible comprar las haciendas que estaban en medio, como la que llamaban Casa González o un cortijo con el nombre del rey sabio, Salomón. Al final de la charla, Vicén ya sudaba a pesar del frescor del día, y se metía el dedo índice entre el pescuezo y el almidonado cuello de la camisa que lo ahogaba.

—Don Matías, hágase cargo. —Obediente, el secretario de Salamanca procedió a agrupar los documentos por tamaño según su imprescriptible rutina, y a introducirlos en enormes carpetas de cuero repujado—. Lo felicito, don Luis, y le quedo muy agradecido una vez más. Mañana me acompañará usted a visitar todas esas fincas, pero

además quiero que empecemos a pensar en algo que le hará tanta ilusión como a mí. Vamos a restaurar bajo su dirección la ermita de la Virgen de los Llanos, esa ruina en la que pasé mi primera noche en Albacete.

A principios de junio, llegó el momento tan esperado, el gabinete de Espartero aprobó por fin la Ley de Ferrocarriles en la que llevaba trabajando casi un año, poniendo así coto al caos originado por la nube de empresas insolventes que habían proliferado como chinches gracias a las licencias provisionales. La nueva norma consideraba nulas todas las concesiones temporales otorgadas en el pasado por decreto si vencían sus plazos sin haber empezado las obras, la mayor parte en realidad. Las nuevas concesiones se otorgarían por noventa y nueve años mediante una ley expresa.

Los pasos a dar los tenía cuidadosamente pensados, hacía tiempo que deseaba regresar a París y esta era la oportunidad de hacerlo en circunstancias muy distintas a las del año cuarenta y ocho. Tenía que hablar con Rothschild y, de paso, volver a ver a tantos amigos que ahora vivían allí. Recapituló: la emperatriz Eugenia de Montijo y su madre, el duque de Riánsares y doña María Cristina, Salustiano Olózaga, actual embajador, Alexandre Dumas, Guy Stephan…, y varias damas de las que recordaba más sus ojos que sus nombres, previsoramente anotados junto a sus direcciones en una agendita de tapas doradas que custodiaba en su caja fuerte.

Fue un inolvidable viaje de cuatro semanas. Por las mañanas solía reunirse con Rothschild y su socio, *monsieur* Morny, frente a un mapa de la península ibérica pintarrajeado por trazos que unían distintas ciudades con tintas de diversos colores. Depositaban las humeantes tazas de té sobre estadillos de costes preparados por los ayudantes, estudiaban minuciosamente presupuestos, discutían informes de los abogados de la firma y se replegaban en calculados silencios a la hora de negociar condiciones o establecer plazos. Algunos días, el cochero de Rotschild lo acercaba a cierta oficina en la plaza Vendôme, sede de otra conocida casa de banca, donde se enfrentaba a las recelosas miradas de sus directores sentado ante una enorme mesa de caoba.

Las tardes las dedicaba a ver a sus amigos y a visitar a marchantes y anticuarios. Pensando en su futuro palacio, compró cuadros, libros viejos y muebles de todas clases, que facturó para Madrid. Un miércoles caluroso conoció al emperador Napoleón III, quien se incorporó un instante del sillón de su despacho a instancias de la emperatriz para ser presentado a su viejo amigo Salamanca. «Qué encanto Eugenia, en la plenitud de su vida y de su hermosura, cada día más dulce y seductora tras ese velo de melancolía». Un sábado fue

recibido para almorzar en La Malmaison, el palacete de las afueras donde ahora residían los duques de Riánsares. Encontró a doña María Cristina resentida y a Muñoz resignado, y a ambos sumidos en el peregrino convencimiento de que no tardarían en regresar a España. Otro día almorzó en la embajada con Olózaga, el viejo superviviente de mil naufragios que trataba de olvidar en el *glamour* de la capital del mundo su copioso caudal de sinsabores.

En cuanto a las noches…, como la Stephan estaba de gira por el Midi, probó suerte en otras direcciones anotadas en la agendita de tapas doradas. La vino a encontrar en un coqueto apartamento del Quartier Latin, donde entretenía su soledad una joven de antiguo linaje y talante bohemio. Una belleza que no tardó en rendirse, cautivada ante la seductora simpatía de Salamanca y, por qué no reconocerlo, ante el collar de doble vuelta que le regaló nada más verla. Junto a esta pantera de afiladas uñas, enriqueció su francés de ceceante acento y mejoró su concepto sobre la hospitalidad de los franceses.

Con la Ley de Ferrocarriles, la batalla por las nuevas concesiones tenía lugar en medio de un hervidero de rumores, lo que exigía un trajín de presupuestos y todo un juego de estrategias y especulaciones para tratar de adivinar los movimientos de los grupos rivales. El futuro de Salamanca en el negocio del ferrocarril iba a venir condicionado por la siguiente cadena de acontecimientos:

En julio del cincuenta y cinco, licitó por la línea Madrid-Toledo, al tiempo que se trabajaba en su oficina en la documentación para acudir al concurso de una línea mucho más importante, la Madrid-Zaragoza, primera parte de la que un día uniría a la capital del Reino con Cataluña y Francia.

Por esos días, se llevó una inesperada decepción. Contra toda lógica, no ganó el concurso del tramo Almansa-Alicante, el último que faltaba para enlazar Madrid con el mar. Un gravísimo tropiezo, pues cuando estuviese terminado convivirían dos empresas distintas en la misma línea: la suya, entre Madrid y Almansa, y la nueva concesionaria, entre Almansa y Alicante. Una fuente segura de conflictos, debía hacer algo para arreglar ese problema.

Ya en febrero del cincuenta y seis, tuvo lugar la subasta para la concesión de la línea Madrid-Zaragoza. Cinco empresas se presentaron: Crédito Mobiliario Español, el grupo Rothschild-Morny, don José de Salamanca, Ferrocarriles de Valencia y el grupo financiero francés Gran Central. La apertura de plicas dio el triunfo a los franceses de Gran Central, pero, curiosamente, solo dos de los grupos perdedores demostraron su contrariedad.

Meses más tarde, en junio de ese mismo año, se celebró en Alicante la Junta General de la sociedad concesionaria para el trayecto Almansa-Alicante, bajo la presidencia del gobernador de la provincia. Fueron muchos los sorprendidos al ver en la sala a Salamanca, el empresario que en su día perdió el concurso. ¿Qué hacía este hombre en la asamblea?, se preguntaban. Pronto salieron de dudas. Al leer el presidente la relación de accionistas según el libro de registro de la sociedad, escucharon que Salamanca era propietario de doce mil de las veintitrés mil acciones en que se dividía el capital social, ¡más de la mitad! Solo entonces se enteraron de que llevaba meses comprando discretamente sus participaciones a muchos pequeños propietarios, con una prima o sobreprecio. Justo hasta que alcanzó la mayoría del capital. De modo que ahora todos estaban en sus manos, era socio mayoritario y también el primer acreedor de la sociedad, puesto que una de sus sociedades construía el ferrocarril. Entonces se produjo el golpe de efecto que tenía preparado, tomó la palabra y, condescendiente, ofreció a los presentes comprarles la totalidad de sus acciones al mismo precio que pagaron por ellas. Todo el mundo aceptó. De esa asamblea salió como único propietario del ferrocarril Almansa-Alicante, tanto como decir desde Madrid hasta la costa mediterránea.

James Mayer Rothschild, Jakob para la familia, el menor de los cinco hijos del legendario banquero alemán Mayer Amschel Rothschild, se instaló en París muy joven; su padre asignó a cada uno de sus cinco hijos un territorio de Europa: Inglaterra, Austria, Alemania, Nápoles, a él le tocó Francia. Varias décadas después, parecía no haberlo hecho mal, por esos días era, según especulaciones, el hombre más rico del continente sin contar a las familias reales. Banquero de varios reyes, a quienes financió en los tiempos difíciles, supo recoger cosecha en las épocas de bonanza. En premio por su colaboración, el emperador de Austria lo nombró *Freiherr*, y Luis Felipe de Orleans le concedió la *Légion d'honneur* por parecidas razones. Con el actual emperador, Napoleón III, trataba de ganar influencia y equilibrar la mucha de que gozaba en palacio su principal competidor, Achille Fould. En cambio, cuando James era joven, Luis XVIII cometió la grosería de negarse a recibir en la Corte a su esposa, por no ser cristiana. El último Borbón francés tuvo tiempo para arrepentirse, Rothschild se negó a hacer un solo negocio con él durante su reinado, y bien que lo había necesitado.

Ahora, Rothschild estaba de visita en Madrid.

—*Monsieur Rothschild, soyez le bienvenu… Je suis ravie de vous connaître.* —María Buschental se apresuró a saludarlo, venía acompañado de Salamanca. La frente del financiero, extensa y

brillante como su propia historia personal, goteaba copiosamente, le había cogido desprevenido el rigor del agosto madrileño y este de 1856 parecía un castigo bíblico.

—*Enchanté, madame, vous avez une maison vraiment admirable. Ce Brueghel est formidable, une merveille.* —La casualidad, y el hecho de estar colgado en el lugar más visible de la sala, quiso que Rothschild fijara su atención en el mismo óleo que Dumas había elogiado años atrás en similares circunstancias.

«Un hombre de mirada oblicua, oscura pero atrayente, como una sinagoga», esa fue la primera impresión de María. «Y extremadamente educado, debe de tener más de sesenta años». Con mayor o menor disimulo, las miradas de los presentes convergían en él, al fin y al cabo era una celebridad en el mundo de las altas finanzas europeas y eso siempre otorga un plus de superioridad, empezar la partida con ventaja de salida aunque solo se trate de una pacífica reunión social. Además, era judío y, desde que los expulsaron de la Península en el siglo XV, se veían muy pocos en Madrid.

—Tengo entendido que viene usted de Aranjuez, de visitar a la reina. —Rothschild y Salamanca habían cumplimentado esa mañana a Isabel II y, después, se habían reunido con O'Donnell y su ministro de Hacienda, a ambos informaron de los acuerdos que acababan de firmar y de ciertos proyectos en ciernes.

—He tenido el honor de conocer a la reina Isabel, ¡una gran señora! —mintió James—. Y su palacio de Aranjuez no tiene nada que envidiar a Versalles —volvió a faltar a la verdad. Piadosamente, en beneficio de la cortesía.

—¿Es la primera vez que visita España, *monsieur* Rothschild?

—Así es, algo verdaderamente imperdonable. Mañana viajaré a Toledo para ver las pinturas del Greco, ese pintor genial del cual poseo dos cuadros, y el jueves iré al Teatro Real, me ha invitado muy amablemente el señor Salamanca a su palco.

Desde que murió Salomón, su hermano y suegro, James había asumido la dirección internacional del grupo financiero Rothschild a pesar de ser el más joven de los hermanos. En los últimos años, junto con su mujer, Betty, que también era su sobrina, dedicaba cada vez más tiempo al gratificante ejercicio de la filantropía. En su casa de la plaza de la Concordia, la misma en que había residido Talleyrand, recibía a la flor y nata de las artes y la intelectualidad del continente: Rossini, Balzac, Heine…, eran visitantes habituales. Un espléndido retrato de Betty Rothschild, obra de Ingres, presidía uno de sus salones, y Chopin había dedicado una de sus composiciones a su hija Carlota.

Salamanca se separó de ellos para saludar a don Juan Prim, el militar protagonista en casi todos los conflictos de los últimos

veinticinco años, no había guerra que mereciera tal nombre si él no participaba. Hacía poco había estado en Crimea y ahora recién regresaba del norte de África. Entre ambos episodios, hizo un hueco para casarse con una dama mexicana, a sus cuarenta y dos años.

—¡Don Juan, qué sorpresa! —exclamó Salamanca—. Creía que estaba usted en Melilla guerreando con los moros.

—¡Hombre, Salamanca! ¡Cuánto tiempo! —Prim lo saludó con verdadero afecto. Como tantos grandes hombres, su total dedicación a las altas misiones lo incapacitaba para prestar atención a las pequeñas y no era raro que se viera en dificultades para pagar las facturas domésticas. En un par de ocasiones, se había visto obligado a pedir pequeños préstamos a Salamanca, que este le había concedido sin más garantía que su palabra. Esa actitud generosa del empresario no la olvidaría nunca—. Ya hemos terminado ese trabajo, el Rif vuelve a estar tranquilo. Además, he cesado en la capitanía general de Granada y estoy en expectativa de destino, mañana me reuniré con O'Donnell para hablar de mi futuro.

—Espero que regrese usted también a la vida política. Ahora que ya no está Espartero, debe quedarse en Madrid, no podemos permitirnos el lujo de prescindir de un hombre como usted. —Todo el mundo conocía la pésima relación personal entre los dos generales más prestigiosos del progresismo, Prim y Espartero arrastraban su enemistad desde la primera guerra carlista. Tanto en tiempos de la Regencia como en su segunda etapa en el gobierno, la que acababa de concluir, el duque de la Victoria hizo todo lo posible por quitárselo de en medio.

—Soy un militar, Salamanca, mi sitio está junto a mis tropas. Pero sí que me preocupa el derrotero de la vida pública, termina un tiempo de progreso que nos trajo la revolución de Vicálvaro y temo un bandazo reaccionario, y eso no se puede consentir —afirmó el insigne soldado.

María Buschental se las ingenió para quedarse a solas con Salamanca reuniendo a Prim con Rothschild, así proporcionaba al general la oportunidad de practicar su francés.

—Bueno, ¿es que no me vas a contar lo que todo el mundo sabe ya? —preguntó ella de repente con mirada desafiante, rabiosa de curiosidad.

—¿Y para qué quieres que te lo cuente si ya lo sabes? —Salamanca sonreía sin apartar la mirada de aquellos ojos de agua, penetrantes pero impenetrables—. En cambio, te voy a referir algo que seguro que no sabes, he recibido carta de Montevideo, tu marido dice que te echa mucho de menos.

—¡Sinvergüenza! Pues bien que lo disimula, amancebado como está con esa Orfilia. ¿Sabes cómo la llaman en el Uruguay? «La del cuerpo

de culebra», debe de ser una buena serpiente. —La noticia la había perturbado, pero no tardó en recobrarse.

—Estoy esperando que tú me cuentes eso que has oído de mí —dijo él. La miró con curiosidad, y con deseo. Cada vez pensaba más en esta criatura adorable que solo parecía obedecer a su instinto, a ese instinto que se enmascaraba en el perfume de musgo… Cada día sentía con más fuerza la tentación de conseguirla y era más costoso el esfuerzo de reprimir esa tentación. Una difusa barrera lo alejaba de ella, una barrera imprecisa, quizás el recuerdo de su amigo José Buschental, ¿o tal vez el miedo al fracaso?

—¡Qué te voy a decir!, ¡pero si no se habla de otra cosa en Madrid! Que los franceses te han comprado el ferrocarril Madrid-Alicante, nada menos que por ciento treinta y cinco millones de reales, eso es lo que he oído. —Salamanca la dejaba hablar, quería averiguar hasta qué punto sabía—. Y que la operación se planeó en París, durante tu viaje del año pasado.

—¿Y qué más?

—Había un obstáculo, los franceses exigían la línea completa, desde Madrid hasta el mar, y tu habilidad para hacerte con el control del tramo que te faltaba, el de Almansa a Alicante. También sé lo del ferrocarril de Zaragoza, ese pacto secreto con los dos grupos franceses para presentaros por separado al concurso cuando en realidad había un acuerdo firmado entre las tres partes.

La miraba asombrado, casi todo era cierto. Y no era verdad que lo supiera todo el mundo, la negociación se había llevado en el mayor secreto. Solo estaba equivocada en un detalle, la venta se limitaba a la línea Aranjuez-Alicante, puesto que la de Madrid a Aranjuez pertenecía al Estado, aunque él poseía el derecho de explotación por muchos años.

—Rothschild debe de estar también contento —añadió María—, en otro caso no habría venido a Madrid en persona a firmar los papeles. ¿Se puede saber qué vas a hacer con tanto dinero?

—No es tanto, la mayor parte lo invierto en el capital de la nueva empresa que vamos a fundar: MZA (Madrid-Zaragoza-Alicante). Los tres socios, con partes iguales, los Rothschild, Gran Central y yo. El resto lo dedicaré a nuevos proyectos, me acaban de adjudicar el ferrocarril de Toledo, y hay muchas más cosas que quiero hacer.

—Terminar tu palacio, supongo.

—Sí, también voy a terminar mi nueva casa, ya se han reanudado las obras. Te va a encantar, Colomer está entusiasmado con ella. Habré de amueblarla, por eso estoy comprando muchos cuadros.

—¿Y no se te ha ocurrido retirarte ahora que eres verdaderamente rico?

No se esperaba una pregunta como esa. Tardó en responder.

—¿A los cuarenta y cinco años? ¿Y qué haría el resto de mi vida? Ya sabes lo que a mí me gusta: emprender, crear riqueza. No sé hacer otra cosa.

Esa fue su respuesta, pero esa respuesta estaba llena de vida propia y a su vez generaba nuevos interrogantes. Cuestiones como «Si un hombre lucha para ser rico, ¿qué debe hacer cuando ya lo es?»; o como estas otras, preguntas tal vez silvestres, surgidas de la simple naturaleza de las cosas: «¿Qué es ser rico?», o bien, «¿Cuáles son las cosas que motivan a un hombre rico, adónde dirige su caudal de energía?». No tenía respuestas sencillas para esas cuestiones, quizás no las había. De algo sí estaba seguro, si llamamos rico a alguien que ha conseguido reunir con esfuerzo mucho dinero, ese hombre, un caso verdaderamente singular, hay muy pocos así, no piensa como los demás, resulta imposible para los que no están en esa situación ponerse en su lugar. Él mismo, es verdad, podía ser considerado ahora un hombre rico, y jamás con anterioridad se había planteado la pregunta que le acababan de hacer. Tampoco creyó tener una respuesta mejor que la que acababa de dar.

María se encontró de pronto con el rostro de Rothschild, de charla con Prim, reflejado en el espejo ovalado junto al óleo de Brueghel. Ojos recelosos que ocultan un alma gris, eso veía ella ahora en sus facciones, ¿acaso no se llamaba también Jakob el que compró los derechos de primogenitura a su hermano mayor a cambio de un plato de lentejas?, alborotaba su imaginación, ¿el mismo que suplantó a ese hermano para recibir en su lugar la bendición del padre ciego y después subía una escalera para extasiarse con místicas imágenes de Yahvé? Su antipatía se iba transformando en hostilidad. «Este individuo es lo más opuesto al espíritu del romanticismo, la corriente de aire fresco que ha salvado de la perdición a este siglo materialista. Claro, por eso se ha convertido en un gran mecenas, como el arte y la belleza resbalan en su carácter impermeable, va y los compra, y los lleva a casa». En un alarde de malicia, María se figuró largas filas de poetas y músicos abarrotando los lujosos salones parisinos de Rothschild a cambio de un estipendio. Individuos así no deberían estar a la cabeza de Europa.

—Quieres ser como Rothschild, me parece —dijo de repente a Salamanca, golpeando con el abanico cerrado su pecho—. Pero te equivocas, tú eres mil veces mejor.

—¿Yo mejor que Rothschild? Por favor, ¡cómo puedes decir eso! —De nuevo le cogió por sorpresa el disparo, muy propio de María.

Con el trato frecuente durante el último año, Salamanca había llegado a admirar al banquero judío, lo había colocado en un pedestal. Lo consideraba un visionario, un maestro en las partidas del ajedrez de los grandes negocios, alguien capaz de transformar en energía

creadora el menor indicio de oportunidad. Fábricas textiles, flotas mercantes, ferrocarriles, inmensos viñedos, minas de mercurio y de cobre, factorías metalúrgicas, préstamos a gobiernos… No había un sector de la industria o un rincón del universo donde los Rothschild no estuvieran presentes. Se estaba construyendo un suntuoso castillo en Ferrières-en-Brie que prometía ser una de las mansiones más lujosas de Francia. Un día, Salamanca se dio cuenta de que, cuando James detectaba un negocio, le temblaba la aleta izquierda de la nariz, seguramente era el resorte de su intuición para poner en marcha el motor de la voluntad y, a partir de ese instante, se entregaba obsesivamente a la tarea de convertir la oportunidad en un triunfo. Así había ocurrido con la empresa que los acababa de convertir en socios, cuando observó el casi imperceptible temblorcillo de su nariz, estuvo seguro de que llegarían a un acuerdo.

Además, su nuevo socio era un hombre cultísimo, amigo y protector de tantos grandes artistas, y presidente de la institución creada para implantar universalmente el nuevo sistema de pesos y medidas, el Sistema Métrico Decimal.

Para Salamanca, Rothschild significaba Europa. Y Europa era su nueva meta.

Capítulo 5

If you can make one heap of all your winnings
And risk it on one turn of pitch-and-toss,
And lose, and start again at your beginnings
And never breathe a word about your loss.

RUDYARD KIPLING, *If…*

Si puedes amontonar lo que has ganado
y arriesgarlo todo a cara o cruz,
y perderlo, y empezar otra vez desde el principio
y no decir ni una palabra sobre tu pérdida.

Madrid, Vista Alegre, Los Llanos, Pésaro,
de febrero de 1863 a febrero de 1864

En los policromados frescos del techo de su despacho, las alegorías de las cuatro partes del globo, Europa, América, Asia y África, rodeaban al dios Mercurio, símbolo del comercio y encarnación de la riqueza y la prosperidad. No estaban allí por casualidad, eran un compendio de su propia biografía. Había pedido al arquitecto que las pintasen sobre su escritorio para tenerlas a la vista cada mañana. De los cuatro continentes, a Europa ya la tenía dominada: caminos de hierro construidos por él y líneas ferroviarias de su propiedad se esparcían a lo largo y ancho de su territorio, desde el Danubio hasta el Tajo y desde el Sena hasta el Tíber. Aunque todavía modesta, también en América estaba grabada su huella, como demostraba el inocente y conmovedor documento que colgaba en la pared de su izquierda en letras góticas de tinta negra: la declaración del Consistorio de la City of Salamanca aprobando el nuevo nombre del municipio en agradecimiento al hombre que les llevó el ferrocarril. Una ciudad ferroviaria del condado de Cattaraugus, en el estado de Nueva York, que el destino quiso situar junto a una reserva de indios iroqueses llamada nada menos que Seneca Nation of Indians, en un asombroso cruce de nombres de dos andaluces, José de Salamanca y Lucio Anneo Séneca, a más de mil leguas de su tierra. Algún día viajaría a esta nueva Salamanca que hasta hacía poco era un pueblo perdido, donde se presentó la fortuna el día en que la Atlantic and Great Western Railroad Company que él dirigía decidió establecer allí un nudo de su primera línea ferroviaria, la que unía la ciudad de Nueva York con la ciudad de Erie, junto al lago del mismo nombre.

Respecto a los otros dos continentes representados, África y Asia, el día menos pensado entrarían en su agenda de proyectos, al fin y al cabo, Argel o Estambul tampoco estaban tan lejos. Y qué decir de Mercurio, ¡difícilmente encontraría un alumno más aventajado! Tan aficionado al comercio como un fenicio, a la vista estaban las miles de leguas de ferrocarril construidas por él y sus tantas otras empresas.

Las ansiedades que le causaba su vida vertiginosa quedaban compensadas, con creces, por esa excitante tensión de los sentidos que se produce cuando se le exprime el jugo a la existencia. Desde que habitaba este palacio, hacía ya más de cuatro años, sus ojos no se cansaban de recibir la imperiosa explosión de belleza, más de doscientas obras maestras colgaban de sus paredes según el orden que impuso don José Madrazo. Cuadros de Velázquez como este *Retrato del*

cardenal Borja a la derecha de su escritorio, de Zurbarán y de Rafael, de Murillo, de Rubens y de Mantegna, de Ribera y del propio Madrazo, o tapices según cartones de Goya o Procaccini, hacían de aquella casa un santuario del arte. Deambular por el palacio o perderse por su centenar de habitaciones se había convertido para él en un hábito cuando trataba de recuperar el humor perdido.

Un lejano rumor de rezos lo animó a levantarse y dar un paseo mientras llegaba Estébanez Calderón. Atravesó la sala de *Júpiter y Juno en el Olimpo,* le gustaba designar a las habitaciones por las pinturas de sus techos, y el salón principal con sus tres balcones al jardín frontal. Se detuvo ante la puerta cerrada de la habitación de *Diana Cazadora,* la que solía usar su mujer como salita de estar. El rumor creció en intensidad, abrió la puerta con suavidad para no molestar y el murmullo se transformó en letanía, epílogo a los misterios del Gozo, cinco padrenuestros y cincuenta avemarías.

—*Virgo clemens.* —Petronila rezaba con la voz firme de quien domina el escenario. Sus manos se deslizaban por las oscuras y suaves cuentas de un rosario cuyo crucifijo de plata reposaba en el regazo. Estampada en el rostro, la sempiterna mueca de la resignación. Como cada mañana, había asistido a misa de ocho y esta era su hora del rosario, antes del *Angelus*. Tal vez por la tarde se animara a acudir a algún oficio en cualquier iglesia o convento. Para expiar los muchos pecados de los demás, aún más patentes en un día profano como este lunes de Carnaval.

—*Ora pro nobis* —respondió su hija María Josefa, sentada a su lado, reprimiendo las ganas de salir corriendo con sus dieciséis años a cuestas para reunirse con sus amigas. Había venido del internado a pasar unos días en casa, reclamada por una madre que no soportaba dejar de verla más de dos semanas seguidas.

—*Virgo fidelis*.

—*Ora pro nobis*.

Salamanca se acercó a uno de los balcones y descorrió el visillo. Abajo, empequeñecida entre los dos imponentes cedros del Líbano del jardín delantero, la fuente del Fauno alegraba la luminosa mañana de febrero. Los árboles ocultaban en parte el paseo de Recoletos, como ahora llamaban a la continuación del Prado.

—*Stella matutina.* —El Sol, la estrella de la mañana por excelencia, centelleó tembloroso al escuchar la invocación.

—*Ora pro nobis*.

Fijó los ojos en su mujer, que le apartó la mirada con un gesto indicativo de que no quería perder la concentración, ocupada como estaba en misiones de alcance celestial. La frágil Petronila, a quien seguía viendo como la niña que paseaba en berlina por la Alameda de Málaga, se refugiaba bajo el manto extenso y acogedor de la religión.

Incapaz de sobrellevar la muerte de su hermana Matilde, su confidente y protectora, ahora no le quedaba otro amparo terrenal que el suyo. Ella lo sabía y lo aceptaba, esa era la gran paradoja, verse obligada a cobijarse en un marido tan poco afecto a la causa de la Verdad y, por tanto, indefenso frente a las temibles acechanzas del Maligno. Otro poderoso motivo para rezar mucho.

—*Regina Virginum*.

—*Ora pro nobis*.

Salamanca acercó los labios al oído de su hija, le pidió que dijera a su madre que el tío Serafín llegaría en unos minutos, la besó en la frente y abandonó la sala.

La antigua huerta del conde de Oñate era hoy un delicioso jardín a espaldas del palacio que se extendía casi hasta la plaza de toros. Encajonado, eso sí, entre edificios destinados a negocios, a la derecha el Real Pósito de Madrid y muy cerca, a la izquierda, la nueva Casa de la Moneda, un modélico ejemplo de la arquitectura industrial de la época, pero una molestia a causa de sus cuatro chimeneas, que a ratos expulsaban los humos producidos por sus modernas máquinas de acuñación. De esta vecindad, tomó provecho el ingenio de los madrileños, murmuraban que el Gobierno edificó la Casa de la Moneda tan cerca de la residencia de don José de Salamanca para ver si así se contagiaba de su talento en el arte de hacer dinero, no en vano era el español que había acreditado más habilidad en ese menester en lo que iba de siglo.

A Salamanca le producía un extraño placer adentrarse en la espesura de la arboleda del jardín y en el laberinto de sus senderos, sentarse en alguno de los bancos ocultos tras los setos recortados, mojar los dedos en los vistosos chorritos de agua despedidos por fauces de mitológicas criaturas, ornato de las tres románticas fuentes de mármol traídas de Italia, o internarse en la Estufa, el enorme invernadero acristalado donde se cultivaban, gracias a la tibieza y humedad de su atmósfera, infinitas variedades de cálidas plantas y flores amables.

Se acercó a las cocheras, junto a la salida trasera de la casa, y se entretuvo en contar el número de carruajes estacionados: cuatro, los otros tres estaban fuera, al servicio de algunos amigos y de su hijo Fernando. En realidad, estaba allí para dejarse ver por Germán, su fiel cochero, quien se hizo el encontradizo y le entregó con discreción la nota que estaba esperando, cuidadosamente plegada. Leyó tan solo la respuesta del reverso, el resto lo había escrito él mismo: «De acuerdo», decía. Y era suficiente.

—A las nueve debe usted recoger a la señora De Castro y llevarla a

la casa de Cuchilleros.

Había cambiado de nido, ahora usaba un piso más moderno y elegante que el de Concepción Jerónima. Llegó a pensar en servirse del palacio de Vista Alegre, casi siempre vacío, pero estaba demasiado lejos. La cita de esa noche tenía un nombre, Eloísa, una mujer casada, eso exigía redoblar la discreción; mantener en secreto sus romances era garantía para disfrutar de otros en el futuro.

—¡Ah, se me olvidaba, Germán! Hoy comeré en Lhardy, tenga dispuesto un coche descubierto para la una y media. Después del almuerzo, daremos un paseo por la Fuente de la Castellana, quiero ver los disfraces del Carnaval. —En ese momento le interrumpió un criado anunciando que acababa de llegar don Serafín Estébanez Calderón.

—Llévelo a la biblioteca y dígale que voy enseguida.

De regreso, se recreó una vez más en la soberbia belleza del edificio. En cada una de sus cuatro fachadas, prácticamente iguales entre sí, se alineaban nueve balcones divididos en tres paños iguales, y eso en las dos plantas. Colomer, el arquitecto, había utilizado el orden toscano en la planta baja. En cambio, en la principal usó el corintio para realzar su importancia, con medias columnas delimitando los huecos de los balcones y molduras y cornisas más elaboradas. En el centro del edificio construyó un patio interior con tragaluz en el tejado, también cuadrado, una invitación a los rayos del sol para entrar en la casa sin avisar y regar de luz las habitaciones interiores.

La envidia de los palacios de Madrid, el más fastuoso excluyendo el Real. Desde que lo inauguró, parecía haberse desatado en la ciudad una competición de palacios, algunos en las inmediaciones, como el que estaba levantando el duque de Sesto en la esquina de Alcalá con el Prado. Entre la gente de dinero se puso de moda viajar a París y regresar con el boceto de alguna mansión para dársela a un arquitecto, con el encargo de que su futura residencia fuera más lujosa que la de Salamanca. Como niños celosos.

Amante de las cosas tangibles quizás tanto como de las emociones, Salamanca le estaba muy agradecido a aquella casa. Aunque despreciaba las supersticiones, debía reconocer que desde que vivía en ella todo le había ido bien. Por si eso fuera poco, aquellos salones fueron testigos del mayor de sus triunfos, la fiesta de inauguración. Fue una noche de invierno, una de las últimas del cincuenta y ocho. El Gobierno de la Unión Liberal, recién llegado al poder, quiso estúpidamente interpretar aquel banquete como un desafío del partido moderado porque gran parte de sus dirigentes figuraban en la lista de invitados. Durante semanas, la prensa unionista dedicó sus páginas a denunciar la supuesta conjura del moderantismo que tendría lugar en el nuevo palacio de Salamanca, pero lo que consiguieron fue dar mayor realce a la celebración, nadie quiso perdérsela. Esa publicidad y

la fastuosidad de la casa y del banquete convirtieron una pacífica reunión de amigos en un acontecimiento nacional. Del que, por cierto, todavía se escuchaban los ecos, cuatro años después.

Cruzó el patio interior y entró en la biblioteca, una habitación con estanterías de maderas oscuras de suelo a techo repletas de libros. Hojeando alguno de ellos se encontraba Estébanez Calderón.

—Hoy almorzaremos en Lhardy con Córdova, acaba de llegar de Roma. Tenemos algo que celebrar, ¡adivina! —dijo Salamanca al saludarlo.

Estébanez, escritor al fin y, como tal, un profesional de la observación y un devoto de la suspicacia, se puso en guardia; su cuñado no era hombre dado a las adivinanzas. Al Estébanez de los últimos años, viejo, viudo y achacoso, se le había avinagrado un poco el carácter y le incomodaban los misterios.

—No sé. Tal vez te han adjudicado el tren de Ankara a Teherán, de ti me espero cualquier cosa.

Salamanca se acercó a una de las estanterías, cogió un libro envuelto en fieltro verde y lo puso en sus manos.

—Hemos tardado casi veinte años, pero siempre te dije que lo conseguiríamos.

—*¡Tirante el Blanco!* ¡No lo puedo creer, después de tanto tiempo! —Las manos del escritor empezaron a temblar, conscientes de que sujetaban algo muy valioso, una verdadera joya. El libro estaba impreso en Valencia en 1490, un siglo antes que el *Quijote,* firmado por Juan Martorell. Su título completo ocupaba tres líneas, tan largo era, y al héroe del relato se le conocía en su lengua original como *Tirant lo Blanc,* hijo del señor de la Marca de Tirania y de una dama llamada Blanca.

—¿Qué te parece, hombre de poca fe? Nunca creíste que lo conseguiríamos.

—Es verdad, lo tenía por imposible. Todavía no me lo creo del todo. —Mientras las iba pasando, sus trémulos dedos acariciaban las frágiles páginas en color sepia.

—Está escrito en valenciano —dijo Salamanca.

—Don Diego Clemencín —discrepó Estébanez—, máxima autoridad en materia del *Quijote,* la llama lengua lemosina, la propia de la región de Limoges, ¡vete a saber! Estoy deseando que me cuentes su historia, no me habías dicho nada.

—Hay poco que decir, aquí está. Ya puedo presumir de tener la colección completa.

—No me irás a decir que fuiste ayer al Rastro y te lo ofrecieron en la primera tienda de libros con la que tropezaste.

Salamanca parecía receloso, reacio a hablar. Finalmente, se creyó obligado hacerlo, tratándose de Estébanez.

—Como sabes, estamos construyendo dos líneas de ferrocarril en Portugal, Lisboa-Oporto y Badajoz-Lisboa. En mi último viaje, invité a cenar en el palacio de Mitra, mi casa de Lisboa, a un grupo de autoridades portuguesas, trataba de apaciguar una relación plagada de contratiempos, como es frecuente entre constructor y cliente. Esa noche conocí a un hombre muy culto, sus conocimientos de arte me impresionaron. Habló de su afición a coleccionar cuadros y libros viejos y, en vista de mi interés, me invitó a su casa, una mansión en el centro de la ciudad. Días más tarde, cenaba allí con él y otras personas y, tras los postres, me enseñó sus colecciones. La de cuadros es notable, pero sus libros de valor son escasos. De repente, tomó un ejemplar de la estantería y dijo: «Este es el orgullo de mi colección», y me enseñó el ejemplar que tienes en tus manos. *«Tirante el blanco* —afirmó con orgullo—, el famoso libro de caballerías que tanto gustaba a Cervantes, le puedo asegurar que es el único ejemplar de la edición original que hay en el mundo». Aunque yo sabía que existe otro, nada le dije, y nada hubiera podido decir en cualquier caso porque me puse tan nervioso que perdí la voz. Mientras me enseñaba sus cuadros, que nada me interesaban, no podía pensar en otra cosa. No sabiendo cómo tratar el asunto, antes de despedirme le pregunté si estaría dispuesto a venderme un retrato de Van Dyck que me había llamado la atención. Solo intentaba tantearlo, pero respondió secamente que él nunca vendía, solo compraba, de modo que abandoné aquella casa sin mencionar a *Tirante el Blanco*.

»Pero ya lo tenía localizado. Durante el resto de mi estancia en Portugal, no dejé de pensar en cómo afrontar la compra, pero el miedo al fracaso me paralizaba. Era algo demasiado importante para arriesgarme a perderlo para siempre, así que volví a Madrid sin haber resuelto el dilema aunque sin dejar de pensar en ello. Una tarde, me presenté en la tienda de un librero a quien conoces, cuyo nombre tampoco mencionaré, le dije que había localizado el libro y le propuse un trato: «Si acepta usted, en este momento le entregaré cincuenta mil reales a cuenta; recibirá otros cien mil cuando me lo entregue. Cómo lo consiga es cosa suya». Ha tardado exactamente dos meses en obtenerlo, me lo trajo ayer. Y ahora es mío.

Estébanez Calderón se quedó pensativo pero no hizo más preguntas, no siempre hay que saberlo todo. Con un pañuelo se limpió las yemas de los dedos, manchados de polvo de *Tirante el Blanco*.

Dejó a Estébanez con Petronila y subió al despacho, allí lo esperaba don Pedro Miranda, el jefe de sus ingenieros. Últimamente iba poco por la oficina, hacía venir a sus colaboradores a despachar en casa.

—La diputación de Navarra ha perdido la esperanza —informó el

ingeniero—, el ministerio ha rechazado su recurso y ya no quieren seguir. Me han pedido que cancelemos el proyecto definitivamente.

Hablaba de su reciente viaje a Pamplona, el enconado conflicto del ferrocarril de los Alduides acababa de terminar en fracaso. Un asunto viejo que se había ido agriando con el tiempo, el de la línea que uniría España con Francia. Durante años compitieron dos trayectos, defendidos cada uno por las autoridades de las ciudades y provincias interesadas. Uno, el que enlazaría Madrid con Irún, el otro proyectaba unir Zaragoza con Pamplona y continuar hasta Francia a través del valle de los Alduides, en los Pirineos. Con los defensores del segundo proyecto se había alineado Salamanca en razón de su propio interés, como accionista principal de la compañía MZA, propietaria de la línea Madrid-Zaragoza ya existente. La guerra entre los dos grupos de intereses fue ardua, larga y sin cuartel. Ganaron la batalla los de Irún, pero las autoridades navarras y Salamanca decidieron seguir adelante con su proyecto contra viento y marea. En realidad, las palabras de Miranda solo suponían aceptar que se había decidido enterrar un cadáver, de modo que cambió de asunto.

—¿Sabe algo de Brockmann? —preguntó de repente.

—¡Brockmann! Pues no, desde que dejó de trabajar con nosotros no he sabido nada de él —respondió Miranda—. Una lástima, es el mejor ingeniero que conozco. Tal vez un poco visionario.

¡Y tan visionario!, como que ideó un ingenio para unir por tren Inglaterra con Francia. Le parecía estar oyéndolo, haría dos años, exponiendo su proyecto enloquecido. «Hay una zona del canal de la Mancha de escasa profundidad, nunca más de cincuenta metros, esa es la que tenemos que utilizar aunque la distancia entre las dos costas no sea la más corta. Ahí instalaremos la vía, en el fondo del mar, las modernas técnicas de inmersión lo hacen posible. Al mismo tiempo construimos una gran estructura de soporte que se desplazará por esa vía mediante grandes turbinas, tan alta que emergerá a la superficie. Y encima de esa torre viajará el tren por encima del mar, como si navegara en un barco». ¿Cómo pudo prestar oídos a tal desatino? Un mastodonte de hierro que se desliza por una vía submarina y transporta en la cresta a los trenes con sus viajeros dentro. Pero lo hizo, se contagió de su entusiasmo, nada anormal por cierto, dejarse atrapar por sueños imposibles propios o ajenos. Creyó en Brockmann y en su plan extravagante, pensó que ambos serían los autores de una obra prodigiosa que asombraría al mundo… y fue a contárselo al emperador de Francia.

Napoleón III lo escuchó, se asombró, dudó y, finalmente, le pidió un proyecto detallado para presentarlo a su Gobierno. Brockmann solicitó ayuda para preparar ese estudio y él contrató a otro genio de la ingeniería, a don José de Echegaray. Los dos sabios se confinaron en

una clausura de diez días y salieron de ella abatidos, los cálculos no cuadraban, había múltiples incertidumbres, el éxito era improbable. Pero él no quiso aceptarlo, los animó, los confundió más todavía y les pidió que redactaran un documento. Ellos se vieron obligados a hacerlo, un escrito lleno de condicionales, de voluntarismo, de vaguedades, que él entregó al emperador y este a su Gobierno, y ese Gobierno no tardó más de dos semanas en archivarlo con una cortés excusa.

La decepción por el ridículo le produjo una enorme irritación, a él, siempre tan sereno, y la pagó con Brockmann, que poco más tarde dejaba de trabajar para sus empresas. De aquello le quedaba un recuerdo desagradable y cierta dosis de mala conciencia, por su comportamiento injusto con un hombre honesto.

—Es verdad, yo también creo que sería el mejor ingeniero si no existiera usted; si algún día se lo encuentra, dígaselo de mi parte. —Miranda escuchaba en silencio, en su día se opuso al proyecto del canal de la Mancha—. Ser un poco visionario no está mal, don Pedro, al contrario. Pero en su justa medida. «En su justa medida, otra frase vacía —se dijo nada más pronunciarla—, ¿y dónde diablos se encuentra ese punto justo?».

A esa altura del siglo, Europa vivía la explosión del ferrocarril, en el continente se conformaba una tupida red de vías férreas que, sumando la longitud de todas sus ramificaciones, alcanzaba cifras colosales, aunque de configuración tan anárquica como la malla de una araña laboriosa que tejiera hilos de hierro.

De ese proceso creativo era él uno de los principales protagonistas, como certificaban los innumerables recuerdos de sus obras que adornaban el despacho: óleos con imágenes de estaciones en ambas riberas del Danubio, la maqueta de una encrucijada de vías que resolvió una problemática configuración del terreno en el norte de Francia, medallones y diplomas de municipios de la Beira y del Alentejo, obsequios de alcaldes agradecidos por haber llevado el tren a sus pueblos, una pecera con agua del Tíber bendecida por el cardenal camarlengo, aunque sin peces, incapaces de sobrellevar la melancolía por el destierro de la Ciudad Eterna, o una bellísima miniatura con un paisaje de Caserta regalo de don Fernando de Borbón, penúltimo rey de Nápoles, que últimamente yacía medio escondida entre un montón de objetos al fondo de una vitrina, no fuera que algún día se presentaran en su despacho Garibaldi o el propio Víctor Manuel de Saboya.

En cierto modo, la riqueza que había contribuido a crear se hallaba allí presente, en estos símbolos que decoraban su despacho. En proporción infinitamente superior, esa riqueza se hacía realidad cada mañana en forma de bienestar para millones, porque ya eran millones,

de ciudadanos europeos que antes viajaban en mulas y ahora en sus ferrocarriles. A diferencia de la energía, reflexionaba, que ni se crea ni se destruye, solo se transforma, en los últimos años la riqueza no hacía más que aumentar por todas partes, hasta en España. «¡Bien es verdad que es este un concepto difícil de medir!».

Difícil de medir, en efecto. Se preguntó si se podría considerar el placer una forma de riqueza. Cuestión excitante. A primera vista parecía claro que sí, pues todo placer tiene un precio aunque a veces sea difícil de precisar. Se detuvo un instante en esta especulación y comprobó que era la entrada a un laberinto. «Es incuestionable —pensó muy en serio— que tanto el placer de emocionarse con Rossini una noche en el Teatro Real como el de gozar unas horas con la señora De Castro constituyen riqueza para quien lo disfruta y su precio viene fijado por el libre juego de oferta y demanda: en el primer caso, el precio de la entrada, y en el segundo, la enésima parte del coste de un collar de perlas. Pero no todos los casos son tan simples, por ejemplo: ¿tiene menos valor en el haber del producto social, que es la suma de los productos individuales, la satisfacción de un hambriento al comerse un insípido plato de garbanzos que la ingesta de unas costosas huevas de esturión por el duque de Medinaceli, hastiado tras un copioso banquete?». No encontró respuesta, debía de estar escondida en algún recodo de ese laberinto.

La presencia de Miranda le hizo regresar a tierra, al mundo familiar de los caminos de hierro.

—¡Qué estupidez lo de los distintos anchos de vía!, ¿verdad, don Pedro? —dijo, tal vez para romper el silencio, al venir a su cabeza tan irritante ofensa a la inteligencia—, ¿no es un verdadero despropósito? Que algún ignorante con título de doctor pudiera convencer al Gobierno de que con una vía más ancha que la europea los trenes serían más estables… Y luego lo de Portugal, cuyo Gobierno no quiso aplicar el ancho europeo pero tampoco el español, sino uno propio. Ahí tiene el resultado, al llegar a cada frontera hay que cambiar de tren.

—Eso pasa porque decisiones para toda la vida las toman personas que están de paso, de ordinario unos caballeros llamados ministros —asintió Miranda.

Salamanca cambió de tema, había otro asunto de interés en el que deseaba involucrar a Miranda.

—Don Pedro, por increíble que parezca, falta muy poco para que mi hijo Fernando termine sus estudios y se convierta en ingeniero de caminos. —Una gota de pesadumbre humedeció sus palabras. Un hecho tan inocente descubría una dolorosa realidad, la evidencia de que gran parte de nuestra ración de tiempo ha sido ya consumida, el que viene será ya el tiempo de nuestros hijos—. Mirémoslo por el lado

bueno, estoy deseando que me ayude. Le agradeceré mucho que, al principio, lo tenga a su lado, como una sombra. Es buen observador, así que con eso será suficiente.

Don Pedro Miranda volvió a asentir, circulaba por la vida pisando con suelas de fieltro, para que no se le oyera.

El general Fernández de Córdova presumía de haber sido el más breve de los presidentes del Consejo de Ministros en la historia de la nación, pero esa presunción pecaba de inmodesta, el privilegio lo ostentaba en realidad el conde de Cleonard, el titular del famoso ministerio relámpago, que ocupó la poltrona veinticuatro horas, tres o cuatro menos que él. Aunque el virus de la política seguía contaminando sus venas, Córdova se había transformado en un hombre de negocios, Salamanca pudo al fin corresponder a su generosidad para con él y lo nombró administrador general de sus ferrocarriles italianos. Ese puesto, en el que había demostrado gran capacidad, llevaba aparejada la ventaja de vivir en Roma y, sobre todo, el privilegio de poder conversar de vez en cuando con el Sumo Pontífice, con quien había labrado una bonita amistad.

—Pío IX lo está pasando mal. —Córdova abusaba del estilo solemne, una secuela de la retórica parlamentaria en sus tiempos de diputado —. Sufre en silencio al ver los dominios pontificios reducidos a una sola ciudad, aunque esta sea nada menos que Roma. El siglo está maltratando a este gran pontífice.

«¡El siglo!, ya salió una de esas grandes palabras que sirven para todo», se dijo Salamanca; él, en cambio, creía que el decimonoveno de la era cristiana estaba siendo un gran siglo. Colmado, eso sí, de sobresaltos, ¡qué le vamos a hacer!, pero, si se miraba hacia atrás treinta años tan solo, los avances daban vértigo.

—La cuestión es más bien para qué necesita el papa dominio terrenal alguno y no se contenta con el vastísimo y proceloso territorio de las almas —ironizó Estébanez Calderón—. Por cierto, muchas de las de sus fieles están enmohecidas.

—Reconocerá usted, Fernando, que hasta las naciones más católicas se pronuncian ya contra el poder temporal del papa —intervino Salamanca—. Recuerde lo que pasó cuando traté de mediar entre Pío IX y Napoleón III, Francia solo se comprometía a apoyar al pontífice si secularizaba su gobierno con instituciones y leyes liberales.

Un buen enredo en el que se había metido en los días álgidos de la revolución italiana, con Roma amenazada por los piamonteses. Siempre que se inmiscuía en política terminaba arrepintiéndose, pero fue incapaz de negarse a la petición de Pío IX, que conocía su amistad con Eugenia de Montijo. Bastante bien habían acabado las cosas

después de todo.

El restaurante empezó a llenarse cuando ellos ya estaban en el segundo plato, nunca entendió por qué en España se comía tan tarde, él prefería los horarios europeos. Muchos se acercaban a saludarlos antes de ocupar sus mesas impidiéndoles hincar el tenedor en el faisán horneado por Lhardy: Carriquirri, el marqués de Santiago o Gómez de Aróstegui, el agente de cambios. El último fue Antonio Cánovas del Castillo, un tanto envanecido tras su estela de rutilante estrella del partido moderado, quien tras los saludos fue a sentarse en la mesa de don Alejandro Mon, que lo esperaba.

—Conspiran, no os quepa duda, aunque no sabría decir contra quién —afirmó Estébanez, pariente del joven Cánovas—. La cosa está que arde, Mon ha dejado la embajada en París, y a ese puesto no se renuncia porque sí. En cuanto a mi sobrino, le gusta picotear en todos los platos. Nadie sabe a qué juega la reina, da la impresión de que ha echado a pelear a O'Donnell con Prim, hasta ahora tan amigos. Y las Cortes, cerradas, ¡aquí puede pasar cualquier cosa!

También Lhardy acudió a cumplimentar a sus huéspedes y Salamanca lo felicitó una vez más.

—Siempre que almuerzo aquí encuentro el restaurante a rebosar.

—Es por el Carnaval, la gente acude ahora porque vienen semanas de abstinencia y quieren que les coja con el estómago lleno —dijo el cocinero con humor. Pero no era verdad, llenaba su restaurante a diario, era incomprensible que nadie se atreviera a abrir establecimientos similares para competir con él. Lhardy les dejó, se retiró para continuar sus saludos a unos y otros.

—La semana que viene me voy a mi finca de Los Llanos a pasar unos días, ¿por qué no se viene conmigo? Usted es buen cazador. —Córdova quedó confundido ante la invitación de Salamanca. Efectivamente, le gustaba cazar, y había escuchado maravillas de la grandiosidad de esa finca. Pero había razones poderosas que lo hacían imposible y no deseaba hacer públicas, la situación política era diabólicamente enrevesada, Estébanez tenía razón. El partido moderado, del que era una de las figuras más relevantes, debía estar unido y alerta. Era inexcusable permanecer en Madrid.

—Sería un placer, pero es imposible, mi mujer no se encuentra bien y tengo que ocuparme de ella. Tendremos que dejarlo para otra ocasión.

Cánovas empezaba con el caldo cuando ellos terminaron de almorzar. Al salir de Lhardy, se separaron.

«La gente necesita evadirse, huir de la fealdad de la vida cotidiana, esa es la única razón del Carnaval», acababa de afirmar Córdova al

despedirse, sorprendido al saber que acostumbraba pasear entre la muchedumbre que se congregaba en el camino de la Castellana a celebrar las carnestolendas. Pero Salamanca no estaba tan seguro, «No es necesidad de evasión —se dijo—, tal vez esa sea la causa de otras fiestas, el Carnaval es pura transgresión».

Ese vagabundeo anual entre enmascarados era una especie de tradición, una de esas rutinas cuya verdadera razón se ignora. En un cierto punto del recorrido, donde empezaban los teatros populares, bajó del coche y se confundió con el gentío. A uno y otro lado del camino, en improvisados escenarios, grupos de espontáneos comediantes representaban a voz en grito sainetes picantes o farsas inéditas compuestas por ellos mismos, ante un público efímero.

Entre empujones, continuó su paseo. Casi todo el mundo andaba disfrazado, las más de las veces solo con un antifaz de fantasía con forma de mariposa, o de gato, o de murciélago, negro o multicolor, de seda bordada o de cartón, con destellante pedrería o tan liso como el apagado azul del cielo. En otros casos, vestidos de arlequín, de bufón, de torero, de demonio o de clérigo, los más abundantes y en su extensa escala jerárquica, desde monaguillo hasta sumo pontífice, y ellas de manolas o de condesas, de monjas o de sopranos. Los pocos que, como él, paseaban con el rostro descubierto, llamaban la atención y se convertían en objeto de burlas más o menos zafias.

En el trasfondo de la fiesta estaba lo carnal, tras ese juego de ambigüedad con los diversos significados de la palabra. «No es ya comer carne, sino palparla», se dijo. Al amparo de la impunidad que otorga el anonimato, las parejas desaparecían furtivamente entre risas, los talles entrelazados, en busca de algún matorral. Busconas o meretrices se abanicaban solitarias, provocadoras, con el subliminal mensaje de un irresistible sofoco interior que exigía ser apaciguado.

«Se trata de transgredir, no hay duda, durante unos días se impone la conciencia de que hay permiso para vulnerar la norma. Esta anciana furiosa que me acaba de gritar a la cara, ¡me ha llamado fantoche, a mí precisamente, que visto un traje impecable!, no se atreverá a hacerlo pasado mañana, Miércoles de Ceniza».

Licencia para quebrantar las reglas, sí, pero hasta cierto punto, no había más que observar el exagerado número de alguaciles y guardias que paseaban, en apariencia con el aire indolente del que se encuentra de permiso, pero en realidad prestos a intervenir en cuanto alguien se desmandara. Y se desmandaban muchos. Pasó al lado de un grupito de jóvenes que manteaban un pintarrajeado muñeco de trapo con una colcha deshilachada, como en el tapiz de Goya llamado *El Pelele*. Una idílica y sosegada estampa, pero engañosa, con frecuencia los grupos de manteadores sustituían al muñeco por un transeúnte desprevenido al que hacían volar por los aires.

En otros ámbitos, pero con idéntica intención, se desarrollaba el Carnaval cortesano, el que tenía lugar en salones de lujosas viviendas, bailes de disfraces bajo el signo de la desinhibición. Algo que se aceptaba durante esas fechas a título de excepción, ya dice el refrán que una vez al año no hace daño. A diferencia de este ambiente popular, ese otro Carnaval no le atraía y rara vez aceptaba las invitaciones a sus fiestas, le parecían artificiosas, un pobre remedo de las que se celebraban en Venecia.

La multitud empezó a apretujarse, había que hacer sitio para el concurso de carrozas. Creyó llegado el momento de irse, no le interesaba esa competición, regresó al lugar donde le esperaba el coche y subió.

—A casa, Germán —ordenó—, que empieza a refrescar.

En su regreso, se cruzó con los coches engalanados que hacían fila para participar en el desfile, pero, a medida que se alejaba de la Castellana, la ciudad recuperaba su carácter pacífico. Al llegar a Recoletos, el cochero embridó los caballos, el vehículo rectificó la marcha y encaró su palacio, resplandeciente por el sol de poniente que se infiltraba entre los cedros. Por un instante, le cegaron los destellos de la verja metálica que se alzaba a ambos lados del pórtico de la entrada, con sus erguidas columnas sujetando el barroco frontón triangular. Esa ceguera fugaz sucedió justo en el momento en que el coche se detuvo y el cochero descendió para abrir la puerta, por eso no pudo ver a la mujer que lo estaba esperando hasta que la tuvo a su lado, subida en el estribo. Paralizado por la sorpresa, se enfrentó a un rostro moreno oculto por un antifaz, una melena negra desparramada y unos brillantes ojos oscuros tras los orificios de la máscara. También escuchó una voz quebrada, casi un sollozo.

—Tómala, es tan tuya como mía.

No dijo más, la mujer elevó un bulto por encima de la portezuela del coche, que fue a colocar suavemente sobre sus piernas. Y salió corriendo.

Incapaz de reaccionar, la vio alejarse con la falda arremangada, a toda velocidad, hasta perderse al doblar la esquina del Pósito. Miró hacia su regazo y contempló el bulto que acababa de recibir, apenas pesaba y venía envuelto en una manta gris. Enseguida lo entendió todo, y ya incluso antes de moverse sintió una punzada de remordimiento, de desazón. Abrió el envoltorio sabiendo lo que iba a encontrar, debajo de la manta apareció un arrullo de lana rosa que rodeaba algo que se movía en su interior. Con mucho cuidado, desenrolló la toca y apareció el rostro de una criatura que lo miraba, aunque no pudiera reconocerlo. No debía de tener más de unos días,

aún eran visibles las secuelas del parto en las manchas rojas de la cara. Era una niña, su hija.

Permaneció inmóvil una fracción de tiempo imposible de determinar, porque en realidad era como si no estuviera allí, sino quizás merodeando por los territorios del limbo, con la mente en blanco y un monótono eco en su interior: «Tómala, es tan tuya como mía». El limbo es ese lugar adonde van las criaturas que mueren sin bautismo, luego él debía de estar en otro sitio, porque esta que tenía en sus brazos estaba llena de vida. Una voz le recordó dónde se encontraba.

—¡Don José! ¿Quiere que vaya tras ella? —Era Germán, debía de haber visto a la mujer que huía.

—¡No! Cierre de nuevo la puerta de la casa y suba enseguida al coche, vamos a dar un paseo —respondió, necesitaba tiempo para pensar.

El coche tomó el camino de Alcalá, solitario, estaba anocheciendo y cada vez hacía más frío, por lo que tapó a la niña lo mejor que supo dejando al descubierto apenas una parte de su rostro. Parecía una personita tranquila, movía los ojos pausadamente y tenía una expresión apacible, debía de estar bien alimentada. Comparó esos ojitos velados por una nube blancuzca en la retina con los otros que acababan de mirarlo desde el fondo de un antifaz, pero fue incapaz de encontrarles parecido. Sabía perfectamente a quién pertenecían aquellos ojos ocultos, no tenía la menor duda.

«¡Estrella!, seguro que es Estrella, aunque su apellido no lo recuerdo. Una gitana guapísima, menuda, con el pelo negro hasta la cintura. ¿Cuándo dejé de verla, en julio? No, fue a mediados de junio, cuando me fui a Lisboa; al volver conocí a Teresa y no la volví a llamar. Todo encaja, debió de quedar encinta en mayo. Una jovencita alegre que no dejaba de hablar, contaba chistes verdaderamente divertidos, ¿jerezana o de Cádiz? Tiene que estar verdaderamente necesitada para entregarme a su hija, en otro caso no se entendería, era mujer de corazón. Siempre estaba pidiendo dinero, ahora entiendo por qué, carecería de todo».

Pensó en Petronila, su mujer. «¿Cómo reaccionará si me presento con esta criatura y le digo que es mi hija?». La idea le escandalizó, no podía hacerle eso. Además, tenía dos hijos, ¿qué dirían Fernando y María Josefa? Una cosa era tener un padre libertino y otra muy distinta que llegara una noche y les dijera a bocajarro: «¿Qué tal, preparados para la sorpresa? Os presento a vuestra hermanita».

¡Ah, Petronila, ese piadoso glaciar! Ni siquiera recordaba el sabor de su piel. Él era culpable, de eso no había duda, un marido infiel y un mujeriego sin el menor propósito de arrepentimiento. Pero también ella tenía parte de culpa, un hombre necesita ejercitar el amor, y no

solo el romántico, en treinta años de matrimonio ni una sola vez tuvo el detalle de visitarlo en su dormitorio. En cualquier caso, el pecador era él y solo a él le correspondía solucionar este problema; si había algo arraigado en su carácter, era el sentido de responsabilidad. «Es inexcusable afrontar las consecuencias de nuestros actos y pagar el precio de nuestros consumos», solía decir cuando alguien pretendía escurrir el bulto. Ahora le tocaba afrontar esta consecuencia que tenía en sus brazos.

Desde el pescante, Germán lo miraba de soslayo, sabía que algo extraño ocurría y conducía muy despacio, a la espera de instrucciones. Salamanca le pidió que parase el coche y bajara.

—Germán, necesito su ayuda —hablaba con su habitual tono amable, un tono ya familiar para Germán, el cual llevaba cinco lustros a su servicio sin haber incurrido nunca en la menor indiscreción.

—A sus órdenes, don José. Ya sabe que puede contar conmigo para lo que mande. —Salamanca no trataba de ocultar a la niña, pero el cochero se comportaba como si no existiera, como si la estampa de su patrón sosteniendo una recién nacida en la oscuridad de la carretera de Aragón fuera algo natural.

—Hace tiempo que no saludo a su mujer —en puridad, casi no la conocía—, y creo que se alegrará de verme, de modo que me va a acercar a su casa. Estoy seguro de que no le importará hacerse cargo de esta jovencita tan encantadora por un par de días. ¿Cree que le será difícil encontrar un ama de cría que la alimente?

—La niña estará en nuestra casa el tiempo que haga falta. —Para Germán, privilegiado testigo del fecundo historial amoroso de Salamanca, lo sorprendente era que algo así hubiera tardado tanto tiempo en ocurrir—. Por el pecho, no se preocupe, mi sobrina acaba de dar a luz y se hará cargo.

Media hora más tarde, la niña dormía en casa de Germán, en Lavapiés. Cuando, al despedirse, Salamanca dejó sobre la mesa quinientos reales «para que no le falte de nada», la mujer del cochero estimó que había molestias que se recibían con agrado.

Desde allí se dirigieron a la calle del Caballero de Gracia y el coche se detuvo junto a una casa gris de tres plantas, frente al Real Oratorio. Germán sabía que en el principal de aquella casa vivía Jaime de Salamanca, el hermano mayor de su patrón, de vez en cuando venía a traerle algún recado. Un hombre soltero y tranquilo que se parecía poco a su hermano, vivía en Madrid desde hacía varios años y dirigía alguna empresa propiedad de don José.

En la conversación que allí tuvo lugar quedó todo convenido. La niña iría a vivir con Jaime de Salamanca, que la reconocería como hija suya. El tío José costearía de por vida los gastos de su instrucción y sustento, y la niña recibiría la educación que se esperaba en una

Salamanca. Prometió protegerla como a una hija el resto de su vida y se ofreció a ser su padrino de bautismo. Y, por tanto, a elegir su nombre, un nombre que fue decidido allí mismo, María.

De nuevo en el coche, ordenó a Germán:

—Lléveme a casa y luego vaya a ver a la señora De Castro. Dígale que estoy indispuesto, no podré verla esta noche… Dígale, bueno, no sé, dígale que pronto tendrá noticias mías.

Era noche cerrada y hacía frío, el frío despeja la mente y en su mente se alternaba el rostro de la niña con la imagen de una mujer corriendo, enmascarada tras un antifaz. Una punzada de remordimiento le atravesó la espalda, imaginó un parto solitario en cualquier tugurio con ayuda de alguna amiga, pues Estrella no tenía familia en Madrid. Y la vergüenza, la insoportable vergüenza de Estrella, obligada a abandonar a su hija para que pudiera sobrevivir. La estampa de la pobreza, tan lejos de su vida y, sin embargo, tan visible por todas partes. Jamás pensó cuando estaba con ella cada noche que Estrella fuera un número más en el pelotón de los miserables. Claro, nos incomoda saber que esas cosas pasan, y pasan junto a nosotros, a nuestro lado.

En la honda oscuridad de la luna nueva del Carnaval, a seis semanas del primer plenilunio de primavera, las luces de gas del interior del palacio desparramaban su haces tenues sobre los árboles de la entrada y dejaban entrever la gallarda belleza del edificio, tan quieto como el propio universo, es decir, acompasado con el imperceptible movimiento del cosmos.

Ante la verja de la entrada, donde tan fugazmente la encontró, se imaginó a la joven del antifaz con el corazón deshecho, en un mar de soledad. Algo le debo a Estrella, se prometió entonces, al menos haré que su hija se convierta en una gran mujer.

No necesitaba una infusión de energía cada mañana, disfrutaba con el trabajo y lo único que le aburría era la monotonía, por eso tenía siempre entre manos tantos proyectos. Empezaba pronto, a las siete lo despertaba su ayuda de cámara y a las ocho y media ya estaba abriendo la correspondencia que le traía don Matías Perelló, un montón de cartas comerciales, informes de sus empresas en todo el mundo, extractos bancarios y liquidaciones bursátiles. Seguidamente, don Matías escribía al dictado las respuestas con esa letra picuda y elegante que envidiaban sus subalternos. Con el papel secante todavía empapado de tinta fresca, Perelló abría una carpeta marrón con las iniciales JS grabadas en una plaquita de bronce y depositaba sobre el escritorio un mamotreto de papeles para la firma. Proyectos para ser visados en Fomento, órdenes a las delegaciones en el extranjero o

asientos contables que exigían su visto bueno antes de engrosar los libros mayores. Luego, de un reluciente portafolio negro con un diminuto candado, Perelló sacaba la correspondencia confidencial, la que tan solo pasaba por las manos de ellos dos, y la colocaba pulcramente en una de las esquinas del escritorio. Finalmente, hablaban; Salamanca hacía preguntas y don Matías daba respuestas, generalmente satisfactorias pero siempre convincentes, aquel hombre era una joya más de su colección. Llegaba entonces el momento de las confidencias, recíprocas, el secretario era persona curiosa pero prudente, un conspirador en potencia que solía disponer de informaciones exactas, como su jefe. Alrededor de las diez, don Matías Perelló abandonaba el palacio, Salamanca se sumergía en los papeles que le interesaban y perfilaba el resto de su jornada. A eso de las once, concluía el trabajo de despacho y se abría la puerta del mundo exterior, una tupida trama de obligaciones y placeres, generalmente superpuestos.

Invariablemente, cuando se disponía a bajar la escalera principal del palacio, recibía una ráfaga de orgullo en el rostro, tanta era la belleza que se contemplaba desde allí arriba. Si la mañana era luminosa, como la de este martes de Carnaval, la luz cenital del edificio inundaba aquella parte de la casa donde el gusto exquisito de Colomer se hacía más patente. Irreverentemente desnudos, dioses del Olimpo, ninfas y sátiros, pregonaban en los frescos del techo sus pasiones y sus rencores, sus placeres y sus correrías, en un derroche de color resplandeciente que se entrometía por los frisos y las cornisas. Alegorías de las cuatro estaciones, delfines voladores, nuevos dioses olímpicos o alados animales mitológicos se amontonaban también en las paredes, entre las hornacinas y las pilastras, sin dar reposo a la vista. Todos ellos parecían estar allí con un único objeto: proclamar a voz en grito la grandeza de la Casa de Salamanca.

Dos espejos verticales multiplicaban el efecto de esas visiones y las deformaban como un caleidoscopio. Miró en uno de ellos y encontró a un hombre en plenitud. Algo más grueso que el jovencito que cometió la estupidez de aceptar el Ministerio de Hacienda y con la línea del pelo cada vez más lejos de las cejas, ¡qué le vamos a hacer!, pero rebosante de salud, ya ni recordaba la última vez que había enfermado. Se colocó simétricamente el lazo que aprisionaba el cuello alto y almidonado de la camisa de seda, y desarrugó la cadenita del reloj hasta desplegarse en toda su amplitud el arco que iba a morir en un bolsillo del chaleco. El traje de Caracuel, de paño inglés en negro desvaído, casi gris, moría sin una arruga sobre los brillantes zapatos de charol. Todo estaba en orden, como debía ser.

Era hora de ir a la Bolsa. Solía acudir dos veces en semana, a veces solo para sumergirse en su atmósfera familiar, escuchar el griterío y

pasear por el extenso salón regalando saludos. Y a escuchar rumores y recibir noticias, eso siempre, no había mejor lugar para enterarse de lo que pasaba en el mundo que el anodino recinto de la plaza de la Leña. A las doce de la mañana, lo recogió allí su hijo Fernando, habían quedado para inspeccionar las obras del barrio de Recoletos.

—¿Cuántas hectáreas dices que tenemos ya, después de las últimas compras? —preguntó a Fernando.

—Doscientas cincuenta, terreno suficiente para construir varios miles de viviendas —respondió el joven.

Recorrían en coche las calles del futuro barrio, todavía sin casas, pero anchas y rectilíneas, formando cuadrículas que los pájaros desde las alturas debían de admirar en su armoniosa geometría. Se había embarcado en un proyecto urbanístico colosal todavía en fase incipiente que en apenas dos años había dejado irreconocible la desolada estepa que era antes aquel espacio. Primero fueron los trabajos de explanación y la construcción de la red de desagües, luego el replanteo de calles y aceras que ahora estaban siendo pavimentadas. Ya había trazadas medio centenar de manzanas.

—No es suficiente, tenemos que seguir comprando. Madrid tiene una población de trescientos mil habitantes, una cifra ridícula si la comparas con Londres o París, de modo que crecerá por fuerza a un ritmo más rápido que las grandes capitales de Europa. No me sorprendería si alcanzara el medio millón de aquí a diez años, no hay más que ver la dificultad de la gente para alquilar una vivienda en los alrededores de la Puerta del Sol; es casi imposible, salvo que se paguen cifras astronómicas.

Como en el ferrocarril, también aquí se concentraban centenares de trabajadores transformando con sus manos el antiguo erial en un espacio civilizado. Lo que ahora recorrían era solo el embrión del que sería el barrio más moderno de España.

—Sigo pensando que nos estorba la plaza de toros, es espantosa. Algo tenemos que hacer con ella —comentó con una mueca de desagrado, a lo lejos se elevaba el destartalado redondel de descolorida fachada.

—Castro está de acuerdo en que la derribemos, pero antes tenemos que construir otra más moderna —dijo Fernando; aunque aún no había terminado sus estudios, su padre ya le encomendaba algunos asuntos.

Don Carlos María de Castro era el artífice del Plan de Urbanismo que pretendía convertir la capital de España en una gran ciudad, cuyo crecimiento se planeaba hacia levante y hacia el norte, y en menor medida hacia el sur. El Ensanche, como se lo conocía, preveía triplicar

la superficie urbanizable de Madrid. Uno de los nuevos barrios proyectados era este de Recoletos, el único donde ya habían empezado las obras. El Plan Castro se inspiraba en el de París, debido a Haussmann, y en el de Barcelona, obra de Cerdá, arquetipos del urbanismo contemporáneo. Trataba de poner fin a la anarquía constructiva del pasado, no se limitaba a definir los espacios edificables y diseñar los trazados de las calles, también regulaba aspectos tan novedosos como las diferentes tipologías del suelo, las alturas de los edificios, la homogeneidad en la estética o las reglas de ventilación e higiene de las viviendas. Planeaba extensos espacios ajardinados y ordenaba las calles por categorías, las principales, con treinta metros de anchura y las secundarias, algo más estrechas.

—Papá, ¿se puede saber cuándo vamos a empezar de una vez a construir casas? —preguntó Fernando. Tenía veintiséis años, eso disculpaba la impertinencia de la pregunta.

—Todavía no lo sé —respondió Salamanca—, no es cosa de correr, sino de estar bien preparados. Me preocupa la cuestión financiera, ten en cuenta que la inversión es enorme. Rothschild me aconseja que funde un banco hipotecario para financiar las viviendas, pero solo encuentro dificultades.

«¡Bendita impaciencia! —se dijo interiormente—, es bueno que los jóvenes tengan prisa, ya se encargará la vida de quitársela».

A medida que avanzaban hacia el sur y se acercaban a la plaza de toros, le parecía más evidente que aquella mole estorbaba, ocultaba en gran parte la vista de los jardines del Retiro que tanto ennoblecían el entorno. Ni que decir tiene que su barrio, como todo lo suyo, iba a ser el paradigma de la elegancia. En él convivirían espléndidas mansiones con edificios de modernos pisos en propiedad horizontal. En su cabeza tenía grabado el modelo que había que imitar, el más distinguido de los barrios de París: el distrito Faubourg Saint Germain. Algo parecido sería el nuevo barrio de Recoletos. Partía con una ventaja, había comprado la mayor parte del suelo a buen precio, llevaba muchos años adquiriendo parcelas y, mientras tanto, el valor de las casas del centro no había hecho más que subir. Pero aun así no acababa de estar seguro, algo mantenía en alerta a su instinto, y su instinto era el que finalmente determinaba sus decisiones. Muchos afirmaban que este barrio estaba demasiado lejos del centro y eso desanimaría a la gente a comprar allí. Una opinión discutible, desde luego, pero digna de consideración.

—Bueno, vámonos a Vista Alegre, ya deben de haber llegado las esculturas romanas y la colección de vasos griegos. Coge un coche y espérame allí, yo recogeré a María Buschental.

El término municipal de Carabanchel Bajo, como también el del Alto, estaba preñado de fincas de verano adonde quienes podían permitírselo trasladaban residencia y familia durante los calurosos meses del estío. José Nieva, el conde de Yumuri *(Narváez el Bueno,* lo llamaba Salamanca, para distinguirlo del Espadón de Loja, que se apellidaba igual), González Bravo, Nájera, Jaime Ceriola, el nuevo marqués de Remisa o José Filiberto Portillo eran algunos de ellos. Entre todas esas propiedades, la de Vista Alegre no era la de menor porte, incluso se podría afirmar sin miedo a errar que era justamente al revés, la más grandiosa de todas.

Salamanca invitó a su hijo y a María Buschental a atravesar los jardines a pie, se apearon de los coches a la entrada y caminaron siguiendo el curso del ancho y ondulante canal que cruzaba la propiedad, por donde discurría un agua tan limpia como el alma de un justo. La humedad y la frescura se enseñoreaban de aquel microcosmos, el visitante lo percibía en cuanto se adentraba en el bosque de árboles frondosos y plantas saludables en minúsculas gotitas a lomos de las hojas desparramadas, en los diligentes surtidores de las cuatro fuentes de mármol o en los líquenes que mancillaban de impurezas a las diosas desnudas que se encaramaban a sus mástiles, una muestra del ambiguo erotismo de la suciedad en la piedra. Cuatro fuentes similares a las del jardín de Recoletos con las que el caminante se tropezaba dispersas entre la espesura, en inesperados claros del bosque. Porque era bosque, más que jardín, el abigarrado tumulto de floresta y arboleda que el orden natural, en su inconfundible desorden, había hecho crecer en el lugar desde un tiempo que se perdía en la memoria.

—Se la compré al duque de Montpensier hace cuatro años. —Salamanca contaba a María Buschental cómo se hizo con una finca tan espléndida—, era parte de la dote de su mujer, la infanta Luisa Fernanda. La hacienda y la casa original fueron el regalo de boda del pueblo de Madrid a la reina María Cristina, en 1829. Como los Montpensier no quieren saber nada de Madrid, pues cuando se instalaron en España decidieron vivir en Andalucía, no les interesaba mantener esta casa, dicen que resulta demasiado costosa para no ser usada. Tal vez hayas oído comentar que el duque es persona muy ahorrativa.

Salamanca se limitó a dejar caer ese aguijonazo de malicia y eludió entrar en el largo tira y afloja por el precio que mantuvo con don Antonio de Orleans durante años. Lo cierto era que finalmente consiguió comprar la finca muy barata, gracias a que descubrió que no había otros interesados. Fue una operación afortunada, la Casa Real había invertido en ella más de treinta millones de reales, y solamente en cuadros y muebles había allí acumulada una fortuna.

—Es una finca extensísima —prosiguió—, además de los jardines cuenta con dos pequeños olivares. Tiene también cinco estufas llenas de plantas y cuatro norias, una de ellas en un altozano desde el que se divisan los pueblos cercanos.

Siguieron el curso del canal por espacio de un kilómetro, en su extremo dibujaba un bucle circular que formaba una isla donde había un embarcadero, en el que reposaban dos pequeñas lanchas de recreo. Finalmente, el canal se convertía en una vistosa cascada. María Buschental estaba admirada por tanta belleza como veía a su alrededor, un buen ejemplo era la casa del embarcadero, junto al pequeño muelle, con cuatro soberbias estatuas adosadas entre sus cinco puertas y la zona de juegos al lado, repleta de columpios. También alcanzaba a ver una magnífica pajarera acristalada en la que bullía un enjambre de pájaros.

—Vamos a la casa —dijo Salamanca. Y a ella se dirigieron los tres.

El conjunto de Vista Alegre se componía de varios edificios. Además del embarcadero, había una casa de vacas, viviendas para el portero y el jardinero mayor, un oratorio, un segundo palacio llamado de Bella Vista y el edificio principal, conocido como el palacio Viejo.

—La reforma se la encargué a Colomer, naturalmente.

Naturalmente. A don Narciso Pascual y Colomer, ¿a quién si no, estando disponible? Los trabajos empezaron en la primavera del cincuenta y nueve, meses después de la inauguración de su palacio de Recoletos. Siguiendo instrucciones de Salamanca, Colomer amplió considerablemente el viejo palacio como se podía percibir ya en su fachada, una mezcla de estilos diversos. El antiguo cuerpo central, con el majestuoso pórtico de columnas dóricas al que se accedía por escalinatas laterales, fue suplementado por dos alas simétricas a ambos lados, de menor altura y con arcos, y por otros dos pabellones más altos que los colindantes en los extremos. Así que la fachada principal del edificio era verdaderamente singular por su diversidad, tanto de estilos como de alturas.

El interior no era menos noble, nada más cruzar las puertas de madera y otras posteriores acristaladas, con las iniciales JS talladas en los vidrios, se accedía a un espacioso vestíbulo de planta circular sobre el que se erguía una bóveda de media esfera, de cuya cúspide colgaba una larga cadena que terminaba en una araña de tres pisos. Pero la atención del visitante era atraída enseguida por las paredes, reclamada por los cuadros que colgaban en ellas. María se acercó al retrato de un noble y desconocido caballero firmado por Vicente López y después a una de las conocidas escenas madrileñas de Goya. Salamanca refirió que Vista Alegre era una pinacoteca, casi trescientas obras entre los

dos palacios y el oratorio, sumando las que ya estaban allí cuando lo compró y muchas que había ido adquiriendo a lo largo de toda su vida en sus viajes, en remates y subastas, o directamente a los propios autores o a sus herederos. Había más que en Recoletos, en cuyas paredes ya no cabía un pañuelo.

Pero no eran solo pinturas lo que convertía al palacio en museo, sino también los medallones y frescos de los techos, las alfombras turcas y persas, los muebles de época, las vajillas francesas y las cristalerías venecianas, los bustos de patricios romanos, las lámparas y relojes de mesa, los arcones de tapas labradas en nobles maderas y una valiosísima colección de piezas arqueológicas clasificadas según antigüedad. No había un rincón en la casa que dejara descansar a la vista.

Mientras los operarios terminaban su trabajo, recorrieron buena parte de las treinta y seis habitaciones del edificio. De todas ellas, la que más gustó a María fue el llamado Salón Árabe, una lujosa pieza alargada de artesonados moriscos que recordaba los relatos de las *Mil y una noches* y desembocaba en un pequeño dormitorio.

—Ya deben de estar colocadas las nuevas piezas, vamos a verlas —sugirió Salamanca. Esas piezas eran las maravillas procedentes de las excavaciones en las ruinas de la romana Paestum, una ciudad primero griega llamada entonces Poseidonia, a orillas del golfo de Salerno—. La primera noticia de esta ciudad enterrada —prosiguió— tuvo lugar cuando el rey Carlos III aún vivía en Nápoles, con motivo de la construcción de una carretera que atravesaba el territorio. Recientemente, en las obras de mis ferrocarriles italianos aparecieron otros objetos y me animé a costear nuevas excavaciones. Se las encargué a un puñado de arqueólogos muy competentes, y el resultado fue el descubrimiento de esculturas y objetos verdaderamente extraordinarios. Muchos de ellos están ahora aquí.

Llevaban casi dos años en el palacio de Recoletos ocupando un espacio que hacía falta para otros menesteres y Salamanca creyó que lucirían más en Vista Alegre, por eso los acababan de trasladar y ahora se encontraban ante ellos, en tres luminosos salones. Lo más sobresaliente era una estatua de mármol en tamaño natural y perfecta conservación que representaba a una mujer sentada. La magistral resolución de los pliegues del velo y la túnica, la serenidad del rostro bellísimo y la elegancia de la composición la convertían en una obra maestra.

—Livia Drusila, esposa del emperador Octavio Augusto y madre de Tiberio —así la presentó Salamanca, quien en sus estancias en Roma pasó algunas jornadas en el campamento de los arqueólogos y más tarde hizo el esfuerzo de aprenderse sus informes—. Tendría unos veinte años cuando posó, es imposible saber si fue verdaderamente tan

hermosa o si el escultor la idealizó. No se conoce el autor, pero es seguro que fue uno de los grandes artistas de la época.

Junto a Livia Drusila, sobre un pedestal de media columna, descansaba la pétrea cabeza de un barbudo con pelo rizado y ojos delirantes, tal vez enloqueció a causa de la inaccesible belleza de su vecina.

—Este también sabemos quién es, el emperador Lucio Vero. En cambio desconocemos a quién representa esta otra cabeza. —Salamanca señaló una estatua colocada sobre una repisa de madera entre dos figuras de mujer.

A continuación, recorrieron los espacios donde se exponía la colección de vasos griegos. Algunos procedían de Paestum, pero otros muchos los había comprado a distintos coleccionistas y a un conocido marchante. Asombrada por lo que veía, María no se perdía detalle; Fernando, en cambio, que ya los conocía, sonreía al ver la emoción de su padre.

—Hay más de novecientos, todos diferentes, pero todos valiosos, piezas únicas. Impresiona conocer la grandeza de la civilización griega, capaz de producir estas maravillas con los medios de la época. Al menos a mí, no deja de impresionarme.

No todos eran propiamente vasos, sino recipientes, tales como ánforas, cántaros, cuencos o jofainas. Uno de ellos reclamaba atención especial, lo habían colocado sobre un atril transparente en una mesita situada en el centro de la sala para que fuese inevitable detenerse frente a él.

—El Kylix de Teseo, siglo V antes de Cristo. Lleva la firma de su autor, Aisón. Apareció en Paestum en perfecto estado después de dos mil cuatrocientos años de entierro, ¿no os parece admirable?

Naturalmente que les parecía admirable, era una copa o cáliz de poca profundidad, con asas y dos palmos de diámetro, cuyas bellísimas imágenes rojizas resaltaban sobre el fondo negro de la vasija. En su cara interior, un medallón representaba la escena de la muerte del Minotauro a cargo de Teseo. Este, desnudo, agarra con una mano la cabeza del monstruo mientras con la otra blande la espada; la estampa es observada por una Atenea complacida que viste ricos ropajes, su erguida figura cabalmente acompasada con la del héroe, y así también sus respectivas miradas. El exterior de la copa estaba decorado con una sucesión de imágenes estampadas representando brutales escenas de la vida del mito, desde la muerte de Procusto a la captura del toro de Maratón. Un objeto precioso, de sensual perfección.

—Es lo más hermoso que he visto jamás —exclamó María.

Una vez que se marcharon los operarios, el matrimonio de guardeses que cuidaba la finca improvisó un almuerzo en una salita del palacio viejo, caldeada con el fuego de la chimenea. Salamanca hablaba sin parar, sin más pausas que para acercar la cuchara a la boca, pero con una cadencia tan lenta que el caldo se le había enfriado. Se sentía a gusto en presencia de un auditorio tan adicto, su primogénito y su amiga de siempre, dos almas que lo comprendían. Pasaba de uno a otro asunto desordenadamente, de las últimas andanzas de Dumas a las maldades que la reina le contó sobre el rey cuando ambos fueron sus huéspedes en Granada. Hablaba y hablaba, sobre esto y aquello, aunque en realidad la conversación daba vueltas en torno a un solo tema, la vida y la obra de José de Salamanca.

María lo dejaba monologar y terminó por no escucharlo, entretenida en observar pequeños detalles, por ejemplo, que no le importara que se le enfriase la sopa cuando siempre estaba exigiendo que se le sirviese en el punto justo de temperatura. O en que, sin darse cuenta, él mismo se había descolocado el lazo del cuello, algo ciertamente inverosímil. Creyó entenderlo, su querido amigo se encontraba en ese instante atrapado entre las voluptuosas redes de la vanidad y no le quedaba un resto de energía para atender esos minúsculos detalles, toda se consumía en proclamar sus triunfos.

«Y tiene todo el derecho a hacerlo —se dijo ella—, ¿o es que no es saludable sentirnos orgullosos de nuestras conquistas?». Creía conocerlo como pocos y entenderlo como nadie, lo que era mucho más difícil. Salamanca era, probablemente, el hombre más envidiado de España, nada sorprendente habida cuenta de que era el más rico, una circunstancia imperdonable en tierra de moros. Ahora estaba en la cima, parecía tener más amigos que nadie y ella no sabía si era consciente de la fragilidad de esos afectos. Era amable con todo el mundo, especialmente con el servicio, que lo adoraba; él afirmaba que era una actitud interesada, al recibir un trato cariñoso los criados lo servían mejor, pero no lo decía de verdad, simplemente era su condición natural. También era un buen padre y gran amante del arte, ¡cuántas veces lo había sorprendido emocionado en su asiento del teatro! Siendo un adicto a sus negocios, también era un hombre desprendido y generoso, y con ella, cariñoso y atentísimo desde que vivía sola, hacía ya tanto tiempo.

Mientras lo oía sin escucharlo, como el rumor de un río, recordó que ya el mismo día que lo conoció había admirado su inteligencia. Reprodujo sus pensamientos de entonces: «Caza al vuelo una idea en el curso de una conversación y al día siguiente está sacando provecho de ella, aunque lo que lo hace diferente es su intuición, ese olfato especial que le permite comprender enseguida las cosas en su inmensa amplitud, sin mayores razonamientos».

También ella era inteligente, lo suficiente como para reaccionar con reflejos a la pregunta con que él la sorprendió ensimismada, sin haber prestado atención a la charla. Eso no le impidió continuar con sus ensoñaciones.

«Lo peor de José es el exceso de ostentación, ¿cuántos palacios tiene este hombre, a cual más lujoso?». Hizo recuento, ella conocía los tres más grandes, el de Recoletos, el de Los Llanos y ahora este de Vista Alegre, donde nunca antes había estado. Pero no eran los únicos, también poseía el palacio de Mitra en Lisboa, una mansión en Aranjuez, un palacete en el centro de París y un hotel en Roma, este en alquiler, según creía recordar, algunos de los cuales no pisaba durante años. Y eso sin contar infinidad de pisos y casas por todas partes. Luego estaban sus colecciones, la de cuadros pasaba por ser de las primeras de Europa, a la altura de la de Rothschild, las de libros raros y piezas arqueológicas no eran menos extraordinarias. Más de una docena de carruajes atestaban sus cocheras y tenía en nómina un ejército de criados para mantener en perfecto estado todas esas posesiones. Viajaba con frecuencia y, para hacerlo confortablemente, hizo construir en sus talleres de La Comodidad unos lujosos vagones para su servicio exclusivo, un pequeño palacio rodante. «Hasta su vida galante resulta ostentosa —se dijo—, no es que presuma de sus conquistas, pues es hombre discreto, pero las conoce todo el mundo y él sabe que la gente lo sabe, y disfruta con ello». Supuso que todo esto venía de su infancia, de cuando veía a los niños ricos pasear por el muelle bajo los parasoles de las manos de criadas uniformadas. «Se propuso ser como ellos y ahora trata que todo el mundo se entere de que lo ha conseguido».

Fijó entonces su atención en Fernando de Salamanca, el joven discreto, tan distinto a su padre, y a María Buschental se le enredó el alma en la conciencia de su propia soledad. Sintió un vacío, el de su propio fracaso, ¿qué había hecho ella con su vida para no tener hoy un hijo como él…?

El criado le cambió el plato y sirvió el postre, manzanas asadas y vino de Oporto.

—¿Qué sabemos de tu marido? —preguntó Salamanca de repente, a sabiendas de que a ella no le molestaba la pregunta viniendo de él. Al fin y al cabo era una muestra de interés, trataba de averiguar si José Buschental seguía cumpliendo sus obligaciones de esposo, mantener decorosamente a la mujer a la que había abandonado.

—Que yo sepa sigue con la tal Orfilia, la del cuerpo de culebra. Pero ya no me importa. —Pero sí que le importaba, y mucho.

Al primer oporto siguieron dos más, tan agradable era la velada que todos quisieron prolongarla, esa semana la reunión en la mansión Buschental se había trasladado al miércoles y María no tenía prisa. El

primero en marcharse fue Fernando, sus obligaciones lo exigían, y luego se retiraron los guardeses. La conversación prosiguió, dulce y amena, entre los dos viejos amigos, al calor de una cuarta copa de oporto. Las llamas de la chimenea inflamaban la atmósfera y el efecto del vino aletargaba la conciencia. La mirada de María se posó en el cuadro que colgaba frente a ella, *Diana y sus ninfas,* un despliegue de pechos desnudos y húmedos cuerpos, y el vello de sus brazos se rizó besado por el aire cálido y el sabor del oporto. Él había dejado de hablar, porque ella había dejado de escucharle, y la miraba fijamente. María retuvo su mirada, se defendió jugueteando con el abanico de nácar y, finalmente, desguarneció ciertas trincheras imaginarias.

—Enséñame de nuevo el Salón Árabe, antes casi no pude disfrutarlo —dijo ella.

Nada más levantarse lo tomó del brazo y reclinó la cabeza sobre su hombro mientras caminaban.

—Me parece que he bebido demasiado, pero estoy feliz. —Y le presionó el brazo.

En su refinada ostentación, el Salón Árabe imitaba las habitaciones privadas del emir de la Alhambra, arcos trebolados unían los capiteles de sus columnas y en los muros resaltaban ricos tapices árabes. Un espejo grande con marco de plata recibía la luz amortiguada por la celosía. María se separó de Salamanca y se acercó al espejo, la humedad de sus ojos de agua lo empañaba y velaba sus reflejos.

Las miradas volvieron a sostenerse a través del cristal, él se acercó, abrazó su cintura con una mano y deslizó la otra por su cuello. Una sacudida estremeció el pecho anhelante de María. Los labios de él besaban ahora su nuca, ella se dejaba hacer y lo miraba a través del cristal, entre brumas. La mano de Salamanca se posó en su vientre buscando la abertura de la blusa, un botón saltó en el esfuerzo. A la mente de ella regresaron imágenes de ninfas despojándose de sus velos para bañarse en el arroyo, anchas sus caderas, tersos y perfectos los senos, confundidos ahora con esos otros desnudos que palpitaban frente al espejo, con los ojos de él clavados en su cuerpo tembloroso. Se dio la vuelta y lo abrazó con toda su fuerza, impidiéndole cualquier movimiento. Así se mantuvo, dos, tres minutos. Luego lo tomó de la mano y lo condujo al dormitorio cercano. Seguía temblando.

El jueves que precede al domingo de Cuadragésima, el Carnaval ya había naufragado en el olvido y el aire de la ciudad olía a incienso. Era tiempo de Cuaresma, preludio de la Pasión de Cristo, seis largas semanas de recogimiento y penitencia, de telas moradas y cordones amarillos en las imágenes de las iglesias y en las camisas de los fieles devotos. Tiempo también de ayuno y abstinencia, de hirviente

felicidad para Petronila Livermore.

Los almuerzos, ya tradicionales, que tenían lugar en el palacio de Salamanca todos los jueves no se interrumpían. Simplemente, desaparecía la carne del menú y disminuía el número de comensales, algunos dejaban de acudir por aquello del qué dirán. Aun así, ese jueves Salamanca estrechó veinte manos, su mayordomo contó veinte sombreros en el recibidor y ordenó colocar veintiún cubiertos en el comedor principal, el del ala norte de la casa. Un núcleo de amigos cercanos casi nunca faltaba, Estébanez Calderón, Nazario Carriquirri, el escritor Rodríguez Correa, su antiguo correligionario en el partido puritano Patricio de la Escosura (lamentablemente Nicomedes Pastor Díaz, otro puritano, libraba esos días una batalla perdida con la muerte acechante), sus colaboradores don Matías Perelló y don Pedro Miranda o su hermano Jaime de Salamanca, que venía de instalar una cuna en uno de los dormitorios de su casa. Aparte de estos íntimos, que no necesitaban recordatorio, desde la oficina de Salamanca se expedían cada semana dos docenas de tarjetas de invitación con los nombres de sus destinatarios pulcramente manuscritos en tinta china por la letra arrogante de don Matías Perelló. Rara vez se sentaban a la mesa menos de quince comensales y a veces se superaban los cuarenta. Solamente caballeros, el ambiente desinhibido de estas tertulias hacía inconveniente la presencia de señoras.

Salamanca preguntó a su hermano por la niña.

—Acabo de decirle a Germán que me la lleve el lunes, ya estará todo preparado. He contratado a una mujer para que la cuide.

Dos invitados de honor, el expresidente del Consejo de Ministros, don Fernando Fernández de Córdova, y la gloria de las letras patrias don Ramón de Campoamor, se sentaban esa tarde a ambos lados del anfitrión. Teniendo en cuenta que con Córdova tenía más trato, Salamanca se volcó en atender al insigne poeta, con quien evocaba un simpático recuerdo.

—Hay unos versos suyos que usted habrá olvidado, pero que yo recordaré toda mi vida.

Campoamor sonrió, sabía a qué versos se refería aunque, en efecto, los había olvidado por completo.

—Empezaban así —dijo Salamanca—:

Con labios agradecidos,
cual su arrogancia merece,
a los «doce» consabidos
les besa la mano el «trece».

»Y terminaban con esta estrofa:

Y a todo aquel que no acierte
cómo a invitación tan franca
corresponderé…, se advierte
que avive el seso y despierte
y que estudie en
Salamanca.

Recitó los ripios de corrido, haciendo gala de buena memoria, pero de escasa aptitud para la declamación.

—Fue para mí una satisfacción prestarle mi pluma —comentó Campoamor—. Yo no he contado a nadie que el poemita es mío, espero que usted tampoco.

—Por supuesto que no, aunque nadie me creyó cuando dije que lo compuse yo mismo tras una larga noche de insomnio —afirmó Salamanca con humor.

—Me perdonará si no recuerdo los detalles, ¿de cuándo son esos versos?, debe de hacer al menos cuatro o cinco años.

—Del dieciséis de enero del cincuenta y nueve, no se me olvida esa fecha.

—Si no recuerdo mal, el motivo fue que doce amigos lo invitaron a comer en un restaurante barato.

—Exacto. Una broma, una apuesta en la tertulia de jóvenes artistas que se reunían en el Café Suizo. Autores de distinto talento, pero con algo en común: todos eran pobres de solemnidad. Entre ellos, algunos que ya se han hecho un nombre, como el músico Barbieri, el poeta sevillano Gustavo Bécquer o su amigo Rodríguez Correa, que resulta ser este jovencito que se sienta aquí enfrente. —Salamanca señaló a uno de los comensales, el escritor conocido como Correíta por su breve estatura—. Una tarde, alguno de ellos se preguntó en voz alta si un hombre como yo, que pocos días antes acababa de inaugurar este palacio con un célebre banquete, se dignaría a compartir con ellos un almuerzo de seis reales en una pensión de mala muerte. Hubo un debate encendido según supe más tarde, un debate que terminó en división. Unos se desinteresaron, pero en cambio una facción compuesta por doce unidades, «doce hombres de corazón» según ellos mismos se calificaban, decidió enviarme una invitación en verso a participar en una de sus comidas.

»La lectura de aquella carta me emocionó, quizás porque me recordó un caso parecido, una invitación de otro grupo de poetas a cenar cierta Nochebuena de hace ya muchos años. Aunque en aquel caso había una diferencia y es que quien invitaba era yo. En este que nos ocupa pagaban ellos, pero mi satisfacción fue parecida. Naturalmente, acepté la invitación honradísimo y quise que mi consentimiento se plasmara en una carta en verso a tono con la que

acababa de recibir. Incapaz de hacerlo yo mismo, me animé a pedir su ayuda, que usted tan amablemente me prestó. Me presenté en su casa esa misma tarde, tuve la suerte de encontrarle y me quedé asombrado al comprobar que tardó usted en escribir el poema de respuesta exactamente quince minutos, los mismos que yo en dar buena cuenta del café con bollos que me ofreció su mujer.

»Fue aquella una comida memorable, en un saloncito de la fonda de París, en la calle del Carmen. Aún se me pone la carne de gallina al recordar la salva de aplausos con que me recibieron los «doce hombres de corazón» y los divertidos discursos en mi honor, todos en verso, allí nadie parecía conocer la prosa. Yo mismo tuve que hablar para agradecer tantas atenciones, lo pasé tan bien que hasta el menú me pareció exquisito.

En ese punto, Campoamor pudo comprobar que el efecto del vino empezaba a hacer efecto entre los invitados, uno de esos jóvenes aprendices de poeta que nunca faltan en estas reuniones, seguramente estimulado por la presencia en la sala de un miembro de la Real Academia, se levantó como un resorte de su asiento y recitó unos sonetos aparentemente improvisados. Otro aspirante a rimador le sucedió en el uso de la palabra, esta vez para hacer burla del Gobierno de O'Donnell, y no por ser el de O'Donnell, sino más bien por ser el Gobierno. Pero todo se perdonaba en la atmósfera festiva y en el letargo de los estómagos satisfechos.

Cuando disminuyó el ruido y fue posible conversar de nuevo, Campoamor reclamó la atención del anfitrión.

—La semana pasada se habló de usted en la sesión de la Academia. Creo que fue Mesonero Romanos quien aseguró que hay una ciudad en los Estados Unidos de América que lleva el nombre de Salamanca en su honor. Todo el mundo se sorprendió, y varios lo pusieron en duda. Se puede entender, decían estos, el caso de Galveston, una ciudad texana fundada por Bernardo de Gálvez, pero no parece verosímil que una población americana lleve el nombre de un empresario español que seguramente no ha pisado nunca los Estados Unidos. Se inclinaban a creer que pudo ser fundada por un salmantino. Yo me ofrecí a aclarar el asunto sabiendo que hoy iba a almorzar con usted.

Salamanca no respondió inmediatamente, sino que llamó al mayordomo y le susurró algo al oído. Minutos más tarde tenía en sus manos el documento de marco dorado y letras góticas que colgaba en la pared de su despacho.

—Léalo, don Ramón, aunque está en inglés, no le será difícil entenderlo.

Campoamor se colocó los lentes y leyó el texto del pliego enmarcado.

—No hay duda alguna —aseguró instantes después—, es evidente

que le están muy reconocidos. Aquí se dice, negro sobre blanco, que el Ayuntamiento de la City of Salamanca, en el estado de New York, agradece a usted su decisiva contribución al progreso de la ciudad y le comunica la decisión unánime del Consistorio de cambiar el nombre del municipio, hasta entonces llamado Hemlock, por el de Salamanca, en agradecimiento por haberles llevado el ferrocarril y con él un futuro de prosperidad.

Salamanca dejó que las palabras de Campoamor resbalaran en el silencio de la zona de la mesa donde se sentaba, para que los cinco o seis comensales que las habían escuchado pudieran asimilarlas. Apesadumbrado porque nadie se tomara en serio una distinción tan insólita, creyó que, certificada por la voz autorizada de un académico eminente, la afirmación alcanzaba el mismo rango de veracidad que la palabra de un papa.

—Era un pueblecito aislado y pobre en territorio hostil —dijo finalmente, ya un rato después—, junto a una reserva de indígenas. Desde que la Atlantic and Great Western Railroad Company que yo presido llevó el ferrocarril y los comunicó con el mundo, se ha convertido en una ciudad próspera donde abunda el trabajo, de hecho se ha triplicado la población. Tengo intención de visitarla, en cuanto tenga tiempo lo haré, si alguien se anima a acompañarme… —Dejó abierta la invitación posando las palmas de las manos sobre la mesa.

—No le digo que no, avíseme —rio el escritor—. Le felicito, don José, en la próxima sesión de la Academia contaré esta historia increíble, muchos se quedarán pasmados.

Una vez que se hubieron ido sus invitados, Salamanca animó a Córdova a acompañarle a la reunión de la Junta Directiva del Casino, que se celebraría a las ocho; aunque el general no formaba parte de ella, casi todos sus miembros lo conocían, sería bien recibido. Seis largos años llevaba Salamanca en la presidencia del Casino de Madrid y cinco veces se había visto obligado a aceptar la reelección, una circunstancia que le causaba una placentera molestia. Mientras tanto, el Casino, al que todavía muchos llamaban del Príncipe a pesar de haber abandonado esa sede lustros atrás, se había convertido en una corporación robusta con finanzas saneadas y una interminable lista de aspirantes, gracias tal vez a las difusas y permisivas reglas que regían la vida social. Esa permisividad encontraba una sola excepción: allí estaba rotundamente prohibido hablar de política, una sensata decisión que hizo posibles memorables alianzas entre enconados adversarios parlamentarios en los torneos sociales de *bridge*. Entre la inmensa mayoría de socios que usaban el Casino para su esparcimiento cohabitaban dos especímenes bien distintos de

casinistas, los que iban a matar el tiempo, esa pesada losa en sus tediosas existencias, y los que acudían para ver y ser vistos, es decir, a ensanchar horizontes.

La reunión de la junta dio de sí todo lo que se esperaba de ella, es decir, nada. Lectura del acta anterior por el secretario, reforma en uno de los excusados (instalación de un moderno *water closet* importado de Londres), reposición de una cristalería de la que tan solo quedaban siete copas y autorización al gerente para enviar amenazantes cartas conminatorias a los tres únicos socios morosos. En total, veinticinco aburridos minutos. Una vez concluida, mientras el secretario hacía las oportunas anotaciones, Emiliano hijo, el conserje que sustituyó a Emiliano padre el día en que Dios lo acogió en su seno cuando las nevadas del cincuenta y ocho, sirvió a los directivos café o té hirviente, según deseo, y bollería traída del Café Suizo o bien unas pastas con cabello de ángel, sobras de los bailes del Carnaval, a elegir. Todo ello a cargo del Casino, gracias al superávit del ejercicio anterior.

Eran casi las diez de la noche cuando se disolvió la reunión. A punto de salir a la calle, Salamanca advirtió que don Juan Prim se encontraba solo, sentado en uno de los tresillos. Se le veía tan desencajado de rostro como si estuviera en apuros en el campo de batalla, acorralado frente a un café. Se acercó a saludarlo.

—¡Hombre, don Juan, usted por aquí a estas horas! ¡Qué sorpresa!

—Buenas noches, Salamanca. Necesitaba un café, vengo de una reunión tensa. —Prim dudaba si continuar hablando. Finalmente lo hizo, convencido de que le sentaría bien expulsar sus demonios por la boca—. Como de todas formas se enterará mañana, no desvelo ningún secreto si le cuento que don Leopoldo O'Donnell va en este momento camino de palacio, a presentar a la reina su dimisión irrevocable. De modo que tenemos crisis, como en los viejos tiempos.

Salamanca lo escuchó incómodo. Lo único que esperaba de la política era estabilidad y las palabras de Prim presagiaban que la que trajo la Unión Liberal con sus cinco años de gobierno había llegado a su fin. Dejó escapar un tenue «Lo siento» de sus labios como rutinaria frase de pésame, al fin y al cabo, Prim había sido uno de los pilares de ese Gobierno agonizante.

—Yo también lo siento, por España —murmuró el héroe de Castillejos—. Le diré algo, Salamanca; he tenido y tengo muchas diferencias con O'Donnell, pero no se merece el trato que ha recibido por parte de *esta señora* —enfatizó la expresión con ira, si en vez de soldado fuera monje, no habría sido inoportuno calificar de *santa* a esa ira desatada en su lengua—. Le contaré una confidencia. Sabrá usted que ahora la reina tiene un secretario personal que la atiende en sus necesidades, ¡y no solo en el despacho de asuntos, no sé si me explico!

Vamos, un individuo que hace honor a su apellido, Tenorio, no le diré más. Pues bien, este insigne don nadie tuvo ayer el atrevimiento de decirle a O'Donnell que la reina está esperando su renuncia. —La irritación de Prim, hombre de temperamento, era ostensible—. ¡Es indignante! —prosiguió—. No sé en qué terminará esta historia, pero le puedo asegurar que la Corona tiene los días contados. ¡Que es lo que se merece, por cierto! —añadió, con un destello de rencor en los ojos—. Nadie en España ha hecho más por la reina que O'Donnell, y mire cómo se lo paga.

Salamanca se despidió de él. Ya en el coche, en compañía de Córdova, a quien acercaba a su casa, informó a este del enfado de Prim y de la dimisión de O'Donnell.

—No me sorprende, lo estábamos esperando —respondió el general con calma, Salamanca supuso que en ese plural Córdova estaba metiendo a su partido, el moderado—, hace tiempo que Prim y O'Donnell se llevan como el perro y el gato. El nombramiento de Serrano para Estado en el último gabinete fue a las claras una bofetada de don Leopoldo a don Juan con motivo de la crisis de México, de la que le hace responsable. Dicen que la reina ha alentado esa división, hizo creer a Prim que iba a despedir a O'Donnell para encargarle a él la formación de un gobierno progresista en premio a la actitud constructiva que ha mantenido estos años. ¡Pero buena es Isabel II para confiar en ella! Sin duda tiene otros planes, aunque a decir verdad nadie sabe a ciencia cierta cuáles son. Si algo ha aprendido la reina durante sus años de reinado, y soy de la opinión de que no ha aprendido nada más, es a jugar con los cambios de ministerio. Para ella, ceses y nombramientos constituyen el verdadero ejercicio del poder, aunque los criterios que la guían son casi siempre un misterio.

»Como se imaginará, en mi partido estamos expectantes, llevamos demasiado tiempo lejos del gobierno y creemos que ya va siendo nuestra hora. Narváez ha regresado a Madrid —la sola mención de ese nombre provocó en Salamanca un imperceptible revoltijo intestinal—, confía en ser de nuevo el hombre providencial en cuyas manos puso la reina tantas veces el destino de la nación. Pero su liderazgo en el partido ya no es indiscutible como antes, hay muchos que lo detestan. Una figura emergente es don Alejandro Mon, y hasta Cánovas tiene sus bazas. Mañana mismo iré a verles, la situación es apasionante.

«Apasionante será para ellos —pensó Salamanca nada más dejar a Córdova en su casa—, los que aspiran al ministerio, a mí lo único que me produce todo esto es dolor de muelas». Acosado por un dolor más triste, el del corazón, buscó consuelo en el recuerdo, en el recuerdo de María Buschental. Recordó una frase escuchada en alguna parte: «Es el amor el que nos redime de las penurias del infierno». Pero no siempre

es así, a veces es exactamente al contrario, y el amor, con su ceguera, profana el templo de la memoria y zarandea el alma llevando confusión adonde antes había paz. Venía esto a cuento de su noche con María, a quien le parecía estar sintiendo físicamente, abrazada a él desnuda y temblorosa bajo el dosel de arabescos, sobre las sábanas húmedas con olor a musgo, gozando y sufriendo, riendo y llorando, adorándolo e increpándole, todo a la vez, ¡pero, Dios mío, con qué intensidad!

Aquella iba a ser ya para siempre su noche inolvidable, quizás su verdadera noche de bodas a sus más de cincuenta años, ¡quién lo iba a decir! Una batalla, eso es, una batalla es lo que habían librado aquella noche los dos, una lucha con alternativas, victorias y derrotas, risas y llantos, durante horas. Batallaron sus cuerpos, con una fuerza inusitada el de ella, y guerrearon sus lenguas, no solo para fundirse entre sí, sino también arrojando gritos salvajes e insospechados que nadie sabía de dónde surgían. Gritos en boca de ella de amor y de reproche, «¡Eres mi dueño!», «¡Por qué no has venido antes!», contradictorios, «¡Dónde estás, José!», insultantes hacia una tal Orfilia. «¡Puta culebra!», entonces él se dio cuenta de que su adversario era otro José.

Allí mismo sintió miedo, la violencia de la batalla resucitó viejas frustraciones que creía sepultadas, pero esta vez no eran ensoñaciones en torno al fantasma de Mariana Pineda, sino algo más cercano y palpable. En realidad, se dio cuenta después, en esa lucha él solo había sido un instrumento, necesario pero inocente, la batalla la libraba ella consigo misma. «He temido muchos años dar este paso —había dicho llorando—, y me alegro de haberlo dado, pero duele». Le dolía la conciencia, eso es lo que intentaba decir. María Buschental, la diosa bellísima e inaccesible, era solo una niña asustada, aterrorizada ante el descubrimiento de inexplicables sentimientos de culpa que jamás habría sospechado, que brotaron como lava ardiente, tal vez la huella de recónditas sumisiones acumuladas en su alma, alma de mujer al fin, a lo largo de milenios. ¡Cómo luchar contra eso!

También a él le dolió verla sufrir de aquel modo, y aún más la incertidumbre de no saber qué traería el mañana. Abandonaron Vista Alegre de madrugada, acurrucados en el interior del coche como amantes furtivos, sin hablar. Desde entonces no se habían visto y en unos días se iría a Los Llanos. Seguramente era mejor así, dejar trabajar al tiempo.

Tampoco para los pretendientes resultaron apasionantes los días siguientes. Con O'Donnell en funciones, hasta siete candidatos a presidir el Consejo de Ministros, de todas las tendencias, fueron

propuestos y descartados. Cada vez que una candidatura parecía vencedora, sus adversarios movilizaban fuerzas y se frustraba. La reina no paraba de convocar a unos, despedir a otros y reunirse con todos. Finalmente, el uno de marzo corrió el rumor de que la suerte estaba echada.

—*Alea iacta est* —declaró Córdova con alegre pedantería nada más llegar a Recoletos para despedirse de Salamanca, quien el día siguiente se marchaba a Los Llanos—, Narváez es el hombre. Creo que esta vez acierta la reina, don Ramón es el personaje que necesita España en este momento histórico de grave incertidumbre.

—Dios nos coja confesados —fue la respuesta de un Salamanca al que solo con escuchar ese apellido se le helaba el ánimo.

Pero unos minutos más tarde, la situación ya era otra. La novedad la trajo Estébanez Calderón.

—Narváez ya tenía nombrado gobierno y se reunió a comer con sus flamantes ministros para celebrar la vuelta al poder del moderantismo. Después del almuerzo, se disponían todos a subir a los coches con sus fracs y sus uniformes de gala cuando se presentó un sofocado funcionario de la Casa Real con el siguiente mensaje: «Señor Narváez, de parte de Su Majestad, que no vaya al palacio Real, que ha cambiado de opinión». Según un testigo presencial, tanto la cara de Narváez como las de sus frustrados ministros eran para ser vistas, y qué decir de las soeces expresiones que se escucharon allí mismo, en una acera.

Salamanca no podía disimular su regocijo; en cambio, Córdova estaba desconcertado. Estébanez prosiguió su relato.

—Según he sabido, desde la dimisión de O'Donnell la reina no ha hecho más que dudar. Tras descartar un ministerio progresista encabezado por Prim, se inclinó por un gobierno de coalición presidido por don Alejandro Mon, pero este no aceptó. Eso la hizo pensar en Narváez y su famosa mano de hierro, que ya será de cartón con los años que tiene, digo yo. Pero entonces fue el partido progresista el que amenazó con echarse al monte y volver a sacar a la calle la Milicia Nacional de infausto recuerdo, de modo que se asustó y dio marcha atrás.

Estébanez hizo una pausa, pero nadie dijo nada.

—¿Es que no me vais a preguntar quién es el nuevo jefe del Gobierno?

Pero no lo hicieron, Salamanca por diversión y Córdova por miedo a escuchar un previsible desastre.

—Doña Isabel ha creído que vuelve a ser la hora de los moderados. Una vez descartados Mon y Narváez, no sabía qué hacer. Estaba de cháchara con don Manuel Pando, el marqués de Miraflores, cuando de repente se le ocurrió que este es la mejor solución para salir del paso y

esperar tiempos mejores. De modo que no se lo pensó dos veces y le dijo: «Miraflores, es tu hora. Forma gobierno cuanto antes, si es posible con los progresistas y, si no, pues tú solo».

—¿Miraflores presidente? —preguntó un Córdova pasmado—, pero si es un anciano.

—Pues ese anciano, amigo mío, toma posesión mañana, ya puedes ir preparando el frac. Dicen que va pidiendo perdón a todo el moderantismo por haber aceptado, contra su voluntad. ¡Cómo somos, señores, cómo somos los humanos!

El embajador Bulwer-Lytton creía, ahora que cruzaba a toda velocidad el otoño de una vida que se despeñaba sin remedio hacia el abismo final, que pocos conceptos había tan adulterados por el uso fraudulento del lenguaje como la palabra «libertad». Él mismo, un viejo liberal y un liberal viejo, conocía la infinidad de aristas que la idea de la libertad tiene en su corteza, capaces de hacer sangrar las manos más cuidadosas aunque solo traten de acariciarla. Pero en ninguna parte se maltrataba de tal manera un valor tan noble como en España, el país en que se encontraba.

En los pocos días transcurridos desde su llegada, ocupado en una misión diplomática que le obligó a hacer escala en su viaje desde Estambul a Londres, había tenido tiempo de descubrir que nada había cambiado en ese sentido desde su época de embajador en Madrid. Tanto la libertad como la buena educación eran pisoteadas mañana y tarde por la caterva de grupos políticos que se congregaban en las Cortes, a pesar de que todos ellos se denominaban liberales. «Pues no veo qué tengo yo en común con estos señores —se repitió una y otra vez durante las cenas y recepciones a las que había asistido en las últimas setenta y dos horas—, todo es rencor y conspiración barata bajo apariencia de liberalismo. El ánimo de zaherir al adversario, ese parece ser el discurso político general». Lamentablemente, no pudo saludar al único personaje público por el que sentía estima, don Juan Prim, se había marchado a su casa en Cataluña para olvidar recientes frustraciones.

Por lo demás, España parecía no haber cambiado gran cosa. Madrid era más grande y más grandes aún parecían sus olores insoportables. Quizás lo más visible era que también a esta esquina de Europa había llegado el ferrocarril, un ingenio misericordioso y benévolo que permitía viajar con comodidad. En ese instante, él se dirigía a Albacete para visitar a uno de los pocos amigos españoles con quien nunca perdió el contacto, José de Salamanca. Viajaba en un lujoso vagón dormitorio que su anfitrión había puesto a su servicio para trasladarlo a la finca de Los Llanos, allí pasaría un par de días antes de

partir para Londres.

—¿Señor Bulwer? —Un individuo uniformado, el cochero que enviaba Salamanca, lo abordó nada más bajar del tren. El hombre tomó su equipaje y se adelantó para indicarle el camino hasta el coche.

Ya a bordo del carruaje, se adentró en la ciudad a través de la avenida de José de Salamanca y Mayol. «Caramba con don José, ahora veo que sí han cambiado algunas cosas; en mis tiempos, al pobre le montaban mociones de censura en las Cortes, y ahora rotulan las calles con su nombre».

La luz limpia del mediodía de marzo anunciaba primavera. Al embajador le seguía asombrando la luz de España, algo así no existía ni siquiera en el Imperio otomano, donde ahora residía como plenipotenciario de la reina Victoria. Este iba a ser su último destino oficial, en breve regresaría a Inglaterra definitivamente. El suave traqueteo del coche lo sumergió de nuevo en sus pensamientos: «En cambio, para un hombre como yo, educado desde niño en su ejercicio, la libertad es algo tan sencillo de entender como que el sol nos trae la luz. Es, simplemente, una actitud vital, una actitud a la que uno se acostumbra y ya no sabe vivir sin su compañía».

Cruzaba ahora un inmenso viñedo. Desde que, unos tres kilómetros atrás, atravesara la verja de acceso a la finca de Los Llanos, el paisaje consistía en una planicie salpicada de cepas de vid esparcidas por la plácida laguna de tierra labrada. Solo en lontananza, en el horizonte, unas colinas quebraban el monótono paisaje. El coche alcanzó la zona habitada y cambió el panorama, pasó junto a las casas de los campesinos y las caballerizas, dejó de lado un gran espacio donde se amontonaban animales de cría y se adentró en una frondosa y umbría alameda, el camino discurría ahora junto a estanques y atravesaba glorietas con bustos de mármol y fuentes de piedra. Finalmente, se detuvieron y el cochero le informó de que habían llegado a la casa.

«Llamar casa a este palacio es ofender a la verdad», se dijo al contemplar la suntuosidad del edificio que tenía a su frente. Era imponente y de noble fachada, claramente el resultado de la restauración de una vieja mansión, como se deducía de la mezcla de estilos. Difícilmente se la podía considerar una simple casa de campo, debía de tener más de cuarenta habitaciones. El interior no era menos deslumbrante, nada más entrar se sorprendía uno con un vestíbulo majestuosamente decorado, colmado de cuadros, estantes con armas y muebles franceses.

Salamanca lo recibió con cordialidad, llevaban muchos años sin verse. Le presentó a su mujer y lo acompañó a su habitación. Tras un breve descanso, el embajador se vistió y se encaminó al comedor, a la una y media se servía el almuerzo. Una comida en la que también

participaron Serafín Estébanez Calderón y dos caballeros de Albacete. Tras los postres, el anfitrión y Estébanez acompañaron al diplomático en un breve paseo por la finca.

—Le felicito, Salamanca. Sabía que le iban bien las cosas, pero estoy verdaderamente asombrado de hasta qué punto. Debe cuidarse, ya sabe que la envidia acecha.

—Ya lo hago, sé que el éxito es algo que va y viene, hay que estar preparado por si un día cambia la dirección del viento, ya me ocurrió una vez.

—Esto del vaivén de éxito y fracaso me recuerda lo que afirma uno de esos sabios que abundan en Inglaterra, un estudioso de las ciencias sociales. Dice que el progreso de las naciones tiene lugar al ritmo de un baile de salón, dos pasos adelante y uno atrás. Afirma que la economía se mueve por ciclos y que estas oscilaciones son consustanciales con la condición humana. Es decir, inevitables e imprevisibles.

Debió interrumpir el erudito discurso, porque llegaron a una capilla que Salamanca quiso enseñarle, reconstruida sobre la antigua ruina donde pasó su primera noche en Albacete, siendo entonces un fugitivo. Una iglesia pequeña y luminosa en la que los domingos celebraba misa un cura de la ciudad. Por una angosta escalera de caracol subieron al campanario, excelente atalaya para una espléndida vista de la hacienda.

—Estoy muy orgulloso de Los Llanos, hoy es una propiedad muy extensa y una gran explotación ganadera y agrícola, pero ha llevado años conseguirlo. El mérito es de don Luis Vicén —dijo en un alarde de falsa modestia—, el caballero que ha almorzado a su izquierda. Le encomendé hace años comprar todas las fincas del territorio que se pusieran a tiro, lo que hoy constituye la hacienda eran más de veinte propiedades. ¡Mire, allí a lo lejos!, aquel monte está repleto de ciervos y venados, Los Llanos también es un paraíso para los cazadores.

Salieron de la iglesia y continuaron camino por la alameda. Bulwer contó a sus acompañantes lo decepcionante de su corta estancia en Madrid.

—Ustedes conocen mi simpatía por España, una simpatía irracional que ni yo mismo alcanzo a entender, porque a veces los españoles me irritan, y eso es lo que me ha pasado estos días. Tuve ocasión de conversar con todo el mundo, ministros del nuevo Gobierno, diputados y senadores de la oposición, obispos, pintores, académicos… Pues bien, lo que saqué en claro es que cada uno va a lo suyo, nadie parece dispuesto a hacer el esfuerzo de entender a los demás. No es ya el viejo dilema entre monarquía y república,

cualquier cosa es puesta en tela de juicio si la propone el adversario, ya sea la política exterior, los aranceles o el papel de la Iglesia. En un ambiente tan turbio no entiendo cómo se sostiene el Estado.

—Es muy sencillo, embajador, se sostiene solo —respondió Estébanez—. Los españoles no creemos en el Estado.

Bulwer-Lytton lo miró sorprendido.

—Exagera usted, una sociedad no puede vivir sin un Estado organizado, eso sería el caos.

—Eso creí yo durante mucho tiempo, hasta que me hice preguntas y busqué respuestas. Las respuestas que encontré me asustaron, pensé que la nación iba al desastre, pero ahora no estoy tan seguro. Creo que los españoles no podemos ser de otra forma, el individualismo está en nuestros genes. Además, somos pobres.

—Sorprende escuchar tal cosa en casa de uno de los hombres más ricos de Europa —ironizó el diplomático. Pero su escepticismo dio paso a la curiosidad, de modo que se limitó a escuchar.

—¡Somos pobrísimos, Bulwer! —prosiguió Estébanez—. Por eso somos orgullosos, recuerde que el orgullo es el lujo de los menesterosos, el patrimonio de los que nada tienen. Este es un país viejo, que fue muchos siglos colonia y un día se convirtió en colonizador, pero incluso cuando fuimos un Imperio tuvimos dificultad para comer tres veces al día. En esta tierra, el Estado, la Nación, la Patria, llámelo como quiera, no ha hecho gran cosa por sus ciudadanos, más bien al contrario. Esa es la percepción de quienes habitamos esta península seca y desgraciada. La prueba es que no sentimos ningún afecto por el Estado, del que solo esperamos disgustos. ¿Conoce a algún español que presuma sinceramente de su Gobierno, de su reina o de su Administración pública? Supongo que habrá alguno, somos varios millones, pero será la excepción.

Cuando su cuñado se ponía serio y hablaba de cosas profundas, Salamanca redoblaba su admiración hacia él. «¡El pobre, ahora tan solo! Desde que se quedó viudo, se deja llevar por la melancolía», se decía mientras lo escuchaba filosofar.

—Nos enorgullecemos de nuestras glorias literarias —prosiguió Estébanez—, de nuestros pintores, de nuestros toreros, incluso de nuestros generales hasta que llegan al gobierno, ahí termina el romance. Escuchará usted a la gente proclamar como suyos y enaltecer a los grandes nombres de nuestras artes: a Cervantes, aunque no sepan leer; a Velázquez, aunque no hayan visto una sola de sus pinturas; o al torero Pedro Romero, el maestro de Ronda, del que no saben más que lo que han oído contar, jamás estuvieron en una de sus corridas. ¡A individuos en definitiva, embajador! ¡A individuos! A Colón se le admira más que al hecho glorioso del Descubrimiento. En este país de beatos, incluso a la Iglesia se la respeta en la figura del

Crucificado, pero se detesta a la institución, a la que se identifica con el clero.

»Usted conoce este país casi como el suyo, por eso me entenderá si le hablo de los bandoleros, esos personajes tan populares hasta que la justicia acabó con ellos. Incluso muertos conservan el carisma, todavía cantan los ciegos sus leyendas en las plazas de los pueblos. ¿Se imagina a sus compatriotas glorificando a los salteadores de caminos? Inconcebible. ¿Por qué será esto, embajador? ¿Por qué pasa esto en España y no en Inglaterra? —Estébanez se interrumpió para dejar espacio a una respuesta, pero no la hubo—. Se lo diré en pocas palabras, porque los bandoleros estaban en el bando contrario al Estado, y a veces hasta conseguían doblegarlo. Esos pobres diablos, casi todos andaluces, paisanos míos, el Tempranillo, Francisco Esteban, los niños de Écija, bandidos con crímenes atroces a sus espaldas…

»Es muy posible, embajador, incluso creo que es seguro, que en Inglaterra la gente se sienta orgullosa de su policía, de su flota, de su Cámara de los Comunes o de su reina y, por supuesto, de su Imperio. Es decir, de su Estado. La sociedad británica se ha dotado de estas y otras instituciones que protegen a sus ciudadanos, les ofrecen ciertas seguridades y con suerte hasta les ayudan un poco a mejorar su bienestar. Por otra parte, ustedes aprecian que esas instituciones sean moralmente ejemplares, espejos en los que mirarse. Por eso los ingleses son implacables con los funcionarios corrompidos.

»Ese no es nuestro caso. Aquí, en el fondo no está mal visto quien roba al Estado. Muchos lo aplauden, lo consideran una muestra del triunfo del hombre sobre ese ente odioso e inútil que parece estar ahí para estorbar, del que solo se espera que no aumente de nuevo los arbitrios ni se lleve más jóvenes a la leva.

Estébanez volvió a interrumpirse, pero nadie dijo nada, parecía que el silencio bastaba.

—Disculpe, embajador, estoy hablando demasiado, a veces me pasa sin darme cuenta. Un defecto de la edad —dijo sonriendo.

—Está anocheciendo —observó Salamanca—, es hora de volver a casa.

Esa noche, en la penumbra del dormitorio, la borrosa visión del dosel de la alcoba sobre su cuerpo tendido le pareció al embajador una losa que trataba de aprisionarlo. Era un efecto del insomnio incompleto, ese estado entre el sueño y la lucidez que nubla de sombras a la razón y de dudas a las creencias. Esa losa evocaba un obstáculo, el que deben sortear individuos y naciones para ganar el pan y la libertad, pues nunca son gratuitos.

María Buschental se aplicaba un pincelillo sobre las pestañas con ayuda de un espejo de viaje cuando un brusco movimiento del tren desequilibró su mano. Una mínima gotita, negra como la tinta, le cayó sobre el pecho. Por muy poco no llegó a rozar la blusa ni el sujetador de encaje blanco, parecía un lunar que llevara allí mucho tiempo. Lo limpió con un pañuelo empapado en colonia que dejó un rastro de fragancia. A punto de llegar a su destino, se apuró a terminar de pintarse en el interior del vagón dormitorio. Tras la ventana, unas colinas gemelas ocultaban el océano que en los próximos días iba a ser su refugio. Necesitaba estar sola y para eso nada mejor que la vista del mar.

Camuflada entre los verdes altozanos, de nuevo apareció la imagen recurrente de los últimos días, su cuerpo desnudo y convulso bajo una especie de palio bordado. ¡Su cuerpo! ¡Cómo la había sorprendido su cuerpo! La noche de Vista Alegre había hecho el amor con verdadera violencia, como nunca en su vida. Ahora, en la serenidad de la distancia, trataba de esclarecer el amasijo de circunstancias que confluyeron aquel día. Demasiado oporto, claro; pero no se iba a engañar, bebió en exceso con toda intención, fue su propia voluntad la que conscientemente quiso adormecerse y abandonarse. En realidad, llevaba años preparando ese encuentro; aunque lo había postergado muchas veces, siempre supo que un día ocurriría, y esa tarde se dieron las condiciones. Había cumplido ya cuarenta y siete años, hora de, al menos, vislumbrar qué le tenía reservado la vida. Curioso, porque después de esa noche sabía menos que nunca si la vida tenía algo especial reservado para ella, e incluso qué era lo que ella misma esperaba de la vida.

Su cuerpo era un volcán, esa fue su primera sorpresa. Siempre se supo una mujer ardiente que se entregaba en el amor, pero esa noche… todo fue un exceso. El oporto, claro, pero también el grito de su piel tanto tiempo reprimido, la curiosidad por saber si seguiría prendiendo su hoguera al encenderla… ¡Y vaya si prendió! Y luego el cariño, claro, su cariño por él. ¿Cariño?, ¿amor?, ¿qué era eso que ella sentía por José de Salamanca? Otra incógnita que debía desvelar, que tampoco había quedado resuelta. José fue un amante perfecto, enseguida se dio cuenta de que debía dejarse llevar por el torbellino, y así lo hizo. El amante ejecutó exactamente lo que ella esperaba de él, tomar la iniciativa en escasos y puntuales momentos para replegarse después. Y, cuando empezaba la batalla, guerrear en buena lid, con destreza. Un experimentado compañero.

Y después, ese acceso terrible de celos que la asaltó, esa violencia animal contra el macho traidor, su marido, y más aún contra la culebra. ¿Qué cosa fue todo aquello que la asombró tanto como a su amante? A partir de un cierto instante, creyó que ocupaba la cama

otro hombre, su marido. Y le quiso hacer daño y amarlo al mismo tiempo. ¡Dios, qué embrollo de emociones! Gritó, lloró, rio a carcajadas, insultó a la concubina, una serpiente que también parecía estar metida allí en medio, entre las sábanas. Terminó agotada, extenuada, destrozada de cuerpo y alma, ya en el silencio de la madrugada. Menos mal que tuvo a su lado a un hombre cariñoso y comprensivo que se preguntaría hoy, tan confuso como ella, qué les depararía el futuro.

Era necesario dejar trabajar al tiempo, por eso viajaba hacia el mar.

Precisamente el tiempo, en alianza con la favorable conjunción de los astros mayores, apaciguó ánimos y templó ambiciones, trajo lluvias benignas y alejó temblores revolucionarios. Al menos durante unos meses, tal vez un año, tampoco se pidan milagros. María Buschental acogió en su salón a nuevas y prominentes figuras de la sociedad española, cuyas personalidades no es momento de reseñar. El embajador Bulwer-Lytton regresó a Estambul, donde cada atardecer meditaba sobre Talleyrand junto al ventanal de su despacho, tratando de desbrozar su compleja personalidad en unas cuartillas mientras sus ojos cabalgaban entre el papel y las aguas oscuras del Bósforo. El general Fernández de Córdova volvió a Roma y no era infrecuente que se le viera pasear por los jardines del Vaticano en compañía de Pío IX, quien no dejaba de demostrarle el afecto que se dispensa a un hijo predilecto. Eso no impedía que el ilustre militar dedicase buena parte de sus noches a leer y a escribir cartas de o para España, de modo que cada día se levantaba en Roma y cada noche se acostaba en Madrid. Jaime de Salamanca hacía cursos acelerados de paciencia, una virtud imprescindible en el oficio de padre de una niña angelical, una criatura que le había regalado ¡a sus años! un soplo de vida. Don Matías Perelló y don Pedro Miranda recorrían por separado cada mañana el trayecto que iba de sus despachos hasta el palacio de Recoletos. Excepto los jueves, en que lo hacían juntos a mediodía y por la tarde ya no regresaban a la oficina, como los colegiales. Serafín Estébanez se aplicaba en el esfuerzo debido a su oficio de escribir, una forma como otra cualquiera de huir del presente, enlazando palabras con amor paternal y emborronando blancas holandesas en la búsqueda del adjetivo exacto, de la musicalidad de la expresión, de la veracidad del argumento, hasta que su espíritu exigente se reconciliaba con el párrafo terminado y por fin transformado en inefable poesía.

En cuanto a José de Salamanca, continuaba su idilio con una vida resplandeciente. Seguía levantando vías por toda Europa, pero no se decidía a construir casas en el barrio de Recoletos, su instinto no terminaba de enviarle al cerebro la señal que este esperaba. Buena

parte de la primavera la pasó en Los Llanos y el verano en Vista Alegre, y, cuando empezó la temporada de ópera, regresó con entusiasmo a su palco del Teatro Real, donde cada tarde movilizaba recónditas fibras de su corazón bajo el influjo armonioso de los sonidos. No faltaba a las reuniones de los martes en la mansión Buschental y mucho menos a los almuerzos que él mismo organizaba cada jueves en Recoletos. Una vida que le empezaba a resultar rutinaria.

Una mañana de octubre le esperaba una sorpresa, un mensaje de la Casa Real lo convocaba a palacio esa tarde para ser recibido por la reina. No alcanzaba a entender el motivo de la llamada, aunque vagamente creía sospecharlo. Intentó no pensar en ello, pero no lo consiguió, cierto desasosiego lo tuvo en vilo hasta que llegó la hora. Ya en palacio tuvo que esperar cuarenta minutos, nada raro conociendo a la reina, pero lo cierto es que la espera se le hizo eterna. Isabel II lo recibió en un saloncito privado, con familiaridad, sentada en un sillón con uno de sus perros reposando sobre la falda.

—¡Salamanca, cuánto tiempo sin verte! ¡Me tienes abandonada, aunque no te guardo rencor!

—Majestad, me tenéis siempre a vuestras órdenes, pero no me gusta importunaros.

—Tú nunca importunas, ¿qué crees, que te considero uno de esos pesados insufribles? Bueno, al grano, tengo un regalo para ti. Espero que lo consideres una alegría, ¡no te habrás vuelto republicano como tantos!

—Por favor, Majestad, ¿por quién me tomáis? —respondió con sorna.

—Ya me lo imaginaba. Por eso te nombro marqués de Salamanca, un título bonito, ¿no te parece?, lo he elegido yo misma. —La reina le arrojó una mirada que pretendía ser mordaz—. Bueno, ¿qué me dices?

El rostro de Salamanca enrojeció como un niño descubierto en un desliz, una de sus cejas empezó a temblar, fuera de control.

—Majestad, ¡qué alto honor! —balbuceó con torpeza, no sabía qué decir. La noticia se le había clavado en el corazón—. No encuentro palabras…

—No digas tonterías. Tenía que haberte nombrado hace mucho tiempo, pero estos tontos que me rodean nunca me recuerdan las cosas importantes. Dime, ¿te gusta el título? Suena bien, me parece. ¡Marqués de Salamanca!, algunos creerán que eres de esa ciudad.

—Me encanta. Majestad, estoy abrumado.

—Bueno, lo celebraremos en un acto oficial, ya te avisarán. —De pronto, Isabel II recordó algo—. Un momento, déjame mirar el papel, quiero ver una cosa. A ver, ¡pues no! Este título no lleva Grandeza de España, eso es un fallo. ¿Te importa mucho?

El color del rostro de Salamanca mutó del rojo al morado en un instante, la conversación lo había desencajado. Enseguida captó la idea, un título sin Grandeza era un nombramiento de segunda categoría, ¿qué iban a pensar sus enemigos? Pero no dijo nada.

—No me respondas, ya veo que te importa, ¡es natural! Bueno, eso lo vamos a arreglar pronto, déjalo en mis manos.

—Majestad, no sé qué decir.

En verdad no sabía qué decir, había esperado tanto tiempo este momento que no supo reaccionar. La conversación con la reina apenas duró unos segundos más, le faltaron reflejos para decir algo inteligente, así que se despidieron enseguida.

De modo que ya era marqués, y si al título le faltaba grandeza, al personaje le sobraba esplendor. Y dinero, por supuesto. En cualquier caso, la mueca de decepción que debió de reflejarse en su rostro no le pasó inadvertida a la reina, tan indolente en asuntos de gobierno como laboriosa en materia de títulos nobiliarios. Se tomó a pecho la supuesta desilusión del nuevo marqués de Salamanca y, deseosa de complacerlo, hizo suya la tarea de compensar el presunto agravio.

El resultado fue visible muy pronto, exactamente cuatro semanas más tarde recibió un escrito de la Casa Real informándole de que Su Majestad acababa de rubricar su nombramiento como senador vitalicio. Esta vez su sorpresa fue aún mayor. Acostumbraba ironizar sobre la negligencia imperante en el Congreso de los Diputados; sin embargo, para no herir a Estébanez, senador desde hacía muchos años, evitaba decir en voz alta lo que pensaba del Senado: una asamblea estéril compuesta por un pelotón de ancianos condecorados, eso es lo que pensaba de la Cámara Alta. Un pensamiento que afortunadamente no llegó a salir de su boca, de modo que lo único que se vio obligado a tragarse ahora fue una idea, algo de digestión más llevadera que una frase tan larga. A esa estéril asamblea se iba a incorporar él de por vida salvo que cambiara el régimen, cosa nada improbable, por otro lado, a pesar de encontrarse joven y pleno de vigor. Ironías aparte, paladeó con agrado la dulzura del nombramiento y no perdió un minuto en acudir a cumplimentar a la soberana para agradecérselo.

En esos días organizó su próximo viaje al extranjero, esta vez a Italia, una nación en construcción, mixtura de antiquísimas y hermosas regiones, antes estados, a las que la nueva monarquía liberal pretendía redimir de sus pesadumbres históricas incorporándolas a un gigantesco proyecto de gloria. Ingenuas pretensiones de las que los hombres jamás abdican pese a los tercos precedentes. Animado de espíritu previsor, Salamanca envió cartas de presentación a cierta

dirección postal de la noble ciudad de Pésaro, una población protegida por san Terencio y bañada por el Adriático en la que residía el inmortal músico Gioacchino Rossini, a quien le anunciaba su visita. No lo había visto nunca, pero lo conocía como si fuera su padre, tantas horas había gozado con su música.

Soplaban vientos a favor para distinciones y recompensas, la vida siempre tan oscilante, antes ninguna y ahora todas juntas. Nueve días después de su nombramiento como senador vitalicio, fue citado en la legación de Francia, donde supo que Napoleón III le había concedido la *Légion d'honneur*. Otro motivo de orgullo inesperado, la más prestigiosa condecoración francesa para un empresario español que había construido muchas leguas de ferrocarril en ese país. Intuyó en este galardón la mano oculta de su adorable amiga la emperatriz, tendría que viajar a París para darle las gracias.

Pero ahí no quedó la cosa, dos meses más tarde, en enero de 1864, llegó a su casa sin aviso previo la Grandeza de España. Y de primera clase, para que no hubiera dudas. Venía acompañada de un nuevo título, el de conde de Los Llanos, un nombre entrañable, candoroso. Isabel II hizo honor a su palabra con presteza, en menos de tres meses Salamanca había pasado de rico burgués a condecorado aristócrata de mérito: marqués de Salamanca, conde de los Llanos, grande de España y senador vitalicio. Nada menos.

Con esa carga de vanaglorias en la alforja, se presentó un día en Pésaro camino de Roma y conoció a Rossini. El gran hombre pasaba ya de los setenta años, pero se mantenía lúcido y lleno de vida. La visita de Salamanca le hizo revivir viejos recuerdos españoles, la composición de *El barbero de Sevilla* y sus muchos años en compañía de la *mezzo* madrileña Isabella Colbran, su primera mujer.

Antes de abandonar la ciudad, Salamanca quiso visitar el monumento a Rossini en su ciudad natal y se llevó la sorpresa de que no existía. ¡Pésaro no había levantado ni un modesto busto en honor de su hijo más universal! Esa oportunidad no se le podía escapar, de modo que pidió audiencia al alcalde y le ofreció costear una estatua de la calidad que merecía el compositor para colocarla en la plaza más noble de la villa. Ya en Roma contrató a uno de los mejores escultores, Marochetti, con el encargo de esculpir en bronce una estatua de gran tamaño del autor de *Guillermo Tell* sentado en un sillón. Como no era posible terminarla a tiempo para inaugurarla en el plazo de un mes que duraría su estancia en Italia, dejó todo organizado para que el evento se celebrara en Pésaro en el mes de agosto, él viajaría expresamente en esas fechas con el fin de homenajear al genio.

Regresó a Madrid con una sola idea en la cabeza, las obras del nuevo barrio. Su instinto no terminaba de enviar la señal que esperaba para empezar a edificar, de modo que decidió ignorar a su instinto,


por una vez. Ya era tiempo de poner cimientos y construir.

Capítulo 6

If you can dream — and not make dreams your master;
If you can think — and not make thoughts your aim.

RUDYARD KIPLING, *If…*

Si puedes soñar, y no hacer de los sueños tu dueño;
si puedes pensar, y no hacer de tus pensamientos tu objetivo.

Madrid, París, Cádiz, San Sebastián,
Alcolea, de junio de 1866 a septiembre de 1868

Hacía muchos años que el miedo no se le presentaba a pecho descubierto, desde aquella emboscada de los napolitanos durante el sitio de Gaeta de la que salió vivo solo gracias a que la suerte, cosa extraña, se puso de su lado. Administraba la respiración con disciplina para que su sonido no lo delatara, y no resultaba fácil porque, tras una desaforada carrera de diez minutos, los pulmones le pedían oxígeno. Un frío inexplicable congelaba las gotas de sudor de su frente y las convertía en tizne, pegajoso y sucio. Al miedo lo gobierna el instinto, así que, ante la amenaza de las bayonetas cercanas, no había lugar para otra idea que no fuera sobrevivir. Oía a los soldados que lo buscaban gritar a los vecinos que les abrieran las casas para registrarlas, mientras él apretaba el cuerpo contra la pared como queriendo fundirse en ella y desaparecer, sin poder moverse de allí. Estaban tan cerca que el menor ruido de su parte lo delataría, de modo que reguló la respiración un poco más, al mínimo. Supuso que exactamente lo mismo sentiría un animal acorralado, esa inmovilidad aterradora del perro acosado entre una pared y sus perseguidores.

Completamente quieto tras un estrecho saliente que apenas ocultaba su cuerpo, en la pared del oscuro callejón, a medida que pasaba el tiempo en el precario escondite se hacía más patente el dolor por la herida en el brazo, hasta ahora ignorada por la inminencia de peligros más graves. Recordó la imagen espeluznante del cuerpo destrozado y sin cabeza tras la tremenda explosión, a solo dos puestos a la derecha del que él ocupaba en la barricada, y luego los gritos ordenando replegarse al cuartel. Y su decisión de no hacerles caso, la intuición le decía que, si regresaba al acuartelamiento de San Gil, estaría perdido, sería una ratonera, por eso corrió hacia el sur desde la plaza de Santo Domingo, perseguido de cerca por varios soldados. Y el que ahora estaba en una ratonera era él, quizás debió seguir a los demás cuando la pieza de artillería destrozó el parapeto.

Le pareció que el mundo era absurdo, hombres del pueblo uniformados defendiendo a la tiranía y matando a sus propios hermanos, en vez de unirse entre ellos para derrocarla. Tenía muchos amigos en el cuartel de Retiro, el regimiento de artilleros al que pertenecían los que ahora lo buscaban, tendría guasa morir a manos de alguno de ellos.

Más que a la monarquía, un concepto abstracto y por tanto nebuloso, Jaime de Zaldívar odiaba a los Borbones sin distinción de

castas o dinastías, la causa de todas las miserias. Esa fue la razón por la que un día emigró a Italia y se alistó en la Expedición de los Mil, la de Garibaldi, para acabar con el rey Francisco de las Dos Sicilias, otro Borbón. Un fantasma del pasado sobrevoló la mañana del solsticio madrileño y le clavó las uñas en su alma simple, ajena a sutilezas, al recordar que al rey Borbón lo sucedió otro rey llamado Saboya. «¿Para eso nos jugamos la vida en la batalla del Volturno, para cambiar una dinastía por otra?». Presa del pánico, sujetando la respiración como podía, con el brazo entumecido de sufrimiento, se reprochó ser un estúpido que andaba siempre metido en revoluciones imposibles que terminaban en papel mojado, como aquella de Vicálvaro.

De nuevo aumentó el ruido de voces en la calle, los soldados blasfemaban porque no lo habían encontrado en aquella casa. Cada vez se les oía más cerca, en cualquier momento entrarían en el callejón. Una voz lo increpó de repente, le heló el alma y se dio por muerto.

—Pasa, ¡vamos, rápido!

Pero no era la voz de un soldado, sino la de una mujer que estaba junto a él. Lo invitaba a atravesar la puerta que acababa de abrir, una puerta que hasta ese momento no había visto, obsesionado como estaba en permanecer inmóvil. Las circunstancias no permitían efectuar indagación alguna antes de aceptar la invitación, de modo que se limitó a obedecerla y en un segundo se encontró en el interior de una habitación, en la que una mortecina lámpara de gas escasamente dejaba ver el miserable mobiliario. La mujer lo cogió de la mano, apagó la lámpara y lo condujo en la oscuridad al dormitorio contiguo.

—Escóndete debajo de la cama, puede que entren —ordenó.

Los soldados no entraron, se limitaron a aporrear el portón y, a falta de respuesta, terminaron registrando otras viviendas cuyas puertas les fueron franqueadas. Mientras tanto, sobre el suelo de terrazo, Jaime de Zaldívar intentaba regular su corazón desbocado y contenía con un pañuelo la hemorragia del brazo.

Al despertar vislumbró en la pared de enfrente la figura del Crucificado con su abatida mirada hacia el suelo, obligado sin duda por el tormento de la corona de espinas que le ensangrentaba el rostro. De niño, cuando iba a la iglesia se angustiaba con la crueldad del martirio de la crucifixión. Para sus amigos, los crucifijos eran imágenes tan inofensivas como las estampas de serafines que les regalaban las monjas, pero Jaime de Zaldívar los asociaba con otras manifestaciones de la maldad, esa que se veía por todas partes, incluso en su propia casa. Ya empezaba a hacerse preguntas inquietantes,

seguramente impropias para alguien de su edad, y desde entonces hacerse preguntas se convirtió para él en una costumbre. Pero también en un suplicio, por la fealdad de muchas respuestas.

Estaba solo, acostado en la ancha cama de un dormitorio en penumbra, sin ventanas, desnudo de cintura para arriba y con una venda limpia en el brazo. Seguramente, aquella mujer le había cuidado mientras estuvo dormido, o tal vez desmayado. No recordaba nada desde el momento en que ella lo ayudó a acostarse, una vez que estuvieron seguros de que los soldados habían pasado de largo. Ahora la mujer entraba sonriente en el cuarto con la lámpara en la mano, fue como si la viera por primera vez, antes no había conseguido distinguir sus rasgos.

—Buenas tardes, ¿cómo está mi fugitivo? —preguntó.

Zaldívar no daba crédito, era una joven bellísima, aquello parecía un cuento imposible de creer, estas cosas no ocurren en la vida real. Ella misma no le dio tiempo a responder.

—De buena te has librado, ahora todos tus compañeros están presos. Y eso los que no han muerto, que han sido docenas. Se atrincheraron en el cuartel de San Gil, que supongo que es el tuyo, ¿verdad? —Él asintió—. El asedio ha durado unas horas, las que tú has dormido, pero ya ha terminado. El Gobierno ha vuelto a ganar, como siempre, qué se iba a esperar…

El Gobierno siempre ganaba, era verdad, pero algún día terminaría perdiendo. Zaldívar recordó la arenga del capitán Hidalgo de la Quintana aquella madrugada. La sublevación se anticipaba a esa misma noche porque alguien los había delatado, no podían esperar. Prim se pronunciaría en Irún, Pierrard en Madrid y otros generales en diversos puntos de España. Miles de civiles estaban listos para unirse a ellos, el triunfo estaba garantizado. Todo eso dijo. Se preguntó dónde estarían ahora Pierrard y Prim, y todos esos generales. Probablemente escondidos en lugar seguro mientras sus compañeros iban a ser irremediablemente fusilados.

En realidad, la sublevación se había fraguado en la cantina de suboficiales del cuartel de San Gil; él mismo fue uno de los sargentos que la promovieron, hartos ya de no cobrar, de la injusticia en los ascensos y del desprecio con que los trataban. Uno de ellos entró en contacto con Pierrard y este con Prim, el cual estaba exiliado, así empezó todo.

Colgada en una silla, veía su guerrera medio destrozada, el uniforme de un Ejército deshonroso en el que se alistó para ganarse la vida. Ahora era un desertor. Aunque mejor ser un desertor que un cadáver, se dijo mientras se preguntaba qué iba a hacer ahora.

—Me has salvado la vida —dijo, mirando a la joven—, y te has jugado la tuya por ayudarme.

Ella acercó una silla a la cama, le quitó la venda y limpió la herida. Sonreía al oírlo maldecir por el roce de las gasas con la llaga. Era una joven muy sonriente.

—Es solo un corte, aunque muy profundo. Hoy ha sido tu día de suerte, ¿tienes hambre?

Él no tenía hambre, solo confusión. Y una sensación de sopor, el que sucede al estado de nervios. Pensaba en sus compañeros, pero de una forma imprecisa, poco dolorosa. Era hombre de lento pensar, necesitaba tiempo para madurar las cosas. De momento, su curiosidad se concentraba en los ojos negros que lo miraban a hurtadillas, divertidos, tan absorbentes que tardó en descubrir la tersura de la piel limpia y agitanada de la joven, la hermosura de su cuerpo pequeño que no encajaba en la sordidez de la casa.

—He olvidado presentarme. Me llamo Jaime Zaldívar, hasta hace un rato era sargento de artillería.

—Ya lo sé, he visto tu documentación cuando te quité la guerrera. También sé que eres muy mayor, tienes treinta y un años, aunque pareces mucho más joven.

—Es verdad, eso me dicen siempre. Y tú, ¿cómo te llamas?

—Estrella. Soy de Cádiz, aunque llevo cinco años en Madrid. Pero no me gusta Madrid, no tiene mar —dijo con nostalgia.

—Me alegra deberle la vida a una estrella, es un nombre muy bonito. Y ¿a qué te dedicas, Estrella?

En lugar de una respuesta, Jaime de Zaldívar recibió un regalo, la mano de Estrella acarició con lentitud su pecho desnudo y sus ojos le escrutaron el rostro serenamente, sin el menor disimulo.

—No tengo un trabajo fijo —respondió pasados varios minutos. Se soltó las pinzas que le sujetaban el pelo y lo dejó desparramarse en una inmensa melena negra—, algunos amigos me ayudan.

Jaime de Zaldívar no supo qué más decir, tampoco parecía necesario decir nada. Lo que hizo fue dejarse llevar, estremecerse y recibir el generoso regalo que la arbitraria existencia le ponía delante. Inexplicablemente, una jornada tenebrosa se transformó de repente en una cadena de instantes felices.

La represión fue espantosa, propia de un gobierno débil y un régimen en descomposición, la monarquía de Isabel II. Los sargentos de San Gil sobrevivientes, en número de sesenta y seis, fueron fusilados en el exterior de la plaza de toros, junto a las obras de un barrio nuevo que construía el marqués de Salamanca. Centenares de sospechosos, militares, civiles y políticos opositores, terminaron en prisión tras un juicio sumario. Muchos, como don Práxedes Sagasta, tuvieron que huir de España, a acompañar a don Juan Prim en el exilio.

El brazo ejecutor de la revancha fue don Leopoldo O’Donnell, el mismo héroe de Vicálvaro que combatió en 1854 para destronar a la reina a la que ahora protegía, una paradoja que ya a nadie sorprendía en el país de las paradojas. La actitud sanguinaria del régimen, o mejor, de los hombres y la mujer que dirigían el moribundo régimen, mancillaba todos los valores en que afirmaba sostenerse, como la libertad, la tolerancia y la justicia. Incluso la religión que decía defender, que hablaba de amor y compasión, resultaba igualmente mancillada.

Para evitar riesgos mayores en tal estado de cosas, Jaime de Zaldívar se vio obligado a permanecer una larga temporada en la humilde vivienda de Estrella, sin ver el sol ni la luna, porque la única ventana de la casa daba al angosto pasaje. Era ella quien salía a comprar lo necesario y a despedirse de esos *amigos* que la ayudaban, decidida como estaba a entregarse en cuerpo y alma al sargento desertor de ojos celestes y carácter taciturno que ahora compartía su vida. Con frecuencia acudía al Monte de Piedad a pignorar los valiosos pendientes y collares con que sus diversos amigos la habían favorecido, y no a cambio de nada, como es fácil imaginar, unas joyas que había ido guardando como hormiguita previsora. Era hora de convertirlas en numerario para afrontar los luminosos planes de futuro que bullían en su cabeza.

A veces, Estrella se acercaba a la Puerta del Sol, platicaba con el primero que encontraba y se enteraba de los atroces sucesos que encenagaban la vida pública y congelaban las almas de las gentes. Allí conoció el cese de O’Donnell, a alguien tenía que echar la reina el muerto de los fusilamientos de junio. También allí supo del regreso de Narváez al ministerio, dispuesto una vez más, y ya iban siete, a meter en cintura a la nación.

De vez en cuando, aunque siempre con la mayor discreción, para que no se enterase Zaldívar, Estrella iba a misa. Pero no a una misa cualquiera, sino a San Jerónimo el Real, la iglesia más bonita de la ciudad, donde rezaba en silencio bajo su negro velo de tul. Ella no sabía si era o no era creyente, ni siquiera entendía esta extraña inclinación suya por las iglesias, solo sabía que le gustaba sentarse a orar en uno de los duros bancos del templo bajo los arcos ojivales y las imponentes lámparas que colgaban de los techos altísimos, inhalar el humo del incienso y llorar en silencio con los solemnes acordes del órgano mientras pensaba en una niña, una niña con la que tan solo había convivido seis días. Jamás se le había pasado por la cabeza la idea de confesarse, y aún menos confiar su desconsuelo a alguno de los ancianos de graves sotanas que rompían con sus pisadas el excelso silencio de la nave. Sencillamente, Estrella dejaba mecer su alma en la serenidad de las imágenes expuestas en las capillas, igual que al

acostarse se emocionaba con el crucifijo de marfil de su dormitorio.

Precisamente a la salida de San Jerónimo el Real, una mañana de julio vísperas de la Virgen del Carmen, notó que alrededor de Cibeles se congregaba una muchedumbre y le picó la curiosidad, de modo que se acercó a ver. Ya entre el gentío, descubrió que lo que fuera ocurría en el palacio de Recoletos, adonde no paraban de llegar carruajes de los que bajaban elegantes caballeros que entraban resueltos en la casa. Una superstición incomprensible, como todas las suyas, impedía a Estrella cruzar la calle de Alcalá y acercarse a la esquina del Pósito, donde vería mucho mejor. Esa línea imaginaria era una frontera que no quería traspasar. La curiosidad la llevó a preguntar a una anciana de negro que estaba allí estacionada, como una carroza más.

—¿Es un entierro?

—¿No lo sabe? —respondió la mujer, con aires de sabihonda—. Ayer murió doña Petronila, la marquesa de Salamanca. ¡Pobrecilla, tan joven! ¡Dicen que el marqués le ha dado muy mala vida, siempre con otras mujeres!

Se alejó al instante de la vieja pájara, ¡qué sabría ella de marqueses y de mujeres! Cruzó el Prado y se apostó en la esquina del palacio de Buenavista, junto a la verja, allí se veía mejor y se encontraba a este lado de la frontera que se había prometido no cruzar. Cada vez llegaban más carruajes, tantos que, para huir de la aglomeración, algunos cocheros fueron a estacionar en los jardines de Buenavista, a la espera de incorporarse al cortejo de coches.

—¡Mire, es el duque de Sesto! Viene en representación de la reina. —La joven que hablaba ahora parecía estar al tanto de los pormenores del protocolo de palacio.

Estrella permaneció allí hasta que arrancó el cortejo fúnebre, media hora más tarde. Miles de personas se agolpaban a ambos lados del Prado para verlo, en España gustan mucho los desfiles, sobre todo si llevan un muerto. Tras cuatro diáconos que columpiaban dorados incensarios, marchaba solemne la carroza fúnebre, semioculta entre frondosas coronas de flores cuyas cintas de seda mostraban piadosas leyendas en latín. La escoltaba una unidad de terciarias trinitarias en impecable formación, en la acera se murmuró que la difunta fue preclara benefactora de esa orden. Detrás del féretro, un selecto grupo de clérigos de rango, según delataban los coloridos perfiles de sus sombreros, los más de ellos con breviarios abiertos en sus manos. E inmediatamente después, junto a un joven apuesto, sin duda su hijo Fernando, precediendo al duque de Sesto y demás autoridades, iba él, erguido y de negro riguroso. Como siempre, aunque algo más grueso y mucho más triste.

No desfilaban mujeres, nunca lo hacían, una incomprensible tradición lo impedía. Iban en coches directamente a la iglesia, de

modo que aún menos pudo Estrella distinguir a una niña de tres años a la que, engañándose secretamente a sí misma, había alimentado la esperanza de reencontrar. En medio del respetuoso silencio, Estrella evocó agradables momentos que nada tenían que ver con un espectáculo tan sombrío, alegres imágenes de un divertido Pepe Salamanca —para ella siempre fue Pepe—, un hombre muy distinto de este alicaído señor que caminaba tras el ataúd de oscura caoba. Por cierto, precisamente ayer, había empeñado en el Monte unos preciosos pendientes de perlas que él le regaló en su día. Así es la vida.

Era la última vez que vería el Prado en mucho tiempo. Pocos días más tarde, la primera noche de agosto para ser exactos, Estrella y Jaime de Zaldívar se acomodaban en el interior de la diligencia de Cádiz. Habían evitado el tren de Alcázar de San Juan para disminuir el riesgo de que alguien pudiera reconocerlo, todavía era un prófugo. Entregaron al cochero dos baúles bien amarrados, casi enteramente repletos de vistosos vestidos y delicadas prendas de femenina intimidad, de última moda. Estrella paladeaba por anticipado el privilegio de ser la mujer más envidiada de Cádiz, en cuanto la vieran pasear tan elegante por sus parques del brazo del hombre más guapo de Madrid, y el más dulce. En una bolsita de lona negra oculta bajo el corsé de lino rosa, había depositados dos mil reales, y alrededor de su cuello de zíngara destellaban tres docenas de perlas auténticas y de buen tamaño, ensartadas en un collar de doble vuelta. La única joya que decidió conservar, en favor de ciertos gozosos momentos de su pasado que gustaba evocar.

El corazón de Estrella zumbaba de esperanza; en cambio, el de Jaime de Zaldívar recelaba. Como los pájaros de mal agüero, estaba convencido de que las buenas rachas nunca duran tanto tiempo.

La buena racha de José de Salamanca había sido en cambio muy larga, pero la mala iba ya para dos años y proyectaba oscuros augurios. Primero fue la parálisis de los negocios, otra crisis monetaria también importada de Europa como la de mediados de los cuarenta, una repentina tempestad que desbordó los angostos senderos por donde discurría la economía española con la pavorosa secuela de hambre y pobreza que sucede a cualquier inundación.

Luego vino la muerte de Petronila, sin aviso previo, cruel en fondo y forma. Alguna dolencia entre el hígado y el duodeno acabó con ella en unos meses, poco a poco. Se preguntaba si por fin su mujer habría encontrado la felicidad, cuyo gozo demoró toda su vida dejándolo para más tarde, para ese inexplorado y misterioso espacio del tiempo que empieza con la muerte y no termina jamás. Ahora, casi un año después, él no se atrevía a definir de qué modo la seguía queriendo.

En realidad, Petronila empezaba a ser una imagen difusa de rostro intemporal, viento del pasado. Puede que la quisiera más que nunca porque la echaba de menos, se había quedado solo y añoraba el rumor de sus avemarías.

Después de Petronila fue Serafín Estébanez Calderón, *el Solitario*, como lo conocían sus lectores, quien cierta tarde de febrero dijo adiós a todos, un día negro y anónimo que se llevó con él a su mejor amigo, a un hermano.

En cuanto a los negocios, se complicaban a una velocidad endiablada, todo empezó a ir mal al mismo tiempo. Las obras del nuevo barrio devoraban cantidades fabulosas de dinero que no serían compensadas hasta que empezaran a venderse las viviendas. Los gobiernos, no solamente el español, agobiados por la caída de sus ingresos, dejaron de pagar por las obras de los ferrocarriles a los contratistas como él, cuyas facturas se amontonaban en las tesorerías de los ministerios junto a las cartas de reclamación, arrogantemente ignoradas. También los ingresos de las concesiones ferroviarias se redujeron de modo fulminante por la menor afluencia de viajeros; y los bancos, ateridos ellos mismos por el frío contagioso de las insolvencias, no estaban para nuevos créditos.

De nuevo, tras muchos años, se enfrentaba al drama de la falta de liquidez, largamente olvidado. Necesitaba dinero para continuar las obras. Por eso estaba de nuevo en París.

Si es verdad que ciertas casas tienen una vida propia, autónoma de la de sus propietarios, y hay quien así lo afirma, el palacete de la Rue de la Victoire, 50, debía de temblar de orgullo la mañana del tres de junio de 1867, bien es cierto que al mismo tiempo arrostraba la servidumbre de una gran responsabilidad. De las paredes de sus veinticuatro habitaciones, y hasta su dueño don José de Salamanca tuvo que acomodarse en un hotel cercano para dejar su propio dormitorio al servicio de los cuadros, colgaba la colección de pinturas más extraordinaria que una vivienda privada haya albergado jamás. Para realzar tanta belleza, doscientas treinta y tres piezas firmadas por maestros de diversas escuelas, la española o la italiana, la holandesa o la flamenca, el palacete fue vestido de gala: los mármoles abrillantados, los muros de estuco pulidos, las lámparas multiplicadas, los muebles barnizados y el jardín embellecido. Gracias a la pertinaz contumacia del anciano mayordomo, un mulato con fama de brujo en su originaria isla de la Martinica, el sol de París, un astro perezoso como es bien sabido, fue conminado a trabajar a pleno rendimiento durante los cuatro días que duraría la subasta para facilitar la visión de tanta hermosura.

Antes de que llegaran los visitantes, Salamanca procedió a una última inspección de las obras expuestas. Una vez que hubo aceptado una idea tan dolorosa, la imperiosa necesidad de venderlas, ya habría tiempo para volverlas a comprar en el futuro, seleccionó de entre las casi mil pinturas que poseía aquellas que alcanzarían mayor precio. Estaban, por tanto, las mejores, como ejemplo, veinte obras de Velázquez, entre ellas cuatro célebres retratos, el ecuestre del príncipe Baltasar Carlos, el del cardenal Borja (la más querida de todas), el de Felipe IV y el de una dama desconocida, catorce Murillos, de los que no eran los menos valiosos *El hijo pródigo* o *La gitana vieja*, varias obras maestras de Ribera, como *La Inmaculada Concepción*, o *La Anunciación* de Zurbarán. Completaban el catálogo de la subasta, convenientemente anunciada en los periódicos franceses de mayor notoriedad, cuadros de reputadísimos artistas como Juan de Juanes, Sánchez Coello, Rubens, De Vos el Viejo, Bellini, Van Dyck, Brueghel, Urbino o Mantegna, por citar a algunos de entre los más de cincuenta autores presentes. Y ocho cuadros de Goya, la gran incógnita. Salamanca veneraba al maestro aragonés, a quien consideraba el último gran pintor, pero era prácticamente desconocido fuera de España.

A partir de las once de la mañana, hora en que se abrían al público las puertas de la casa, comenzaron a llegar visitantes que deambulaban por las distintas dependencias para conocer las pinturas y decidir sus preferencias. Las subastas tendrían lugar cada tarde a partir de las siete, casi sesenta cuadros por sesión. Habían anunciado su visita la mayor parte de sus amigos residentes en la ciudad, en especial la emperatriz Eugenia y los duques de Riánsares, pero también Guy Stephan e incluso James Rothschild, algo delicado de salud por aquellos días. Aunque fue un inesperado visitante, al que tan solo reconoció al identificarse él mismo, quien le proporcionó la primera alegría de una jornada a la vez prometedora y triste. Salamanca se emocionó al reconocer al anciano que tenía enfrente, rondaba los ochenta, pero conservaba íntegramente la vivacidad y la nobleza del porte. Hacía más de treinta años que no se veían.

—Cuando leí su nombre en el anuncio del periódico, me pregunté si este marqués de Salamanca no sería aquel joven animoso que conocí en Madrid el año treinta y uno, una premonición me lo hacía sospechar. Ahora tengo tiempo para leer los periódicos con detenimiento, incluso los anuncios de subastas, y visito todas las exposiciones que merecen la pena; quizás recuerde usted cuáles son mis dos únicas aficiones, servir al Altísimo y gozar del arte, al fin y al cabo no deja de ser la expresión más sublime de la Creación —se expresaba en un español perfecto, casi sin acento. La energía de su mirada transmitía vigor juvenil, que un hombre de su edad conservara

hasta tal extremo el pulso vital pareció a Salamanca algo prodigioso, Petronila lo habría considerado un milagro.

—Monseñor Carlo, ¡no lo puedo creer! ¡No se imagina hasta qué punto me alegra verle! Pero, dígame, ¿qué hace usted en París?

Su eminencia el cardenal Carlo von Waldburg Zeil residía en París desde hacía tiempo, al calor de una sobrina casada con cierto diplomático alemán. Cuando residía en Madrid, Salamanca le pidió ayuda para tratar de salvar de la muerte al general Torrijos. No tuvieron suerte, Torrijos y sus hombres fueron fusilados.

El anfitrión acompañó al cardenal a recorrer la exposición, de la cual no perdía detalle. Miraba los cuadros como si representaran el valle de Josafat, y solo de vez en cuando rompía el silencio para llamar la atención sobre algún detalle insignificante, al que daba la mayor importancia. Cuando entró en una de las últimas salas, monseñor no pudo reprimir una expresión de asombro.

—¡Goya! ¡Esto no me lo esperaba! El gran pintor español del último siglo, lo descubrí en mi época en Madrid. Un artista especial que reúne todas las condiciones del genio, cuesta creer que todavía sea un desconocido en Europa. Lamentablemente, no pude conocerlo, murió poco antes de llegar yo a España. —Se detuvo ante cada uno de los ocho cuadros que ocupaban el pequeño gabinete: seis retratos, una corrida de toros y una escena religiosa. Salamanca se maravillaba al descubrir la extrema concentración con que el cardenal se enfrentaba a las pinturas—. Lo siento, Salamanca, no puedo felicitarle. Su colección es tan maravillosa que, si yo fuera usted, estaría muy triste al desprenderme de ella.

—No se imagina usted lo que significa para mí vender estos cuadros —observó Salamanca con desánimo—, adquiridos a lo largo de cuarenta años. Aunque suene algo pretencioso, le podría contar la relación de cada uno de ellos conmigo, exactamente como si fueran mis hijos. Cómo y cuándo llegaron a mis manos, las paredes donde han colgado, hasta el rayo de luz que los iluminaba a ciertas horas… Algunos los tuve que vender hace años, pero en cuanto pude los volví a comprar. Ahora se vuelve a repetir la historia, monseñor, no tengo más remedio que desprenderme de ellos, pero le aseguro que trataré de recuperarlos en cuanto me sea posible.

El cardenal se sintió cansado y ambos se acomodaron en uno de los bancos del jardín, a la sombra de un roble. Tenían mucho de lo que hablar. El azar quiso que a esa reunión improvisada se uniera otro ilustre recién llegado, el financiero James Rothschild, quien, contrariado por un molesto acceso de gota, prefirió quedarse con ellos antes que recorrer las habitaciones de la casa para ver las pinturas. Se pusieron a su disposición dos sillones a la sombra del mismo árbol, uno para sentarse y otro para apoyar la pierna dolorida.

—Me pregunta usted por la causa de la pobreza —al hablar, las manos de monseñor Carlo se movían con tal expresividad que parecían dar forma a sus argumentos y convertirlos en hechos tangibles—, y la primera respuesta que encuentro no es la que usted probablemente espera, recuerde que para un sacerdote la pobreza es una aspiración, una condición que nos acerca a la pureza, y en ese sentido es más un anhelo que una desgracia. Pero entiendo que usted no quiere hablar de teología, mi territorio, sino de economía, y recordará que no acostumbro a eludir mi opinión siempre que la tengo, como es el caso. Por otra parte, quizás debamos denominar miseria a lo que usted llama pobreza y así nos será más fácil entendernos. También le recordaré que hablo a título personal, como solía afirmar en mis conferencias diplomáticas cuando me convenía; en otras palabras, dentro de la Iglesia he sido y sigo siendo lo que se conoce como *un verso suelto,* es decir, alguien que piensa por su cuenta, algo que no quiero cambiar a estas alturas de mi vida. Y ahora, concluido el preámbulo, largo pero imprescindible, responderé a su pregunta con toda concisión: la causa de la miseria, señor de Salamanca, reside en una deficiente organización social.

Desde que se incorporó el barón de Rothschild, hablaban en francés. Las palabras de monseñor evocaron en Salamanca otra lejana conversación con él, muchos años atrás, al calor de la lumbre y de una copa de armañac. Recordaba aquella charla con la suficiente frescura como para poder asegurar que el cardenal no había perdido un ápice de su apacible combatividad, tal vez el secreto de su carácter fascinante.

—¿Debo entender que usted no cree, como hoy se escucha por todas partes, que la causa de la miseria de la gente sea la explotación de los trabajadores? —preguntó Salamanca, a quien la cuestión interesaba vivamente; la conciencia de las miserables condiciones de vida de tantas personas le deprimía, pero más desde un punto de vista estético que moral. La convicción de que la miseria era una desgracia evitable jamás le produjo el menor cargo de conciencia, era algo tan ajeno a su responsabilidad como una epidemia de peste. Su instinto olfateaba algún fallo en el entramado social y no alcanzaba a entender qué era, de ahí su curiosidad.

—¡Cómo voy a negar la evidencia! La explotación del hombre por otros hombres es una realidad atroz. De todas sus formas, la más monstruosa es la esclavitud, una miserable realidad en muchas naciones cristianas todavía a estas alturas del siglo. Hay muchas otras formas de explotación, ciudadanos por sus gobiernos, trabajadores por sus patronos, soldados por sus superiores, o una modalidad mucho

más habitual de lo que imaginan, la de muchos hijos y esposas por desaprensivos padres de familia. Manifestaciones brutales de abuso del poder, siempre en perjuicio del débil. Y esto es así porque el poder tiende a corromper a quien lo ejerce, y cuando el poderoso no encuentra un freno, interior o exterior, se transforma en un lobo que se revuelve contra su propia especie. Sobre todo cuando el resto de la comunidad se inhibe, legitimando de esa forma la injusticia y la crueldad. Pero estos abusos y sus consecuencias, como la miseria y tantas otras desdichas, tienen su causa en una organización social deficiente. La comunidad cuenta con suficientes armas para impedirlos, eso creo humildemente.

—Disculpe, monseñor —intervino un Rothschild tan interesado por las palabras del cardenal que se olvidó de la gota y apoyó la pierna quebrantada en el suelo—, pero de sus palabras, sin duda sensatas y profundas, se traslucen ideas excesivamente vagas. Son, si me lo permite, como la música de fondo, útil en cualquier ocasión, bien sea una fiesta o un duelo. De hecho, las podría suscribir sin dificultad cierto demagogo, casualmente judío y alemán como yo mismo, cuyas funestas teorías se están infiltrando en el cuerpo social como el agua en los pulmones y con consecuencias posiblemente mortales. Seguro que un hombre de su calidad puede llegar un poco más lejos. Hablando en términos musicales, me gustaría escuchar el resto de la partitura que acaba de esbozar, y no solo el introito.

Salamanca recordó que el cardenal era un consumado pianista y, como tal, versado en el manejo de los pentagramas, tal vez era esa la razón de la mueca de ironía dibujada en su rostro.

—El alemán es también, como en su caso, mi idioma de cuna, señor Rothschild. En razón de mi rango en la Iglesia tengo el privilegio, si es que esa es la palabra adecuada, de acceder a cualquier libro aunque se encuentre en el Índice. Mi natural curiosidad me llevó hace años a leer los textos del filósofo que usted menciona, quien por cierto no es ningún ignorante, y puedo asegurar que mi música no tiene nada que ver con la de Karl Marx. Hay muchas razones, todas evidentes: mi aversión por el materialismo y mi rechazo de la violencia no son las menores, pero en mi caso personal, y le recuerdo eso de que soy un verso suelto en la Iglesia, en mi caso personal, repito, hay algo más, un argumento consustancial con mi personalidad. Algo que raramente escuchará en boca de un sacerdote, pero yo no tengo reparo en proclamar: debido a la educación que recibí de parte de una mujer excepcional, mi madre, llevo clavada en mi alma, aferrada a prueba de fuego, la conciencia de la libertad. La libertad como atributo esencial en la naturaleza del hombre. De hecho, solo bajo ese fundamento se puede entender mi absoluta entrega a Dios. No podría justificar, por tanto, en modo alguno, ningún tipo de organización

social que no tenga su cimiento en el respeto a la libertad del individuo.

»No sé si esto le parece suficiente, señor Rothschild, tenga en cuenta que no debo dar pasos más allá, sería una temeridad de mi parte proponer esquemas específicos. Desconozco cuál es el mejor para acabar con la miseria, eso es asunto de ustedes, los hombres de acción, los que tejen y destejen las redes en las que se enredan riqueza y pobreza. Lo que sí me atrevo a afirmar es que la sociedad ideal, si es que algún día conseguimos algo que se le parezca, estará organizada en términos económicos bajo los principios de la libertad. Y su objetivo será el beneficio común fomentando la creación de riqueza, sin duda, pero aún más importante, imponiendo la eliminación de la miseria como única forma de garantizar la dignidad y la libertad del individuo.

El barón de Rothschild, avezado conversador y entusiasta del debate de ideas cuando tenía enfrente alguna inteligencia a su altura, como era el caso, trató de sacar más jugo de tan elocuente caballero, un raro ejemplar de una curia católica por lo general intransigente y con frecuencia intelectualmente menesterosa. Pero fue en vano. Al cansancio de monseñor, apreciable en el ligero encorvamiento de la espalda, se añadió la llegada de su sobrina para recogerlo; se aproximaba la hora del almuerzo y su eminencia era hombre de horarios inflexibles. Una lástima, porque la despedida de monseñor Carlo, especialmente afectuosa con el anfitrión, recordó a Rothschild que le dolía la pierna, cosa que durante unos minutos había olvidado por completo. De modo que, cogido del brazo de su buen amigo el marqués de Salamanca, sorteó cojeando los cuatro escalones de la escalinata de entrada y se adentró en la casa convertida en templo del arte, un mundo de goces visuales propicios a la ensoñación.

La asistencia a la muestra de pinturas y la participación en las cuatro subastas se vieron favorecidas porque en la ciudad del Sena se celebraba esos días la Exposición Universal. París hervía de orgullo, radiante en la plenitud de su vigor y en la ostentación de su esplendor. La ciudad de la *grandeur*, la protegida de Dios, vivía a espaldas de la pavorosa depresión que asolaba Europa entera, una terrible realidad de la que parecía quedar aislada. El emperador, quién sabe si presagiando la inminencia de próximos torbellinos políticos y militares, quiso recordar al mundo que Francia era cuna de toda innovación y también el fértil territorio donde cualquier semilla bien abonada se transformaba en progreso. Gracias al genio del ingeniero Krantz y a las ingentes inversiones del Gobierno de Napoleón III, en el Champ de Mars y en la isla de Billancourt, sedes de la magna

Exposición, se mostraba hasta qué punto la actividad creadora del hombre es capaz de engendrar verdaderas maravillas. El palacio de Cristal, un gigantesco edificio ovalado a base de acero y vidrio e integrado por varios anillos concéntricos, no solo era una obra sorprendente y estéticamente majestuosa, sino también el espacio donde se exponían los ingenios más inconcebibles y las máquinas más admirables inventadas por el hombre.

Una pequeña parte de los millones de visitantes de la Exposición acudieron al palacete de la Rue de la Victoire 50, suficientes para que sus salones se vieran desbordados por una concurrencia fascinada ante la calidad de las obras. Por la tarde, junto a los traslúcidos visillos del salón principal de la mansión, resplandecientes por la luz crepuscular de poniente, el martillo de los subastadores golpeaba una y otra vez la mesa tras la algarabía de las pujas. Cada uno de esos golpes retumbaba en el corazón de Salamanca con un doble significado, de una parte, la satisfacción por los altos precios alcanzados, de otra, la pesadumbre por perder unas obras tan queridas. Un reflejo de su propia personalidad, marcada en las cartas astrales por el dominio de Géminis, el de las dos almas, territorio de los gemelos Cástor y Pólux. Siempre que compraba un cuadro, lo hacía a impulso de una motivación doble, el placer de su contemplación y la esperanza de una buena inversión. En aquel instante, cada golpe de martillo le producía un doble sentimiento de orden contrario, la materialización de la plusvalía y el doloroso vacío que provocan las paredes desnudas.

El resultado de la subasta, sin llegar a ser excepcional, fue bueno: se vendieron más de ciento ochenta cuadros por un montante de un millón seiscientos mil francos, una cifra ligeramente superior a sus expectativas. Salamanca regresó a Madrid con cincuenta pinturas cuyas pujas no habían alcanzado las cantidades mínimas exigidas. Entre ellas, los ocho cuadros de Goya. Un consuelo, después de todo.

Cádiz volvía a ser, una vez más, el emblema de la libertad. Las calles, atestadas de gentes exaltadas, hervían de entusiasmo. Todo había empezado el día anterior, dieciocho de septiembre de 1868, cuando la fragata Zaragoza, anclada en la bahía, disparó veintiún cañonazos proclamando la revolución: la Armada, encabezada por el almirante Topete, se sublevaba. A partir de ahí, todo fue un frenesí de excitaciones y arrebatos, de adhesiones y entusiasmos que alcanzaron el cenit al circular de mano en mano el manifiesto redactado por López de Ayala: «Españoles, la ciudad de Cádiz puesta en armas…». Así empezaba, y luego daba por muerta a la dinastía borbónica, convocaba a la población a levantarse en armas y pedía la formación de un gobierno provisional. El manifiesto venía avalado con la firma

de los generales Serrano, Dulce, Nouvillas, Primo de Rivera, Caballero de Rodas y Serrano Bedoya, y con la de líderes políticos del prestigio de don Práxedes Mateo Sagasta o don Manuel Ruiz Zorrilla. Todos ellos se encontraban ya en Cádiz o estaban a punto de llegar. En las plazas, las muchedumbres prorrumpieron en aplausos cuando se supo que don Juan Prim, el héroe de Castillejos, había llegado a la ciudad procedente de Gibraltar para encabezar la sublevación; días atrás se había embarcado en Londres en un vapor, disfrazado de camarero.

De momento, la fragata *Zaragoza* hacía de cuartel general de la revolución. Cada minuto llegaban noticias frescas a través del telégrafo, España entera se levantaba contra el régimen de infamia de Isabel II. Se formaban Juntas Revolucionarias en decenas de ciudades y la población tomaba las calles en Algeciras, en Málaga, en Huelva, en Cartagena, en Barcelona, en Córdoba, en Alcoy, en Sevilla, en Valencia… Cada minuto se sumaba una nueva a la lista de ciudades sublevadas. Las Juntas proclamaban los sagrados principios que iba a consagrar la revolución: Cortes Constituyentes, sufragio universal, supresión de la censura de prensa, abolición de la pena de muerte, desaparición del reclutamiento por quintas… Las adhesiones de personalidades de todo orden eran incesantes: catedráticos, ingenieros, jueces, médicos, comerciantes… Todo ese flujo de información llegaba a través del telégrafo, ese invento bendito, hasta el teletipo de la Comandancia de Marina; luego se trasladaba en una lancha hasta la fragata *Zaragoza* y, sin que nadie supiera cómo, enseguida se esparcía por toda la ciudad, como polvo del desierto arrastrado por vientos de África.

Junto al puerto se había instalado una oficina de alistamiento, de allí salió Jaime de Zaldívar con un documento que le restituía en su antiguo empleo de sargento, perdido dos años antes, cuando el pronunciamiento frustrado del cuartel de San Gil. Eso sí, en un ejército rebelde, que pronto sería el regular. Le habían entregado una acreditación para que acudiera a Intendencia a recoger armas y uniforme en cuanto estuvieran disponibles, aún no se sabía cuándo. Lo que sí se sabía era que en pocos días empezaría la marcha hacia Madrid, a las órdenes del general don Francisco Serrano, a tomar la capital del Reino y derrocar la monarquía.

A la salida del puesto de reclutamiento lo esperaba Estrella, triste y alegre a la vez. Se acercaron a la bocana del puerto para contemplar el insólito y brillante espectáculo de la flota desplegada en la bahía, docenas de barcos de ondeantes banderas levantadas por vientos de cambio.

—Esta vez sí, esta vez va en serio. Mira, aquella es la fragata *Zaragoza,* en medio de la flota. Allí están Serrano y Prim —señaló Zaldívar abstraído, deslumbrado por el fulgor de los metálicos

destellos de los buques. Su instinto le susurraba que el final de los Borbones era cuestión de días, y eso abría un nuevo horizonte en sus vidas—. Me ascenderán a oficial y volveremos a Madrid, ya no tendré que venir al muelle cada mañana a ver qué sale.

Al igual que ellos, muchos otros miraban hacia el mar, el formidable paisaje de arrogantes buques alineados desafiando al poder establecido. Estrella forzaba la sonrisa para que no se le notaran las lágrimas. ¡Madrid! Quería volver a Madrid y olvidar cuanto antes esta vida de miseria. Se miró las manos, manos de lavandera, qué poco duraron sus ahorros y qué difícil era la vida en Cádiz.

—Sí, esta vez va en serio —repitió ella—, te ascenderán a oficial y tendremos una casa en Madrid.

Un hombre que estaba a su lado contó que la reina acababa de cambiar el Gobierno.

—Está tomando las aguas en la playa de Lequeitio, ¡así se ahogue! —prosiguió el desconocido—. Ha cesado a González Bravo por inútil y ha puesto a De la Concha, un maldito general.

—Claro, como ya no están ni Narváez ni O'Donnell para sacarle las castañas del fuego… —le contestó Zaldívar—. Ambos han preferido morirse antes, para no asistir al entierro de la monarquía.

—Al salir la reina de las aguas para firmar el decreto de nombramiento —dijo otro de los que miraban la flota—, dejó al cuidado del océano a su amigo íntimo Carlos Marfori, ¡quién mejor, después de haberlo colocado como ministro de Ultramar!

Todos los que estaban allí rieron, Carlos Marfori era el último amante de la reina. Era una risa nerviosa, empapada en esperanza.

Muchos salieron a la calle al conocerse en Madrid los sucesos de Cádiz. Aunque la tensión era palpable, no se produjeron motines ni se levantaron barricadas, lo que dominaba la ciudad era el miedo, miedo a raudales. La gente se preguntaba qué iba a pasar, la decisión de la reina de colocar a un militar con fama de duro en la presidencia del Gobierno, el general José Gutiérrez de la Concha, presagiaba guerra abierta, un nuevo episodio en la incesante y sangrienta contienda civil que era la historia de España en el último medio siglo.

Salamanca, atareadísimo con las obras de su barrio, hasta ese día no había podido aceptar la invitación de sus futuros consuegros a pasar unos días en el País Vasco. Con ellos estaba su hijo Fernando, que en pocas semanas se casaría con María del Carmen Hurtado. En vista de los acontecimientos, cambió de opinión y el veinte de septiembre tomó un expreso con destino a San Sebastián. Aún le costaba subirse a trenes de la competencia y ser tratado en sus vagones como un viajero anónimo, uno más, y siempre terminaba riéndose de sí mismo por ser

presa de prejuicios tan estúpidos. Al día siguiente, se acercó a la mansión Balda-Matheu, el lujoso edificio frente a la playa de la Concha donde solía residir la reina, pero lo encontró vacío, un ujier le informó de que la familia real al completo llegaría esa misma tarde procedente de Lequeitio. Dejó al ordenanza una tarjeta solicitando audiencia y dos días más tarde recibió respuesta, tenía hora con la reina para aquella misma mañana.

Isabel II lo recibió a solas, lo cual no resultó sencillo, tras el desembarco de una tropa de infantes, criadas, institutrices y edecanes, la hermosa mansión se les quedaba ahora pequeña. La reina quería conocer su opinión franca, algo que hubiera sido difícil estando acompañada, de modo que se las ingenió para desalojar a un secretario de su despacho y allí recibió a Salamanca. Aparentaba estar tranquila, aunque él sabía que la reina estaba acostumbrada a representar papeles de conveniencia, era una buena actriz.

—¡Salamanca!, ¡cómo agradezco tu visita en estos días, cuando tantos se quitan de en medio! —Sus ojillos inquietos resaltaban en la tez morena, no solo había disfrutado del mar, sino también del tímido sol del Cantábrico—. Me dicen que vienes de Madrid, cuéntame cómo están las cosas por allí.

Salamanca había dedicado un buen rato a elegir las palabras que tenía que decir. No resultaba sencillo sincerarse con la reina, pero estaba obligado a hacerlo, las circunstancias extremas que atravesaba la nación se lo exigían.

—Hay mucha inquietud, Majestad. Tras los sucesos de Cádiz todo el mundo tiene la sensación de que va a pasar algo muy pronto.

—Pensaba regresar mañana a Madrid, pero De la Concha me lo ha prohibido, dice que es muy peligroso. —De pronto se le ocurrió una malicia—. El rey se ha puesto muy contento al saber que nos quedamos aquí, ¡ya sabes lo valiente que es!

—He venido a hablaros con franqueza, señora, creo que es mi obligación. La situación es sumamente difícil, esta vez la revolución tiene todas las de ganar, sabréis que los militares más prestigiosos se han puesto al frente. Ya no es solo Prim, Serrano también está con ellos —la mención de ese nombre en boca de Salamanca la hizo parpadear nerviosamente, la vieja herida todavía no se había cerrado del todo—, y Topete, y muchos otros. La población está saliendo a las calles en ciudades y pueblos, no sé si os lo cuentan vuestros consejeros.

—Me lo cuentan a medias. —La reina se quedó momentáneamente en silencio, a su modo reflexionaba—. No sé qué debo hacer, Salamanca. Me gustaría conocer tu opinión, por eso te recibo a solas.

—Mi opinión, señora, quizás no os guste.

—Por eso quiero conocerla, aquí nadie me habla con franqueza.

Salamanca dudó de que ella misma fuese franca y verdaderamente buscara ayuda o si, por el contrario, hablaba con personas como él esperando encontrar justificación a decisiones ya tomadas de antemano.

—Majestad, creo que debéis abdicar en el príncipe Alfonso, es la única posibilidad de salvar la monarquía. Vuestra continuidad no va a ser aceptada.

No se inmutó, una evidencia de que esa posibilidad ya había sido sobradamente considerada.

—¡Alfonso! ¡Pero si solo tiene diez años! —Solo sus palabras aparentaron sorpresa, no así sus ojos ni su expresión. Y mucho menos su mente, ¡o es que podía olvidar que ella misma fue proclamada reina antes de cumplir tres años!

—La abdicación en el príncipe de Asturias sería bien acogida si entregáis el Gobierno a Espartero para que gestione la transición. Majestad, es la única posibilidad que tenéis. Creo que no me equivoco al pensar que para los sublevados sería un alivio esta solución, deben de estar muy preocupados con la posibilidad de la República.

La conversación no fue mucho más allá, nada más empezar había llegado a un punto muerto. Salamanca se despidió con la desagradable impresión de que aquella mujer estaba aterrorizada; un mal consejero, el miedo, aún peor que los turbios personajes que bullían a su alrededor.

Jaime de Zaldívar era un hombre sin suerte. Un ente, la suerte, que nunca se llevó bien con él salvo en cortos períodos. Y el caso es que el día no había empezado mal: su unidad, al mando del general Caballero de Rodas, tenía posición en un altozano junto al arroyo Yegüeros, en la ribera norte del Guadalquivir. Un observatorio privilegiado para ver los movimientos de los dos ejércitos a ambos lados del puente de Alcolea, el teatro de operaciones. Desde allí pudo contemplar al amanecer cómo las tropas de Lacy cruzaban el río y se les acercaban, y luego, sorprendentemente, se detenían tras los primeros disparos de réplica. Debieron de creer que los dos batallones que se les enfrentaban eran todo un cuerpo de ejército.

A lo lejos distinguía el grueso de las tropas gubernamentales comandadas por Pavía, que incomprensiblemente no se sumaron a las de Lacy para atacarles por ese punto, siendo como era el flanco más débil. Poco después del mediodía pasó a su lado el general Serrano rodeado de sus ayudantes, a caballo, cargado de medallas y de determinación, soberbio en su solemne estampa de caudillo. Se dirigía a parlamentar con Lacy. Fue una breve entrevista que terminó sin acuerdo, los realistas se negaron a despejar el puente como se les

exigió.

Y a partir de ese momento el paroxismo de la batalla, bajo un intensísimo fuego cruzado a lo largo de las dos orillas en una extensión de varios kilómetros. Cuarenta mil hombres disparando a la vez, la suma de los dos bandos, provocaron un infierno de muerte y sangre en las riberas del Guadalquivir. Muchos de los que caían ignoraban la verdadera razón de esa violencia, el triste sino de cualquier guerra.

Las tropas del Gobierno, espoleadas por un Pavía que parecía haberse dado cuenta de que los revolucionarios estaban desorganizados, se lanzaron a la ofensiva. El principal peligro de las tropas realistas radicaba en sus piezas de artillería, sobre todo las dos docenas de temibles cañones Krupp, los más modernos y, por consiguiente, los más destructivos. Afortunadamente para los rebeldes, según afirmaba un veterano artillero que operaba junto a Zaldívar, los habían colocado demasiado cerca de sus líneas como para hacer mucho daño. En efecto, la mayor parte de sus proyectiles describían un arco que los sobrevolaba e iban a estrellarse cientos de metros detrás. Un error incomprensible que el ejército de Lacy pagaría caro, pues, al tenerlas a tiro, la artillería revolucionaria se concentró en destruir las modernas máquinas, que iban quedando reducidas a esqueletos de negra chatarra, una tras otra.

Desde su atalaya, Zaldívar pudo distinguir el nimio suceso que terminó decidiendo la contienda. Todo ocurrió en un minuto. El general Lacy, alcanzado por un trozo de metralla en el rostro, cayó al suelo estrepitosamente. Creyéndolo muerto, sus desconcertados hombres titubearon en un primer momento, pero instantes después se retiraban en desbandada. Ese fue el principio del fin, Serrano tomó la iniciativa y, poco antes de que el crepúsculo trajera la noche, la batalla había concluido con la victoria de los rebeldes.

El triunfo de la revolución se había consumado con gloria, por eso alguien la bautizó enseguida como la Revolución Gloriosa.

Jaime de Zaldívar, decíamos, era un hombre sin suerte. La alegría del triunfo se celebró con un estruendoso tiroteo. Soldados y civiles voluntarios, muchos de los cuales jamás habían cogido un arma hasta esa misma mañana, atronaron de gritos de júbilo las inmediaciones del puente de Alcolea y nublaron la atmósfera de humo y plomo. Pero no todos los proyectiles se dispararon hacia el cielo. Al menos uno, mal orientado por mano inexperta o atolondrada, tomó la dirección del puesto que ocupaba Zaldívar y fue a estrellarse contra su rodilla izquierda, que quedó destrozada de inmediato. De modo que el pobre Zaldívar, víctima del mal llamado «fuego amigo», en lugar de entrar en Madrid unos días más tarde en triunfal desfile, pasó las siguientes semanas en la cama de un sanatorio cordobés, rumiando y

maldiciendo su suerte. La pierna le dolía terriblemente y no podía doblar la rodilla, pero más aún dolía esta nueva burla del destino, otro chasco que le deparaba su mala estrella. Menos mal que todavía le quedaba la otra Estrella, el único astro brillante en su sórdido universo.

En la lista oficial de heridos en la memorable batalla de Alcolea figuraba su nombre, un honor dudoso que habría preferido declinar.

Aun siendo luminosa, la última mañana de septiembre vino marcada por el manto negro del duelo. Entre la indiferencia general, —es sabido que, al paso de un entierro, los transeúntes suelen observar el ataúd con desinterés—, el cadáver de la monarquía, personificado en la reina depuesta, circulaba en un coche que cruzaba con prisas las calles de San Sebastián y luego en un tren que lo llevaría hasta Hendaya.

Salamanca, siempre exquisito en las formas, fue de los pocos que quiso asistir al sepelio. En su asiento del vagón de primera clase reflexionaba sobre la futilidad de valores pretendidamente eternos: la reina de España, hasta ayer símbolo de lo permanente, no era hoy más que una gruesa señora rodeada de infantes y de baúles, cuyos serenos ojos azules pugnaban por mantenerse secos y altivos.

Salió al pasillo del tren y abrió una ventana, un buen mirador al ondulado paisaje vascongado. En la de al lado hacía lo mismo un atildado caballero que le dio conversación, resultó ser un noble aristócrata del que jamás había oído hablar, el marqués de Beramendi, quien a pesar del nombre vasco aseguró tener raíces en las islas Canarias, patria de su progenitor.

—He heredado de él, de mi padre, digo, su cualidad de agudo observador de los pequeños y grandes impulsos que conforman la Historia —aseveró con palabras sentidas y escasa modestia—, aunque no, afortunadamente, sus ojos enfermizos, que amenazan ceguera. Yo gozo de una vista excelente.

Beramendi demostró intimidad con la Casa Real al afirmar, con la seguridad que da el conocimiento, que hasta horas avanzadas de la madrugada se consideró muy en serio en la mansión Balda-Matheu la posibilidad de que la reina abdicara en el príncipe de Asturias.

—Pero le pudo más el orgullo —concluyó con frialdad, y Salamanca no supo discernir si el tono de sus palabras era resignado o recriminatorio—. Asegura estar convencida de que los españoles no sabrán vivir sin ella, que la llamarán pronto, pero yo tengo mis dudas —añadió, en el mismo tono indescifrable—, creo más bien que le aguarda un triste destino.

Al llegar a Hendaya, Salamanca se despidió de Beramendi, que

continuaba viaje a Biarritz en el mismo tren francés que conduciría a la reina al exilio, pues en esa ciudad francesa lo esperaba su familia. Precisamente en Biarritz, Isabel II iba a ser recibida por Napoleón III, quien también veraneaba en la bonita ciudad. Desde allí continuaría viaje hasta el castillo de Pau, primera etapa de su destierro.

En el andén principal del pueblecito fronterizo, se procedió con apresuramiento a la parodia de los últimos honores: un pelotón de soldados, tan desangelados como el resto de la concurrencia, rindieron sus armas ante la reina que ya no era reina y dispararon salvas al aire. Nada más subir Isabel II al nuevo tren sin tan siquiera echar una mirada hacia atrás, intentando ocultar su visible abatimiento, los soldados desaparecieron en el interior de la cercana cantina. A medida que la locomotora se adentraba en tierras francesas, la monarquía borbónica se desvanecía con la fugacidad de los fuegos de artificio en el aire.

Salamanca supuso que para aquella mujer el destierro sería más bien un alivio que un castigo. Aunque no estaba seguro, la había tratado lo suficiente como para creer que su «cabeza coronada» se regía por extrañas variables que formaban ecuaciones cuyos simples planteamientos resultaban inexplicables para las personas comunes; por no hablar de su resolución, sencillamente imposible. En cualquier caso, su reinado, tan largo como violento, no resaltaría en la Historia con el sello de la grandeza, sino más bien con el de la mezquindad y el desengaño.

En cuanto a la España que abandonaba Isabel II, que irónicamente ahora iba a presidir como jefe de Estado el primer hombre al que quiso, Francisco Serrano Domínguez, tampoco estaba para muchas ceremonias. Bastante tenía con encontrar un camino honorable por el que transitar sin más sobresaltos.

Capítulo 7

If you can bear to hear the truth you've spoken
Twisted by knaves to make a trap for fools,
Or watch the things you gave your life to, broken,
And stoop and build 'em up with worn-out tools.

RUDYARD KIPLING, *If*…

Si puedes soportar escuchar la verdad que has dicho
tergiversada por granujas para engañar a necios,
o ver roto aquello por lo que has dado tu vida,
y agacharte y reconstruirlo con viejas herramientas.

Madrid, Roma, París,
de diciembre de 1870 a mayo de 1871

La nieve blanqueaba los árboles, pero se escurría impotente por el mástil de la fuente del Fauno hasta fundirse en las aguas turbias de la pila. Tampoco cuajaba en el suelo, se transformaba en barro escurridizo. Casi no se veía más allá de los cedros del jardín delantero, la oscuridad era máxima en la noche gélida, propia de vísperas de los Santos Inocentes, final de un año inclemente y de una década desigual. Solo podía distinguir a su frente unas pocas luces desparramadas en el Ministerio de la Guerra, residencia ahora de don Juan Prim, pocas pero suficientes para vislumbrar abundante movimiento de carruajes. Vaya nochecita para organizar una recepción.

Dejó caer el visillo del balcón y se sentó frente al escritorio, junto a sus fetiches y sus recuerdos, que se amontonaban polvorientos en los espacios cercanos. Antes de acostarse, quería trabajar un rato, o cuando menos reflexionar. Le hirió la imagen de su derecha, el cuadro que sustituía al *Retrato del cardenal Borja,* de Velázquez, desde el día que lo empaquetaron con destino a París para la subasta. Se titulaba *Alegoría de la abundancia,* un nombre ofensivo ahora que todo era escasez. Aunque en sus archivos figuraban los nombres de los compradores de sus cuadros, no los miraba nunca, prefería ignorar quién sería la feliz criatura que en esos instantes estaría contemplando el anguloso rostro del cardenal Borja, con su larga nariz enrojecida entre el granate de la birreta y el de la muceta, esas prendas reservadas a los príncipes de la Iglesia. Al menos, en su despacho colgaban un par de cuadros, peor era lo de otras habitaciones del palacio, cuyas paredes estaban ahora desnudas. Como se veían muchas de Vista Alegre, con la sombra de los antiguos marcos ensuciando el tono uniforme de sus muros. Proclamando a gritos su ausencia, en triste asunción de la derrota.

Entre los papeles y documentos amontonados sobre la mesa, solo encontró uno agradable, una carta desde París de Guy Stephan, perfumada y alegre. En ella se refugió releyéndola una y otra vez por demorar enfrentarse a los otros asuntos, facturas imposibles de pagar y amenazas de embargo.

Una voz familiar vino a rescatarlo del abatimiento, la de su hijo Fernando, que entró en el despacho como una exhalación.

—¡Han atentado contra Prim! Me acabo de enterar —casi gritó el joven, excitado.

Salamanca no respondió inmediatamente, en los últimos años se había acostumbrado a esperar solamente malas noticias y, cuando llegaban, dejaba transcurrir unos instantes para que su corazón las asimilase, así no lo castigaba en exceso.

—De manera que ahora le ha tocado a Prim —dijo finalmente—. Ya quedan pocos de los grandes, primero murió O'Donnell y luego Narváez, fúnebres tiempos para los espadones. Es curioso que, sin contar a Serrano, el único vivo sea Espartero, el más viejo de todos.

—No, no, Prim no ha muerto. Han disparado contra él cuando iba en su coche por la calle del Turco, nada más salir del Congreso, pero dicen que vive.

De modo que por eso llegaban tantos coches a su residencia. Normal, no todos los días se atenta contra el presidente del Consejo.

—Quiero verlo, acompáñame.

Pese a que solo tenían que cruzar el paseo de Recoletos, pues el palacio de Buenavista estaba frente al suyo, lo hicieron en coche, el piso estaba tan resbaladizo que se hacía imposible caminar. Al cochero, el viejo Germán, le costó dominar a las bestias al subir la rampa del palacio, porque estaban reparando el pavimento. Docenas de coches colmaban los jardines.

El Salón de Embajadores, de lujoso techo abovedado y sabor romántico, parecía el vestíbulo del Congreso durante el descanso de las sesiones, rebosaba de locuaces caballeros. Expectantes, todos ellos aguardaban noticias, muchos eran diputados que escucharon las detonaciones al salir del Congreso y otros se enteraron del atentado por los que las habían oído. Estaban indignados, desde luego, pero también eran presa de un miedo inconfesado, cualquiera de ellos podía haber ido en compañía del general, de hecho, Sagasta llegó a tener un pie en el estribo del coche y cambió de parecer en el último instante. Al primero que se encontraron fue a Castelar.

—Ha subido la escalera por su propio pie —el afamado orador se esforzaba en transmitir una calma algo forzada, muy a tono con la circunstancia—, una buena noticia. Parece que tiene una mano destrozada y una herida en el hombro. La herida es grave, pero conociendo su fortaleza no hay que dudar de que salga de esta. Viajaba sin protección, en contra de toda prudencia. Ya sabe lo tozudo que es.

Un súbito alboroto hizo que todos fijaran su atención en Serrano, fue el único a quien se permitió acceder a la habitación donde los médicos atendían a Prim y ahora venía de allí. Todos se agruparon a su alrededor para recibir noticias. El nerviosismo se hizo manifiesto en los presentes, contagiados unos por otros.

—Le están extrayendo las balas del hombro, parece que hay varias.

—El duque de la Torre, todavía regente del Reino hasta la jura de don

Amadeo de Saboya, que tendría lugar en pocos días, se esforzaba en hablar contenidamente, como Castelar y con idéntica intención. Era inexcusable mantener la serenidad en tan graves momentos—. La herida de la mano es menos grave. Antes de que lo intervinieran, he podido hablar con él y darle ánimos. Está tranquilo, me ha dicho que Topete ha aceptado viajar a Cartagena a reemplazarle, porque Prim tenía previsto desplazarse allí mañana mismo para recibir a su majestad. El general se ha emocionado, ya saben que Topete votó contra la candidatura de don Amadeo.

Sobre los autores del asalto, poco se conocía, que eran varios y habían huido. Nadie decía una palabra, pero todos los presentes hacían conjeturas y desplegaban sospechas sobre la responsabilidad última del horrible crimen. Sin duda, se trataba de alguno de los mortales enemigos de Prim, que no eran pocos. Un nombre estaba presente en todos los pensamientos: don Antonio de Orleans, el duque de Montpensier, frustrado candidato al trono.

Fernando lo acompañó en su regreso a la casa antes de irse a la suya, ya era un hombre casado con su propia familia. Un hijo cariñoso, desde la muerte de su madre no dejaba pasar un día sin visitarlo, siempre pendiente de él. Sobre todo ahora que su hija María Josefa pasaba una temporada en Málaga.

Una vez a solas, Salamanca subió la regia escalera, tan fastuosa. El grandioso palacio parecía un cementerio en su inmenso vacío. Tenía muy poco servicio, incluyendo a Germán, su único cochero, cinco o seis criados se encargaban de todo, por eso se veía polvo por doquier y algunas cortinas necesitaban un recambio. Una vez en el dormitorio, se dejó ayudar para desvestirse, estaba cansado. Apagó la luz, pero no se durmió, los fantasmas que lo visitaban cada noche debían de estar ya rondando, porque el sueño no llegaba, tan solo un leve sopor, doloroso. «Dicen que los viejos duermen poco y mal —especulaba—, y ya me acerco a los sesenta años, aunque, pensándolo bien, tampoco son tantos».

Esa noche, sus fantasmas, Petronila, Serafín, incluso Narváez…, no aparecieron, ni tan siquiera Prim, cuyo rostro quedó pronto arrinconado. En su lugar, se formó una imagen borrosa. Borrosa la imagen, pero nítida la voz aunque llevase veinte años sin escucharla, la de José Buschental, fallecido hacía apenas mes y medio en la habitación de un hotel de Londres. El viejo león se había muerto solo.

La nieve, tímida, golpeaba los cristales sin furia, como si no quisiera molestar el obligado reposo, a fuerza de una ración de morfina, de don Juan Prim. En cuanto a Salamanca, la oía chocar contra el quicio del balcón, entre sus espectros y sus recuerdos.

Enfundado en un redingote a la moda comprado en París, se ajustó el sombrero y anudó un pañuelo de seda alrededor del cuello. Pocos caballeros de su edad se aventurarían a vestir de una forma tan atrevida, pero su concepto de la elegancia, al mismo tiempo clásico y original, no había cambiado un ápice. Hacía mucho frío, esos días de diciembre la meseta castellana se asemejaba a la estepa y el médico le había exigido salir bien abrigado. «Debe usted cuidarse, don José, ya no es ningún niño. Y camine, que es muy sano».

Obediente al consejo del doctor, decidió dar un paseo. Atravesó la huerta de Oñate, o, para no faltar a la verdad, la media huerta de Oñate que aún le pertenecía, pues la otra media se había visto obligado a venderla para hacer honor al vencimiento de una letra de cambio. El portalón trasero del palacio daba ahora al bulevar Narváez. Nada más pisar su acera y contemplar el paisaje urbano, se le avivó el orgullo, le ocurría siempre en esa calle. La amplitud de la avenida, la armonía en el diseño de los edificios, la nivelación de las rasantes, la comodidad de los accesos, la amplitud de los portales, la distinción de las fachadas… Imposible encontrar un reproche. La avenida más elegante de la ciudad, comparable a las principales del distrito Faubourg Saint Germain. Afortunadamente, en unas semanas le cambiarían el nombre; cuando se inauguró, acababa de morir Narváez y por eso se llamaba así, pero ahora ese nombre chirriaba. En unos días, el ayuntamiento la bautizaría de nuevo, esta vez como calle de Serrano, en honor del hombre poderoso del momento.

A su barrio ya nadie lo llamaba Recoletos. Para todo el mundo, el nuevo espacio urbano que se levantaba al este del paseo de ese nombre era el barrio de Salamanca, el apellido de su promotor. Contaba ya con treinta manzanas, la mayor parte a ambos lados del bulevar Narváez y el resto, en la calle Claudio Coello. No todas edificadas, cuatro o cinco grandes solares se reservaban para los interesados en construir allí sus mansiones. Las transversales llevaban nombres que honraban a ilustres personajes, como los arquitectos Villanueva y Hermosilla, el marino Jorge Juan, el pintor Goya, el dramaturgo don Ramón de la Cruz o el erudito don Alberto Lista. O a significados personajes de la historia, como los tres comuneros, Padilla, Bravo y Maldonado. Una de las diez, quién sabe si el inevitable tributo a la religión o tal vez una ancestral reminiscencia del tiempo de los diezmos, fue denominada como calle de la Concepción.

Un barrio aún incipiente, pero ya con el sello de la distinción. Y, sin embargo, la mayor parte de las espléndidas viviendas que se ocultaban tras los acristalados balcones estaban vacías, una tragedia de la que muy pocos eran conscientes. «Multitudes apiñadas en infames cuchitriles en los barrios del centro mientras aquí tenemos centenares

de magníficas residencias deshabitadas —se decía Salamanca mientras doblaba hacia el este por la calle Hermosilla—; no hay quien entienda a la gente». Sufría esta dolorosa evidencia cada día, los interesados en comprar eran muy pocos y menos los que arrendaban. Y eso que había bajado los precios.

Desde que salió de casa, se había cruzado con algunas personas, la mayoría eran criados que salían a hacer la compra. Estaban obligados a caminar un rato, en el barrio todavía no había mercado y los comercios eran escasos. Por la calzada circulaban tres o cuatro coches, no más. Reinaba una calma agradable, pero triste. Muchos decían que el barrio de Salamanca, del que nadie discutía su distinción, estaba muy lejos del centro; una verdad a medias, la ciudad crecía hacia el este. En sus oficinas se trabajaba a toda prisa para ultimar un viejo proyecto, una línea de tranvías de mulas, la primera de España, que enlazaría la plaza de Oriente con el nuevo distrito. Un transporte moderno que ya existía en las principales ciudades del continente.

Otros afirmaban que los pisos eran muy caros, otra media verdad. Puede que lo fueran en comparación con las insalubres casuchas que se aglomeraban en el casco viejo de la ciudad, pero resultaban baratísimos si se los comparaba con residencias equivalentes en las zonas céntricas. La verdadera razón de la escasa demanda, bien lo sabía él, era la falta de dinero. Una plaga de inacción económica que ya duraba cinco años. Era posible que hubiese algo más, ese incomprensible e inmutable odio de los españoles por lo moderno. Aquí todos alardean de estar al día, pero en cuanto les presentas una innovación la desprecian, la ignoran o la combaten, o las tres cosas a la vez. Luego, eso sí, decenios más tarde, cuando la innovación ya es moneda corriente, presumen de estar a la última. Ese pensamiento lo llevó a recordar a Henry Bulwer, quien solía decirle que él era el único español verdaderamente europeo que conocía, es decir, un moderno. Ciertamente, el barrio de Salamanca era el emblema de la modernidad.

Paralela a Claudio Coello, corría una calle sin nombre con casas a un solo lado, y a partir de allí el universo caótico de las obras, en el inmenso llano. Estructuras a medio levantar con formas de geométricos esqueletos, parcelas agujereadas por cimientos, fragor de herramientas, tránsito de carros, montañas de tejas y ladrillos, y todo eso en medio de una nube de polvo y del griterío de los trabajadores. El anárquico proceso de un doloroso parto que iba alumbrando un nuevo y formidable territorio urbano en controlado desorden.

Lo reconoció uno de los oficiales y se acercó a saludarlo. Llevaba muchos años trabajando a su servicio, primero en el ferrocarril y ahora levantando viviendas.

—¡Hay que ver en lo que estamos convirtiendo el viejo erial, señor

marqués! ¡Qué maravilla, y en tan poco tiempo! —comentó, quitándose la gorra. Gracias a que la nieve nocturna no había cuajado, se pudo trabajar esa mañana, pero el hombre sudaba a pesar del frío intenso.

—Todavía nos queda mucho, Gerardo, hay tajo para bastantes años, ¿cómo lo llevan los hombres?

—Es muy duro en este invierno tan crudo, aunque se trabajen menos horas. Ayer tuvimos un accidente, a causa de la nieve un albañil resbaló y se cayó del andamio, por suerte lo puede contar. Pero sepa usted que estamos contentos por tener un trabajo en los tiempos que corren, don José.

Salamanca se despidió y continuó camino, si Gerardo conociera el tira y afloja de cada día para evitar que las obras se parasen, estaría menos contento. Los ingresos por ventas y alquileres no alcanzaban, ni de lejos, a cubrir los enormes costes de construcción. Su intento de crear un banco hipotecario fracasó y las entidades financieras habían encerrado el crédito con siete llaves en algún ignoto baúl. Como no se vendían casas, tenía que vender otros bienes, no había más remedio. Llevaba años vendiendo, malvendiendo, toda clase de propiedades: obligaciones, acciones ferroviarias, el palacete de París, los terrenos de los Campos Elíseos de Barcelona, casas por todas partes, incluidas las de Concepción Jerónima y Cuchilleros, y hasta parte del jardín de su palacio de Recoletos, la vieja huerta de Oñate. Tuvo que despedir a docenas de criados, cocheros y empleados. Y lo peor de todo, desprenderse de gran parte de su colección de cuadros.

Pero era insuficiente, las obras del barrio de Salamanca eran insaciables y lo devoraban todo.

Almorzaban los dos solos, en el luminoso comedor. Ella acababa de volver a Madrid tras un viaje de casi siete semanas y ahora disfrutaba el placer de recuperar las cosas familiares, llevan razón quienes afirman que lo mejor de un viaje es el regreso.

—Estoy agotada, cuando salí, ni se me pasó por la cabeza que el viaje sería tan largo. Me fui casi sin ropa, además en el Uruguay es verano, así que he tenido que comprar un vestuario completo.

Acababa de regresar de Montevideo. En Lisboa tomó un expreso a Badajoz y luego otro hasta Madrid, unas líneas bien conocidas para él.

—Sabía que a José le iban bien las cosas, pero no podía imaginar hasta qué punto. La finca del Buen Retiro, por ejemplo, donde él vivía, es una maravilla. La he puesto en venta, como todo lo demás, por eso he tardado tanto tiempo. No te lo vas a creer —dijo sigilosamente, con un aire de misterio—, ¡he conocido a la famosa Orfilia! Qué decepción cuando la tuve delante de mí, su cuerpo de culebra es hoy el de una

comadrona. ¡Con decirte que nos hemos hecho amigas!

Salamanca dejó correr la frase por la habitación hasta que se perdió entre las lámparas que colgaban del techo mientras sonreía abiertamente. También ella sonreía, contagiada por el mismo recuerdo.

—Eso de la culebra me hace pensar en cierta noche —dijo él.

—También a mí. La noche más intensa de mi vida, quizás porque fue única. —Sus ojos seguían destellando como siempre, dicen que los ojos no sufren y por eso no envejecen—. Fuiste muy bueno conmigo, te portaste muy bien. Nosotros hemos nacido para ser amigos. Los mejores amigos.

Él no estaba tan seguro. Después de aquella noche de Vista Alegre la estuvo esperando mucho tiempo, semanas, meses. Parecía un jovencito encelado, una noche de amor como aquella era algo demasiado valioso para que se esfumara tan pronto en el fondo de la memoria. Pero la espera fue inútil; cuando volvieron a verse, ella lo trató como siempre, como si nada hubiera ocurrido entre ellos, y abortó cualquier intento suyo de recuperar un amor tan fugaz. Poco a poco él lo terminó aceptando, pero la frustración seguía aún viva. Al menos un poco.

—José ha sido muy generoso conmigo, salvo algunos legados me lo ha dejado todo.

—Él siempre te quiso, yo lo sé —aseguró Salamanca—. Pero fuisteis incapaces de entenderos, ¡erais ambos tan perfectos!

—Puede ser, quién sabe. De las muchas cosas que me han pasado estas semanas, lo más triste es que fui incapaz de reconocerlo. De reconocer el cadáver, quiero decir, en aquel horrible hospital de Londres. Era un requisito legal, según me dijo el abogado, para la herencia, la sepultura y todos esos papeles. Finalmente pude hacerlo, gracias a unas pequeñas cicatrices y algunos lunares que todavía recordaba. Pero su rostro no lo reconocí, allí bajo una sábana sucia, tan frío sobre la losa, inerte. —Encogió los hombros para contener un escalofrío—. Hacía ya tanto tiempo…

No era solo la viveza de sus ojos, también conservaba ese aire de dulzura casi infantil que siempre fue el secreto de su encanto. Pero en sus manos destacaban ahora más los anillos que los dedos, antes perfectos, y el maquillaje no conseguía ocultar las arrugas de la cara. A pesar de todo, seguía siendo una criatura especial. La dejó hablar, sentía que tenía necesidad de hacerlo.

—¡Qué sorpresa me llevé cuando me avisaron de la embajada inglesa! José había dejado en la mesita una carta con mi dirección pidiendo que me informaran después de su muerte. La tuvo que escribir allí mismo, en la habitación de ese hotel de Londres donde murió, en el último minuto, la letra es casi ilegible. No sé la cantidad

de cosas que pasaron por mi cabeza entonces, pero nunca hubiera imaginado que mi corazón me obligaría a viajar a Inglaterra y hacerme cargo de todo después de veintidós años sin verlo. Han sido unos días terribles, con la infinidad de trámites y un tiempo infernal, hasta que lo enterramos en el cementerio civil. Es curioso, después de tanto tiempo creyendo odiarlo, a la hora de la verdad me dominó el sentido de propiedad. José era parte de mí y de nadie más, y parece que él era de la misma opinión. Pensándolo bien, sí que hay cosas que el tiempo no cambia. Y luego la herencia a mi favor, tan sorprendente, no tenía por qué hacerlo, pero lo hizo. Consideré que debía viajar a Montevideo inmediatamente, saber algo de su vida durante estos años.

Salamanca pensó que iba al fin a romper a llorar, durante mucho tiempo creyó que María Buschental no sabía hacerlo, hasta la noche de Vista Alegre. Pero no lloró, cambió el gesto y llamó al camarero, que esperaba.

—Por favor, Jaime, sirva la carne.

El criado, de uniforme y con peluca, se acercó con aire grave. Cojeaba ostensiblemente, eso le exigía un esfuerzo para mantener la bandeja en equilibrio. Salamanca, tras tantos años frecuentando la casa, conocía sobradamente al servicio, sin embargo, a este camarero no lo había visto nunca.

—¿Es nuevo? —preguntó a María en cuanto se marchó.

—Lleva conmigo un par de meses, es mi obra de caridad. Una historia triste la suya. Se llama Jaime de Zaldívar y cuando lo conocí en la barricada de la calle del Amor de Dios, donde servía a la revolución, era el hombre más guapo de Madrid. Tendría unos veinte años, ojos azul cielo y una mirada limpia. Casi me enamoré de él —dijo, con ambigua sonrisa—. No le gustó que Espartero dejara en el trono a la reina, se fue a Italia y se unió a las tropas de Garibaldi. De vuelta en España, se enroló en el Ejército, fue uno de los pocos supervivientes de la revuelta de San Gil y tuvo que huir a Cádiz como un prófugo. En el sesenta y ocho se alistó en las tropas de Serrano, pero con tan mala suerte que recibió el último tiro que se disparó en la batalla de Alcolea. Y se quedó cojo, no puede doblar la rodilla. Desde entonces, ha hecho de todo, incluso trabajar en las obras de tu barrio, pero lo echan de todas partes por la cojera. Cuando no tuvo adonde acudir, vino a verme, hace quince años le dije que me buscara si algún día tenía necesidad. Solo lo hizo cuando no le quedó otro recurso, antes que pegarse un tiro.

Cuando Zaldívar acudió a recoger los platos, Salamanca trató de entablar una conversación afectuosa y superficial con él, como solía hacer con el servicio. Se quedó sorprendido al recibir en respuesta un balbuceo ininteligible, muestra evidente de que el criado no tenía la menor intención de corresponder a su gesto cordial, incluso se

permitió sostenerle la mirada con un atisbo de insolencia o de orgullo.

María se entristeció mucho al enterarse del atentado contra Prim, un buen amigo que frecuentaba su casa, y después de la comida se acercaron juntos a Buenavista a interesarse por la salud del general. Un ayudante les informó de que no había novedades, todo seguía igual. Tampoco pudieron saludar a la condesa de Reus, porque estaba descansando, al menos eso les dijeron. Entonces, a María se le ocurrió visitar el nuevo barrio de Salamanca, hacía mucho que no lo veía, y emprendieron un paseo en coche antes de que anocheciera. Miraban a través de los cristales, el viento helado conseguía meterse por las rendijas y él le ofreció una manta para que se abrigase. Durante el trayecto, Salamanca llamaba su atención sobre detalles que suelen pasar desapercibidos, como las soberbias molduras en algunos balcones, el forjado de las alcantarillas, la calidad de las tejas o el atrevido diseño de las baldosas. Ella se interesó por los precios, «Un piso mediano, entre cincuenta y sesenta mil pesetas», dijo él, aunque tuvo que convertir esas cantidades en reales para que ella pudiera hacerse una idea.

—No todo el mundo es capaz de acostumbrarse tan pronto a esta nueva moneda que se ha inventado el Gobierno —replicó ella—, complicándonos la vida un poco más.

—También vendo parcelas, para que la gente edifique sus propias casas.

—No se ve a mucha gente, ¡qué suerte, vivir en un barrio tan tranquilo! —comentó ella con inocencia.

El comentario lo hirió profundamente, ya querría él que hubiera menos tranquilidad. El landó circulaba ahora por Claudio Coello hacia el sur y Salamanca le explicaba cómo se construían los grandes edificios, gracias a la ingeniería moderna. Doblaron en Villanueva y desembocaron de nuevo en el bulevar Narváez, donde, sorprendentemente, ella pidió que parasen el coche. Quería caminar un poco a pesar de que caía agua nieve y se hacía de noche. Se encontraban casi al final de la calle, cerca de la Puerta de Alcalá. Ahora paseaban por la acera, junto a una parcela sin edificar. Desde allí había una espléndida vista a los jardines del Retiro, la plaza de toros quedaba detrás, oculta. María se detuvo y empezó a mirar a todas partes.

—Las vistas son excelentes. José, quiero que construyas aquí mi nueva casa —decidió de repente—. La actual se ha quedado vieja y yo soy una mujer del siglo, no me gustan las antiguallas. Elige a un arquitecto para que hable conmigo y luego la edificas tú. Al fin y al cabo, ahora soy rica.

Regresó al coche, subió y se acomodó bajo la manta. A Salamanca solo le cupo obedecerla.

En el funeral por don Juan Prim, María Buschental lució un traje negro de seda que había vestido una única vez, cuando hizo de madrina en la boda de una sobrina, en Río de Janeiro. El velo de tul, grácil y transparente, caía como una ola desde la peineta y desparramaba sus espumas sobre los pliegues de las sedas y sobre sus hombros levantando sutiles perfumes de agua y musgo. El efecto era tan atrayente que, mientras se esperaba el comienzo de la ceremonia, en los bancos del cuerpo diplomático, al otro lado del pasillo, se interrumpieron muchas conversaciones y se arrojaron indiscretas miradas que confluían inexorablemente en la seductora señora que se sentaba junto al marqués de Salamanca.

Pequeñas frivolidades al margen, propias de extranjeros seguramente, la conmoción por la muerte del general fue muy profunda, no en vano se había alimentado durante tres días, ingenuamente tal vez, la esperanza de una probable recuperación. Hubo quien afirmó, a saber con qué fundamento, que cierta negligencia en la cura de las heridas causó la septicemia y con ella la muerte. Otros aseguraban, vaya usted a saber lo que en ello hubiera de verdad, que el general fue rematado en su propio lecho mediante estrangulamiento, tal era el poder y la cercanía de los asesinos.

Tan grande era la emoción que no fueron pocos los preclaros personajes de la política y la milicia incapaces de contener las lágrimas en sus escaños de la basílica de Atocha cuando el féretro hizo su entrada en el templo tras un solemne desfile desde el Ministerio de la Guerra. El cadáver de Prim había viajado en una carroza precedida por el coche en el que sufrió el atentado, con sus cristales destrozados tal y como quedaron tras el magnicidio. Para general conocimiento del pueblo de Madrid. Detrás del ataúd entraron en la iglesia las primeras personalidades de la nación, que habían presidido el cortejo: Serrano, Olózaga, Rivero…, hasta Ruiz Zorrilla, el presidente de las Cortes, que se había adelantado al rey para llegar a tiempo. A don Amadeo, recién desembarcado en Cartagena, se le esperaba en Madrid para el día siguiente, el dos de enero de 1871.

En su sitial de honor, a un lado del altar, la condesa viuda de Reus tenía la mirada fija en algún lugar del retablo en un esfuerzo denodado por mantener el semblante inalterable, un semblante que podría quebrarse en cualquier instante de cruzarla con la de alguno de sus muchos amigos presentes. De vez en cuando, se permitía echar una ojeada al féretro, con fingida calma. A sus hijos, demasiado jóvenes, se les había eximido del suplicio de asistir a la ceremonia. En cuanto a Prim, inerme en su último recinto, sus ojos entornados también proyectaban una estática mirada hacia el techo de la iglesia. En su

quietud imperturbable, ajeno a la agitación de sotanas y al sonido de gregorianos que lo circundaban, parecía preguntar a quien hubiera en las alturas qué clase de veneno se había inoculado en la sangre de sus compatriotas, cuál era la ponzoña origen de tantas desgracias. No es que a él le fuese algo en la respuesta, que ya poco importaba a su propio interés, era más bien el deseo de dejar algún legado al pobre don Amadeo, a quien había embarcado en esta aventura que ahora se le antojaba temeraria. Querría prevenirlo contra los futuros desmanes que era obligado presagiar.

María disfrutó con la ceremonia. Visitaba tan poco las iglesias que en cualquier pormenor encontraba una agradable novedad, desde el aroma del incienso, penetrante, hasta el hondo silencio al alzar la forma sagrada, contagioso. A su lado, José de Salamanca se encontraba incómodo. Lejos de emociones románticas, estaba realmente aterrado ante el porvenir. «Esto es lo que nos faltaba —caviló—, llega un rey nuevo y extranjero y matan a su único apoyo. ¿Qué va a ser del pobre hombre?, pero, sobre todo, ¿qué va a ser de nosotros?». Su cabeza calculadora modificaba a la baja sus ya pesimistas pronósticos, pues la nueva situación teñía el futuro inmediato de funestos vaticinios. Si había previsto vender quinientas viviendas en el año que empezaba, lo que ya era una catástrofe, ahora tendría que conformarse con cuatrocientas. Los costes, en cambio, volverían a subir, por la escasez de oferta de materiales y mayores tasas. «Hay que vender también el palacio de Mitra», concluyó. En realidad, se estaba engañando a sí mismo, esa decisión la tenía más que asumida en su interior, lo que hizo en ese instante fue aflorarla a su mundo consciente para justificar nuevas y extremas medidas. En los últimos años todo era recomponer los cálculos, siempre a peor, y preparar el cuerpo para lo que pudiera venir, que sería malo.

El *Requiescat* le sorprendió en esas meditaciones y no llegó a escucharlo, se dio cuenta de que la misa terminaba porque la gente se había levantado y acudía a dar el pésame a la desconsolada viuda doña Francisca Agüero, ahora sí, hecha un mar de lágrimas.

Minutos más tarde dejaba en su casa a María Buschental y su coche continuó hasta cierto edificio recién terminado de la calle de Villanueva, todavía sin vecinos. Subió hasta el ático y entró en el único piso que había en la planta, una vivienda con espléndidas vistas y espaciosas terrazas, lujosamente amueblada. Se usaba como piso modelo, para enseñarlo a los posibles compradores. Aunque algunas noches, como esta del Año Nuevo, su dueño la aprovechaba para otros menesteres. Sentada en un confortable sillón le aguardaba, entreteniendo la espera maquillándose frente a un espejo, la figura tentadora y cortesana de una tal señora De Castro.

Desde que, acuciado por las exigencias propias de todo librepensador que se precie, se alistó en la francmasonería, el alma de don Matías Perelló, limpia y simple, estaba sometida a espantoso tormento. Había creído él que sus ideas religiosas, sus hábitos religiosos, sus escrúpulos religiosos, la mismísima religión y su inexorable presencia, yacían polvorientos en algún rincón de su conciencia a la espera de cristiana sepultura. Pero no era así, aparecían cuando menos lo esperaba como brotes de lava que escupe el volcán en forma de dolorosas nostalgias o imprescriptibles sentimientos de culpa. Eso le producía una gran pesadumbre, y también acidez de estómago. Le ocurría al atardecer y al acostarse, y más aún los domingos, cuando su mujer se iba sola a misa de doce en San Francisco el Grande, su misa de siempre. En cambio, se sentía mejor en el trabajo, donde la vorágine de sucesos que amenazaban la propia supervivencia de los negocios de su patrón (quién lo iba a decir pocos años atrás, la fortuna más sólida de Europa acosada por alarmantes remesas de papel al cobro), conformaba un ámbito propio y suficientemente angustioso como para que, durante esas horas, quedara espacio para otros desastres. De modo que en la oficina se sentía mejor que en casa y odiaba abandonarla cada tarde.

La situación era curiosa, pues la cualidad de masón no excluía la de creyente, pero la cualidad de creyente sí que excluía la de masón. Y no porque lo dijera el papa de Roma, sino porque lo sentenciaba su propia conciencia. Y eso que la carrera de don Matías en la masonería no fue brillante, tuvo que contentarse con el grado de «compañero» y sus esperanzas de llegar a «maestro» eran escasas. No obstante, vivió algunos momentos de gloria que le proporcionaron hondas emociones. Sobre todo aquella tarde en la mansión de la señora de Buschental, adonde insistió en invitarlo don José de Salamanca un martes cuando terminaron de despachar. Fue en esa lujosa residencia donde tuvo la oportunidad de ser presentado a don Manuel Ruiz Zorrilla, entonces presidente de las Cortes, cuyo modo de tocarle el hombro al saludarlo estuvo cargado de significación, ni más ni menos que lo había reconocido como compañero en el Gran Oriente de España, en el que el ilustre parlamentario descollaba como una de las más relumbrantes figuras.

El fervor republicano de Perelló entró en ebullición esa tarde, una de las más gratas que recordaba. ¡Quién hubiera dicho que aquel salón, sofisticado y mundano, era un foco de ilustrada conspiración! Allí escuchó en los presentes declaraciones de amor a la república sin ambages, empezando por la dueña de la casa, a la que él tenía por retrógrada representante de la oprobiosa aristocracia borbónica. ¡Con qué simpatía y erudición puso verde a la monarquía aquella elegantísima señora! ¡Y cómo reían con ella sus invitados, lo más

florido del progresismo! Esa tarde conoció a Castelar, tan agudo en sus ironías, escuchó obnubilado los sabios vaticinios de Sagasta y estuvo a punto de llorar escuchando a Prim poner a caldo a la reina desterrada, vergüenza de la nación; aunque también defendió la solución Saboya, algo mucho más discutible.

Fue el recuerdo de don Juan Prim el que se le quedó grabado con más fuerza de aquella velada, y eso por dos razones. La primera, porque pocas semanas más tarde lo mataron a tiros al salir del Congreso; y la segunda, porque, indirectamente, el conde de Reus fue responsable de su crisis de fe en el Gran Arquitecto del Universo. Todo empezó con su asesinato, o, más bien, con su funeral. Prim era miembro de la masonería, una filiación que nunca ocultó, en las logias de la orden del compás y la escuadra se le conocía como el caballero Rosa Cruz, maestro de grado dieciocho. Su asesinato sobrecogió a todos sus compañeros y fue decisión del gran maestre organizar un funeral masónico al que Perelló fue convocado. Pero se quedó conmocionado al saber que se celebraría en una capilla de la basílica de Atocha, donde se encontraba el cadáver esperando el enterramiento.

Aquello no gustó a don Matías, aunque, obediente, acudió al lugar. La ceremonia consistió en un desfile de dos docenas de francmasones dando vueltas alrededor del féretro, arrojando hojas de acacia sobre el cadáver mientras los vigilantes de la orden pronunciaban extrañas admoniciones y daban golpecitos con un mazo en la yerta frente del general. Don Matías se sentía abochornado, sobre todo a partir del instante en que, mientras circulaba en torno a lo que quedaba de Prim, le pareció que la imagen de la Virgen que presidía el retablo de la iglesia lo estaba mirando a él, preguntándole qué clase de pantomima estaba representando. Más tarde, cuando sus ojos se enfrentaron a las asombradas expresiones de los fieles que acudían a misa, le entraron ganas de echar a correr. Desde ese momento, su vocación masónica sufrió un severo quebranto.

De sus tres años y pico en el Gran Oriente, le quedaron dos cosas: una, el amargo sabor del desengaño; y otra, una bendición del cielo, la de haber conocido en la logia al joven Fabián Masferrer. En rigor, la expresión «bendición del cielo» le parecía algo sacrílega, pero no encontraba otra mejor para describir lo que había supuesto en su vida el encuentro con Fabián. Huérfano y desamparado, con diecinueve años el muchacho abandonó Barcelona para abrirse camino en la corte, donde malvivía en oscuras casas de huéspedes cuando él lo conoció. La nobleza de su talante, la hidalguía de su figura y, por qué no reconocerlo, la imperiosa necesidad de proyectar en alguien la frustrada vocación de padre que don Matías arrastraba desde tiempo inmemorial, lo llevaron a volcarse en proteger al muchacho y ayudarle

a labrarse un futuro. Los talentos de Fabián Masferrer no eran escasos, a pesar de su precaria situación actual, había recibido una buena educación y don Matías descubrió en el cerebro del joven una aptitud excepcional para las matemáticas. De modo que no lo dudó y, con el permiso de don José de Salamanca, lo colocó en la sección de contabilidad de su empresa, así tenía ocasión de verlo todos los días y cuidar de él. Su entrega al trabajo fue tan admirable que, en menos de dos años, fue nombrado jefe de caja, un puesto de gran responsabilidad al que se entregó en cuerpo y alma.

Salamanca se vio obligado a improvisar un viaje al extranjero, antes de primavera. El pretexto, recibir de manos del rey Víctor Manuel, padre de don Amadeo, la Cruz y el Cordón de la Orden de San Mauricio y San Lázaro, en reconocimiento por su contribución al desarrollo de la red ferroviaria italiana. En realidad viajaba a Roma para defender sus intereses, los cuales amenazaban ser expoliados. Ahora que era grande de España, no iba a renunciar a los ocho millones de liras que todavía le debía el Estado italiano a cambio de un Cordón y una Cruz, por mucho que llevaran aparejada la especial protección de tan santos varones. No consiguió el dinero, no había, pero sí un título de crédito, negociable. Algo es algo.

En Roma, ahora por fin parte del Reino de Italia, pidió audiencia al papa. El Pío IX que lo recibió era ya un anciano atormentado por la erisipela, con el rostro enrojecido por las llagas. Sin embargo, conservaba intacto el rictus de orgullo que, dicen, otorga la nobleza de cuna, acrecentado si cabe por su rebeldía frente a la reciente consumación de su derrota. El ejército de los piamonteses había tomado Roma y él se negó a reconocer al nuevo Estado, excomulgó al rey Víctor Manuel y se consideraba a sí mismo prisionero de un ejército de ocupación. Aunque nadie lo molestaba. Las conclusiones del Concilio Vaticano, que lo proclamó infalible en materia de fe, acentuaron sus irreductibles convicciones, de modo que amenazó con excomulgar también a cuanto católico colaborase con el nuevo régimen, aunque solo fuera ejerciendo el derecho de sufragio.

El papa se interesó por su viejo amigo don Fernando Fernández de Córdova y lo despidió con dos bendiciones, una para él y su familia, y otra para la infeliz nación española, ahora bajo el masónico yugo de los Saboya.

Desde Italia viajó a Francia por caminos de hierro que atravesaban el continente uniendo ciudades y pueblos, ajenos a fronteras y obstáculos levantados por los hombres. Llegó a un París exhausto tras la derrota francesa frente a Prusia, una ciudad donde gobernaban los líderes de un extraño movimiento anarquista conocido como la

«Comuna», sustentado en las fuerzas de la Milicia Nacional que tomaron el poder de la ciudad cuando las autoridades de la Tercera República y la Asamblea Nacional huyeron a Versalles. Todo era provisional durante esos días, no se sabía qué podía pasar. Y, sin embargo, esa semana que estuvo en París la vida fluía con normalidad, incluso la mercantil, prueba de ello fue la orden de embargo que recibió por la ejecución de un pagaré impagado de ciento cincuenta mil francos. La cantidad habría sido ridícula solo cinco años atrás, lo que entonces costaba mantener durante un año su palacio de Vista Alegre. Malos tiempos.

Malos tiempos, sí, a causa de las últimas convulsiones que sacudían Europa, ¿cuántas revoluciones iban ya en lo que se llevaba de siglo? Este último terremoto se había llevado por delante a los Borbones españoles, ahora en el exilio, al emperador de Francia, encerrado en una cárcel de Bismarck, el poder del papa, reducido al dominio sobre almas y conductas, y a los escasos gobiernos que aún quedaban en los antiguos estados italianos.

«Lo asombroso —se dijo— es que después de tantas turbulencias la vida de los europeos es mucho mejor que la de hace cincuenta años, ¿cómo se explica eso? A pesar de las revoluciones hay menos hambre y más comodidades, es algo evidente, y no solo para los ricos, ¿será verdad que el mundo se mueve como los bailes de salón, dos pasos adelante y uno atrás? ¿O tal vez que la fuerza creadora del hombre, quizás tan solo la de un puñado de hombres, es mucho más fuerte que instituciones que creíamos eternas?».

Estaba en París para buscar financiación, necesitaba con urgencia inversores, o al menos prestamistas. Tenía entre manos el mayor proyecto inmobiliario de la historia de España y no pensaba desistir, si paraba las obras se vendría todo abajo como un castillo de naipes. Pero se encontró un París vacío, casi todo el mundo había huido temiendo a la anarquía. Rothschild ya había muerto, uno más entre sus fantasmas, y solo fue recibido en una casa de banca, las demás estaban cerradas. A falta de resultados inmediatos, esparció allí la semilla de ciertas ideas de futuro, la creación de sociedades mixtas para promover edificios en cuanto se apaciguaran los vientos.

Para visitar a la reina, tuvo que emprender un corto viaje, también había huido de París. No la veía desde que se subiera al tren en Hendaya. Había vuelto a engordar, debía de haberse abandonado definitivamente a la pereza y a los dulces. Quizás también a otra de sus aficiones, se preguntó quién compartiría ahora su cama, liberada como estaba ya de la obligación de representar el papel de fiel esposa. De don Francisco de Asís no quedaba huella en aquella casa, como no

fuera su espectral recuerdo y un añejo aroma a llagas de monja.

—¡Tú siempre tan atento, Salamanca! Es un detalle de tu parte, ahora no vienen muchos a verme. —Estampado en su rostro, el gesto de la frustración, como si no supiera qué hacer con lo que le quedaba de vida—. Cuéntame cosas sobre el nuevo rey, dicen que es un joven apuesto y valiente. Espero que tenga más suerte que yo.

—La gente no lo quiere, Majestad, bien lo sabéis —respondió Salamanca—. No durará.

Estaban en una habitación luminosa cuyos dos balcones daban a una terraza. Desde su sillón, Salamanca veía un rosal en flor. Rosas francesas, se preguntaba si las cuidaría ella misma ahora que le sobraba el tiempo.

—Conozco bien a mis… compatriotas —se interrumpió antes de soltar la palabra, estuvo a punto de decir «súbditos»—, no les gustan los gobernantes extranjeros, recuerda a José Bonaparte. Nos prefieren a los de casa, aunque podamos cometer errores. He reflexionado mucho durante estos dos años y pico, Salamanca, y me he dado cuenta de que me equivoqué más de una vez. Hice caso a los que no debía. Creo que he aprendido de mis errores, si el pueblo español me pide que regrese todo será distinto, estaré más cerca de la gente.

Puro teatro. De modo que no había perdido la esperanza de recuperar el trono a pesar de la abdicación. Por eso llevaba una vida provisional sin otro rumbo que la nostalgia, sueños fugaces que se disuelven en su propia inconsistencia. A pesar de todo, seguía respetando a aquella mujer. Era seguramente el respeto debido a un símbolo, en esta materia estaba chapado a la antigua. Para él, quizás también para otros muchos, Isabel II se asemejaba a la figura del padre, uno no se pregunta si su padre es bueno o malo. Es, simplemente, el padre. Algo intocable.

Al interesarse por doña María Cristina, recibió una evasiva, se dio cuenta de que había sido una pregunta impertinente, no había relación entre ella y los duques de Riánsares, a pesar de que vivían su exilio en la misma ciudad. Por su parte, el joven príncipe Alfonso, en quien se había visto forzada a abdicar, residía ahora en Austria bajo la tutela efectiva de políticos que maniobraban por la restauración, lo preparaban para convertirlo algún día en el futuro rey de España. De modo que la casa de Borbón era como un polvorín, la dinastía carlista, envalentonada y beligerante, Montpensier conspirando a su aire, y las tres generaciones vivas de la rama que había gobernado casi no se hablaban.

Salamanca le contó cómo su nuevo barrio estaba cambiando Madrid, que gracias a esa iniciativa empezaba a dejar de ser la más provinciana de las capitales de Europa. Desplegó su poder de seducción, todavía vigoroso y que con la reina siempre le había

resultado, y, sí, supo despertar en ella el interés. La convenció de que invertir en el barrio de Salamanca era la mejor manera de armonizar su interés personal con el de España, era posible que, con el tiempo, le conviniera construirse una casa en Madrid, quién sabe. Esa misma tarde, el secretario de la reina le entregó un cheque por doscientas cincuenta mil pesetas, documentado mediante un crédito con la garantía del patrimonio personal del empresario.

Ya de vuelta en Madrid, con el cheque de la reina y los fondos conseguidos al negociar el título de crédito italiano, consiguió tapar algunos agujeros. Pero aquello no dejaba de ser una gota en medio del estanque.

La llegada de Perelló, a quien esperaba, no le mejoró el ánimo como solía. Su hombre de confianza parecía un cadáver. En los últimos meses, había adelgazado mucho, probablemente debido a la mortificación. «Seguro que lleva un cilicio —imaginó—, no come más que lechuga y se baña en agua helada para expiar sus culpas de masón arrepentido».

Su malhumor venía de un informe elaborado en su oficina que acababa de leer. El resumen era el siguiente: no había manera de que el Gobierno portugués pagase lo que les debía, la última factura de la línea Lisboa-Oporto y dos de la Lisboa-Badajoz; últimamente, ni siquiera respondían a las cartas. Cada vez se vendían menos pisos, la semana pasada tan solo cinco, tampoco se arrendaban y llevaban dos meses sin vender una parcela. Al no poder amortizarlo, hubo que renovar un préstamo que acababa de vencer, pero a una tasa de interés mucho más alta. Afortunadamente, se acababa de vender el palacio de Mitra, al contado, aunque a un precio inferior al que costó. Con ese dinero se pagaron jornales y algunas facturas pendientes, lo que permitió comprar ladrillos y cemento, cuyos proveedores les habían dejado de servir. Cristaleros y fabricantes de puertas, sin embargo, amenazaban con no entregar mercancía si no les abonaban los pagarés vencidos. «Es terrible, y así llevamos cinco años, esperando que mejore lo que no hace más que empeorar».

Cada noche, en la oscuridad de su dormitorio, tenía que hacer un tremendo esfuerzo de voluntad, un esfuerzo por vencer la tentación de dejar los negocios y olvidar esta angustia para siempre. Los pocos que conocían la verdadera dimensión de sus problemas, su propio hijo, su hermano, no dejaban de repetírselo: «Vende tus acciones, las de MZA y todas las demás. Con ese dinero cancelas deudas, terminas los edificios empezados y esperas tranquilamente a que se vendan matando perdices en tu finca de Los Llanos o coleccionando mariposas en Vista Alegre. ¿Qué haces a tu edad empeñado en una batalla

imposible?». Eso le decían, una y otra vez.

Hoy, a Perelló le pasaba algo más, le temblaban las manos, escondía los ojos y no se sentó, sino que se desplomó en la silla. Cuando finalmente se atrevió a mirarlo a la cara, no pudo ocultar los ojos llorosos. Tenía la nariz enrojecida.

—Don José, disponga de mi persona —dijo con la voz rota—. Merezco prisión y no haré nada por impedirlo. Solo le pido que se apiade de mi mujer, ¡está tan indefensa!

El pobre hombre era la expresión de la derrota, una derrota completa, sin paliativos.

—Haga el favor de dejarse de tonterías y cuénteme enseguida lo que pasa, don Matías.

Pero no lo hizo, tuvo que esperar diez minutos y contemplar el miserable espectáculo de un hombre sollozante hasta que reunió suficientes fuerzas para hablar sin interrupciones.

—Ha sido Fabián Masferrer. Aunque hace semanas que los indicios apuntaban hacia él, yo no podía aceptarlo, de modo que no tomé las precauciones necesarias y ahora ya es tarde. Lleva tres días sin acudir a la oficina y se ha marchado de la casa de huéspedes donde vivía. Nadie sabe dónde está.

Nuevos sollozos, palabras entrecortadas. Salamanca trataba de tranquilizarlo.

—Hace tiempo que la contabilidad no cuadra —prosiguió—. Yo no quise alarmarle a usted, otras veces ha pasado y al final se descubrió el error. Pero esta vez es distinto, ha estado sacando dinero con cargo a facturas falsas. Una obra maestra del fraude, si a un criminal se le puede aplicar esa expresión. Cuando se ha dado cuenta de que yo estaba a punto de descubrirlo, ha huido. —Nuevamente lo interrumpió el llanto—. ¡Mi hijo! Usted lo sabe, don José, ¡para mí era un hijo!

No se atrevía a terminar el relato, daba vueltas en círculo para evitar el punto crucial. Salamanca se vio obligado a preguntarle.

—¿Cuánto se ha llevado?

La respuesta no fue inmediata, antes hubo un mutismo absoluto.

—Una fortuna, casi cien mil pesetas —reconoció finalmente, tembloroso—. Mi patrimonio entero responderá de esa deuda, aunque no alcanza ni a la mitad. El resto lo purgaré en la cárcel.

—Usted no purgará nada, déjese de majaderías y de llantos. ¡A ese individuo lo cogeremos, no le quepa duda! Aunque más difícil será que recuperemos el dinero. En cuanto a usted, si ha estado tantos años sin hijos, no le costará trabajo seguir sin ellos; además, tiene unos sobrinos ejemplares. Y ahora dispóngase a escribir, que tengo varias cartas que dictarle. Voy a vender la tercera parte de mis acciones de MZA, al precio que sea. Las obras del barrio de Salamanca no se van a parar. De ninguna manera.

Hubo que dejar la carta para más tarde, el secretario no estaba para escribir. La sociedad MZA era la joya de sus propiedades industriales. Desde que se fundó en 1856, se había convertido en un gran consorcio, propietario de numerosas concesiones de ferrocarriles en la Península. A su primera línea, Madrid-Alicante, se fueron añadiendo otras más: Madrid-Zaragoza, Albacete-Cartagena, Alcázar de San Juan-Badajoz y Madrid-Toledo, que Salamanca integró en la sociedad. Cuando se licitó el ferrocarril de Andalucía, les fue adjudicado el trayecto Alcázar de San Juan-Córdoba, que se ejecutó en tramos sucesivos, primero hasta Manzanares, luego hasta Andújar y finalmente hasta la ciudad califal. No hubo suerte con el trayecto Córdoba-Málaga, adjudicado a don Jorge Loring, aunque sí con el ramal de Granada, cuyos derechos le vendieron a este. En el norte de España, solo contaban con la línea Madrid-Zaragoza, pero negociaron un acuerdo de explotación conjunta con los propietarios del ferrocarril Zaragoza-Pamplona, que permitía viajar de Madrid a París a través de Bayona sin otra escala que la frontera. El viaje solo duraba dos días y medio, casi igual que los que viajaban por Irún.

La Atlantic and Great Western, su ferrocarril norteamericano, ya era solo un recuerdo, había vendido todas sus acciones para dedicar el dinero a construir casas en el barrio de Salamanca. De aquella aventura subsistía su apellido, asociado para siempre a la City of Salamanca, la ciudad del estado de Nueva York. Del resto de los ferrocarriles que construyó fuera de España, tampoco quedaba gran cosa, o había vendido los derechos de sus concesiones o estaba inmerso en farragosas liquidaciones en los que solo fue constructor.

El negocio del ferrocarril sufría las secuelas de la depresión, tanto el transporte de viajeros como el de mercancías, cuyos ingresos no hacían más que caer en toda Europa. Las empresas explotadoras, grandes compañías que empleaban a miles de trabajadores y tenían que mantener costosísimas instalaciones, vías, trenes, estaciones y oficinas, carecían de liquidez. Salamanca estaba convencido de que, una vez que pasara este ciclo de parálisis económica, el ferrocarril resurgiría como el negocio pujante de brillante futuro que fue desde sus comienzos. Esa convicción no admitía matices, era absoluta, por eso había tratado de evitar vender sus acciones de MZA mientras fuese posible.

Pero ya no lo era, había que liquidar, al menos una parte.

Eso de la «guerra de las mantillas» lo escuchó por vez primera en el refresco que siguió a la inauguración del tranvía de mulas, una copa al aire libre en la calle Serrano. Era un día caluroso, el último de mayo. Reinaba el buen humor, había invitado a algunas autoridades, entre

otros, a don Manuel Ruiz Zorrilla, quien se sentó junto a él en el primer trayecto del tranvía. Un viaje divertido que empezó en la plaza de Oriente y terminó en su barrio, con varias paradas intermedias. A diferencia del ferrocarril, las locomotoras de este transporte no arrojaban humo, sino excremento de caballería, con no poca frecuencia, por cierto, y se alimentaban con heno en vez de carbón, un combustible mucho más económico.

La conversación la inició María Buschental, qué pasaría en Madrid que ella no supiera.

—Esta vez tengo que felicitarlo en serio, don Manuel, a usted y a todo el Gobierno. Ya era hora de que alguien le parase los pies a la Rusa.

Ruiz Zorrilla sonrió, pero Salamanca no sabía de qué hablaba.

—¿Se puede saber quién es la Rusa? —preguntó.

—Por favor, José, ¿quién va a ser la Rusa?, ¡pero en qué país vives! Pues la Rusa es Sofía, la del apellido imposible, la que se ha casado con Pepe Osorio. Esa que presume de ser hija del zar, y no del hombre que le dio el apellido. La Rusa es la promotora de la guerra de las mantillas.

—¿La joven duquesa de Sesto? —preguntó incrédulo Salamanca. Esa joven era, en efecto, rusa, una verdadera belleza, por cierto. Sofía Troubetzkoy, creía que se llamaba.

—La misma —confirmó María—. Una de las mujeres más guapas de Madrid, todo hay que decirlo. Pero rusa. Rusa, sí, nada tiene de malo, yo misma soy brasileña. Aunque resulta extraño que sea una rusa recién llegada la que levante la bandera del españolismo contra la extranjera.

—Cada vez te entiendo menos, ¿de qué bandera hablas?

—No estás en el mundo, José, solo sabes hacer casas. ¿Es posible que no te hayas enterado de la guerra de las mantillas? ¡No se habla de otra cosa en Madrid!

Ruiz Zorrilla seguía sonriendo, pero no intervenía, dejaba la iniciativa a María.

—Te pondré al día, empezando por el principio. Ahora tenemos una reina llamada María Victoria, casada con un tal don Amadeo de Saboya, quizás hayas oído hablar de él —soltó, mirando a Salamanca con ironía—. Pues bien, nada más llegar a Madrid la reina María Victoria, por cierto, una joven encantadora, Sofía la Rusa se dedicó a enviar mensajitos a sus amigas monárquicas para que, en el paseo de la tarde por el Prado, todas llevaran mantilla en lugar de sombrero. «¡Que se entere la italiana de que nosotras somos españolas, muy diferentes a ella!».

»La reina, que naturalmente todavía no sabe nada de España, al ver que todas la usaban, se presentó al día siguiente en el Prado con

mantilla y peineta ella misma, para estar a tono con lo que creía que era la costumbre, sin darse cuenta de la intención de ofender que animaba a las borbónicas. Hasta que la actitud esquiva y maleducada de todas ellas le hizo entender que solo querían ridiculizarla y ofenderla. La pobre lo pasó muy mal.

—¿Y qué tiene que ver el Gobierno con todo esto? —preguntó Salamanca.

—Eso te lo contará don Manuel —delegó María—, si no me equivoco, el asunto llegó al Consejo de Ministros.

—Así es —Ruiz Zorrilla tomó el testigo—, el Gobierno consideró intolerable la actitud de esas damas ociosas y alfonsinas, un verdadero insulto contra la Corona de España. De modo que nos pareció oportuno darles un escarmiento, digamos, sutil. El día posterior al del incidente, el ministro de la Gobernación dio instrucciones precisas a la policía: fueron contratadas dos docenas de esas mujeres que solemos llamar «de vida alegre» convenientemente maquilladas y vestidas de gala, a las que se les ofrecieron otros tantos carruajes con los que pasear por el Prado a la hora acostumbrada. Todas llevaban mantilla y todas miraban provocativas a las alfonsinas al cruzarse los coches. Me cuentan que la escena fue memorable, con las borbónicas huyendo del Prado abochornadas de ira y vergüenza entre el pitorreo general. Ahí terminó la guerra, no se ha vuelto a ver una mantilla en el Prado. Ni tampoco a la reina, que ya ha aprendido lo que puede esperar de cierta aristocracia.

A Salamanca le costaba creer todo aquello y, una vez asimilado, no supo si reír o llorar.

—Ya ven ustedes, este es un país ingrato —continuó Ruiz Zorrilla—. Don Amadeo es un caballero, viene el hombre a prestar un servicio en una nación que no es la suya, reclamado por el pueblo, que lo elige por mayoría absoluta de las Cortes Generales, y fíjese cómo se le trata. ¡Una verdadera vergüenza!

Un país ingrato, la frase de Ruiz Zorrilla resonaba en sus oídos. Ingrato, sí, y caprichoso, todavía recordaba cuando la gente vitoreaba a Fernando VII, al déspota, los mismos que luego reían las gracias de su hija y le pedían Constitución. «Ahora tienen un rey liberal, elegido por el pueblo, respetuoso con las leyes y con los ciudadanos, ¿y cuál es la respuesta? Lo calumnian y lo menosprecian. La última moda es suspirar por la república, ¡habrá que ver lo que hacen con ella cuando llegue!, que llegará inevitablemente tal y como están las cosas…».

Había momentos en que dolía ser español.

Capítulo 8

If you can meet with Triumph and Disaster
And treat those two impostors just the same.

RUDYARD KIPLING, *If…*

Si puedes encontrarte con el triunfo y la derrota
y tratar de igual modo a los dos impostores.

Madrid, 2 de septiembre de 1873

Una combinación cautivadora, la ira y el terror. El coro, esto es, el pueblo soberano, exigía al poder supremo venganza por el asesinato de su rey, el rey Duncan, *Sull'ignoto assassino esecrato le tue fiamme discendano, o Ciel*, y eso ocurría en presencia de los depravados criminales, Lady Macbeth y su marido, quienes disimulaban su profundo pavor. La profecía de las viles criaturas espectrales, *Salve, o Macbeth, di Scozia re!,* se había cumplido y la fatalidad de su siniestro augurio estremecía los corazones de los espectadores. «Nada se puede hacer contra el destino», pensaban todos ellos, en sintonía con el inexorable mensaje que el compositor, apoyado en el misterioso poder de la música, había conseguido sembrar en sus espíritus. Los negros ropajes de los figurantes apenas se intuían en el lóbrego paisaje de un escenario casi en tinieblas, y el silencio, tan hondo como el de un camposanto, solo era roto por el cadencioso cántico del coro, una especie de oración fúnebre y colérica. Nada más natural en ese ambiente patético que el público contuviera la respiración y reprimiera cualquier tentación de moverse en sus asientos, lo que rompería el hechizo del momento y la solidaria comunión de cada uno de ellos con la súplica de los protagonistas, furiosos ante el horrible crimen.

Era la segunda vez que *Macbeth,* la ópera de Verdi basada en la tragedia que encumbró a William Shakespeare, se representaba en Madrid. Salamanca evocaba en su palco del Real el éxito clamoroso del primer estreno en su Teatro del Circo, en febrero del cuarenta y ocho, poco antes de su exilio. El recuerdo de aquel triunfo, que el público personificó en él por ser el empresario que situó a Madrid en el mapa de las grandes plazas de la lírica, fue como si la puñalada de Lady Macbeth se hubiese hundido en su estómago, la dolorosa certeza de que los tiempos de vino y rosas habían muerto para siempre. En aquel entonces, el Teatro del Circo era destino habitual de las compañías de más prestigio y sede obligada para los estrenos de las grandes óperas. Pero hacía ya tiempo que su vida era cosa diferente y el brusco viraje que se había producido en su existencia tenía carácter definitivo, para qué se iba a engañar. Prueba de ello era que, antes de empezar la función, nadie se interesó por su palco y, si algunos ojos perdidos reparaban en él, se apartaban enseguida, en busca de personajes de más interés. ¿Qué fue de aquellas prometedoras miradas desde provocadores ojos de largas pestañas? ¿O del intenso tráfico entre palcos en los descansos con el suyo siempre a rebosar?

Ahora, en cambio, era él quien escudriñaba con sus anteojos tratando de reconocer a los ocupantes de los palcos vecinos. Había muchos rostros desconocidos, gentes de la nueva situación que habían medrado con rapidez en el flamante régimen. También a los republicanos les gusta la ópera, o, cuando menos, dejarse ver en ella, como a todos. Cerca del suyo había distinguido a don Nicolás Salmerón, el actual presidente de la República, ¡el tercer presidente en una república con siete meses de vida!, un caballero de frente despejada y triste semblante. Versado en filosofía, según se comentaba. «Estos nuevos líderes han resultado ser bienintencionados y doctos personajes de vasta erudición y notable retórica, ¡así nos va! —Ése era el juicio que le merecían—. Todos ellos son pacifistas, aunque, curiosamente, cuanto más pregonan su odio por la violencia, más se extiende esta por la nación, jamás hubo tantos conflictos a la vez; el Ejército, menguante y desmoralizado, no sabe adónde acudir, si a echar a los carlistas de Navarra o a sofocar los focos revolucionarios que han prendido en docenas de ciudades y pueblos. Esta es la República Federal que tanto deseaba la gente», pensaba con resignación.

Salamanca no podía olvidar que Salmerón tuvo que hacerse cargo del poder cuando su antecesor, Pi y Margall, renunció a la presidencia por no querer enviar la fuerza pública a poner orden en la marejada de rebeliones cantonales que ahogaba a media España. El nuevo presidente se vio obligado a aceptar transitoriamente la reinstauración de la pena de muerte, aunque declaró que no la aplicaría jamás, con lo que la medida perdió todo efecto. Aún más original que el caso de Pi, a quien la maledicencia pública motejaba de «señor tres catorce dieciséis», fue el de su antecesor don Estanislao Figueras, quien, molesto con el poco caso que se le hacía en las Cortes y en todas partes, cierta mañana, en lugar de acudir a su despacho, se marchó a Francia sin avisar. Y no volvió, fue este un caso histórico de dimisión fulminante.

Abandonó los pensamientos que lo distraían y su atención regresó a la ópera; la acción, en la parte final del segundo acto, se centraba en un cuadro de locura por miedo o remordimiento, o por ambas cosas a la vez. En pleno banquete con la nobleza del reino, Macbeth, enterado del asesinato de Banquo, a quien había dado orden de matar, se dirige al espectro de este y le exige que se marche del convite: *Va! Spirto d'abisso! Spalanca una fossa, o terra l'ingoia*, exclama la voz potente del barítono. Naturalmente, nadie más puede ver a ese fantasma de Banquo al que habla. Ante la prueba de demencia del violento monarca, los invitados huyen horrorizados, mientras la avergonzada Lady Macbeth achaca las alucinaciones de su esposo a la cobardía, y así se lo reprocha.

La fuerza dramática de la acción, la medieval y tenebrosa rusticidad del atrezo, la depravación moral del personaje de Macbeth, el horror por el triunfo del corrupto sobre el noble, pero sobre todo la maestría de la composición, la destreza de la orquesta y el virtuosismo de las voces de los cantores, todo ese conjunto de concatenadas circunstancias esparcían por la atmósfera del Teatro Real una nube invisible de vibrantes emociones.

La locura y su poderosa carga emocional. En su juventud, a Salamanca le resultaba incomprensible cualquier explicación moral o psicológica de la locura, se aferraba a la opinión generalizada de que la enajenación mental era un fenómeno genético y, por tanto, incurable. Pero eso había cambiado considerablemente en los últimos años desde que él mismo experimentaba muchos días, y sobre todo muchas noches, la sensación de creer que iba a volverse loco por la frustración que le causaba la deriva de sus negocios. Quizás por eso sintió un escalofrío al escuchar los desvaríos del rey impostor: *Sangue a me quell'ombra chiede e l'avrá, l'avrá, lo giuro*.

En el entreacto, recibió una inesperada visita en su palco: el general Córdova. Hacía mucho tiempo que no se veían.

—Me acordé de usted ayer —dijo el militar tras efusivos saludos—, porque pasé junto a las obras de la nueva plaza de toros. Me sorprendió ver que ya está casi terminada. Un edificio estéticamente impecable, como todos los suyos.

Salamanca imaginó que el desaparecido pelo del redondo cráneo de Córdova, visiblemente desguarnecido, debía de haberse ido amontonando en los vastos bigotes, tan blancos y pacíficos. También se fijó en sus grandes orejas, pasaban desapercibidas gracias a lo bien plegadas que estaban, como abrochadas a la cabeza.

—¡Cuánto me alegra encontrar a un conocido, Fernando! En los palcos solo se ve gente extraña, me parecía estar en otra ciudad —correspondió Salamanca—. La nueva plaza de toros, sí, es verdad, va a ser una construcción elegante, nada que ver con el mamotreto de ahora. Estoy deseando tirarlo, no hace más que afear el barrio, pero todavía nos quedan unos meses de obras.

Construía el nuevo coso taurino en la continuación de la calle de Goya, a unos doscientos metros de su cruce con la de Alcalá. Por tanto, en las afueras de su barrio, algo alejada, aunque el tranvía de mulas la comunicaría con el centro de la ciudad. El convenio firmado con la Diputación Provincial estipulaba que el solar en el que se asentaba la vieja plaza pasaría a Salamanca en propiedad cuando entregase la nueva.

—No sé si se ha enterado usted de que me he retirado de la política.

¡Demasiados años de servicio, ya estaba cansado! —El general llevó la conversación a su terreno, consciente de que Salamanca pertenecía al grupo de los afines. Últimamente, empezaba todas sus conversaciones afirmando haber abandonado la política, pero nadie lo creía. Es más, todo el mundo sospechaba que ni siquiera lo creía él mismo, la vocación de Córdova por la cosa pública era visceral, a prueba de tempestades. A pesar de sus antecedentes borbónicos, participó en los gobiernos de don Amadeo y, aún más sorprendente, asumió la cartera de Guerra en el primer Gobierno republicano—. Además, no soy capaz de aguantar a estos señores de ahora. ¿No le parece que la situación es insostenible?

—Poco puedo decirle yo a usted —alegó Salamanca—, salvo que con tanto alboroto no se vende un piso.

—Es terrible todo esto que tenemos encima, espero que el experimento republicano nos sirva de escarmiento.

—Qué me va a decir a mí, que lo sufro como nadie. Pero no olvide que la República llegó con la bendición de todos ustedes, los políticos —protestó Salamanca.

—Había que darle una oportunidad, tras el fracaso de Isabel II y luego de don Amadeo —dijo Córdova—. Pero es verdad lo que dice usted, a la República la trajeron unas Cortes monárquicas. ¡Un inmenso error!

—Un inmenso error de los diputados que pagamos todos los demás.

Para Salamanca, Córdova era un elemento genuino de esa tribu que suele denominarse «la clase política», una especie de casta, deshumanizada a fuerza de imaginar una realidad inexistente, solo visible para sus propios miembros; un grupo minúsculo pero con mucha presencia pública, corporativista y endogámico, en el que son frecuentes la presunción, cierta pretensión de superioridad moral y un vicioso delirio de trascendencia. Cuando uno ingresa en un club como este, salvo que tenga la conciencia de estar de paso, renuncia de por vida a abandonarlo. El caso de Córdova era un buen ejemplo, los cuatro o cinco años que trabajó para él como administrador de sus ferrocarriles italianos fueron un paréntesis en su existencia. Un paréntesis muy remunerador, porque en ese tiempo hizo el suficiente dinero para poder dedicarse a la política el resto de su vida, que era lo que siempre había querido.

—Supongo que se estará haciendo algo para arreglar este embrollo —inquirió Salamanca—, seguro que usted lo sabe.

—Yo tengo esperanza en el general Martínez Campos, un hombre con determinación, el único que puede arreglar este dislate. De momento, ha sofocado la mayor parte de las insurrecciones cantonales, las más pequeñas. Parece que ya solo quedan dos focos activos, Málaga y Cartagena.

Córdova hacía referencia a la rebelión cantonal, docenas de ciudades y pueblos habían proclamado meses atrás su independencia del Estado. Entre las nuevas «naciones» independientes, se encontraban varias potencias europeas de la importancia de Loja, Almansa o Utrera.

—He oído que Cartagena está en manos de un loco —dijo Salamanca.

—El general Contreras. No, loco no es, más bien un iluminado, uno de esos personajes pintorescos que dan colorido a nuestra historia. En Cartagena se ha alcanzado el grado máximo del absurdo, no sé si está usted informado. —No hubo lugar a averiguar si Salamanca era conocedor de los hechos, decidido como estaba a dar su versión, Córdova prosiguió su relato sin la menor pausa—. Contreras, que se incautó de la flota aprovechando que estaba anclada en el puerto, ha utilizado nuestras fragatas para organizar expediciones navales contra indefensas ciudades vecinas como Almería o Alicante. No va usted a creerlo, pero lo cierto es que, si no le pagaban lo que pedía, las bombardeaba, así de sencillo. Como los piratas, pero con nuestros barcos. Martínez Campos tiene ya cercada la ciudad, pero no será fácil meterlos en vereda, Cartagena es una plaza casi inexpugnable.

—No puedo entender cómo hemos llegado a estos extremos, Fernando. —Salamanca, inquieto, miró el reloj; esperaba noticias importantes que no terminaban de llegar. Para no parecer maleducado ante Córdova, hizo un esfuerzo por demostrar interés en la conversación.

—Una vez abierto el melón federal, cada uno lo interpretó a su manera y, cuando se vio que las nuevas Cortes eran incapaces de ponerse de acuerdo en una nueva Constitución, esa legión de demagogos que pululan por la política española creyeron llegado su momento de gloria y declararon la independencia de sus respectivos pueblos. Con un Gobierno pacifista compuesto por charlatanes como ellos, sabían que no serían castigados. Además, se aprovecharon de que el Ejército estaba entretenido en el norte luchando contra los carlistas.

—Esa es otra, ¡los carlistas! —apuntilló Salamanca.

—Los carlistas, sí señor, otra vez son dueños de buena parte de Navarra y del País Vasco. Un territorio que hoy día es un Estado dentro del Estado y funciona a su aire, a las órdenes del pretendiente y su Gobierno de Estella. Este Carlos VII, como se llama a sí mismo, no solo ejerce como monarca absoluto en esa parte de España, sino que tiene una Hacienda propia y hasta embajadores en algunos países. A este punto hemos llegado, José.

Salamanca estuvo a punto de pronunciar una frase que últimamente le venía con frecuencia a la cabeza, escuchada tiempo atrás a José

Buschental: «¿Cuándo empezó a pudrirse este país, Salamanca?». Pero no salió de su boca, empezaba el tercer acto de *Macbeth* y debían poner punto final a la conversación.

De nuevo en la oscuridad de su palco, la inquietud le impedía concentrarse en la música. La depresión de la economía duraba ya casi diez años y las perspectivas seguían siendo funestas. «Ahora es la República, ¿qué será mañana?», se preguntaba. Los disgustos que le daba la construcción del barrio consumían su caudal de energía y no quedaba nada para cualquier otra cosa. Y, sin embargo, estaba tan seguro del triunfo final que en ningún momento se le ocurrió detener las obras. Al contrario, trataba de concluirlas cuanto antes. Desde el asesinato de Prim, se habían inaugurado tres nuevas calles llamadas Lagasca, Velázquez y Núñez de Balboa, ¡Dios sabía con cuánto esfuerzo! En total, casi treinta nuevas manzanas con millares de viviendas.

Poco a poco, el barrio se iba animando y el vecindario crecía: profesionales, funcionarios y pequeños comerciantes descubrían las ventajas de vivir en la mejor zona de Madrid. Pero a un ritmo demasiado lento, insuficiente para generar el flujo de fondos necesario. Para afrontar los pagos, seguía obligado a vender todo lo que podía, aunque cada vez le quedaban menos bienes que poner en venta excluyendo las propias viviendas. Necesitaba un socio que aportara dinero y, para eso, estaba dispuesto a valorar los inmuebles y solares incluso por debajo del coste. Llevaba años buscándolo, trató de convencer a docenas de empresarios y entró en contacto con varias sociedades extranjeras, pero sin éxito. Notaba que, al principio, muchos mostraban interés, la distinción del barrio de Salamanca impresionaba a todos. Pero luego, cuando maduraban la idea, se echaban atrás. Antes decían que era por la crisis europea, ahora lo justificaban por la inestabilidad política. Nadie veía el final del túnel sombrío por el que discurría la vida española.

Por fin, tras muchos intentos, el problema estaba a punto de resolverse. Llevaba tres meses negociando con una sociedad de inversión francesa, los directivos parecían unos caballeros serios, conocedores del negocio y muy exigentes, convencidos de que la coyuntura iba a cambiar pronto. Habían visitado los edificios varias veces, se habían acordado ya los bloques y parcelas que se aportarían a la sociedad que se iba a crear, en la que él sería socio minoritario. También había acuerdo en su valoración, el importe de la inversión ascendía a muchos millones de pesetas, suficientes para amortizar la mayor parte de las deudas y abordar con cierta tranquilidad el resto de las obras. Se había analizado todo, hasta el mínimo detalle, tan solo

faltaba el último, el más importante: la aprobación del Consejo de Administración. En esos instantes, mientras en el escenario unas brujas mostraban a Macbeth el fantasma de Banquo, se reunía en París ese consejo a fin de tomar la decisión definitiva. «Mucho depende de esa decisión —reflexionaba— mi futuro, mi tranquilidad, tal vez mi vida, tan castigada por la angustia». Por eso estaba tan nervioso. El representante de la sociedad en Madrid había prometido enviarle un mensajero al teatro para informarle del acuerdo del consejo tan pronto acabara la reunión y recibiera un telegrama con el resultado. Pero la ópera se encontraba ya en el tercer acto, el mensajero no llegaba y a él lo consumían los nervios.

Trató de pensar en otra cosa y aislarse también de la tragedia que se desarrollaba en el escenario, que en nada ayudaba a alimentar la esperanza. Para ese tipo de aislamiento, tenía cierta facilidad, no había disminuido esa facultad tan suya de aparcar en algún lugar del cerebro los malos pensamientos. Temporalmente, por supuesto.

De modo que pensó en Estrella.

¡Estrella! La había visto esa mañana, en el jardín de su palacio. ¡Era ella, estaba seguro!, a pesar de que llevaba una toca negra sobre la cabeza. Estaba él junto a un balcón de su dormitorio, en la fachada trasera, cuando vio a una mujer escondida tras un seto, absorta en el juego de las niñas. María, su hija, se mecía en el columpio en compañía de varias amigas. La mujer la miraba en silencio, de vez en cuando volvía la cabeza por ver si la estaban observando; entonces pudo distinguir su cara: ¡hermosísima, como diez años atrás! Un instante más tarde, Estrella pareció tomar una decisión, salió de su escondite y se dirigió a María, quien bajó del columpio para acercarse a la desconocida. Hablaron un rato paseando por la alameda, solas; hablaba Estrella y la niña reía. Él estaba oculto tras el visillo para que no lo vieran, y no perdió detalle. Tuvo la tentación de bajar a saludarla, pero se reprimió. Para Estrella, él ya no era nadie, solo su hija contaba. Puede que llevara años esperando este momento y él debía respetarlo.

Poco después se les acercó un hombre, cojeando. Era Zaldívar, el criado de María Buschental que hacía un rato le había entregado un regalo de su señora: una caja de puros brasileños traídos de Río de Janeiro, de donde la Buschental acababa de regresar. Estrella se despidió de su hija, la besó y se fundió con ella en un abrazo interminable entre lágrimas escondidas a la niña. Pero él sí podía verlas desde su balcón. Cierta frase, desempolvada de algún rincón de la memoria, le agitó remotas fibras de la sensibilidad al aflorar en su conciencia: «Tómala. Es tan tuya como mía». La hija de ambos. Aunque ahora, ciertamente, la niña era más de él que de ella, incluso llevaba su apellido. Así eran las cosas y seguramente así debían ser.

Cuando, acompañada por Zaldívar, se encaminaba hacia la verja del palacio, sollozaba abiertamente. Él le cogió la mano y ella se apoyó en su cuerpo de soldado derrotado. ¡Estrella y Zaldívar, el revolucionario cojo! ¡Qué pequeño es el mundo!

Delante de su doncella y del médico, Lady Macbeth se mira las manos que, en su locura, cree manchadas de sangre humana: *Di sangue umano Sa qui sempre…* La quejumbrosa aflicción de la reina impostora demuestra que el remordimiento ha devenido en demencia, antesala de la muerte. La voz de la soprano atronaba de dolor en el sobrecogido recinto del teatro. Su confluencia con otra voz más cercana, cautelosa y tímida, produjo en Salamanca un espasmo de pavor.

—¡Señor de Salamanca! —escuchó tenuemente a sus espaldas. Se volvió aterrado y divisó una sombra inmóvil en el interior de su palco. Transcurrieron largos segundos antes de que pudiera reaccionar.

—¡Me ha asustado usted! ¡Pase enseguida! —dijo finalmente, cuando fue consciente de que se trataba del mensajero al que esperaba.

—Disculpe usted —murmuró sigilosamente el hombre en la oscuridad, parecía tener más miedo que él mismo—. Le traigo una carta de parte de *monsieur* Gillet.

El mensajero le entregó el sobre y se marchó, y el corazón de Salamanca empezó a bombear intensamente. Trató de calmarse dejando el documento sobre su regazo y dirigiendo la mirada hacia el escenario, pero su mente no estaba preparada para entender lo que en aquellas tinieblas sucedía. Se levantó bruscamente y salió del palco, en el pasillo se acercó a la lámpara de gas más cercana y rasgó el sobre. Su corazón seguía latiendo con fuerza inusitada, hasta tal punto que se preguntó si ese hombre que temblaba era él mismo. Torpemente, extrajo la carta de su interior. La leyó con manos estremecidas:

> Estimado señor de Salamanca:
>
> Lamento informarle de que el Consejo de Administración de nuestra sociedad ha decidido declinar su ofrecimiento…

No fue capaz de continuar la lectura. Con saña, hizo un ovillo con el papel y se lo guardó en el bolsillo. Regresó al palco y se volvió a sentar, por el escenario deambulaba ahora un enjambre de individuos con ramas de árboles en las manos. Era como si el bosque donde ahora se desarrollaba la acción, el bosque de Birnam, estuviera en movimiento.

—La tragedia de Macbeth es como la mía —murmuró entre el fragor de los cánticos—. Nada se puede hacer contra el destino.

Sin esperar al final de la obra, abandonó el teatro.

Minutos después, subió la escalera del palacio como un sonámbulo. Abrió los balcones de su despacho para dejar entrar la brisa templada de la noche de septiembre. Se dejó caer en el sillón de su escritorio, donde, inmóvil, permaneció durante una hora, tal vez más, con la mirada perdida en las profundidades de otro bosque: el que aparecía en el cuadro que tenía enfrente, *Alegoría de la abundancia*. Ajeno por completo a la estética del óleo de Brueghel el Viejo y Van Balen, a su simbolismo y a su belleza, durante largo rato su cerebro se entretuvo en contar el número de árboles que aparecían en la pintura. Frecuentemente se perdía y volvía a empezar, eran muchos más de los que parecían a primera vista, algunos de ellos difícilmente visibles entre la espesura de las hojas. Después le tocó el turno a los frutos que colgaban de los árboles, luego a las ramas y más tarde a las flores; estas eran centenares, muchas de ellas formaban guirnaldas que adornaban las cabezas de unos amorcillos que bullían desnudos junto a las diosas. Su cabeza se esforzaba por retener cada una de las cantidades sin anotarlas, era un juego de cálculo mental que, tiempo atrás, había descubierto que actuaba como una droga, le evitaba pensar y, por tanto, sufrir.

Las figuras con forma humana no interesaban en aquel juego, eran demasiado sencillas de contar, de modo que su mirada se paseaba entre ellas sin tenerlas en cuenta. También eran muchas: diosas, faunos, sátiros, ninfas…, todas ellas gozaban de la paz y los frutos que la naturaleza ponía a su disposición, simbolizados en el cuerno de la abundancia. «La abundancia, yo la he conocido, no hace tanto tiempo. Es una sensación agradable pero incompleta, pues por sí misma no llena la vida. Aunque, en realidad, ¿qué es lo que puede colmarnos, qué llena nuestra existencia?». No supo responderse, la forma que él había tenido de vivir en plenitud fue la de embarcarse en una interminable carrera de obstáculos camino de una meta difusa y un horizonte invisible.

Poco a poco fue recobrando la calma, la experiencia enseña mil maneras de encajar los golpes que recibimos. Una vez más, pensó que no había motivo para la queja: «Llevo toda la vida haciendo lo que he querido, no hay muchos que puedan decir lo mismo». Ahora miraba el cuadro con otros ojos, ante él aparecía un paisaje apacible que contagiaba serenidad. Enseguida olvidó los números que con tanto esfuerzo había retenido.

Instantes después, paseaba por la huerta de Oñate y levantaba la mirada hacia la atmósfera limpia e inasible. En la oscuridad de la madrugada, se alzaba ante él, en toda su grandeza, la obra colosal que

era el universo. Sentía a veces la necesidad de contemplarlo para volver a convencerse de la pequeñez de nuestros problemas. El vasto paisaje del cosmos, de imposible comprensión, le ayudaba a recobrar la entereza necesaria para continuar su camino.

Reconoció a Betelgeuse, la más radiante de las estrellas de Orión, en el mismo sitio donde ya estaba cuando era un niño y su padre le enseñaba los misterios del cielo. Su afán por conocer lo llevó a interesarse en la astronomía, por eso sabía que las imágenes que en aquel momento contemplaba no eran de este tiempo, sino de otros muchos, según la distancia existente entre cada astro y la Tierra. Un astrónomo danés llamado Ole Römer había descubierto siglos atrás que la luz tiene una velocidad finita, por tanto, las imágenes que llegan de las estrellas hasta la Tierra lo hacen mucho tiempo después de que se hayan producido. Pudiera ser, quién sabe, que Betelgeuse hubiese desaparecido años atrás y él continuara viéndola, una muestra más de la grandeza de la creación o de la pequeñez del hombre para entenderla.

Se le ocurrió que, según aquella ley universal, alguien podría estar contemplando en aquel momento, desde alguno de aquellos mundos lejanos, una imagen de la Tierra que sería la de muchos años atrás, tal vez la del día en que él nació. Esta idea le resultó sobrecogedora. El universo es, por tanto, un archivo gigantesco por donde navegan las imágenes de todo lo que ha ocurrido en el pasado, al alcance de quien las encuentre en ese instante del tiempo. Tiempo y espacio, ¿dónde empieza uno y termina el otro? Quiso imaginar que se encontraba en Betelgeuse y que desde allí tenía acceso a una imagen acontecida décadas atrás, la de una bellísima joven de cabello rubio a punto de ser ajusticiada en una plaza de Granada, en medio de una multitud entre la que se encontraba un estudiante desesperado.

Una nube debió de pasar delante de Orión, porque se ensombreció de repente, en su lugar apareció la imagen de Lady Macbeth con las manos manchadas de sangre. En ese instante, estuvo seguro de que el mensaje que late en la obra de Macbeth es falso: no es verdad que no se pueda hacer nada contra el destino, en realidad nuestro destino lo fabricamos nosotros. Al día siguiente, reanudaría la búsqueda de un socio que aportara capital. Y, si no lo encontraba, continuaría solo. Como siempre.

Capítulo 9

If you can fill the unforgiving minute
With sixty seconds' worth of distance run,
Yours is the Earth and everything that's in it,
And — which is more — you'll be a Man, my son!

RUDYARD KIPLING, *If…*

Si puedes llenar el minuto implacable,
con sesenta segundos de lucha bravía,
tuya es la Tierra y todo lo que hay en ella,
y lo que es más: ¡serás un hombre, hijo mío!

Palacio de Vista Alegre (Carabanchel Bajo, Madrid),
21 de enero de 1883

Nunca como en ese instante tuvo menos sentido el concepto de tiempo. Con enorme dificultad, consiguió sacar su reloj del bolsillo del chaleco para ver cómo las dos varillas se confundían en una sola, vertical, apuntando a los negros números romanos que indicaban el mediodía. En cualquier otra ocasión, esa señal habría tenido un sentido, la hora de una cita, el momento del almuerzo o simplemente el recordatorio de que el sol se encontraba en el cenit. Pero hoy no era así, lo único que el reloj le enviaba era un mensaje de despedida.

Había pedido que lo llevaran al embarcadero. El médico consintió, ante las protestas de su hija. «Ya, qué más da», le dijo con los ojos. Su debilidad era tan extrema que hubo que trasladarlo en volandas entre dos criados y subirlo a la calesa, luego lo desmontaron y lo sentaron en un sillón abrigándolo con una manta, al sol perezoso de enero. El ardor de la fiebre le producía frío, un frío marmóreo, sostenido, aunque preferible a la tenebrosa tristeza de su dormitorio.

Desde la atalaya en que lo colocaron también veía la fuente de las Conchas, la copia de la del Campo del Moro que encargó a Colomer. Las dos barcas desvencijadas, despojos de madera carcomida tras una década de olvido, se balanceaban acompasadas en el embarcadero casi imperceptiblemente, empujadas por minúsculas olas de aguas sucias originadas por la brisa suave. En el puentecillo que conducía a la islita que formaba el canal, las hierbas y los jaramagos, en su libre albedrío, proclamaban el reinado de la desidia. Todo el recinto de Vista Alegre era pasto del abandono. En cambio, la fuente de las Conchas, inmune al paso del tiempo, mostraba su grandeza de siempre, amparada en la vitalidad imperecedera de la piedra. A este breve paisaje se reducía ahora su espacio, a una fuente, unas barcas y un cielo inmenso y borroso, emponzoñado por el peso de su propia impotencia. No había más.

Pero ni la presencia de la sima insondable que se abría a sus pies, ni la reducción infinitesimal a la que estaba sometida la noción de futuro impedían la lucidez de su conciencia, hasta se atrevería a decir que esta trabajaba a máximo rendimiento, no solo en cuanto a la percepción de su propio estado de decrepitud, sino también en ese otro sentido de la palabra, en el conocimiento de las cosas que nos relacionan con el mundo, quizás más vivo que nunca.

Queriendo ponerse a prueba, mientras su hija le aplicaba paños fríos sobre la cabeza, Salamanca fijó su atención en las figuras que

decoraban la fuente, hermosísima en su blanco fulgor. Bastó ese ejercicio de voluntad para que la presión sobre el pecho que lo atormentaba quedara en el olvido y fuera sustituida de repente por una indescriptible sensación de felicidad. Los ancianos tritones, cuyas piernas se convertían en cabezas de delfines de bocas abiertas que en su día fueron surtidores de agua cristalina, cuando en Vista Alegre había jardineros, sujetaban un plato circular que a su vez era el suelo en el que se apoyaban las tres ninfas que rodeaban al mástil central, desnudas y voluptuosas. A falta de algo mejor que hacer, se recreó en su contemplación: tres mujeres esplendorosas, cuando menos, las dos que realmente podía ver, cuyos brazos alzados simulaban soportar la plataforma superior de la fuente. Eso parecía, porque en realidad la forzada postura era una excusa del escultor para realzar la turgencia de sus senos y la sensualidad de sus cuerpos firmes de redondas caderas. Qué bien recordaba cuando dijo a Colomer que instruyera al escultor para que fuera generoso en el tamaño de los pechos de sus ninfas, conforme a su personal sentido estético; los de la fuente original le parecían pequeños, seguramente según el gusto de don Ventura Rodríguez, el artista que la diseñó.

Un espasmo de toses causó una especie de seísmo que cortó de raíz sus pensamientos, un movimiento convulsivo con origen en su propio cuerpo. El ajetreo entre los que lo rodeaban, la percepción de ciertos sonidos retumbando en su cerebro, delataba que algo alarmante sucedía en su organismo, aunque siguiendo su propio dictado, al margen de su voluntad. Unas manos vigorosas le agarraron la cabeza y la colocaron en tal posición que solo podía ver el interior de una escupidera de porcelana adonde sus propias fauces expulsaban viscosos fluidos mezclados con sangre, cuya salida le produjo un conato de asfixia. Encontró en algún sitio la energía suficiente para levantar la mano indicando que el episodio había concluido y podían volverlo a la posición original. Así lo hicieron, aunque después de meterle en la boca una cuchara con algún sórdido brebaje.

—¿Y María? —preguntó a su hija, con un hilo de voz cuyo eco le estalló en el cerebro.

—Ahora viene, está atendiendo a un mensajero —respondió María Josefa—. No hables, descansa.

—¿Qué sabemos de Fernando? —dijo a pesar de todo. Aunque le suponía un cansancio infinito, hablar le hacía sentirse vivo, casi tanto como mirar las ninfas de la fuente.

—No hables, te digo, volverás a toser y a vomitar. Fernando viene de camino, ha tomado un tren en Irún.

Al pobre de su hijo, su repentina enfermedad le había cogido en Bayona. No le quisieron avisar para no alarmarlo y, cuando se decidieron a enviarle un telegrama, tal vez era tarde; se lo escuchó

contar a María Josefa cuando ella lo creía dormido, en uno de sus sopores.

María de Salamanca, su hija y a la vez sobrina, llevaba la alegría estampada en el rostro. La vio acercarse hacia él, sonriente, con la frescura de su rostro moreno de dieciocho años. Estrella, su madre, debía de tener esa edad cuando la trajo al mundo, él al menos la recordaba así. Le gustaba estar con ella y escuchar sus cosas, contadas sin pudor, era la más Salamanca de sus tres hijos.

—Tío José —dijo. Aunque todos conocían la verdadera historia, en la familia se mantenía la ficción de que María era hija de su hermano Jaime—, mira, el rey te manda un mensaje, deja que te lo lea: «Querido Salamanca: Espero que te repongas cuanto antes, dentro de dos semanas tenemos cacería en Aranjuez. Mis mejores deseos. Alfonso XII». Qué detalle, tío, el propio rey, pendiente de tu salud, tienes que curarte muy pronto para ir a cazar.

A él, sin embargo, no le alegró la noticia, la recepción de esa nota no hacía sino confirmar que estaba en las últimas. ¿Desde cuándo se entretenían los reyes en mandar mensajitos de esta clase a los súbditos, por muy grandes de España que fueran? Debía de ser cosa de Córdova, se lo habría dictado a un asistente del rey. Ya era tarde para que esas muestras de piedad pudieran hacerle efecto; aunque su conciencia se mantuviera intacta, su alma estaba encallecida, encerrada en este cuerpo decrépito en el que sus mecanismos no obedecían las órdenes de su voluntad.

¿Su alma, había dicho? Pero ¿qué era en realidad su alma, ahora que la existencia se esfumaba como un soplo de viento? Lástima que no estuviese a su lado Petronila para iluminarlo, tan diestra en la materia. ¿Sería verdad que lo estaba esperando allá en las alturas, como le anunció poco antes de morir? Y, sin embargo, aquella mujer temerosa se había aferrado a la vida mientras la tuvo, a pesar de sus inconmovibles sueños de eternidad. «Pensándolo bien, ¿de qué vale especular?, lo que tenga que ser será —se dijo, volvió a dirigir la mirada a las curvas sensuales de las ninfas y se sintió mejor—. El cuerpo sí que es una realidad tangible, del alma nada sabemos, todo es poesía o religión, es decir, humo que vuela por el universo».

«Pobre rey Alfonso, más le habría valido que se hubiera consolidado la República y llevar una vida privada, lejos de este teatro de ferocidades que es la política en España». A pesar de su desapego por la cosa pública desde que cesara como ministro de Hacienda, él siempre se había alineado en el bando de los Borbones, antes en el de la madre y ahora en el del hijo, una forma de conservadurismo seguramente, algo paradójico en un inconformista. Sentía simpatía por el joven monarca, tan elegante, tan frío en apariencia, tan desgraciado, tan novelesco en su romántica melancolía, a la sombra

espectral de su María de las Mercedes. Hacía poco más de un año, a finales de 1881, organizó una cacería en Los Llanos en su honor, don Alfonso tenía la misma afición a la caza que todos los Borbones y disfrutó como un niño durante las dos jornadas en que fue su huésped. Además, allí pudo estar junto a su madre, la reina Isabel, la gran apestada, a la cual no se atrevía a ver más que en la intimidad, sin que nadie lo supiera. En aquella cacería, se acordó la venta de Vista Alegre a la reina, ella estaba deseando venirse a vivir a Madrid y él necesitaba el dinero con urgencia, pero no fue posible, cuando Cánovas se enteró, le mandó un mensaje terminante: Isabel II no volvería a residir en España jamás. Así son muchos monárquicos, acérrimos cobardes a los que solo preocupa el qué dirán. De modo que la reina Isabel seguía viviendo en París y él, en este caserón abandonado a su suerte que era el palacio de Vista Alegre, doblemente hipotecado.

El roce de una piel joven en su cara le sacudió como un latigazo de placer, calmó el irritante dolor que le oprimía y congeló los gélidos sudores que anegaban su rostro. María de Salamanca, su hija sobrina, había juntado su mejilla con la suya al tiempo que apretaba una toallita húmeda en su cuello, y él se sumergió en un éxtasis de dulzura al roce con aquella niña. Ella le besó la frente y lo miró a los ojos, él le tomó la mano con la suya descarnada, infinitamente agradecido. Lo habían vestido impecablemente, con un traje marengo, camisa blanca con lazo negro y sus zapatos de charol. Así lo había exigido y así se hizo, José de Salamanca era el arquetipo de la elegancia y lo sería hasta el último minuto. Antes lo habían lavado y afeitado en su propio lecho, cuando se miró en el espejo, creyó ver un elegante cadáver.

Tres días antes había viajado desde San Sebastián, donde supervisaba las obras del Ensanche de Zurriola, una obra apasionante en la que se ganaban tierras a costa del mar. Fue allí donde escuchó a la muerte golpeando la aldaba de su puerta y le entró pánico, el de acabar sus días en la habitación de cualquier hotel, como le pasó a José Buschental. De modo que se subió en el primer tren, perteneciente por cierto a la empresa competidora, aunque se sonrojó al recordar que ya no tenía ni una sola acción de MZA ni de ninguna otra compañía, todo se había consumido en la pira insaciable que era el barrio de Salamanca. El viaje fue terrible, en la soledad de su coche dormitorio, entre vómitos y alucinaciones, asistido en la madrugada por el mozo y por el revisor, que amenazaban con bajarlo en la primera estación. Bajó del tren exhausto y en el andén lo esperaban los suyos, incapaces de disimular su espanto al contemplar su aspecto sepulcral.

Ahora parecía dormido, aunque en realidad cerró voluntariamente los ojos y se sumió en un letargo relativamente apacible, en una

tregua que le regalaba el dolor, quizás la última. Los párpados funcionaron como una persiana que ocultó las imágenes exteriores y mostró las del interior, fugaces visiones que iban y venían según los arbitrarios caprichos de la fantasía. Mudas estampas de su niñez, dicen que los viejos son como niños, que solo se acuerdan de lo que pasó muchos años atrás, y puede que sea cierto. Agudas sirenas de barcos surcando las aguas oscuras del puerto, anchas pamelas sobre doradas trenzas infantiles en coches relucientes que paseaban por la Alameda, su padre arrestado por soldados armados, el llanto de su madre cuando se lo llevaban… Hizo un esfuerzo por torcer el rumbo de sus pensamientos y evitar los desagradables, ya era bastante con lo que tenía encima, y ordenó a su cerebro que le ofreciera imágenes del ferrocarril. El cerebro le obedeció, como siempre, y entre las rendijas de sus tinieblas interiores se infiltraron trenes que recorrían paisajes borrosos, locomotoras que resoplaban subiendo cuestas imposibles, lujosos vagones ocupados por graves caballeros que negociaban contratos, extrañas damas de ojos oblicuos derramando sus fragancias orientales en los coches-restaurante, estaciones saturadas por enjambres humanos, mozos uniformados con carretillas atestadas de baúles… Y el humo de las locomotoras inundándolo todo, un humo que a él le parecía estético, una parte principal en el mágico universo de los caminos de hierro.

Su propia vida había sido un camino de hierro. Un camino en el que se sucedieron rectas interminables y estremecedores trazados entre desfiladeros, con el peligro al acecho. Túneles tenebrosos que parecían no tener fin y suaves descensos a la vista del mar. Y al final, la estación de término, esa que tenía a la vista.

Un camino de hierro, sí, que hubo que abrir a golpe de machete en la selva espesa de la existencia. Un camino en el que, a ratos, encontró la felicidad. Ahora, esos ferrocarriles que había construido ya no eran suyos, aunque en cierto modo sí que lo eran y lo serían para siempre, porque la propiedad tiene muchas caras, bien que lo sabía él, no es solo una inscripción en ciertos libros de registro.

Le reconfortaba entregarse a los recuerdos, seguramente es la manera de agarrarnos a la vida que se escapa, al pasado cuando ya no hay futuro, y los dejó campar por sus respetos en anárquica sucesión, contemplándolos desde la poltrona de su propio crepúsculo: el ejemplar del *Tirante el Blanco* en una estantería de Lisboa; el grito desgarrado, el último, de Mariana Pineda; los pechos sinuosos de Guy Stephan y el sabor a miel de su piel blanca; los ojos húmedos de una mujer con antifaz que se le acerca; las esculturas de Paestum y los novecientos vasos griegos, vendidos a un museo para evitar la bancarrota; el griterío del salón de la Bolsa; la nariz enrojecida del cardenal Borja vista desde su escritorio; el golpe de martillo del

subastador al vender sus colecciones de libros y cuadros…

Cierto revuelo rompió sus ensoñaciones y le hizo abrir los ojos. Lo primero que vio fue un pájaro negro, probablemente una urraca, posado en la cúspide de la fuente de las Conchas, sobre el delfín que sostenía un niño desnudo con piernas de pez; una silueta que rompía el azul uniforme del cielo. Pero enseguida desvió la mirada hacia el hombre que acababa de llegar, don Matías Perelló, sin duda avisado por María Josefa ante la inminencia de lo que se avecinaba.

—Don José, póngase bueno pronto, todo el mundo lo echa de menos —dijo un Perelló lacrimoso, su leal colaborador. Si algún defecto le encontraba, posiblemente el único, era ser un llorón en ciertas ocasiones, cuando resultaba más inconveniente. Tenía su misma edad, setenta y un años, pero no se conservaba mal a pesar de los golpes que le asestaba su conciencia paranoica. Esbozó un abrazo y cogió una mano de Salamanca, y él le correspondió con una tenue presión de sus dedos que el secretario tal vez ni siquiera llegó a percibir.

—Dígame, don Matías, ¿cómo está la calle de Alcalá, la más hermosa de Madrid? —Perelló alcanzó a escucharlo gracias a su cercanía, ya que el susurro se desvanecía al recorrer metro y medio de distancia.

—Ya está terminado el edificio del cruce con la calle de Goya, cerca de la plaza de toros. La calle más hermosa de la ciudad, desde luego. Y además se está llenando de vecinos, gente de dinero, ¡ya sabe usted!

Hablaban de la prolongación de la calle de Alcalá, un tramo del viejo camino de Aragón convertido ahora en una avenida regia, anchísima, digna cabecera del barrio más elegante de España, con nobles y altos edificios a un lado y la valla de los jardines del Buen Retiro en el otro. La única que iba a su aire, sin respetar el diseño cuadriculado del barrio. Perelló no lo sabía ni lo sabría jamás, pero su inocente comentario lo hirió profundamente. «De manera que ahora todo el mundo se apresura a comprar casas en el barrio de Salamanca, cuando ya no me pertenecen. ¡Qué arbitraria es la vida, que reparte premios y castigos sin ton ni son, con toda crueldad! ¿Quién ha dicho que la justicia existe? Algún despistado, sin duda».

Los últimos diez años de su vida habían consistido en una batalla contra el tiempo. Fue, por supuesto, una batalla perdida, el tiempo siempre gana. Estaba seguro de que las aguas volverían a su cauce, que la ambición de progreso del hombre terminaría superando todos los obstáculos y la actividad económica recuperaría su pulso normal algún día, era cuestión de aguantar. Y, en efecto, eso fue lo que sucedió, pero demasiado tarde para él. Cuando en Europa empezaron a mejorar las cosas, don Amadeo hizo la maleta y en España se presentó en sociedad una dama joven, ingenua y provocadora, la República. Los republicanos enseguida probaron su propia medicina,

si creían que la gente iba a respetar las nuevas instituciones por el mero hecho de ser nuevas, tardaron poco en desengañarse, el desorden anterior degeneró en caos, los gobiernos se sucedían al compás de las revoluciones y cada mañana el sol, al levantarse, alumbraba un nuevo desastre.

Ya con la República enterrada, inauguró la nueva plaza de toros, en las afueras del nuevo barrio. Una tarde memorable, la de la corrida de inauguración, su último gran triunfo personal. No se conocía un coliseo como este, modernísimo y de impecable diseño. Recibió la felicitación de Serrano, de nuevo jefe del Estado aquellos días inciertos. Frascuelo y Currito cortaron orejas, los otros cuatro matadores estuvieron poco atinados.

Un año más tarde, el barrio de Salamanca crecía imparable, al mismo ritmo que menguaba su fortuna. Finalmente, se constituyó un banco hipotecario como él había deseado, pero lo fundaron otros, también llegó demasiado tarde para él. Aun así, tuvo una relación intensa con el banco, tan intensa que tuvo que venderle su palacio de Recoletos para saldar sus deudas. El día que cerró sus puertas y lo abandonó para mudarse a Vista Alegre, su depósito de energía vital, eso a lo que llamamos las ganas de vivir, sufrió un grave quebranto. Recoletos había significado demasiado en su vida para que la mudanza fuera inocua.

En cuanto a su finca de Los Llanos, conseguía sostenerse gracias a las cosechas de uva, pero no daba dividendos. Cada día le resultaba más arduo afrontar nuevos proyectos, siempre chocaba con la falta de capital y con los estragos propios de su edad. Pero los afrontó, no había más remedio que compensar las pérdidas que originaba la construcción del barrio con otras fuentes de ingresos. El intento de hacerse con el monopolio del tabaco de Filipinas, como en su día gestionó el de la sal, fracasó por complicaciones políticas. En cambio, en el Canal del Duero, una sociedad dedicada a ejecutar complejas obras de canalización de aguas, tuvo algún éxito, aunque duró poco tiempo por la carencia del capital necesario. Finalmente, pocos meses atrás, consiguió la concesión de las obras del Ensanche de Zurriola en San Sebastián, en las que se estaba trabajando aquellos días.

De repente, un dolor insoportable le atravesó el cerebro, que amenazaba explotar como le pasa a los perros cuando se producen esos sonidos agudos que tan solo ellos son capaces de oír. Escuchaba, diáfana, la gutural resonancia de su propia respiración, parecía el eco de reverberaciones en profundas cavernas. El sufrimiento recreció, insoportable. Trató de protestar, remitir una nota de censura a los periódicos o enviar al médico una carta de reclamación como las que a veces le mandaban sus clientes, él no estaba de acuerdo con aquella brutal agresión a sus sentidos. Pero no pudo, nadie le escuchó, el dolor

intolerable venció en primer lugar a los sonidos y, más tarde, a él mismo, y terminó en un sueño irresistible que desvaneció su conciencia.

Al abrir los ojos de nuevo, se topó con unas manos enrojecidas por sabañones, manos rudas que intentaban meterle algo en la boca. Era la sagrada forma, y las manos eran las del párroco de Carabanchel, un cura con aspecto de labriego al que conocía de muchos años. Supuso que, tras desmayarse, María Josefa se asustó y pidió el Viático, y un rato más tarde se presentó el cura en Vista Alegre con el cáliz sagrado y un monaguillo a su lado tocando una campanita. Y en cuanto el buen hombre atisbó el menor movimiento en su cuerpo maltrecho, se apresuró a darle la comunión, no había tiempo que perder, estaban en juego muchos años, siglos tal vez, de penar culpas en el Purgatorio, unas condenas que se podían redimir con la administración del sacramento. Sospechaba que el cura le habría aplicado los óleos cuando se encontraba inconsciente y le habría absuelto sin confesión, al comprobar que no estaba el enfermo para tales trabajos.

«Todos estos ritos son razonables y están en el orden natural de las cosas, en cuanto convenciones sociales que es obligado cumplir, de modo que seré obediente». Abrió la boca y consiguió sacar ligeramente la lengua, un apéndice en estado tan ruinoso como el resto de sus órganos. El cura depositó la hostia y pronunció unos latines mientras cruzaba los dedos en el aire haciendo la señal de la cruz. Luego se escuchó la campanita alejándose.

Del grupo que lo rodeaba, emergió una figura que acababa de llegar. Era María Buschental. Se abrazó a él con mucho cuidado, como si acariciara un jarrón agrietado, a punto de desbaratarse. Todavía tuvo él fuerzas para aguantar su mirada y devolverle una sonrisa apagada. También para evocar otro lejano abrazo entre ambos, bajo el imperio del deseo. Su querida Delfina, su alma gemela, lástima que las líneas paralelas tan solo se encuentren en el infinito, un lugar demasiado lejano.

—Tú eres mejor que Rothschild, no lo olvides —le dijo, y se separó de él, se sentó a su lado y empezó a hablar sin pausa, recordó las máscaras que llevaban en el último baile de disfraces que organizó en su palacete de la calle Serrano, el que él le había construido, le contó la última representación en el Real, el *Don Giovanni*, «¡Estremecedor!», y describió un cuadro de Madrazo que acababa de comprar, «¡Cómo te va a gustar, me lo vas a envidiar, te conozco!». También le entretuvo con las últimas maledicencias que se decían de Cánovas, a quien detestaba cordialmente.

Pero él ya no escuchaba. Una voz interior, más poderosa que la de María Buschental, le interrogaba sobre el balance de su vida.

«¿Mi balance? Es sencillo, abrid los ojos y mirad. No he hecho más

que crear riqueza. En parte la disfruté yo mismo, pero ahí sigue, para todos vosotros». Pero la voz no se conformó y le hizo otra pregunta. «¿El pasivo?». La cuestión le hizo reflexionar, nunca lo había pensado, pero no tardó mucho en hallar la respuesta. «En una obra de creación no hay pasivo alguno, el pasivo es la ausencia de obra, y ese no ha sido mi caso».

Miró a su alrededor y ya no vio la fuente de las Conchas, ni el embarcadero ni las dos barquitas. Lo que ahora contemplaba era el interior de un apacible vagón de tren en el que viajaba solo. El tren se deslizaba con suavidad por los raíles, cada vez más despacio. Se acercó a la ventana, abrió el cristal y sacó la cabeza. Vio que estaba llegando a una estación luminosa y bellísima con andenes de mármol y altísimos techos dorados. Era la estación de término.

Finalmente, la locomotora se detuvo, emitió un profundo silbido y expulsó de sus entrañas una nube de ceniza que lo inundó todo. La ceniza entró en su vagón y se fundió con su cuerpo. Y ya solo quedó ceniza.

Apéndice

If…

If you can keep your head when all about you
Are losing theirs and blaming it on you,
If you can trust yourself when all men doubt you,
But make allowance for their doubting too;

If you can wait and not be tired by waiting,
Or being lied about, don't deal in lies,
Or being hated, don't give way to hating,
And yet don't look too good, nor talk too wise:

If you can dream — and not make dreams your master;
If you can think — and not make thoughts your aim;
If you can meet with Triumph and Disaster
And treat those two impostors just the same;

If you can bear to hear the truth you've spoken
Twisted by knaves to make a trap for fools,
Or watch the things you gave your life to, broken,
And stoop and build 'em up with worn-out tools:

If you can make one heap of all your winnings
And risk it on one turn of pitch-and-toss,
And lose, and start again at your beginnings
And never breathe a word about your loss;

If you can force your heart and nerve and sinew
To serve your turn long after they are gone,
And so hold on when there is nothing in you
Except the Will which says to them: 'Hold on!'

If you can talk with crowds and keep your virtue,
Or walk with Kings — nor lose the common touch,
If neither foes nor loving friends can hurt you,
If all men count with you, but none too much;

If you can fill the unforgiving minute
With sixty seconds' worth of distance run,
Yours is the Earth and everything that's in it,
And — which is more — you'll be a Man, my son!

RUDYARD KIPLING

SI, O CARTA A UN HIJO

Si puedes mantener la cabeza cuando a tu alrededor
todos la han perdido, y te culpan por ello,
si puedes confiar en ti mismo cuando todos dudan de ti
y, sin embargo, no desprecias sus dudas.

Si puedes esperar sin que te canse la espera,
si te injurian y no respondes a la injuria,
si te odian y no devuelves odio,
y aun así no pareces demasiado bueno, ni hablas como un sabio.

Si puedes soñar, y no hacer de los sueños tu dueño;
si puedes pensar, y no hacer de tus pensamientos tu objetivo;
si puedes encontrarte con el triunfo y la derrota
y tratar de igual modo a los dos impostores.

Si puedes soportar escuchar la verdad que has dicho
tergiversada por granujas para engañar a necios,
o ver roto aquello por lo que has dado tu vida,
y agacharte y reconstruirlo con viejas herramientas.

Si puedes amontonar lo que has ganado
y arriesgarlo todo a cara o cruz,
y perderlo, y empezar otra vez desde el principio
y no decir ni una palabra sobre tu pérdida.

Si puedes forzar tu corazón y tus nervios y tus tendones,
para seguir adelante mucho después de haberlos perdido,
y resistir cuando no haya nada en ti
salvo la voluntad que te dice: «¡Resiste!».

Si puedes hablar a las masas y conservar tu virtud,
o caminar junto a reyes sin perder el sentido común,
si ni amigos ni enemigos pueden herirte,
si todos cuentan contigo, pero ninguno demasiado.

Si puedes llenar el minuto implacable,
con sesenta segundos de lucha bravía,
tuya es la Tierra y todo lo que hay en ella,
y lo que es más: ¡serás un hombre, hijo mío!

Sobre el autor

Juan González Solano (Puente Genil, Córdoba, 1949), es economista por la Universidad de Málaga y reside en Madrid. Su vida profesional ha estado siempre vinculada al mundo de las finanzas y de la Bolsa. Ha trabajado en varias entidades financieras y empresas multinacionales, estuvo becado en la embajada española en Caracas y también ha sido empresario. *El camino de hierro* es su primera novela.



2014, Santillana Ediciones Generales, S. L.
Avenida de los Artesanos, 6
28760 Tres Cantos - Madrid
Teléfono 91 744 90 60
Telefax 91 744 92 24
www.sumadeletras.com

ISBN ebook: 978-84-8365-658-7
Diseño de cubierta: Epica prima
Conversión ebook: Fernando de Santiago



Suma de Letras es un sello editorial del Grupo Santillana

www.sumadeletras.com

Argentina
www.sumadeletras.com/ar
Av. Leandro N. Alem, 720
C 1001 AAP Buenos Aires
Tel. (54 11) 41 19 50 00
Fax (54 11) 41 19 50 21

Bolivia
www.sumadeletras.com/bo
Calacoto, calle 13, n° 8078
La Paz
Tel. (591 2) 277 42 42
Fax (591 2) 277 10 56

Chile
www.sumadeletras.com/cl
Dr. Aníbal Ariztía, 1444
Providencia
Santiago de Chile
Tel. (56 2) 384 30 00
Fax (56 2) 384 30 60

Colombia
www.sumadeletras.com/co
Carrera 11A, nº 98-50, oficina 501
Bogotá DC
Tel. (571) 705 77 77

Costa Rica
www.sumadeletras.com/cas
La Uruca
Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste
San José de Costa Rica
Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05
Fax (506) 22 20 13 20

Ecuador
www.sumadeletras.com/ec

Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de Diciembre
Quito
Tel. (593 2) 244 66 56
Fax (593 2) 244 87 91

El Salvador
www.sumadeletras.com/can
Siemens, 51
Zona Industrial Santa Elena
Antiguo Cuscatlán - La Libertad
Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20
Fax (503) 2 278 60 66

España
www.sumadeletras.com/es
Avenida de los Artesanos, 6
28760 Tres Cantos - Madrid
Tel. (34 91) 744 90 60
Fax (34 91) 744 92 24

Estados Unidos
www.sumadeletras.com/us
2023 N.W. 84th Avenue
Miami, FL 33122
Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32
Fax (1 305) 591 91 45

Guatemala
www.sumadeletras.com/can
26 avenida 2-20
Zona nº 14
Guatemala CA
Tel. (502) 24 29 43 00
Fax (502) 24 29 43 03

Honduras
www.sumadeletras.com/can
Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán
Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día, Casa 1626
Boulevard Juan Pablo Segundo
Tegucigalpa, M. D. C.
Tel. (504) 239 98 84

México

www.sumadeletras.com/mx
Avenida Río Mixcoac, 274
Colonia Acacias
03240 Benito Juárez
México D. F.
Tel. (52 5) 554 20 75 30
Fax (52 5) 556 01 10 67

Panamá
www.sumadeletras.com/cas
Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac,
Calle segunda, local 9
Ciudad de Panamá
Tel. (507) 261 29 95

Paraguay
www.sumadeletras.com/py
Avda. Venezuela, 276,
entre Mariscal López y España
Asunción
Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

Perú
www.sumadeletras.com/pe
Avda. Primavera 2160
Santiago de Surco
Lima 33
Tel. (51 1) 313 40 00
Fax (51 1) 313 40 01

Puerto Rico
www.sumadeletras.com/mx
Avda. Roosevelt, 1506
Guaynabo 00968
Tel. (1 787) 781 98 00
Fax (1 787) 783 12 62

República Dominicana
www.sumadeletras.com/do
Juan Sánchez Ramírez, 9
Gazcue
Santo Domingo R.D.
Tel. (1809) 682 13 82
Fax (1809) 689 10 22

Uruguay
www.sumadeletras.com/uy
Juan Manuel Blanes 1132
11200 Montevideo
Tel. (598 2) 410 73 42
Fax (598 2) 410 86 83

Venezuela
www.sumadeletras.com/ve
Avda. Rómulo Gallegos
Edificio Zulia, 1º
Boleita Norte
Caracas
Tel. (58 212) 235 30 33
Fax (58 212) 239 10 51